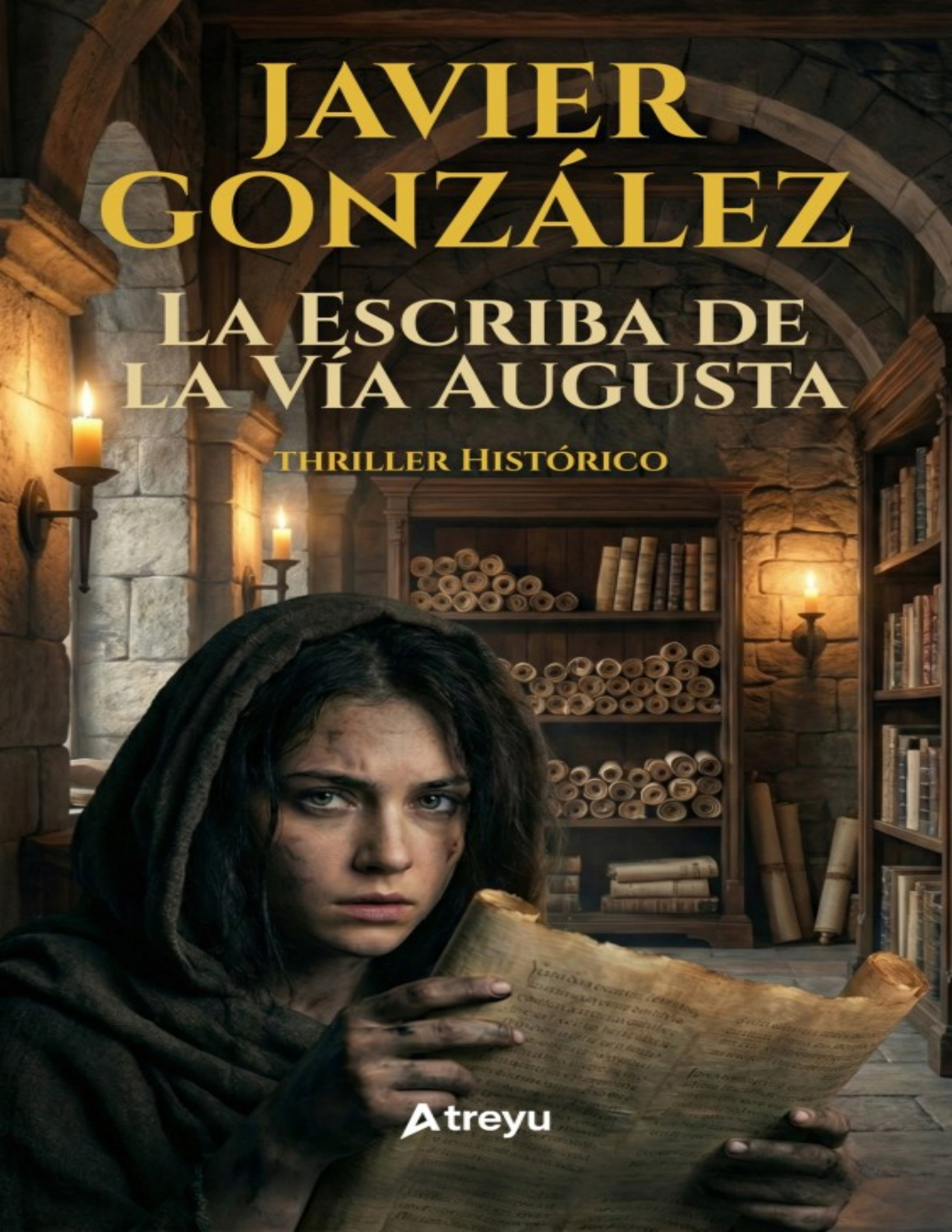

JAVIER
GONZÁLEZ
LA ESCRIBA DE
LA VÍA AUGUSTA
THRILLER HISTÓRICO
Atreyu

LA ESCRIBA DE LA VÍA AUGUSTA

Javier González

Atreyu Servicios Digitales

Atreyu

Derechos de autor © 2025 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
La Escriba de la Vía augusta
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
EPÍLOGO
Nota del Autor

LA ESCRIBA DE LA VÍA AUGUSTA

Javier González

PRÓLOGO

El olor a hiel de buey y vinagre impregnaba el aire estancado del scriptorium, un aroma acre que para Aina se había convertido en la fragancia del miedo. La única fuente de luz en la vasta estancia de columnas de mármol provenía de una lámpara de aceite de terracota, cuya llama oscilante proyectaba sombras danzantes sobre los estantes repletos de rollos. Fuera, más allá de los muros de la villa de Marco Valerio, la ciudad de Tarraco dormía bajo el peso de la noche y la autoridad imperial, arrullada por el murmullo distante del Mediterráneo. Dentro, el silencio era absoluto, denso, solo roto por el rasgueo rítmico, casi hipnótico, de la pluma de caña sobre el papiro.

Aina sumergió la punta del cálamo en el tintero de bronce. Lo hizo con la precisión de un autómata, calculando la carga exacta de tinta para no provocar un borrón que le costaría, en el mejor de los casos, una noche sin comida; en el peor, la visita de Silanus y sus instrumentos de corrección.

Sus ojos, de un gris tormentoso que solía ocultar bajo el flequillo, recorrieron el texto original. No necesitaba leerlo dos veces. Ni siquiera necesitaba entenderlo para que se grabara en su mente. Esa era su condena. Mientras que otros esclavos podían olvidar los golpes o las humillaciones con el paso de las estaciones, la mente de Aina era un archivo inmutable, una biblioteca de dolor y datos donde nada se borraba. La curva de una letra, la mancha de humedad en la esquina del pergamino, el temblor en la firma del remitente; todo

quedaba fijado con una claridad fotográfica, superponiéndose a sus recuerdos de infancia, a la cara de su madre, al día en que el mundo se rompió.

—*Quod scripsi, scripsi* —susurró para sí misma, tan bajo que el sonido murió antes de abandonar sus labios. Lo escrito, escrito está. Y lo recordado, eterno es.

La puerta de roble del despacho se abrió de golpe. La corriente de aire hizo vacilar la llama de la lámpara, amenazando con sumir la estancia en la oscuridad. Aina se congeló. No levantó la cabeza. La primera regla de la villa: los muebles no tienen ojos. Y ella, para el Legado Imperial, era un mueble parlante, una herramienta de carne más barata que el escritorio de madera de cedro sobre el que se inclinaba.

El sonido de las *caligae* tachonadas resonó contra el mosaico del suelo. Pasos pesados, deliberados, pero con esa ligera irregularidad que delataba la tercera jarra de vino de Falerno. El aroma a nardo, sudor y vino agrio invadió el espacio personal de Aina antes de que el hombre llegara a su altura.

—¿Sigue despierta, pequeña rata de biblioteca?

La voz de Marco Valerio era una mezcla de terciopelo y grava. Aina sintió la bilis subir por su garganta, pero sus manos no temblaron. No podían. Si la tinta caía donde no debía, el castigo sería inmediato.

—La tarea que el *dominus* ordenó no estaba completa —respondió ella, con la mirada fija en las fibras del papiro. Su voz era neutra, desprovista de cualquier inflexión que pudiera interpretarse como insolencia—. Faltan tres líneas para finalizar la copia del inventario de grano.

Valerio soltó una risa corta, carente de humor. Caminó alrededor del escritorio, pasando un dedo índice, adornado con un anillo de sello de oro macizo, por el borde de la mesa. Se detuvo detrás de ella. Aina sintió el calor de su cuerpo irradiando a través de su túnica de

lana basta. Se obligó a respirar superficialmente, contando los latidos de su propio corazón para mantener a raya el pánico: *uno, dos, tres, cuatro...*

—El grano... —murmuró Valerio, como si la palabra le resultara ajena—. El Imperio se ahoga en burocracia, Aina. Somos gigantes con pies de barro, contando sacos de trigo mientras los lobos afilan los dientes en las fronteras.

El romano se inclinó, apoyando ambas manos sobre la mesa, encerrando a la esclava entre sus brazos sin llegar a tocarla. Aina vio las manos de su amo: cuidadas, de uñas limadas, pero con la fuerza latente de quien ha estrangulado esperanzas con la misma facilidad con la que firma sentencias.

—Deja eso. El inventario es irrelevante esta noche.

Con un movimiento brusco, Valerio apartó el papiro en el que ella había estado trabajando durante horas. La tinta fresca se corrió, arruinando la caligrafía perfecta. Aina reprimió un gemido. Horas de trabajo destruidas por un capricho. Pero su rostro permaneció impasible, una máscara de obediencia tallada en piedra.

Valerio sacó un rollo de entre los pliegues de su toga. No era un papiro estándar del mercado de Tarraco. Era vitela, piel de animal nonato, suave y pálida, reservada para documentos de Estado o textos sagrados. Lo desenrolló con un chasquido seco y lo colocó sobre la mesa, alisándolo con la palma de la mano.

—Tengo un nuevo trabajo para ti. Y requiere de esa... peculiaridad tuya.

Aina se arriesgó a levantar la vista solo hasta la altura del pecho de su amo.

—¿Señor?

—Mi secretario habitual es torpe. Y tiene la lengua demasiado larga —dijo Valerio, tamborileando los dedos sobre la vitela—. Tú, en

cambio, eres una tumba. Una tumba que sabe escribir en latín y griego con la elegancia de un ateniense.

El Legado se apartó, caminando hacia una pequeña mesa auxiliar donde una jarra de plata reflejaba la luz de la lámpara. Se sirvió más vino. El líquido rojo oscuro brilló como sangre arterial antes de desaparecer en su garganta.

—Copia esto —ordenó, señalando la vitela con la copa—. Hazlo ahora. Quiero dos copias. Una para ser enviada al amanecer. La otra... para mis archivos personales. La original será quemada.

Aina asintió y acercó la vitela a la luz. Al principio, las palabras eran solo formas, trazos de tinta negra sobre el blanco cremoso. Pero a medida que su cerebro procesaba las oraciones, el significado comenzó a emerger como un cadáver flotando en un río.

No era un inventario. No era una carta administrativa.

«...la incompetencia del César en las campañas del norte no deja otra opción que la intervención directa de aquellos que verdaderamente sostienen la gloria de Roma. Los fondos desviados de la tesorería provincial de la Tarraconense han sido asegurados en Narbona, bajo la custodia del Auditor, a la espera de vuestra señal para financiar a las legiones leales...»

El corazón de Aina se detuvo un instante y luego arrancó a galope desbocado. Era traición. *Maiestas*. Alta traición contra el Emperador. Marco Valerio no estaba simplemente robando; estaba conspirando para financiar un golpe o una insurrección.

Sus ojos recorrieron el resto del documento. Nombres. Había nombres de senadores, de generales, de comerciantes influyentes. Y cifras. Cantidades de oro que podrían comprar ciudades enteras.

—¿Pasa algo, esclava? —La voz de Valerio cortó el aire como un látigo.

Aina parpadeó, forzando a su mente a regresar al presente. La «parálisis de análisis» amenazaba con atraparla; su memoria eidética quería diseccionar cada palabra, conectarla con otros documentos que había copiado en el pasado, tejer una red de implicaciones que la abrumaba. Recordó un envío de aceite inusualmente grande hace tres meses. Una carta cifrada que llegó desde la Galia. Todo encajaba. La imagen de las monedas de oro cayendo en un cofre se superpuso a su visión de la habitación.

—No, *dominus* —dijo, su voz apenas un hilo—. La caligrafía es... densa. Me aseguraré de que sea legible.

—Más te vale. —Valerio se acercó de nuevo, esta vez con una lentitud depredadora—. Sabes lo que pasa con los pájaros que cantan canciones que no deben, ¿verdad, Aina?

Ella sintió un escalofrío recorrerle la columna vertebral.

—Les cortan las alas, señor.

—A veces —susurró él cerca de su oído, con un aliento caliente y vinoso—. Y a veces, Silanus les extrae el canto de raíz.

Valerio hizo un gesto hacia la esquina más oscura de la habitación. Aina no había mirado allí, asumiendo que estaban solos. Pero las sombras se movieron. Una figura se despegó de la oscuridad, maciza y silenciosa. Silanus. El gigante mudo no emitió sonido alguno, pero el crujido de sus nudillos fue suficiente. No tenía lengua, se la habían arrancado años atrás por orden del propio Valerio, convirtiéndolo en el perro guardián perfecto: leal, letal y mudo.

Aina bajó la cabeza rápidamente, clavando la mirada en el tintero.

—Escribe —ordenó Valerio, alejándose hacia el balcón que daba al jardín interior—. Y no cometas errores. La historia la escriben los vencedores, Aina, pero primero la copian los esclavos. Asegúrate de estar en el lado correcto de la página.

Aina mojó la pluma. Su mano se movió hacia el papiro virgen.

«Aulo Vitelio Germánico, Salve...»

Cada letra que trazaba era un clavo en su propio ataúd. Lo sabía con la certeza fría de la lógica. Marco Valerio era un hombre paranoico. No dejaría cabos sueltos. Una esclava que conocía los nombres de los conspiradores contra el Emperador era un cabo suelto del tamaño de una soga de ahorcado.

Mientras escribía, su mente se bifurcó. Una parte de ella, la autómata, copiaba con caligrafía impecable, imitando los trazos elegantes que se esperaban de un escriba de su categoría. La otra parte, la observadora obsesiva, memorizaba. Guardaba cada nombre, cada cifra, cada ubicación mencionada en la carta. Narbona. El Auditor Imperial. La Legión Séptima.

La vitela original tenía una pequeña imperfección cerca del sello, una marca en forma de media luna. *Guardado*. La tinta del original era ligeramente más pálida en el tercer párrafo, indicando que el autor había tenido que mezclar más tinta a mitad de la escritura. *Guardado*. La firma de Valerio al final tenía una presión excesiva en la «V», revelando su ira o su ansiedad al firmar. *Guardado*.

El tiempo se dilató. El rasgueo de la pluma era el único sonido en el universo. Aina sentía la presencia de Silanus a sus espaldas, una presión física en la nuca, como si una bestia estuviera respirando en su cuello esperando la orden de atacar.

Cuando terminó la primera copia, dejó la pluma sobre el soporte.

—La primera está lista, *dominus*.

Valerio se giró desde el balcón. La brisa nocturna agitaba su toga. Entró de nuevo, tomó el papiro y lo leyó con escrutinio crítico. Buscaba un error, una excusa. Aina mantuvo la respiración contenida.

—Impecable —concedió él, casi con decepción. Enrolló la copia y la selló con cera roja, presionando su anillo con fuerza—. Esta partirá esta noche. Haz la segunda. Para mi archivo.

Aina tomó otro papiro. Sus dedos empezaban a doler por la tensión de sujetar el cálamo, pero no se permitió frotárselos. Comenzó de nuevo.

«Aulo Vitelio Germánico...»

La repetición grababa el texto aún más profundamente en su córtex cerebral. Ya no era solo un recuerdo visual; era un recuerdo motor, el movimiento de su mano trazando la traición.

A mitad del segundo documento, un ruido fuerte resonó en el exterior de la villa. Gritos. El choque de metal. Valerio se tensó, su mano yendo instintivamente a la daga oculta en su cinto. Silanus se movió con una velocidad sorprendente para su tamaño, colocándose entre la puerta y su amo.

—¿Qué demonios...? —gruñó Valerio.

La puerta del *scriptorium* se abrió de nuevo, pero esta vez no fue el viento. Un guardia de la villa entró, con el pecho agitado y sangre en la frente.

—¡*Dominus*! —jadeó el hombre—. Una patrulla de la Guardia Pretoriana. En la puerta principal. Exigen entrar. Dicen que buscan a un fugitivo.

El rostro de Valerio palideció, perdiendo su arrogancia en un instante. Sus ojos volaron hacia la mesa, hacia la carta de traición, hacia las copias. Si los pretorianos entraban... si veían eso...

—¡Bloquead la entrada! —gritó Valerio, su voz aguda por el pánico —. ¡Decidles que es propiedad privada de un Legado! ¡Ganad tiempo!

El guardia asintió y desapareció corriendo.

Valerio se giró hacia Aina, o más bien, hacia los documentos.

—¡Dame eso!

Se abalanzó sobre la mesa. Agarró la vitela original y la primera copia sellada. Sus ojos eran salvajes, desorbitados. Miró la segunda copia, a medio terminar, bajo la mano de Aina.

—No hay tiempo —siseó.

Agarró la lámpara de aceite y la arrojó sobre el escritorio. La terracota se rompió, y el aceite hirviendo se derramó sobre los papiros y la madera seca. El fuego prendió con un rugido voraz, consumiendo las palabras de traición en segundos.

Aina retrocedió, protegiéndose la cara con los brazos ante la llamarada repentina. El calor era intenso, abrasador. Vio cómo las letras negras se retorcían y desaparecían entre las llamas naranjas y azules. El nombre de Vitelio, las cifras de oro, los planes de Narbona... todo se convertía en ceniza.

Valerio miraba el fuego con una mezcla de terror y alivio. La evidencia física estaba desapareciendo. Nadie podría probar nada.

—Silanus —dijo Valerio, sin apartar la vista de las llamas—. Prepara los caballos. Salimos por la puerta trasera. Si los pretorianos entran, no deben encontrarnos aquí.

El gigante asintió y salió de la habitación.

Valerio se volvió hacia Aina por última vez. El fuego iluminaba su rostro desde abajo, dándole una apariencia demoníaca. Por un momento, Aina pensó que la mataría allí mismo. Era lo lógico. Ella había leído. Ella sabía.

Pero el sonido de un ariete golpeando la puerta principal de la villa resonó a través de los pasillos de mármol. *BUM*.

El tiempo se había acabado. Valerio no podía permitirse el lujo de un asesinato desordenado ahora. Tenía que huir.

—Tú —dijo, señalándola con un dedo tembloroso—. Quédate aquí. Si te preguntan, estabas copiando poemas de Ovidio. Si dices una

palabra de lo que has visto esta noche... rezarás para que el Tártaro te acoja antes de que yo te encuentre.

Con un remolino de telas, Marco Valerio salió corriendo hacia la oscuridad de los pasillos interiores, dejando a Aina sola con el fuego.

Aina miró las llamas. El escritorio ardía con furia. El humo empezaba a llenar la parte alta de la estancia, ocultando los frescos del techo.

Tosió, cubriéndose la boca con la manga de su túnica. Debería correr. Debería esconderse. Pero sus ojos seguían fijos en las cenizas que revoloteaban sobre la mesa.

El documento había desaparecido. Para el mundo, para el Imperio, para la justicia, esas palabras ya no existían. Eran humo.

Aina cerró los ojos.

En la oscuridad de sus párpados, la carta apareció. Nítida. Perfecta. Brillante. Podía leer cada línea. Podía ver la mancha de humedad. Podía ver la presión en la firma.

El documento no había sido destruido. Ahora vivía dentro de ella.

Y por primera vez en su vida, Aina comprendió el verdadero peso de su maldición. No era solo un almacén de dolor. Era un arma. Valerio creía que había quemado la evidencia, pero había dejado atrás la única copia indestructible.

Un grito resonó en el pasillo exterior. Botas militares acercándose.

Aina abrió los ojos. El gris de sus iris reflejaba el incendio, pero ya no había miedo en ellos, solo una fría determinación nacida de la lógica más pura: Valerio la cazaría. No podía dejarla viva sabiendo lo que sabía, incluso si creía que no tenía pruebas. Su mera existencia era una amenaza para él.

Tenía que moverse. Tenía que salir de allí.

Miró el tintero de bronce, intacto junto al fuego. Lo cogió. Estaba caliente al tacto. Se lo metió en el pliegue de su cinturón. Un escriba

sin tinta es un soldado sin espada.

Corrió hacia las sombras, lejos de la entrada principal donde los pretorianos destrozaban las puertas, y lejos de la salida trasera por donde su amo huía como una rata. Había una tercera vía, a través de las cocinas y los desagües que llevaban a la ciudad baja.

Mientras sus sandalias golpeaban el mármol frío, Aina recitó mentalmente la primera línea de la carta, asegurándola, bloqueándola en su memoria como quien cierra una caja fuerte.

«Aulo Vitelio Germánico...»

La caza había comenzado. Y ella era la presa que llevaba la verdad en la sangre.

CAPÍTULO 1

El coste de la tinta

El efluvio a agallas de roble fermentadas y vinagre impregnaba el aire, denso y acre. Se trataba del aroma de la tinta permanente, la misma que se empleaba para rubricar los edictos imperiales y las sentencias de muerte; un rastro olfativo que para Aina, en ese instante, resultaba indistinguible del gusto cobrizo de la sangre fresca.

No estaba atada, pero sus pies se negaban a moverse sobre el mosaico geométrico del suelo. El frío de las teselas penetraba a través de las plantas desnudas, trepando por sus tobillos como enredaderas de hielo, entumeciendo unas piernas que aún vibraban por los espasmos del llanto reprimido. Delante de ella, la puerta de madera de cedro permanecía cerrada. Detrás, la respiración pesada y húmeda de Silanus llenaba el vacío sonoro de la estancia.

Aina fijó la vista en un punto muerto de la pared, evitando mirar al gigante mudo. Sabía que estaba allí. Podía percibir el hedor a cuero rancio de su armadura y ese otro tufo, más sutil y terrible, de carne cicatrizada mal curada. No necesitaba ver la cavidad oscura donde debería estar su lengua para recordar la brutalidad de la que era capaz. Hacía menos de una hora, esas mismas manos habían arrastrado a Kael hacia el patio.

Un grito fantasma resonó en su mente, superponiéndose a la realidad. *Kael*. El sonido seco de un hueso al quebrarse.

Cerró los párpados con fuerza, buscando el vacío, pero su cerebro no funcionaba así. La oscuridad no traía alivio; traía repetición. En el reverso de sus ojos, la imagen de su hermano siendo arrastrado se reprodujo con una fidelidad obscena, cuadro por cuadro, preservando cada detalle: la inclinación de la luz solar sobre el polvo, la mancha de grasa en la túnica de Silanus, el ángulo antinatural del brazo de Kael.

—Abre los ojos.

La voz era suave, cultivada, con esa cadencia arrastrada de los patricios que han estudiado retórica en Atenas. No se trataba de una orden gritada, sino de una sugerencia pronunciada con la certeza absoluta de que sería acatada.

Aina obedeció. El mecanismo de supervivencia de su cuerpo reaccionó antes que su voluntad.

Marcus Valerius estaba sentado tras un escritorio de madera maciza, tan pulida que reflejaba la llama de la lámpara de aceite. No la miraba a ella, sino que pasaba la punta de una pluma de ganso sobre un pergamino extendido, corrigiendo un trazo con una meticulosidad quirúrgica. Vestía una túnica de lino de un blanco inmaculado, sin un solo pliegue fuera de lugar, un contraste violento con la suciedad y el sudor que cubrían la piel de la esclava.

—El silencio es una virtud infravalorada en Roma —dijo Marcus, sin levantar la vista. Mojó la pluma en el tintero de bronce con un tintineo delicado—. Todo el mundo quiere hablar. Senadores, plebeyos, esclavos... todos creen que su ruido importa. Pero el verdadero poder reside en la capacidad de retener, no de emitir.

Dejó el cálamo en su soporte y, finalmente, alzó la cabeza. Sus iris eran grises, del tono del mar en invierno, carentes de cualquier temperatura humana. No había odio en ellos, tampoco lujuria. La observaba como un arquitecto examina una columna de mármol: buscando grietas estructurales, calculando cuánto peso podría soportar antes de colapsar.

—Me han dicho que eres especial, Aina.

Ella no respondió. La garganta se le había cerrado, árida como el desierto. Sintió el movimiento de Silanus a su espalda, un paso pesado hacia adelante, una amenaza cinética. Marcus alzó una mano lánguida, deteniendo al gigante sin siquiera mirarlo.

—Tu anterior dueño, ese mercader de especias con más deudas que neuronas, mencionó una curiosidad al venderte —continuó el patricio, entrelazando los dedos sobre el escritorio—. Dijo que nunca olvidas. Que podías recitar el inventario de su almacén habiéndolo visto una sola vez, meses atrás.

Marcus se puso de pie y rodeó el mueble. Caminaba sin hacer ruido; sus sandalias de cuero suave apenas besaban el suelo. Se detuvo a dos pasos de ella. Lo suficientemente cerca para que Aina distinguiera el aceite de sándalo y la limpieza agresiva que emanaba de él.

—La mayoría de los hombres pagan por el olvido —murmuró, inclinándose levemente—. Pagan con vino, con opio, con mujeres. Pagarían fortunas por borrar lo que han visto o lo que han hecho. Pero tú... tú no puedes, ¿verdad?

Aina sintió una punzada aguda en la sien. Era el comienzo de la migraña, el precio fisiológico de su don. Quiso retroceder, hacerse pequeña, desaparecer en las juntas del suelo.

—Responde —ordenó él. El tono no había variado, pero la presión en el aire aumentó.

—No... —su voz salió rota, un graznido áspero—. No puedo olvidar.

—Fascinante. —Marcus la rodeó lentamente, como si estuviera inspeccionando ganado en el foro—. Una mente que es un archivo perfecto. Y sin embargo, hasta ahora solo has servido para contar sacos de pimienta y fregar losas. Qué desperdicio de recursos.

Volvió a su escritorio y tomó un rollo de papiro sellado. Rompió el lacre de cera con un chasquido seco que hizo que Aina se estremeciera. Desenrolló el documento sobre la madera, alisando los bordes con la palma de la mano.

—Esto no es un juego de salón, Aina. No me interesan los trucos de feria. Necesito eficiencia. Necesito una herramienta que no se desgaste.

Señaló el documento con un dedo largo y cuidado.

—Acércate.

Aina vaciló. Sus instintos le gritaban que esa mesa era un altar de sacrificio. Pero la presencia masiva de Silanus a sus espaldas constituía un muro de carne y violencia insalvable. Dio dos pasos vacilantes hacia el frente.

El papiro estaba cubierto de columnas densas, escritas con una caligrafía apretada y administrativa. No era una carta. No era una confesión. Era una pesadilla logística.

—Este es el manifiesto de carga de la flota triguera que arribó a Ostia la semana pasada —explicó Marcus, con la indiferencia de quien habla del clima—. Contiene el peso exacto en modios de cada envío, los nombres de los capitanes, las tasas portuarias pagadas y las mermas reportadas por humedad en cuarenta y tres naves distintas.

La miró fijamente, sus ojos grises taladrando la fachada de terror de la muchacha.

—Tienes treinta segundos.

—¿Qué? —Aina parpadeó, confundida.

—Treinta segundos para mirar el documento. Luego lo retiraré. Si puedes recitarme los datos de la nave *Minerva*, incluyendo la tara de los recipientes y la firma del inspector, vivirás para ver el amanecer y

quizás, solo quizás, tu hermano reciba atención médica para su... accidente.

El corazón de Aina se detuvo un instante y luego arrancó a galope, golpeando contra sus costillas como un pájaro enjaulado. ¿Médico? ¿Kael estaba vivo? La esperanza fue un veneno rápido, doloroso.

—Si fallas —prosiguió Marcus, consultando una clepsidra de agua en la esquina de la mesa—, Silanus te llevará al sótano. Y créeme, él tiene mucha imaginación cuando se aburre.

Marcus giró la clepsidra. El agua comenzó a caer.

Aina no pensó. El pánico, que segundos antes la había paralizado, se transformó en un combustible frío y cristalino. Se inclinó sobre la mesa, sus manos aferrándose al borde de madera hasta que los nudillos se tornaron blancos.

Sus ojos, de ese verde musgo que solía inquietar a su madre, barrieron el papiro.

No leía. No en el sentido humano de la palabra. Su mente no procesaba sílabas ni significados. Su cerebro actuaba como un espejo que atrapaba la luz. El bloqueo analítico amenazó con apoderarse de ella, pero fue desplazado por la urgencia. El mundo exterior —el efluvio de la tinta, el sonido del agua goteando, la respiración de Silanus— se desvaneció, convirtiéndose en ruido estático de fondo.

Su visión se focalizó. El papiro se iluminó con una claridad sobrenatural. Cada mancha, cada irregularidad en la fibra de la planta, cada curva de las letras romanas se grabó a fuego en su corteza cerebral.

Nave: Minerva. Capitán: Titus Aelius. Carga: Trigo duro egipcio. 4.500 modios. Mermas: 12 modios por gorgojo. Tasa portuaria: VIII denarios, exoneración consular aplicada. Inspector: C. Vettius.

Los datos entraban en su mente como clavos. Dolía. Siempre dolía. Era como tragar piedras afiladas. La información no fluía; se incrustaba. Podía ver la textura del pigmento secándose, la presión de la mano del escriba original que había confeccionado la lista.

—Tiempo.

La palma de Marcus cubrió el documento.

Aina soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo. Se tambaleó hacia atrás, mareada. La habitación volvió a cobrar forma, girando levemente. La cefalea pulsaba detrás de sus ojos, un tambor rítmico y nauseabundo.

Marcus enrolló el papiro con calma y se cruzó de brazos, apoyándose en el borde del escritorio. La observó con expectación, pero sin calidez.

—La *Minerva* —dijo, simplemente.

Aina abrió la boca. Sentía la lengua pesada, ajena. Cerró los ojos un instante y allí estaba el documento, flotando en la oscuridad de su mente, brillante y nítido como si todavía lo tuviera delante. Podía ampliar la imagen, recorrer las líneas.

—Nave *Minerva* —empezó, su voz sonando mecánica, desprovista de entonación—. Capitán Titus Aelius. Procedencia Alejandría. Carga declarada: Cuatro mil quinientos modios de trigo duro.

Hizo una pausa para tragar saliva. Marcus no hizo ningún gesto; su rostro era una máscara de mármol.

—Mermas reportadas: Doce modios, causa especificada: infestación de gorgojo. Tasa portuaria liquidada: ocho denarios. Hay... hay una nota al margen.

Marcus arqueó una ceja, un movimiento milimétrico.

—Continúa.

—Exoneración consular aplicada bajo el decreto 12-B. Firma del inspector: Gaius Vettius. La «s» final de Vettius tiene una mancha de tinta en la curva inferior.

El silencio que siguió fue absoluto. Solo el goteo final de la clepsidra marcaba el paso del tiempo.

Marcus Valerius no sonrió. No aplaudió. Simplemente asintió, una sola vez, confirmando una hipótesis. Se giró hacia una mesa lateral y sirvió una copa de vino aguado. No le ofreció a ella.

—Impresionante —dijo, bebiendo un sorbo—. Inquietante, pero impresionante. La mancha es un detalle que la mayoría de mis escribas habrían ignorado u olvidado en el acto.

Dejó la copa y volvió a mirarla, esta vez con una intensidad diferente. Ya no la veía como a ganado, sino como a un instrumento de precisión. Como quien encuentra una daga perfectamente equilibrada en un montón de chatarra.

—Tu hermano vivirá —sentenció Marcus.

Las rodillas de Aina cedieron. Cayó al suelo, no por un golpe, sino porque la tensión que mantenía sus músculos rígidos se disipó de súbito, dejándola vacía. Se quedó allí, arrodillada sobre el mosaico helado, respirando agitadamente.

—Pero —la voz del patricio cortó su alivio antes de que pudiera florecer—, su bienestar depende enteramente de tu utilidad.

Caminó hasta situarse frente a ella, obligándola a levantar la vista para mirarlo desde su posición de sumisión.

—A partir de hoy, no limpiarás suelos. No cargarás agua. Serás mis ojos y mi memoria donde yo no pueda estar. Leerás lo que yo te dé, recordarás lo que yo te diga, y olvidarás... —hizo una pausa deliberada, una sonrisa irónica curvando sus labios finos—, bueno, sabemos que no puedes olvidar. Así que guardarás silencio sobre todo lo demás.

Se agachó hasta quedar a la altura de su rostro. Aina pudo ver los poros de su piel, la ausencia total de compasión en su mirada inteligente.

—Tengo muchos enemigos, Aina. Hombres poderosos que esconden sus mentiras en libros de contabilidad, en cartas cifradas, en susurros en los baños públicos. Necesito a alguien que pueda ver los patrones que ellos creen invisibles. Ese inventario que acabas de memorizar es basura burocrática, una prueba sencilla. Mañana empezaremos con el trabajo real.

Marcus se levantó y se sacudió una mota de polvo inexistente de su túnica.

—Silanus te llevará a tus nuevas dependencias. Son pequeñas, pero secas. Y, Aina...

Ella alzó la mirada; sus ojos vidriosos permanecían vacíos de lágrimas. Se sentía hueca. La conmoción había dado paso a un entumecimiento gris, una anestesia emocional que le permitía seguir respirando sin gritar.

—Si alguna vez intentas usar lo que sabes en mi contra, o si intentas huir con tu hermano... —Marcus señaló suavemente hacia la puerta —. Recuerda que la memoria puede ser una maldición. No querrás tener el recuerdo de la muerte de Kael grabado en tu cabeza para siempre, ¿verdad? Sería una imagen muy desagradable para llevarla contigo por la eternidad.

Hizo un gesto con la mano a Silanus.

—Llévatela. Y asegúrate de que el médico vea al chico. No quiero que mi nueva herramienta se distraiga con preocupaciones domésticas.

La mano de Silanus se cerró sobre el brazo de Aina. No fue un agarre brutal, sino firme, ineludible. Ella se puso de pie como una autómata. Sus piernas se movían, sus pulmones inhalaban y exhalaban, pero Aina sentía que su verdadero ser se había quedado

atrás, congelado en el momento en que Marcus había mencionado el nombre de su hermano.

Mientras Silanus la empujaba hacia el pasillo en penumbra, alejándola del estudio iluminado y del olor a tinta y poder, Aina no pensó en venganza. No había espacio para la ira en su mente saturada. Solo había datos. Números de trigo. Nombres de capitanes. Y la certeza fría y matemática de que su vida ya no le pertenecía.

El papiro mental seguía abierto ante sus ojos, superpuesto a la oscuridad del corredor.

Nave Minerva. 4.500 modios.

Y debajo, en una tinta hecha de miedo y sangre, se escribía una nueva entrada en su archivo infinito:

Dueño: Marcus Valerius. Precio: La vida de Kael.

Aina caminó hacia la negrura, abrazando su condena. El coste de la tinta era su alma, y el contrato acababa de ser firmado.

CAPÍTULO 2

La jaula de mármol

El amanecer sobre Roma no traía esperanza, solo una luz lechosa que se arrastraba por el peristilo, revelando el polvo que danzaba en el aire estancado. Para Aina, aquella claridad no marcaba el inicio de un nuevo día, sino la continuación de una condena que se medía en gotas de tinta y silencios forzados.

La biblioteca de la domus de Marcus Valerius era una obra maestra de arquitectura intimidante. Estanterías de madera de cedro se alzaban hasta un techo abovedado pintado con frescos de conquistas pasadas, y el olor a papiro seco, cera y cuero impregnaba cada rincón. Era un santuario del conocimiento, pero para ella, sentada en su pequeño taburete de madera con la espalda rígida, constituía la jaula de mármol más hermosa y cruel del Imperio.

Aina mojó el cálamo en el tintero de bronce. La punta rascó la superficie, un sonido áspero que resonó en la inmensidad de la sala vacía. Sus manos, delgadas y manchadas de negro en las yemas de los dedos, no temblaban. Su cuerpo había aprendido la quietud de las estatuas que adornaban el jardín, esa inmovilidad necesaria para volverse invisible a los ojos de los poderosos.

Sin embargo, detrás de su mirada, esos iris de un gris tormentoso que parecían reflejar un cielo a punto de romperse, su mente era un

torbellino que jamás descansaba. No podía olvidar. No era una elección, era una condena biológica.

Miró el documento que tenía frente a ella. Era un registro de gastos triviales: importaciones de vino de Falerno, compra de aceites, reparaciones en las caballerizas. Pero su mente no veía listas aisladas. Su memoria eidética superponía este pergamino con el que había transcrito tres días atrás, y con la carta privada que Marcus había quemado parcialmente la noche anterior, cuyas palabras carbonizadas ella había memorizado en el segundo que tardaron en consumirse.

Las cifras no cuadraban. El vino de Falerno costaba el triple de lo habitual. Los «aceites» provenían de un proveedor en la Galia conocido por traficar con acero, no con ungüentos.

Sintió una presión en el pecho, una garra fría que le apretaba los pulmones. No era miedo físico, era el peso abrumador de la verdad. Su mente comenzó a trazar líneas invisibles, conectando datos, fechas y nombres. La información se agolpaba en su lóbulo frontal, exigiendo ser procesada, gritando conclusiones que ella no quería escuchar.

Cerró los párpados con fuerza. Olvídalo, se ordenó. Eres una herramienta. Las herramientas no piensan, solo ejecutan.

Pero el mecanismo de su cerebro ignoró la súplica. La imagen de las monedas de oro cambiando de manos se proyectó en su mente con la claridad de una pintura fresca. Marcus Valerius no estaba abasteciendo su casa; estaba financiando algo. Algo grande. Algo que olía a hierro y sangre. El sonido de unas sandalias golpeando el mosaico del pasillo exterior la sacó de su trance. El ritmo era inconfundible: pasos seguros, rítmicos, dueños del suelo que pisaban.

Marcus Valerius entró en la biblioteca.

La temperatura de la sala pareció descender. El Legado Imperial vestía una túnica de lino blanco impoluto, con el borde púrpura que denotaba su rango cayendo con una elegancia estudiada sobre su hombro. Era un hombre hermoso, de esa belleza afilada y fría que tienen las armas bien forjadas. Su cabello estaba perfectamente peinado, y su rostro, liso y rasurado, mostraba una serenidad que a Aina le resultaba más aterradora que la ira.

—Aina —dijo él. Su voz era suave, una caricia de terciopelo que ocultaba espinas. No la miró al entrar; se dirigió a una mesa auxiliar donde reposaba una jarra de agua—. ¿El inventario está listo?

Aina bajó la cabeza, clavando la vista en el escritorio. La sumisión era su armadura.

—Casi, dominus —respondió. Su voz salió ronca por el desuso—. Estoy cotejando las últimas entregas de... aceite.

Marcus se giró lentamente, con la copa de plata en la mano. Dio un sorbo, observándola por encima del borde. Sus ojos recorrieron la figura de la esclava, no con deseo, sino con la evaluación clínica de quien revisa el filo de una espada antes de la batalla.

—Aceite —repitió él, saboreando la palabra—. Es vital mantener las lámparas encendidas, ¿verdad? La oscuridad es donde se esconden los traidores.

Caminó hacia ella. El sonido de sus pasos resonó como martillazos en los oídos de Aina. Se detuvo justo detrás de su taburete. Ella podía oler su perfume: sándalo y algo metálico, quizás el residuo de las armas que había inspeccionado esa mañana. Sintió el calor de su cuerpo irradiando contra su espalda.

—Tienes un don, pequeña escriba —murmuró Marcus, inclinándose hasta que su boca quedó cerca de la oreja de ella—. Un oficial de mi guardia dice que eres lista. Yo digo que eres... un archivo viviente.

Una mano grande y cuidada se posó sobre el hombro de Aina. Los dedos apretaron ligeramente.

—Dime, Aina. ¿Qué ves en esos números?

El pánico estalló en su interior. Era una trampa. Si decía la verdad, revelaba que entendía el código. Si mentía, y él lo sabía, su utilidad terminaba.

Entonces ocurrió. No fue el vacío de la parálisis, sino el **Efecto Palimpsesto**.

Su mente no se detuvo; se aceleró hasta la hiperactividad. Sobre el registro de aceites que tenía delante, comenzó a proyectarse, con una nitidez traslúcida, el mapa de la Galia que había visto en el despacho de Marcus, la lista de precios de la herrería de Lugdunum y la carta quemada. Las imágenes se superpusieron como capas de pergamino transparente. Aina sentía que su cerebro procesaba miles de variables por segundo.

Su mano, en lugar de congelarse, comenzó a moverse sola sobre el papiro. Siguió trazando los números del inventario de aceites con una caligrafía perfecta, rítmica, casi mecánica, mientras sus ojos se dilataban hasta volverse dos pozos de mercurio líquido. No miraba la tinta; miraba la red de traiciones que se tejía en su lóbulo frontal.

—¿Aina? —La voz de Marcus se endureció.

La presión en su hombro aumentó. Aina seguía escribiendo. Su cálamo no falló ni un solo trazo, pero su respiración se volvió superficial, rítmica como la de un autómata. El presente se había fracturado: veía a Marcus, pero también veía el rostro del soldado que quemó su aldea, cuya imagen estaba archivada con la misma etiqueta de "peligro inminente" que el hombre que tenía detrás.

Marcus frunció el ceño, estudiando ese comportamiento errático. Ella no se había roto; se había transformado en una pieza de relojería.

—Fascinante —susurró él, retirando la mano como si tocara una máquina que vibra al límite de su resistencia—. Ni siquiera te detienes para asimilar el miedo. Procesas... y ejecutas. Eres un instrumento perfecto.

Se alejó hacia la ventana. El efecto comenzó a desvanecerse, dejando a Aina con una náusea profunda y una sed abrasadora.

—Termina el registro. Y copia esto también. —Sacó un rollo pequeño y lo lanzó sobre el escritorio—. Es una lista de senadores que requieren una invitación especial para los juegos. Quiero que memorices sus nombres. Y luego, quiero que te olvides de que alguna vez los leíste.

Aina parpadeó. La superposición desapareció.

—Sí, dominus.

Marcus se detuvo en el umbral antes de salir.

—Y Aina... Silanus vendrá más tarde. Procura no mirarlo a los ojos.

Poco después, un centurión anónimo entró en la sala, arrastrando ligeramente la pierna izquierda. Olía a vino agrio y menta. Se acercó a la mesa, observando el escritorio con una mirada gélida.

—Se ha ido —dijo el oficial. Aina no respondió. Se limitó a sumergir el cálamo, forzando la quietud de sus dedos que aún vibraban por la sobrecarga mental. El soldado la estudió un momento con una mezcla de curiosidad y desprecio—. Haz tu trabajo, escriba. No querrás que Silanus pierda la paciencia.

Salió hacia el atrio. Aina se quedó sola y abrió el rollo prohibido. Cayo Julio Serapio. Publio Naso. Nombres que su mente ya estaba cruzando con otros datos, sin parálisis, con la frialdad de quien clasifica armas para una guerra que acaba de empezar.

Se llevó las manos a las sienes. No había paz, solo memoria. Y ahora, la memoria había aprendido a actuar mientras ella seguía

fingiendo ser un mueble.

CAPÍTULO 3

Ecos en los números

La luz de la tarde caía oblicua a través de los altos ventanales del scriptorium, filtrada por el polvo en suspensión que bailaba como diminutas estrellas de oro en una atmósfera viciada por el olor a cera vieja, tinta ferrogálica y pergamino curado. El silencio en la estancia era denso, litúrgico, solo roto por el rasgueo rítmico de los cálamos sobre el papiro y la respiración contenida de los copistas. Para cualquiera que observara desde el umbral, aquella sala no era más que una factoría de palabras, un engranaje burocrático en la inmensa maquinaria de la administración de Marcus Valerius. Pero para Aina, sentada en su pupitre habitual, con la espalda rígida y los dedos manchados de negro, aquel lugar era un campo de batalla donde la verdad luchaba por emerger de entre las mentiras.

Aina mojó la punta de su pluma en el tintero de cerámica. La tinta, oscura y espesa como sangre coagulada, brilló bajo la luz mortecina. Frente a ella descansaba el *Codex Rationum*, el libro de contabilidad privado que había logrado sustraer de la mirada vigilante del administrador durante unos instantes, camuflándolo bajo una pila de inventarios mundanos de aceite y vino. Su corazón golpeaba contra sus costillas con un ritmo frenético, una percusión sorda que amenazaba con delatarla, pero su rostro permanecía impasible, una máscara de servidumbre perfecta esculpida por años de miedo y disciplina.

No estaba leyendo. Aina no leía como los demás. Ella absorbía.

Sus ojos grises, inquietos y analíticos, recorrían las columnas de números romanos con la precisión de un agrimensor. XV. MMC. DCCL. Las cifras no eran abstractas para ella; tenían peso, textura y consecuencias. Cada número era un hecho inmutable en un mundo de caos, un ancla de lógica a la que aferrarse cuando los recuerdos amenazaban con arrastrarla. Pero aquella tarde, los números no ofrecían consuelo. Ofrecían una disonancia.

—Concentración, esclava —susurró una voz en su mente, la voz de su antiguo maestro, o quizá era su propia consciencia advirtiéndole del peligro.

Aina cerró los ojos un instante. La oscuridad no trajo el vacío, sino la imagen nítida, casi dolorosa, de la página anterior. Su memoria eidética, esa maldición que le impedía olvidar el tono exacto del cielo el día que la vendieron o el sonido de los huesos al romperse, proyectó el documento en el interior de sus párpados.

Kalendas de Marzo. Entrada de suministros.

Visualizó la lista de grano importado. Trigo de Sicilia, de la mejor calidad. Ceñudo, duro, destinado a las legiones y a la casa del amo. Luego, la cebada y el farro, destinados al sustento de la servidumbre y el ganado. Las cantidades eran exorbitantes.

Cinco mil modios de trigo. Tres mil de cebada.

Abrió los ojos y miró la página actual del libro mayor. Era el registro de consumo de la villa y las propiedades adyacentes de Valerius. Su dedo índice, delgado y pálido, trazó una línea invisible desde la columna de «Entradas» hasta la de «Salidas».

La aritmética era sencilla. La aritmética no podía mentir. Si entraban cinco mil modios y la casa consumía dos mil, debían quedar tres mil en los graneros. Pero el libro indicaba que el *stock* era cero. Todo había sido consumido o distribuido.

—¿Dónde? —se preguntó sin mover los labios.

Su mirada saltó a la sección de «Manutención de Esclavos y Personal». Allí estaban las raciones diarias. Un esclavo de trabajo pesado recibía cuatro libras de pan al día. Uno doméstico, dos. Los ancianos y enfermos, apenas una, si tenían suerte. Aina comenzó a sumar mentalmente, visualizando a cada esclavo de la villa. Conocía sus rostros, sus nombres, sus historias. El cocinero gordo que robaba higos; el mozo de cuadra con la cicatriz en la mejilla; la vieja hilandera que cantaba canciones de cuna en una lengua muerta.

Doscientos esclavos en la villa. Cincuenta en los viñedos. Treinta en las caballerizas.

El total de bocas que alimentar no justificaba la desaparición de tal cantidad de grano. Faltaban toneladas. O mejor dicho, sobraban raciones.

Aina sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la corriente de aire que entraba por la puerta entreabierta. Su mente, traicionera y eficiente, trajo a colación otro documento que había copiado hacía dos semanas: el *Libellus de Mortuis*, la lista de bajas.

La epidemia de fiebres del último invierno había sido cruel. Recordó el olor a vinagre y alcanfor que impregnaba los barracones, los cuerpos envueltos en lino basto sacados en carretas bajo la luz de la luna para no alarmar a los invitados del Amo. Recordó transcribir los nombres, tachándolos del registro de propiedad de Marcus Valerius.

Grumio. Fallecido por fiebre. Lydia. Fallecida por parto. Siro. Fallecido por accidente en la cantera.

Aina volvió a la lista. No era un error de copista. La caligrafía era firme, la tinta uniforme. Quien había escrito esto sabía lo que hacía. Había asignado raciones completas, raciones de trabajadores de fuerza, a hombres y mujeres que, oficialmente, eran polvo y ceniza.

Cientos de modios de grano. Barriles de carne salada. Ánforas de vino. Todo desapareciendo en las gargantas de fantasmas.

Los muertos no comen —pensó Aina, sintiendo cómo la lógica fría de su mente chocaba contra la imposibilidad del registro—. *Y si comen, es que no están muertos*.

Pero ella había visto los cuerpos. Su memoria le lanzó la imagen superpuesta a la realidad: la carreta alejándose, el pie inerte de Siro sobresaliendo de la manta. Lo había visto. Era un hecho registrado por sus sentidos.

Entonces, ¿quién se comía la ración de Siro?

El sonido de una campana lejana anunció el final del turno de trabajo vespertino. El capataz se sobresaltó, despertando de su letargo, y golpeó el suelo con su vara.

—¡Cerrad los libros! —bramó con voz pastosa—. La luz se acaba y el aceite de las lámparas es caro. ¡A los barracones!

Aina cerró el *Codex Rationum* con manos temblorosas. El sonido de las tapas de cuero al juntarse resonó como el cierre de un ataúd. Se apresuró a devolverlo a su lugar, asegurándose de que quedara exactamente alineado como lo había encontrado, milimétricamente perfecto. Un solo error en la posición alertaría a Marcus Valerius, un hombre que notaba si una flor del jardín había perdido un pétalo.

Se unió a la fila de esclavos que salían del edificio principal, bajando la cabeza, encogiéndose de hombros para parecer más pequeña, más insignificante. Cruzaron los patios de mármol, dejando atrás el lujo y la belleza de la villa, adentrándose en la zona de servicio, donde el olor a jazmín era reemplazado por el hedor a letrinas, sudor rancio y guiso de coles.

El comedor de los esclavos era un cobertizo largo y bajo, con mesas de madera tosca pulidas por el uso de mil codos. El ruido era ensordecedor: cientos de cucharas de madera golpeando cuencos de barro, conversaciones en una docena de dialectos, risas cansadas y toses secas.

Aina recogió su ración: un trozo de pan duro y un cucharón de potaje aguado donde flotaban unas pocas legumbres tristes. Se retiró a una esquina en sombras, lejos de los grupos que se formaban por afinidad o procedencia. Ella no pertenecía a ninguno. Su capacidad para leer y escribir, su posición en la «casa grande», la convertía en una sospechosa para los esclavos de campo y en una rival para los domésticos.

Se sentó en el suelo, con el cuenco entre las rodillas, pero no comió. Sus ojos escanearon la estancia.

Allí estaba el grupo de los canteros, hombres cubiertos de polvo blanco, con las manos callosas y las miradas vacías. Comían con voracidad, engullendo el pan sin masticar. Aina contó las cabezas. Veinte. Según el libro de cuentas, deberían ser treinta y cinco.

Miró hacia la zona donde se agrupaban los encargados de los establos. Faltaban tres.

La discrepancia física confirmaba la discrepancia numérica. No había suficientes bocas aquí para justificar la comida que salía de los almacenes.

Aina partió un trozo de pan, pero se le hizo bola en la garganta. La verdad se iba perfilando en su mente con la nitidez de un grabado.

Había dos posibilidades. La primera: corrupción. El administrador o el propio Marcus estaban vendiendo el excedente en el mercado negro, lucrándose a costa del Imperio, inflando los costes para quedarse con la diferencia. Era un delito común, una banalidad del mal que impregnaba Roma desde el Senado hasta las cloacas.

Pero algo no encajaba. Marcus Valerius era inmensamente rico. El riesgo de ser descubierto por una auditoría imperial —especialmente con los rumores de que inspectores de Roma rondaban la provincia — no compensaba las ganancias de unos sacos de trigo. Valerius era ambicioso, no estúpido. Y su ambición era política, no meramente económica.

La segunda posibilidad era mucho más oscura.

Aina cerró los ojos y dejó que los números flotasen de nuevo en la oscuridad. Las cantidades. El tipo de comida. No era comida de lujo para vender en banquetes. Era comida de sustento. Calorías baratas y eficientes. Trigo, carne salada, vino peleón. Combustible para cuerpos que trabajan.

Si los muertos no comían, y los vivos que ella veía no consumían tanto... entonces había otros vivos. Vivos que no constaban en ningún registro oficial. Vivos invisibles.

Un ejército fantasma —pensó, y el terror le heló la sangre.

Miró a su alrededor con una nueva paranoia. ¿Quién más sabía esto? ¿Los cocineros? Probablemente solo seguían órdenes: «Prepara cincuenta raciones más y déjalas en el carro del patio trasero». ¿Los conductores de las carretas? Ellos sabían a dónde iba la comida.

Un esclavo corpulento, un dacio con una oreja mutilada, pasó cerca de ella y la miró con desprecio, escupiendo al suelo cerca de sus sandalias.

—Escriba —masculló, como si fuera un insulto.

Aina no reaccionó. Su mente estaba lejos, trazando mapas. Si la comida salía de la villa pero no se consumía en los barracones, tenía que ir a algún lugar cercano. Un lugar lo suficientemente grande para ocultar a... ¿cuántos? Según sus cálculos rápidos, basados en las raciones excedentes, la cifra rondaba los ochenta hombres. Ochenta hombres comiendo raciones completas de combate.

Ochenta hombres no pueden esconderse en una bodega. Ochenta hombres necesitan espacio, letrinas, agua.

De repente, un recuerdo sensorial la asaltó. Hace tres días, cruzando el patio de servicio al amanecer, había notado un olor extraño en la ropa de uno de los mozos que descargaba leña. No olía a establo, ni

a cocina, ni a campo abierto. Olía a humedad estancada, a salitre y a oscuridad mineral. Olía a cueva. O a mina.

Pero las minas de plata de Valerius estaban a días de viaje hacia el oeste.

Aina miró su cuenco de potaje, ahora frío. La superficie del líquido estaba quieta, negra, reflejando su propio rostro demacrado.

Había encontrado el error en la ecuación. Marcus Valerius estaba alimentando a un contingente oculto. Manteniendo a hombres «muertos» fuera de la vista de los censores, del recaudador de impuestos y, lo más peligroso, de Roma. Crear una fuerza privada, ocultar recursos al Emperador, falsificar los registros de población... eso era traición. *Maiestas*. El crimen por el que se crucificaba a los senadores y se diezmaba a las familias.

Y ella, Aina, la escriba que no podía olvidar, tenía la prueba en su cabeza.

Sintió una náusea repentina. El conocimiento era poder, decían los filósofos. Se equivocaban. En su mundo, el conocimiento era una sentencia de muerte. Si Valerius sospechaba que ella había cruzado los datos, que había hecho la suma prohibida, su vida valdría menos que la tinta que usaba para escribir su nombre.

—Come, chica —dijo una voz ronca a su lado.

Aina dio un respingo. Era una anciana, una de las lavanderas, que la observaba con ojos lechosos por las cataratas.

—Estás pálida como la luna de invierno —continuó la vieja, empujando su propio mendrugo de pan hacia Aina—. Si no comes, te volverás transparente. Y los transparentes desaparecen pronto en esta casa.

—No tengo hambre —murmuró Aina, con la voz quebrada.

—El hambre es lo único que es tuyo —replicó la anciana, volviendo a su comida—. Todo lo demás es del Amo.

Aina miró el pan. La vieja tenía razón. Pero ahora, Aina tenía algo más que hambre. Tenía un secreto. Un secreto pesado y tóxico que quemaba en su mente.

Se levantó despacio, dejando la comida intacta. Necesitaba aire. Necesitaba pensar. Caminó hacia la salida del barracón, hacia la noche que ya había caído sobre la finca. El aire fresco le golpeó la cara, pero no alivió la fiebre de sus pensamientos.

Desde su posición, podía ver la villa principal iluminada por cientos de antorchas y lámparas de aceite. Parecía un palacio de luz flotando en la oscuridad, hermoso y terrible. Allí dentro, Marcus Valerius probablemente estaría bebiendo vino de Falerno, riendo con sus invitados, seguro en su red de mentiras.

Aina miró hacia el bosque que rodeaba la propiedad, hacia las sombras impenetrables más allá de los muros. Allí fuera, en algún lugar, los muertos comían el pan de los vivos. Y ella tenía que averiguar por qué, antes de que decidieran que ella también debía contarse entre los difuntos.

Sus dedos, inconscientemente, empezaron a trazar números en el aire, repitiendo la resta una y otra vez, buscando un error que le devolviera la paz, una equivocación que hiciera que todo fuera inocente.

5000 - 2000 = 3000. 3000 que no existen. 80 hombres que no respiran.

No había error. Solo había horror.

Aina se abrazó a sí misma para contener el temblor. La noche era vasta y silenciosa, pero para ella, los números gritaban.

CAPÍTULO 4

El rostro en la arena

El calor en Tarraco no descendía del cielo; emanaba de la piedra. Era un vaho tangible, una entidad física que se adhería a la piel y secaba la garganta, cargado con el polvo blanco de las canteras y el hedor dulzón y podrido del garum fermentando en los almacenes del puerto.

Aina caminaba con la cabeza gacha, la barbilla clavada en el pecho, trazando una línea invisible sobre el empedrado de la Vía Augusta en su tramo urbano. Contaba. Era su mecanismo de defensa, el único muro que lograba erigir entre su mente y el caos del mundo exterior.

Ciento doce losas de arenisca. Catorce adoquines rotos. Tres manchas de aceite rancio.

El mundo era demasiado ruidoso, demasiado brillante, demasiado lleno de información. Para una mente que no podía olvidar, que absorbía cada detalle con la voracidad indiscriminada de una esponja seca arrojada al mar, salir de la villa de Marcus Valerius no era una liberación, sino una tortura sensorial. En la penumbra del *scriptorium*, el universo se reducía a tinta, papiro y silencio. Allí, ella tenía el control. Allí, los datos estaban ordenados en estanterías. Aquí, en el mercado que bullía a la sombra de las gradas del Anfiteatro, la vida se le echaba encima sin pedir permiso.

Llevaba una túnica de lino basto, teñida de un gris indefinido, el color de las sombras, el color de quien no desea ser visto. En su mano derecha aferraba una bolsa de cuero con las monedas exactas que el mayordomo, un hombre de rostro porcino y aliento a vino agrio, le había entregado con una advertencia sibilante: «Papiro de la mejor calidad, niña. De la remesa de Alejandría. Si Valerius encuentra una sola imperfección en la fibra, será tu piel la que usemos para escribir».

Aina apretó la bolsa. El cuero crujió.

El encargo era una excusa, o quizás una prueba. Marcus Valerius no necesitaba papiro con urgencia; los estantes estaban llenos. La había enviado fuera para observar su comportamiento, o tal vez simplemente para recordarle que su vida pendía de un hilo tan fino como el que ataba los rollos que debía comprar. Ella sabía lo que había visto en los libros de cuentas. Sabía que los números no mentían, aunque los hombres sí lo hicieran. Había un agujero en las finanzas de la provincia, un abismo negro por donde se desangraban los impuestos imperiales, y el nombre de Valerius estaba escrito en los márgenes de ese fraude con tinta invisible.

Un carro tirado por bueyes le cortó el paso, obligándola a detenerse bruscamente. El conductor, un hombre de brazos quemados por el sol, gritó una maldición en un latín vulgar, deformado por el acento íbero. Aina no le miró a la cara. No podía. Si lo hacía, grabaría sus rasgos para siempre: la forma de la nariz, la cicatriz sobre la ceja, el número de dientes que le faltaban. Su memoria no discriminaba; guardaba la basura con el mismo celo que los tesoros.

Respiró hondo, tragando polvo. Debía concentrarse. La tienda de suministros estaba cerca, encajonada entre una taberna ruidosa y un puesto de salazones que atraía a nubes de moscas verdes y brillantes.

Avanzó, esquivando cuerpos sudorosos. El roce de la piel ajena le provocaba una repulsión eléctrica. Cada contacto era un dato más.

Tela de lana, áspera. Piel aceitosa. Olor a ajo y comino. El sonido metálico de una moneda cayendo.

Al llegar al puesto del comerciante de papiro, se sintió momentáneamente a salvo. El olor allí era distinto: seco, vegetal, limpio. Olía a conocimiento potencial, a palabras aún no escritas.

—De Alejandría —dijo, su voz sonando extraña en sus propios oídos, ronca por el desuso. Puso las monedas sobre el mostrador de madera pulida.

El mercader, un griego calvo con ojos acuosos y dedos manchados de tinta permanente, la miró con desdén. Aina era una esclava doméstica, una pieza de mobiliario parlante. No merecía cortesía, solo eficiencia.

—Tengo lo que buscas —gruñó el hombre, dándose la vuelta para rebuscar en los estantes traseros—. El último envío llegó hace dos días. *Hierática*, calidad superior. Ni una sola rugosidad.

Aina esperó, sus ojos recorriendo el mostrador. Había un ábaco con una cuenta desplazada en la tercera fila. Había una mancha de tinta seca con forma de archipiélago. Había un insecto muerto en la esquina, con las patas encogidas hacia el abdomen.

Click. Click. Click. Su mente archivaba las imágenes.

El griego depositó tres rollos sobre la madera con un golpe seco. Aina extendió la mano y acarició la superficie del primero. Sus dedos, sensibles y entrenados, recorrieron las fibras entrelazadas. Era suave, casi sedoso, con esa resistencia flexible que permitía que la pluma se deslizara sin engancharse, sin salpicar. Era perfecto. Era una superficie digna de las mentiras de Valerius.

—Es adecuado —murmuró.

—Adecuado, dice —bufó el mercader, barriendo las monedas hacia su bolsa—. Es mejor de lo que merecen tus manos, chica. Dile a tu

amo que el precio subirá la próxima semana. Los vientos en el Mediterráneo no han sido favorables.

Aina asintió, recogiendo los rollos con reverencia, protegiéndolos contra su pecho como si fueran niños recién nacidos. Giró sobre sus talones para salir, ansiosa por regresar a la seguridad de la prisión de mármol. El mercado, sin embargo, había cambiado durante su breve estancia en la tienda.

El murmullo constante, ese ruido de fondo similar al de una colmena enfurecida, había mutado. Ahora había una tensión vibrante en el aire, una expectativa cargada de morbo. La gente se apartaba, empujándose hacia los lados de la calle, despejando el centro de la vía.

Aina se pegó a la pared de la tienda, abrazando los papiros. Su corazón comenzó a latir con un ritmo sincopado, golpeando contra sus costillas. El miedo, frío y líquido, se vertió en su estómago. ¿Una patrulla? ¿El gobernador?

Entonces lo oyó. El sonido inconfundible, pesado y metálico.

Clanc. Rasss. Clanc. Rasss.

Cadenas arrastrándose por la tierra. Pasos pesados, descoordinados pero implacables. Y el chasquido húmedo de un látigo cortando el aire, seguido no por un grito, sino por un gruñido contenido.

—¡Carne fresca para la arena! —gritó alguien desde un balcón cercano. Una risa cruel, colectiva, recorrió la multitud como una ola.

Aina sintió el impulso de cerrar los ojos, de refugiarse en la oscuridad detrás de sus párpados, pero su propia naturaleza se lo impidió. Era una observadora. Su maldición era ver. Su condena era recordar.

La caravana apareció por la curva de la calle, levantando una nube de polvo ocre que el sol del mediodía atravesaba como lanzas de luz. Eran gladiadores, o aspirantes a serlo. Hombres arrancados de los

confines del mundo, arrastrados hasta Tarraco para morir sobre la arena dorada por el capricho de una multitud aburrida.

Iban encadenados por el cuello y los tobillos, una larga serpiente de miseria humana.

Aina, paralizada contra la pared, comenzó a catalogarlos involuntariamente. La información fluía hacia su mente sin filtro, superponiéndose a su voluntad.

Sujeto uno: Nubio. Altura aproximada seis pies. Cojera en la pierna izquierda. Quemadura reciente en el hombro. Mirada vacía.

Sujeto dos: Galo. Cabello rubio apelmazado con barro. Tatuaje tribal desdibujado en el antebrazo. Respira con dificultad; costilla rota.

Sujeto tres: Tracio. Pequeño, fibroso. Ojos inyectados en sangre. Odio puro.

El olor de la caravana la golpeó antes que los cuerpos. Era un hedor denso a sudor rancio, orina, sangre vieja y miedo. El miedo tenía un olor específico, una nota metálica y ácida que Aina conocía demasiado bien. Era el mismo olor que impregnaba sus propias ropas cuando Valerius la llamaba a su despacho a altas horas de la noche.

La multitud vitoreaba y abucheaba. Alguien arrojó una fruta podrida que estalló contra el pecho de un prisionero germano. El hombre ni siquiera parpadeó.

Aina quería irse. Debía irse. El *scriptorium* la esperaba. Las columnas de números la esperaban. Pero sus pies parecían haber echado raíces entre los adoquines. La procesión era hipnótica en su horror.

Un guardia montado a caballo, con la armadura brillando bajo el sol implacable, lideraba la marcha. Su caballo, un animal nervioso de color azabache, piafaba y lanzaba espuma, inquieto por la proximidad de tanta desesperación.

—¡Abrid paso, ratas! —bramó el guardia, haciendo girar su lanza—. ¡Propiedad del Lanista! ¡Respetad la inversión!

La fila continuaba. Rostros y más rostros. Historias truncadas, futuros cancelados. Aina los leía todos, cada cicatriz como una letra en un alfabeto de dolor.

Y entonces, el tiempo se detuvo.

No fue una metáfora. Para Aina, el flujo lineal de los acontecimientos se fracturó. El ruido del mercado se desvaneció, succionado por un vacío repentino, dejando solo un zumbido agudo en sus oídos. El polvo dejó de flotar. El calor dejó de quemar.

Todo su universo se contrajo hasta reducirse a un solo punto, una sola figura que caminaba en la retaguardia de la columna, tropezando con sus propios pies.

Era joven. Demasiado joven para tener esa musculatura, desarrollada no por el ejercicio sano, sino por la carga forzada y la supervivencia. Su piel, bronceada por soles inclementes, estaba sucia, cubierta de una costra de mugre y sangre seca. Llevaba el pelo largo, enmarañado, cayéndole sobre la cara como una cortina negra.

Pero Aina no necesitaba verle la cara completa. Conocía la forma de sus hombros. Conocía la manera particular en que inclinaba la cabeza hacia la derecha cuando estaba agotado. Conocía la cicatriz en forma de media luna en su rodilla, el recuerdo de una caída en las rocas del río cuando tenían seis años.

El archivo en su mente se abrió de golpe, violento, derramando recuerdos sobre la realidad presente como si alguien hubiera volcado un tintero sobre un pergamino inmaculado.

Superposición 1: El río. Agua cristalina. Risas. Él le salpica agua. «¡Aina, mira! ¡He atrapado una rana!»

Superposición 2: La noche del fuego. El humo. Los gritos. La mano de él soltándose de la suya. Sus dedos resbalando. «¡Kael! ¡Kael!»

Superposición 3: El silencio posterior. La certeza, lógica y fría, de que estaba muerto.

Pero no estaba muerto.

El joven levantó la cabeza. Quizás sintió la intensidad de la mirada de ella, un peso físico atravesando la multitud. O quizás fue la sangre, esa conexión invisible que los poetas cantaban y que Aina siempre había despreciado como una fantasía ilógica, pero que ahora vibraba en sus huesos.

Sus miradas se cruzaron.

El impacto fue físico. Aina sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el plexo solar. El aire escapó de sus pulmones en un grito silencioso. Los papiros, esos rollos perfectos y costosos de Alejandría, resbalaron de sus dedos entumecidos y cayeron al suelo sucio, rodando hacia el polvo. No le importó. Podría haber ardido Roma entera en ese instante y ella no habría apartado la vista.

Eran los mismos ojos. Verde musgo con motas doradas. Los ojos de su madre. Los ojos que la miraban desde el espejo cada mañana, aunque en el rostro de él había una dureza que ella no poseía, una capa de hielo formada sobre un océano de sufrimiento.

—Kael... —la palabra se formó en sus labios, sin sonido. Una plegaria rota.

Él se detuvo. La cadena se tensó, tirando de la argolla de hierro alrededor de su cuello, mordiendo la carne. El prisionero detrás de él chocó contra su espalda, gruñendo, pero Kael no se movió. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, perforando la distancia, perforando los años, perforando la mugre y la túnica de esclava.

Hubo un instante de reconocimiento absoluto. No había duda. La geometría de su rostro encajaba perfectamente con las proyecciones

de crecimiento que Aina había realizado inconscientemente durante años en la soledad de su mente. Era él. Su hermano. Su mitad perdida. El único ser humano que compartía su sangre y su historia.

La incredulidad dio paso al horror, y luego a una esperanza tan dolorosa que quemaba como ácido. Estaba vivo. Kael estaba vivo.

Pero estaba encadenado.

Kael abrió la boca. Sus labios estaban agrietados, secos como el pergamino viejo. Intentó decir algo, una sílaba, un nombre, pero de su garganta solo salió un sonido rasposo, ininteligible. Levantó una mano, pesada por los grilletes, en un gesto que podía ser un saludo o una súplica.

—¡Sigue moviéndote, perro!

El estallido del látigo rompió el mundo.

La tira de cuero se enrolló alrededor de la espalda de Kael con un chasquido repugnante. Él se arqueó, un espasmo de dolor puro recorriendo su cuerpo, pero sus ojos no se apartaron de Aina. Había urgencia en ellos ahora. Pánico.

El guardia que caminaba junto a la fila, un gigante con una cicatriz que le dividía la mejilla, tiró de la cadena con violencia. Kael trastabilló, perdiendo el equilibrio, y cayó de rodillas sobre los adoquines.

—¡No! —El grito de Aina fue real esta vez, agudo y estrangulado. Dio un paso adelante, separándose de la seguridad de la pared.

El movimiento atrajo la atención. Varias cabezas se giraron hacia ella. Una esclava insignificante interrumpiendo el espectáculo.

El guardia miró a Kael en el suelo y luego levantó la vista hacia donde estaba Aina. Sus ojos eran fríos, calculadores. Vio la conexión. Vio la tensión eléctrica entre la chica del papiro y el gladiador caído. Una sonrisa cruel se dibujó en su rostro.

Levantó la bota y pateó a Kael en las costillas. El sonido del impacto, seco y contundente, resonó en el cráneo de Aina como si la hubieran golpeado a ella. Kael se dobló sobre sí mismo, tosiendo, escupiendo saliva sanguinolenta.

—¡Levántate! —bramó el guardia—. ¡O te arrastraré hasta el anfiteatro!

Kael luchó por ponerse en pie. Sus músculos temblaban. Buscó a Aina de nuevo con la mirada, desesperado. *Vete*, parecían decir sus ojos. *Vete antes de que te vean. Vete antes de que sepan quién eres.*

Pero Aina estaba congelada en esa parálisis que tanto temía. Su mente se había fragmentado.

Capa 1: Análisis médico. El golpe en las costillas ha causado contusión severa. Posible fractura de la séptima y octava costilla. Respiración superficial indica dolor agudo.

Capa 2: Análisis situacional. Guardia armado, *gladius* reglamentario. Distancia: doce pasos. Multitud hostil. Probabilidad de intervención exitosa: Cero.

Capa 3: Memoria traumática. El fuego. La mano soltándose. «Sálvate tú, Aina». La voz de su madre. La oscuridad.

Las tres capas colisionaron, creando un ruido blanco que amenazaba con hacerla desmayar. El mundo giraba. Los colores se saturaban hasta doler.

—¡Eh, tú! —Una voz tosca a su lado la sacó del trance.

Un hombre corpulento, probablemente un estibador del puerto por el olor a pescado y salitre, la empujó bruscamente hacia atrás.

—¡Quítate de en medio, niña! ¿No ves que estorbas? ¡Deja pasar a la carne!

El empujón rompió la parálisis. Aina tropezó, cayendo de rodillas. Sus manos aterrizaron sobre los rollos de papiro que había dejado caer. La superficie inmaculada, la fibra «de mejor calidad», estaba ahora manchada de polvo y barro de la calle. Arruinada.

Desde el suelo, levantó la vista.

Kael se había puesto en pie. El guardia lo empujaba hacia adelante. La columna de prisioneros reanudaba su marcha inexorable hacia el Anfiteatro, hacia las jaulas subterráneas donde los hombres dejaban de ser hombres para convertirse en bestias o en cadáveres.

Kael giró la cabeza una última vez. Su rostro estaba contorsionado por el dolor y la angustia, pero en esa fracción de segundo, le envió un mensaje claro. No fue una palabra. Fue una mirada cargada de una intensidad feroz, una promesa y una advertencia. *Estoy aquí. Estoy vivo. No me olvides.*

Y luego, la multitud se cerró tras él. Espaldas, túnicas, capas y polvo se interpusieron entre ellos. El sonido de las cadenas se alejó, mezclándose con los vítores y los insultos de la gente.

Clanc. Rasss. Clanc. Rasss.

Aina se quedó arrodillada en la inmundicia del mercado, con el corazón golpeándole contra las costillas como un pájaro atrapado en una jaula de hierro. Sentía las rodillas raspadas contra la piedra, el ardor en las palmas de las manos, pero el dolor físico era irrelevante.

El universo, que hasta hacía un momento era una ecuación fría y ordenada de supervivencia y silencio, acababa de explotar.

Miró los papiros arruinados bajo sus manos. La mancha de barro en el primero tenía la forma de un continente desconocido.

Valerius la castigaría. El mayordomo la golpearía. El miedo a su amo, que había sido su compañero constante, su sombra y su carcelero, de repente parecía pequeño, insignificante. Una vela frente a un incendio forestal.

Kael estaba vivo.

Su hermano estaba en manos del Lanista, destinado a morir para entretenimiento de la ciudad que Valerius gobernaba.

Aina cerró los puños, arrugando el papiro, destruyendo la perfección que tanto valoraba su amo. Sintió una lágrima caliente y solitaria trazar un camino por su mejilla sucia de polvo. No era una lágrima de tristeza. Era una lágrima de rabia. Una rabia fría, geométrica, lógica.

Se puso en pie lentamente. Sus piernas temblaban, pero su mente, por primera vez en años, tenía un propósito que iba más allá de registrar y observar.

Limpió torpemente los rollos, sabiendo que era inútil. El daño estaba hecho. Pero ya no importaba.

Miró en la dirección en la que había desaparecido la caravana. El Anfiteatro se alzaba sobre los tejados de Tarraco, una mole de piedra blanca que devoraba hombres. Ya no era solo un edificio. Era un objetivo.

Aina recogió su bolsa. Respiró el aire cargado de polvo y estiércol, y por primera vez, no contó sus respiraciones. No contó las losas del suelo.

Solo había un número en su cabeza ahora.

Uno.

Un hermano que salvar. Una vida que recuperar. Y un imperio que tendría que arder si se interponía en su camino.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso hacia la villa de Valerius. No corrió. Caminó con la determinación precisa de quien ha resuelto un teorema imposible. La escriba había muerto en el polvo del mercado.

La hermana había nacido.

CAPÍTULO 5

Rumores de purga

El calor en las cocinas de la Villa Valerius no era un consuelo; era una agresión física, densa y grasienta, que se adhería a la piel como una segunda túnica, pesada y asfixiante. Aina descendió los últimos escalones de piedra, dejando atrás el silencio sepulcral de mármol de los pisos superiores para sumergirse en el vientre ruidoso y frenético de la residencia. Allí abajo, el aire olía a sangre de liebre recién sacrificada, a especias traídas de oriente —que costaban más que su propia vida— y a la ceniza húmeda de los hornos que nunca se apagaban.

Sus manos temblaban. No era un temblor visible para cualquiera que no la observara con detenimiento clínico, pero para ella, cada espasmo involuntario de los músculos interóseos era un terremoto. Apretó los puños, clavándose las uñas en las palmas, buscando en el dolor físico un ancla que la mantuviera en el presente. Su mente, esa biblioteca maldita donde nada se perdía y nada se perdonaba, amenazaba con arrastrarla de nuevo a los sucesos de las últimas horas, a superponer imágenes de violencia sobre las ollas de cobre que colgaban del techo bajo.

—Muévete, niña, o te despellejo y te sirvo como entremés.

La voz de Blesila, la cocinera principal, cortó el aire cargado de humo. Era una mujer inmensa, cuyos brazos, moteados de quemaduras antiguas y cicatrices de cuchillo, se movían con la

eficiencia brutal de una máquina de asedio. Estaba descuartizando un capón sobre la mesa de madera de encina, y el sonido del hacha golpeando el hueso —*crac*, golpe seco, separación anatómica— resonó en el cráneo de Aina con una claridad insoportable.

Aina se apartó instintivamente hacia una esquina, buscando refugio junto a las ánforas de aceite vacías. Su posición en la jerarquía de la villa era ambigua, un limbo peligroso. Como escriba personal del *Dominus*, sus manos no estaban hechas para fregar suelos ni desplumar aves; estaban hechas para mancharse de tinta ferrogálica y guardar secretos. Pero en ese momento, la biblioteca y el *scriptorium* le parecían una jaula de cristal a punto de estallar. Necesitaba el ruido, la humanidad sucia y básica de la cocina para convencerse de que seguía viva.

—Solo buscaba agua —murmuró Aina. Su voz sonó extraña en sus propios oídos, rasposa y débil, como pergamino seco.

Blesila soltó un bufido, limpiándose la sangre de las manos en el delantal, que ya era un mapa de manchas ocres y carmesíes. A pesar de su brusquedad, la cocinera tenía ojos astutos, pequeños y oscuros como granos de pimienta, que lo veían todo. En una casa romana, los esclavos eran invisibles para los amos, pero entre ellos, la vigilancia era constante, un mecanismo de supervivencia.

—Agua —repitió la mujer, señalando con la barbilla hacia un cubo de madera junto al fogón—. Bebe. Tienes la cara del color de la leche cortada. Si te desmayas aquí, te tiraré a los cerdos. No tengo tiempo para desmayadas.

Aina se acercó al cubo. El agua estaba tibia y sabía a madera vieja, pero al bajar por su garganta, sintió un alivio momentáneo. Cerró los ojos un segundo. Inmediatamente, la oscuridad tras sus párpados se llenó de registros. Filas de números. Columnas de débitos y créditos. Las cuentas de Marcus Valerius. Su memoria eidética no le permitía el olvido; le presentaba las páginas del libro mayor como si las tuviera delante, iluminadas por una luz fría e implacable.

Entrada: IV Kalendas de Marzo. Pago a la constructora Flavia. Sestercios desviados de la partida de acueductos. Concepto: Reformas estructurales (falso).

Entrada: Idus de Mayo. Soborno al magistrado local. Oculto bajo «donación al templo de Júpiter».

Abrió los ojos de golpe. El recuerdo era tan nítido que le provocó una oleada de náuseas.

Blesila había dejado de cortar. Ahora estaba removiendo un caldero de guiso espeso destinado a la guardia y a los esclavos de rango superior. El movimiento rítmico del cucharón de madera resultaba hipnótico.

—Está de mal humor —dijo la cocinera, sin mirar a Aina. No hacía falta especificar quién. En la Villa Valerius, «Él» era el único sujeto que importaba. El sol negro alrededor del cual orbitaban sus miserables vidas.

—Siempre está de mal humor —respondió Aina, intentando que su tono fuera neutro. La neutralidad era su única armadura.

—No así —Blesila bajó la voz, un susurro que se deslizó por debajo del chisporroteo de la grasa—. Esta noche es diferente. Ha bajado Silanus.

El nombre del mudo provocó un silencio repentino en la zona inmediata de la cocina. Incluso el pinche que fregaba los platos pareció congelarse un instante. Silanus no bajaba a las cocinas a menos que buscara algo afilado o algo caliente. O a alguien.

Aina sintió un frío en la nuca que nada tenía que ver con la temperatura ambiente; era el tacto gélido del miedo.

—¿Qué quería? —preguntó, obligándose a no mirar hacia la puerta.

—Vino. Pero no del que sirven en las cenas. Se llevó tres ánforas del falerno viejo, del que guarda el amo para las victorias. Y pidió ceniza.

—¿Ceniza?

—Un cubo entero de ceniza fría de la chimenea principal. Y aceite de lámpara. Mucho aceite.

La mente de Aina, entrenada para la lógica deductiva, comenzó a conectar los puntos a una velocidad vertiginosa. Vino para celebrar o para olvidar. Ceniza y aceite. No para cocinar. La ceniza mezclada con aceite podía usarse como un abrasivo para limpiar manchas difíciles... o como un acelerante químico para avivar un fuego sin dejar rastro de lo que se quemaba.

Blesila se inclinó sobre la mesa, su enorme pecho descansando sobre la madera manchada. Su expresión cambió; la máscara de dureza se agrietó para revelar un miedo genuino, antiguo y profundo.

—Ha llegado un mensajero al atardecer. Un correo imperial. Lo vi desde la ventana del almacén cuando descargaban el grano. El caballo estaba reventado, echaba espuma por la boca. Venía de Narbona.

Aina se quedó inmóvil. Narbona. La sede del Auditor Imperial.

—¿Viste el sello? —preguntó Aina, casi sin aliento.

—Rojo. Grande. Con el águila.

No era rojo. La memoria de Aina corrigió el dato al instante, basándose en el protocolo que ella misma había estudiado en los manuales administrativos de Valerius. Los correos urgentes de auditoría llevaban sello de cera negra. Si Blesila había visto rojo, quizás era sangre seca o la luz del atardecer engañándola. O quizás... quizás era una citación judicial por *Maiestas*. Traición.

—El amo gritó —continuó Blesila, limpiando la mesa con un trapo sucio, borrando los rastros del capón como si quisiera borrar las palabras que estaba diciendo—. Se escuchó hasta en el atrio.

Gritaba sobre «ratas» y «libros abiertos». Y luego... silencio. Ese silencio que da más miedo que los gritos.

Aina miró sus propias manos. Manos de escriba. Manos que habían transcrito cada uno de los movimientos ilícitos de Marcus Valerius durante los últimos tres años. Ella no era solo una esclava; era el disco duro externo de su corrupción.

—¿Qué ha ordenado? —preguntó. Necesitaba saberlo. La incertidumbre era un lujo que no podía permitirse.

Blesila dejó de fregar. Miró a Aina directamente a los ojos, y en esa mirada, la joven vio su propia sentencia de muerte reflejada.

—Le dijo a Silanus que la casa estaba sucia. Que había demasiados ojos. Demasiadas bocas que comían y no producían. Dijo... —Blesila tragó saliva, su papada temblando—... dijo que era hora de hacer inventario y descartar el «material administrativo obsoleto» antes de que lleguen los inspectores. Mañana al amanecer.

Material administrativo obsoleto.

El término técnico golpeó a Aina en el pecho con la fuerza de un ariete. Valerius no hablaba de papiros viejos ni de cálamos rotos. Valerius deshumanizaba todo lo que tocaba para poder destruirlo sin remordimientos. Para él, Aina no era una mujer, ni siquiera una persona; era un «ítem» en el inventario, una herramienta que había cumplido su función y que ahora, ante una auditoría sorpresa, representaba un pasivo peligroso.

Una prueba incriminatoria que respiraba.

—¿Cuándo llegan los inspectores? —La voz de Aina era un hilo apenas audible.

—El correo dijo que estaban a menos de dos jornadas. Quizás menos si fuerzan la marcha. El amo quiere la casa «limpia» para cuando crucen el umbral.

Dos jornadas. Pero la limpieza empezaría mucho antes. Empezaría esta misma noche. La orden de «limpiar» el personal administrativo no podía significar otra cosa que la eliminación sistemática de los testigos. Y no había mayor testigo que la escriba que conocía dónde estaba enterrado cada sestercio robado al Imperio.

De repente, el calor de la cocina se volvió asfixiante. Las paredes de piedra parecieron contraerse, convirtiendo la estancia en una tumba. Aina miró el fuego del gran horno de pan. Las llamas bailaban, indiferentes, hambrientas. Imaginó los papiros ardiendo. Imaginó su propio cuerpo ardiendo.

—Tengo que irme —dijo Aina, dando un paso atrás.

—¿A dónde vas a ir, criatura? —Blesila negó con la cabeza, volviendo a su tarea con una resignación triste—. Las puertas están cerradas. Los perros están sueltos en los jardines. Silanus está rondando. Lo mejor que puedes hacer es esconderte en tu agujero y rezar para que se olvide de ti hasta que pasen los auditores. A veces... a veces, si uno se queda muy quieto, los monstruos pasan de largo.

Aina sabía que eso era mentira. Los monstruos como Valerius no olvidaban. Y Silanus, el sabueso mudo, no pasaba de largo; olía el miedo.

—Gracias por el agua, Blesila.

Aina se dio la vuelta y caminó hacia las escaleras. Sus movimientos eran rígidos, mecánicos. Su mente había entrado en el estado de «parálisis por análisis», pero esta vez, el terror le dio un enfoque singular.

Mientras subía los escalones hacia la oscuridad del pasillo de servicio, su memoria proyectó un mapa de la villa. No el mapa arquitectónico, sino el mapa de las rutas de escape, de los puntos ciegos, de las debilidades estructurales.

Corredor este: Guardia cada dos horas. Ventana del scriptorium: pestillo oxidado, caída de cinco metros al seto de bojes. Bodega:

acceso al sistema de drenaje pluvial que desemboca fuera de los muros.

Cada paso era un cálculo. Cada latido, una cuenta atrás.

Valerius iba a purgar la casa. Iba a borrar sus huellas. Y Aina era la huella más grande de todas.

Al llegar al rellano del primer piso, el silencio de la casa la golpeó. Pero ya no era un silencio de paz; era el silencio de un depredador conteniendo la respiración antes del salto. A lo lejos, en el ala oeste, donde se encontraba el despacho del *Dominus*, escuchó un sonido sordo.

Thump.

Como un libro pesado cayendo al suelo. O un cuerpo.

Aina se pegó a la pared, fundiéndose con la sombra de una columna jónica. Su corazón martilleaba contra sus costillas, un tambor de guerra en un templo vacío. Recordó las palabras de Lucius, su protector, el viejo centurión borracho que ahora dormía la mona en los establos, ajeno a que la espada de Damocles había caído finalmente.

«El Imperio es una máquina, Aina. Si te pones en medio, te tritura. Si quieres sobrevivir, tienes que ser la arena en los engranajes, no la mano que intenta pararlos».

Ella no tenía armas. No tenía fuerza física. No tenía estatus legal. Pero tenía la verdad. Toda la verdad, almacenada en las circunvoluciones de su cerebro, indeleble, precisa, letal.

Si Valerius quería borrar los libros, tendría que quemarla a ella. Pero si ella lograba salir... si lograba llevar esa «biblioteca» que era su mente hasta Narbona, hasta el Auditor Imperial... entonces el cazador se convertiría en presa.

La decisión cristalizó en su mente con la frialdad de la lógica pura. El miedo seguía ahí, un animal vivo royendo sus entrañas, pero la

necesidad de sobrevivir era más fuerte. No por ella misma —su autoestima había sido erosionada hacía años—, sino por el sentido de justicia simétrica que gobernaba su visión del mundo.

Acción: Purgar. Reacción: Huir. Resultado variable: Muerte o Justicia.

Aina se deslizó por el pasillo, alejándose de sus habitaciones, alejándose de la seguridad falsa de su cama. No volvería a dormir en la Villa Valerius. Esta noche, la casa no era un hogar; era un matadero. Y las reses habían empezado a oler la sangre.

Avanzó hacia las sombras, hacia donde sabía que Lucius guardaba su vieja *gladius* oxidada y su honor perdido. El tiempo de observar había terminado. El tiempo de escribir la historia había terminado.

Ahora tocaba correr.

Se detuvo un instante al pasar frente a un espejo de bronce pulido colgado en el corredor. Apenas se reconoció. Una figura menuda, envuelta en una túnica gris de lana basta, con el cabello revuelto y los ojos desorbitados. Parecía un espectro. Una «nadie».

—Material administrativo obsoleto —susurró para sí misma, probando el sabor metálico de las palabras.

Una sonrisa amarga, carente de humor, cruzó su rostro. Valerius había cometido un error de cálculo. Había subestimado la volatilidad del material que pretendía desechar.

Aina se giró y corrió, sus pies descalzos apenas haciendo ruido sobre el mosaico frío. La noche acababa de empezar, y con ella, la cacería.

CAPÍTULO 6

El robo

El silencio en la villa de Valerius no era ausencia de ruido, sino una bestia agazapada.

Aina conocía la textura de ese silencio. Lo había estudiado durante tres años, catalogando cada crujido de la madera de cedro y el ritmo de la respiración de la casa. Pero esta noche, su mente no se limitaba a recordar; estaba proyectando.

Al cruzar el umbral hacia el pasillo de servicio, no sintió el terror viscoso de otras veces. En su lugar, se activó el **Flujo de Probabilidades**. Su cerebro comenzó a trazar líneas de trayectoria sobre el mosaico: si pisaba el borde de la tesela azul, el sonido viajaría a 340 metros por segundo hacia el dormitorio del capataz, con una atenuación del 40% por las cortinas. Inaceptable. Ajustó el paso dos centímetros a la izquierda. El eco se volvió nulo.

Avanzó con una precisión inhumana, casi coreografiada. No necesitaba luz porque su memoria eidética iluminaba el plano en su lóbulo frontal con una nitidez vectorial. Evitó las seis baldosas sueltas no por miedo, sino porque su cálculo indicaba un 92% de probabilidad de alerta si la vibración alcanzaba el sensorio del perro de los guardias en el atrio.

Llegó al *tablinum*. La puerta de madera de roble se alzaba ante ella. Aina posó la mano sobre el bronce frío. No contó los segundos por pánico; los contó para sincronizar la fricción de los goznes con el momento exacto en que el viento del exterior golpeaba las persianas del peristilo.

Tres... dos... uno... ahora.

Empujó. El sonido quedó sepultado bajo el rumor del viento. Entró.

El despacho estaba cortado por un haz de luz de luna. Aina no se detuvo a oler el ambiente. Sus ojos barrieron la estantería y el **Flujo** identificó las dos *capsae* al instante. No fue una búsqueda; fue un reconocimiento de patrones. Recordaba la inclinación exacta de las fibras de cuero de cuando Valerius las dejó caer hace dos semanas. La de la izquierda tenía una deformación de un milímetro en la base por el peso excesivo. Esa era la verdadera.

Extrajo la segunda *capsa*. **Cinco rollos.** Su mano se movió con rapidez quirúrgica, metiéndolos en el saco atado a su muslo. No hubo dudas. No hubo temblor. Su mente ya estaba calculando el peso adicional (1.2 kilogramos) y cómo afectaría eso a su centro de gravedad durante la carrera.

Entonces, el sonido.

Clac. Clac. Clac.

Sandalias militares. Clavos sobre mármol. El guardia se acercaba.

En lugar de quedar petrificada, el mundo de Aina se ralentizó. Entró en la fase crítica del Flujo. Vio la línea de luz de la lámpara del guardia acercándose por debajo de la puerta. Su cerebro trazó el cono de visión probable. Si se escondía tras el sillón curul, había un ángulo muerto de 15 grados si el guardia mantenía la lámpara a la altura de la cadera.

Se movió. No fue un ovillo de miedo; fue un desplazamiento táctico. Se situó exactamente en el punto de intersección de las sombras.

La puerta se abrió. La luz amarilla barrió la habitación. Aina observó la luz acercarse a sus pies, pero no se movió porque su cálculo le decía que la retina del guardia, adaptada a la llama de la lámpara, no podría distinguir su túnica gris contra el nogal oscuro del sillón en ese nivel de lux.

El guardia bostezó. Un bostezo largo. Aina calculó el tiempo de parpadeo del hombre durante el espasmo. Dos segundos de ceguera total.

Usó ese intervalo para ajustar el saco de los rollos, evitando que rozara el suelo.

—Malditos gatos —masculló el hombre.

La puerta se cerró. El clic del pestillo no fue un alivio, sino el cierre de una ecuación exitosa.

Aina no esperó sesenta segundos por temor. Esperó exactamente cuarenta y dos, el tiempo necesario para que el guardia alcanzara el recodo de las cocinas según su cadencia de paso previa. Se levantó con un movimiento fluido. Los cinco rollos golpearon su cadera, un peso real que ahora formaba parte de su propia física de escape.

Miró el escritorio una última vez. No sintió el impulso de dejar notas. Vio el tintero y la pluma, y su mente simplemente registró: "evidencia dejada: cero".

Salió al pasillo. El aire frío de la noche le golpeó el rostro, pero su mente ya estaba proyectando el mapa de la Vía Augusta y la velocidad necesaria para alcanzar los caballos de Lucius. La parálisis había muerto; en su lugar, nació un motor lógico que no se detendría hasta cruzar la frontera.

Hoy, la muerte tendría que ser más rápida que sus cálculos para alcanzarla. Y los cálculos de Aina nunca fallaban.

CAPÍTULO 7

Sombras en Tarraco

El amanecer en Tarraco no traía esperanza; traía olor a pescado podrido y la humedad salina que se adhería a la piel como una segunda túnica, fría y pegajosa.

Aina caminaba, o más bien, huía con la torpeza de quien ha pasado su vida entre rollos de papiro y no entre adoquines resbaladizos. Sus sandalias, inadecuadas para el terreno irregular de la Subura portuaria, chapoteaban en los charcos de aguas negras que la noche había dejado como ofrenda a los desposeídos. La bolsa de cuero que colgaba de su hombro izquierdo pesaba más que su propia conciencia. Allí dentro no solo había ropa o unas pocas monedas; había palabras. Y en el Imperio, las palabras podían ser más letales que el acero de las legiones.

Se detuvo un instante bajo el dintel de una *insula* decrépita, un edificio de vecinos que parecía sostenerse únicamente por la mugre que cementaba sus ladrillos. Su respiración era un silbido agudo, un *staccato* de pánico que intentaba reprimir.

«Analiza. Evalúa. Ejecuta».

La voz en su mente sonó con la cadencia de sus antiguos tutores, aquellos que Valerius había contratado antes de decidir que ella era más útil como herramienta que como ser humano. Aina cerró los ojos un segundo. Error. Su memoria eidética, esa maldición

disfrazada de don, le trajo de golpe la imagen de la Villa: el mármol blanco manchado por las sombras de la tarde anterior, la mirada vacía de Marcus Valerius mientras firmaba una sentencia, el sonido de la pluma rasgando el papel. No podía olvidar. Nunca podía olvidar. La imagen se superpuso a la oscuridad de sus párpados con una nitidez dolorosa, paralizándola.

Abrió los ojos de golpe, forzando al presente a regresar.

El callejón estaba desierto, o eso parecía. La niebla matutina, esa bruma densa que subía desde el Mare Nostrum, envolvía las esquinas y convertía los montones de basura en bestias agazapadas. Debía llegar a la Puerta de las Murallas antes de que el sol estuviera en su cenit. Si Valerius descubría su ausencia —y lo haría, su contabilidad de «propiedades» era impecable—, Silanus ya estaría olfateando el aire como un sabueso mudo y letal.

Se ajustó la capucha de lana basta sobre la cabeza. La tela rascaba su piel, una sensación irritante que, extrañamente, la mantenía anclada a la realidad. Dio un paso fuera del refugio.

El sonido fue sutil. El roce de cuero contra piedra.

Aina giró la cabeza, sus ojos escaneando el entorno con la precisión de quien busca una errata en un texto legal. Tres figuras se materializaron de entre la bruma, bloqueando la salida hacia la vía principal. No eran guardias. Los guardias caminaban con ritmo, con el paso marcial del entrenamiento. Estos hombres se movían con la languidez depredadora de las ratas de puerto.

—Vaya, vaya —dijo el del centro. Era un hombre bajo, ancho como un barril, con una cicatriz que le cruzaba la nariz, deformándola hasta convertirla en un tubérculo amorfo—. Una pajarita ha caído del nido antes de que salga el sol.

Aina retrocedió. Su talón chocó contra un cubo de desperdicios, produciendo un ruido metálico que resonó como una campana en el silencio del alba.

«Tres objetivos. Distancia: cuatro metros. Armamento visible: cuchillos cortos, oxidados. Probabilidad de escape físico: 4,7 %».

Los números bailaron en su mente, fríos y estériles. Su cuerpo, sin embargo, no entendía de estadísticas. El miedo le heló la sangre en las venas, un frío mucho más intenso que el de la mañana.

—Déjenme pasar. —Su voz salió temblorosa, carente de la autoridad que solía impostar cuando leía los edictos de su amo.

El hombre de la izquierda soltó una risa que sonó como grava triturada. Le faltaban los incisivos superiores.

—Tiene prisa, Cayo. Y lleva una bolsa muy grande para una niña tan pequeña.

—La propiedad ajena es sagrada bajo la *Lex Aquilia* —balbuceó Aina, recurriendo a lo único que conocía: la ley. Una defensa absurda en aquel callejón donde la única ley era la fuerza.

Los tres hombres se echaron a reír. Fue una risa fea, húmeda. Avanzaron. El espacio se redujo. Aina podía olerlos ahora: vino agrio, sudor rancio y esa esencia metálica de la sangre seca que impregnaba a quienes vivían de la violencia.

—Danos la bolsa, pajarita —dijo Cayo, el líder, extendiendo una mano sucia y callosa—. Y quizás, solo quizás, te dejemos conservar esa túnica. Aunque parece de buena calidad… tal vez también la necesitemos.

Aina se pegó a la pared húmeda. El ladrillo frío le mordió la espalda a través de la tela. Su mente colapsó. El estrés detonó la fragmentación de su memoria. De repente, no estaba en un callejón de Tarraco. Estaba en la bodega de la villa, años atrás, cuando rompió un jarrón importado de Egipto. Veía los fragmentos de cerámica en el suelo, escuchaba los pasos de Valerius acercándose, sentía el terror infantil de la anticipación al dolor.

La memoria del pasado se superpuso a la realidad presente. Los matones se mezclaban con la silueta de su amo. El miedo era un bucle infinito, una serpiente mordiéndose la cola.

—No… —susurró, abrazando la bolsa contra su pecho como si fuera un hijo.

Cayo se abalanzó. No hubo elegancia, solo brutalidad. Aina intentó esquivarlo, pero sus piernas se enredaron en su propia túnica. Cayó de rodillas sobre el fango. Sintió una mano áspera agarrar su hombro, dedos clavándose en su carne como garfios.

—¡Quieta, zorra!

El tirón la hizo girar. La bolsa osciló violentamente. En su arco descontrolado, la base de cuero endurecido golpeó algo en la penumbra del portal contiguo.

Hubo un sonido de cerámica rompiéndose. Un sonido líquido, trágico para algunos.

—¡Por los testículos de Júpiter!

El rugido no provino de los matones, ni de Aina. Surgió de un montón de trapos que yacía en el umbral, una forma indistinta que hasta ese momento se había confundido con la basura.

La figura se incorporó. Era enorme. Incluso sentado, parecía ocupar demasiado espacio. Aina vio una melena enmarañada, gris y sucia, y una barba que no había visto una navaja en semanas. Pero lo que más destacaba eran los ojos. Inyectados en sangre, rodeados de sombras violáceas, pero con un brillo de furia lúcida que atravesaba la neblina etílica.

El hombre miró al suelo. Allí, entre el barro y los adoquines, yacían los restos de una jarra de barro barata. El vino tinto se mezclaba con el lodo, creando un riachuelo oscuro que moría en la alcantarilla.

—Mi desayuno —gruñó el desconocido. Su voz era profunda, rasposa, como piedras rodando en el fondo de un pozo seco.

Cayo, el líder de los matones, se detuvo, desconcertado por la aparición.

—Vuelve a dormir, viejo borracho. Esto no va contigo.

El desconocido levantó la vista lentamente. Ignoró a Aina, que temblaba en el suelo a escasos metros de él. Sus ojos se clavaron en Cayo.

—Esa jarra me costó los últimos dos sestercios que tenía. —Se puso de pie. El movimiento fue sorprendentemente fluido para alguien que olía como una destilería incendiada. Se tambaleó un poco, pero corrigió el equilibrio abriendo las piernas, plantándose en el suelo con una solidez inamovible—. Y tú acabas de hacer que la niña la rompa.

—Te he dicho que te largues. —Cayo sacó un cuchillo. La hoja, mellada y sucia, brilló débilmente bajo la luz grisácea—. O te abriré otra boca en la garganta para que bebas tu propia sangre.

Aina, desde el suelo, observó la escena con la fascinación del horror. Su mente analítica, aunque aterrorizada, no pudo evitar notar los detalles. El «borracho» no miraba el cuchillo. Miraba el hombro de Cayo. Miraba la distribución de peso de sus pies.

—Tres contra uno —murmuró el desconocido, más para sí mismo que para ellos. Se pasó una mano grande por la cara, limpiándose una gota de lluvia o de vino—. Odio las mañanas.

El segundo matón, el desdentado, perdió la paciencia y se lanzó hacia el vagabundo, confiado en la superioridad numérica y la evidente ebriedad de su oponente. Fue un error de cálculo fatal.

El borracho no retrocedió. Pivotó.

Fue un movimiento económico, carente de florituras. Un paso lateral, un giro de cadera. Su brazo izquierdo salió disparado, no con el puño cerrado, sino con la palma abierta, golpeando la base de la mandíbula del atacante. El sonido fue seco, un *crack* que resonó en

el callejón. El hombre cayó como un saco de trigo, con los ojos en blanco antes de tocar el suelo.

Aina ahogó un grito.

Cayo y el tercer hombre vacilaron. La velocidad de aquel movimiento no encajaba con la imagen del mendigo.

—¡Mátalo! —gritó Cayo, aunque él mismo dio un paso atrás.

El tercer hombre, armado con un palo de madera endurecida al fuego, atacó. Blandió el arma en un arco amplio, torpe. El desconocido dio un paso adelante, entrando en la guardia del atacante, invadiendo su espacio vital. Recibió el impacto del palo en su hombro izquierdo sin inmutarse, como si fuera una gota de lluvia más, y respondió con un rodillazo en el plexo solar que le sacó todo el aire al bandido. Mientras el hombre se doblaba, el desconocido le propinó un golpe descendente con el codo en la nuca. El hombre se desplomó, inerte, sobre los adoquines.

Quedaba Cayo. El líder miraba a sus dos compañeros caídos, luego al gigante barbudo que se frotaba el hombro golpeado con una mueca de fastidio.

—Eres… eres un legionario —dijo Cayo, su voz temblando. Reconocía la técnica. La brutalidad eficiente. El rechazo a gastar energía innecesaria.

—*Era* —corrigió el hombre. Su tono estaba cargado de un amargo cinismo—. Ahora soy un ciudadano sediento al que le debéis una jarra de vino.

Cayo no esperó a la sentencia. Dio media vuelta y corrió, desapareciendo en la niebla con el sonido frenético de sus sandalias golpeando el barro.

El silencio regresó al callejón, más pesado que antes. Solo se escuchaban los gemidos ahogados del hombre con la mandíbula rota y la respiración agitada de Aina.

El desconocido se giró hacia ella. Por un momento, Aina pensó que sería su siguiente víctima. Vio un rostro marcado por la intemperie, surcos profundos alrededor de la boca y los ojos, cicatrices pequeñas que contaban historias de batallas olvidadas. Llevaba una túnica que alguna vez fue blanca, ahora gris y marrón, y sobre ella, restos de una armadura de cuero que había visto tiempos mejores.

Él no la ayudó a levantarse. Simplemente la miró con una mezcla de indiferencia y molestia. Luego, sus ojos bajaron al charco de vino.

—Un desperdicio —masculló. Se agachó, recogió un fragmento grande de la jarra rota que aún contenía un sorbo de líquido carmesí y se lo llevó a los labios sin importarle la suciedad—. Bah. Sabe a barro.

Aina se puso de pie, sus piernas temblando. Se sacudió la túnica, intentando recuperar una dignidad que se había evaporado minutos atrás. Su mente, liberada del pánico inmediato, comenzó a procesar la nueva variable.

«Sujeto: Masculino. Edad estimada: 40-45 años. Condición física: Deteriorada por el alcohol, pero mantiene memoria muscular de combate de élite. Posiblemente excenturión o rango similar. Estado actual: Necesitado de recursos».

Aina sabía que no sobreviviría sola. Tarraco era una boca abierta lista para tragarla, y la Vía Augusta sería aún peor. Necesitaba un escudo. Y acababa de encontrar uno que se vendía por vino barato.

—Gracias. —Su voz sonó demasiado formal, ridícula en aquel contexto.

El hombre la ignoró. Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida del callejón, cojeando ligeramente.

—No me des las gracias, niña. Dame vino. O mejor, desaparece antes de que vuelvan con amigos.

—Espera. —Aina dio un paso hacia él.

Él no se detuvo.

—Tengo cosas que hacer. Dormir, principalmente.

—Puedo pagarte —la frase salió disparada antes de que pudiera analizarla.

El hombre se detuvo en seco. No se giró de inmediato. Sus hombros se tensaron bajo la tela raída.

—No tienes nada que yo quiera, niña. Salvo problemas. Hueles a problemas desde aquí. Hueles a casa grande y a amos enfadados.

Aina tragó saliva. Era perceptivo. Demasiado. Pero la desesperación agudizaba el ingenio. Recordó el peso en el fondo de su bolsa, oculto entre los rollos de papiro virgen y la tinta seca.

—Tengo oro —mintió. O al menos, una verdad a medias.

El hombre se giró lentamente. La codicia y la necesidad luchaban en su rostro contra la cautela de un viejo soldado.

—¿Oro? Una rata de biblioteca huyendo con oro. Eso suena a robo. Y el robo suena a cruz.

—No es robo si es pago por servicios —replicó Aina, adoptando la lógica torcida de Valerius—. Necesito salir de la ciudad. Necesito llegar al norte.

—¿Al norte? —El hombre soltó una carcajada seca—. ¿A la Galia? Niña, no llegarías ni al primer miliario. Los caminos están llenos de bandidos, desertores y patrullas imperiales.

—Por eso te necesito a ti.

El exsoldado la miró de arriba abajo, evaluándola no como a una mujer, sino como a una carga logística.

—Me llamo Lucius —dijo finalmente, aunque sonó más a una advertencia que a una presentación—. Y mi tarifa es alta para niñeras suicidas.

Aina metió la mano en la bolsa. Sus dedos rozaron el objeto frío y duro. Lo sacó, ocultándolo parcialmente con la palma de la mano para que nadie más en las sombras pudiera verlo.

Era un broche. Una fíbula de oro macizo con una esmeralda incrustada en el centro, tallada con el perfil de un emperador ya olvidado. Lo había tomado del escritorio de Valerius, no por codicia, sino porque sabía que el papel no compraba pan, pero el oro compraba silencio.

Los ojos de Lucius se abrieron ligeramente. El brillo de la esmeralda pareció despejar la bruma del alcohol por un instante.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó, su voz bajando a un susurro peligroso.

—¿Importa? —replicó Aina, imitando su tono—. Es suficiente para comprar vino hasta que te ahogues en él. O para comprar una escolta hasta Narbona.

Lucius miró la joya, luego a la chica. Se pasó la lengua por los labios secos. La tentación era física, tangible. Podía ver las ánforas de *falerno* que esa piedra compraría. Podía ver noches sin frío y sin recuerdos.

Pero también vio los ojos de la chica. Grises, analíticos, aterrorizados pero firmes. Le recordaron a alguien. A otra vida. Apartó el pensamiento con un gruñido.

—Guarda eso —ordenó bruscamente, mirando alrededor—. ¿Eres estúpida? Enseñar eso aquí es pedir que te corten la garganta.

—¿Tenemos un trato? —insistió Aina, sin guardar la joya. Necesitaba asegurar el contrato.

Lucius escupió al suelo.

—Narbona está lejos. Y mis sandalias están rotas.

—La joya pagará sandalias nuevas. Y un caballo. Y comida.

El excenturión suspiró, un sonido profundo que parecía vaciar sus pulmones de todo aire. Sabía que era un error. Su instinto, ese que le había mantenido vivo en Germania y Dacia, le gritaba que se alejara. Esa chica era una antorcha andante y él estaba empapado en aceite.

Pero la sed… la sed era un amo más cruel que cualquier César.

—Lucius Vorenus —dijo, extendiendo la mano. No para estrechar la de ella, sino para recibir un anticipo—. Dame la piedra. Yo la administraré. Si entras en una casa de empeños con eso, te venderán a los guardias antes de que puedas decir «Ave».

Aina dudó. Su mente calculó las probabilidades de traición. Eran altas. 85 % de probabilidad de que él tomara la joya y desapareciera. Pero la probabilidad de sobrevivir sola en Tarraco era 0 %.

«La lógica dicta elegir la opción con alguna probabilidad de éxito, por mínima que sea, sobre la certeza del fracaso».

Depositó la fíbula en la palma callosa de Lucius. La mano de él era enorme, caliente y áspera como la corteza de un roble. Él cerró el puño sobre el oro inmediatamente, haciéndolo desaparecer.

—Si intentas huir con ella… —empezó Aina, pero la amenaza murió en su garganta. No tenía con qué respaldarla.

Lucius sonrió, una mueca torcida que mostraba unos dientes sorprendentemente blancos para un vagabundo.

—Si intento huir, niña, no podrás alcanzarme. Pero da la casualidad de que voy en esa dirección. Y me cae mal la gente que tira mi vino.

Se dio la vuelta, haciéndole un gesto para que lo siguiera.

—Vamos. Conozco un lugar cerca de las termas viejas donde podemos cambiar esto por monedas imperiales sin que hagan preguntas. Y necesito beber algo antes de que el sol termine de salir. Si vamos a caminar hasta la Galia, no lo haré sobrio.

Aina se ajustó la bolsa al hombro. El peso seguía allí, pero ahora, al menos, tenía una dirección. Siguió a la figura corpulenta de Lucius Vorenus a través del laberinto de callejones. Observó su espalda ancha, la forma en que su mano derecha descansaba instintivamente cerca de la cintura, donde debería haber colgado una espada corta.

El amanecer finalmente rompió sobre los tejados de Tarraco, bañando la ciudad en una luz cobriza. Para el resto del mundo, era el comienzo de un nuevo día de comercio y gloria romana. Para Aina, era el primer día de una guerra silenciosa.

Caminaba detrás de un borracho, con los secretos del Imperio en una bolsa y el miedo pisándole los talones. Pero caminaba. Y mientras caminara, había datos que procesar, y mientras hubiera datos, había vida.

—Mantén el paso, Escriba —gruñó Lucius sin mirar atrás.

Aina parpadeó. No le había dicho su oficio.

—¿Cómo sabes que…?

—Tienes una mancha de tinta en el dedo medio —la interrumpió él —. Y miras todo como si lo estuvieras leyendo en lugar de viéndolo. Los escribas morís rápido en el mundo real. Trata de mirar menos y ver más.

Aina miró su mano. Efectivamente, una pequeña mancha negra, indeleble, marcaba su piel. Apretó el puño y aceleró el paso. Tal vez, solo tal vez, su cálculo de probabilidades había sido demasiado pesimista. Lucius Vorenus observaba más de lo que aparentaba.

Juntos, la sombra pequeña y la sombra grande se fundieron con la multitud que comenzaba a llenar las calles, desapareciendo en el vientre de la bestia imperial, rumbo al norte, hacia un destino que ninguno de los dos podía prever, pero que estaba escrito en la sangre que aún no se había derramado.

CAPÍTULO 8

La salida de las murallas

El sol de la mañana no calentaba; juzgaba. Sus rayos oblicuos golpeaban la piedra caliza de las murallas de Tarraco, arrancando destellos hirientes que obligaban a entornar los ojos. Para Aina, aquella luz no era una bendición, sino un dedo acusador que señalaba su culpa, su huida y, sobre todo, su insignificancia.

Caminaba dos pasos por detrás de Lucius, con la cabeza gacha y los hombros hundidos, adoptando la postura de la invisibilidad que había perfeccionado durante años en el *scriptorium*. La túnica de lana basta le picaba en la piel, una sensación real que, sin embargo, competía con el archivo táctil de su memoria: podía sentir todavía el roce de la seda fría de los pergaminos que había robado, el peso muerto del libro de cuentas presionado contra su costillar bajo las telas, y la temperatura exacta del aliento de Marcus Valerius en su nuca días atrás.

Todo se superponía. El presente y el pasado luchaban por el control de sus sentidos.

—Mantén el paso —murmuró Lucius sin volverse. Su voz era una mezcla de grava y resaca, pero había una tensión nueva en ella, una cuerda de arco a punto de soltarse.

Aina no respondió. No podía. Su garganta era un desierto de polvo y miedo. Levantó la vista por un segundo, lo justo para ver la espalda de su protector. Lucius Vorenus caminaba con una cojera disimulada, pero su silueta había cambiado. Ya no era el borracho que dormitaba en los zaguanes de la villa; había algo en la angulación de sus hombros, en la forma en que su mano derecha descansaba cerca de la cintura —donde ya no colgaba una espada, sino una daga oculta —, que evocaba al centurión que había sido. Era un disfraz, o quizás, un recuerdo muscular despertando de un largo letargo.

La Puerta Norte se alzaba ante ellos como las fauces de una bestia de cantería. El arco monumental, orgullo de la Tarraconense, proyectaba una sombra negra y fría sobre el pavimento de la Vía Augusta. Allí, la burocracia del Imperio se materializaba en una fila de carretas, mercaderes y viajeros que esperaban el sello de los *beneficiarii*, los soldados encargados del control de aduanas y tránsito.

El olor a estiércol de caballo, cuero sudado y garum rancio golpeó a Aina con la fuerza de un puñetazo. Su mente catalogó cada aroma, asociándolo involuntariamente a recuerdos que no deseaba: el cuero le recordaba al cinturón de Silanus; el sudor, al miedo de los esclavos en las celdas subterráneas.

—Demasiada guardia —susurró Lucius, deteniéndose junto a un carro cargado de ánforas de aceite.

Aina se pegó al lateral del carro, usando la madera como escudo. Sus ojos, incapaces de dejar de registrar detalles, contaron seis guardias. Dos revisaban la carga de un comerciante de telas. Uno, sentado en un taburete, escribía en una *tabula* de cera con la indiferencia de quien cobra por horas. Los otros tres, armados con *pilum* y escudo, observaban a la multitud con esa mezcla de aburrimiento y prepotencia que solo otorga el uniforme imperial.

—¿Vamos a... vamos a volver? —preguntó Aina. Su voz era un hilo frágil.

Lucius escupió al suelo.

—Volver es morir, niña. Cruzaremos.

—Revisan los salvoconductos. No tenemos...

—Tú no tienes. Yo tengo algo mejor. —Lucius se giró hacia ella, y por un instante, sus ojos inyectados en sangre mostraron un destello de acero limpio—. Escúchame bien, escriba. Eres mi esclava. Muda. Estúpida si hace falta. No mires a los ojos a nadie. Si te preguntan, te orinas encima antes de responder. ¿Entendido?

Aina asintió, tragando saliva. La brutalidad de la instrucción la ancló a la realidad. Ser una esclava aterrorizada no requería actuación; era su estado natural.

Avanzaron. Cada paso hacia la sombra del arco aumentaba la presión en el pecho de Aina. El ruido de las sandalias claveteadas de los soldados —*caligae*, su mente susurró el término técnico, visualizando el patrón de los clavos en la suela— resonaba contra la piedra como martillazos.

Llegaron al punto de control. El soldado encargado, un decurión joven con el rostro marcado por el acné y la arrogancia, levantó una mano perezosa para detenerlos.

—Alto —dijo el soldado, sin mirarles realmente, sus ojos puestos en la túnica raída de Lucius—. Documentos de tránsito. Tasa de salida.

Aina sintió que el mundo se inclinaba. Su mano, oculta bajo el pliegue de la túnica, se cerró sobre la tela hasta que los nudillos se pusieron blancos. El libro de cuentas parecía arder contra su piel. *Saben lo que llevo*, pensó. *Lo ven a través de la lana. Ven los números, ven la traición.*

El temblor comenzó en sus rodillas. Era sutil al principio, una vibración interna, pero amenazaba con subir hasta sus manos, hasta su mandíbula. Cerró los ojos un instante y la imagen de Silanus apareció en la oscuridad de sus párpados: el brillo húmedo de sus

ojos, el movimiento de sus manos haciendo señas, prometiendo dolor sin sonido.

—No tengo documentos —dijo Lucius. Su voz no sonó apologética. Sonó aburrida.

El decurión parpadeó, sorprendido por la falta de sumisión. Enderezó la espalda, y su mano bajó instintivamente hacia la empuñadura de su *gladius*.

—¿Cómo dices, anciano? ¿Sabes con quién hablas? Esto es una puerta imperial. Sin sello, no hay paso. Y por tu aspecto, dudo que puedas pagar la tasa de soborno.

Los otros guardias se giraron, oliendo la posibilidad de entretenimiento. Aina se encogió, haciéndose ovillo sobre sí misma. El temblor era ahora visible; los pliegues de su ropa vibraban. *Parálisis*, se dijo a sí misma. *No te muevas. No existes.* Pero su memoria eidética le traía a la mente el sonido exacto de una espada desenvainándose, el crujido del hueso...

Lucius dio un paso adelante. Invadió el espacio personal del soldado, una violación flagrante del protocolo que podría haberle costado la vida en el acto. Pero no lo hizo con agresividad, sino con una familiaridad inquietante.

—Mírame, muchacho —dijo Lucius, bajando la voz a un registro que cortó el aire ruidoso de la puerta como una navaja—. Mírame a la cara, no a la túnica.

El decurión frunció el ceño, dudando.

—¿Quién te crees que...?

—Soy Lucius Vorenus, *Primus Pilus* de la *Legio VI Ferrata* bajo el mando de Marco Antonio en la campaña del Este. —Las palabras salieron con una cadencia rítmica, precisa, militar. No era la voz de un vagabundo; era la voz de un hombre que había gritado órdenes sobre el estruendo de mil muertes—. Y tú, muchacho, llevas el

balteus mal ajustado. Cuelga demasiado bajo a la izquierda. Si tuvieras que desenvainar ahora mismo para matarme, te engancharías con tu propia falda y yo te habría abierto la garganta con los dientes antes de que el acero viera el sol.

El silencio cayó en el pequeño círculo alrededor de ellos. El decurión bajó la mirada involuntariamente hacia su cinturón. Estaba, en efecto, bajo. Se puso rojo como un tomate maduro.

—Centurión... yo... no sabía... —balbuceó el joven, la jerarquía militar grabada a fuego en su entrenamiento superando la realidad evidente de la pobreza de Lucius.

—No se trata de saber, se trata de ver —gruñó Lucius, manteniendo la farsa con una voluntad de hierro. Señaló con la cabeza hacia Aina, que temblaba como una hoja al viento—. Mi sierva está enferma. Fiebres del pantano. Necesito sacarla de la ciudad antes de que vomite sobre tus botas lustradas. ¿Quieres eso en tu turno?

El soldado miró a Aina. Vio el sudor perlando su frente, los ojos desorbitados, el temblor incontrolable. Para él, no era miedo; era la peste, la enfermedad, la debilidad. Retrocedió un paso, asqueado.

—No, señor. Por los dioses, sáquela de aquí.

—¿Y la tasa? —preguntó Lucius, con una ceja arqueada, desafiante.

El decurión miró a sus compañeros, luego a Lucius. Vio en los ojos del excenturión algo que reconoció: la mirada de alguien que ha matado más hombres de los que él había conocido en toda su vida.

—Circulen —dijo el soldado, haciendo un gesto brusco—. Vía libre. *Roma victrix*.

—*Et mortis* —murmuró Lucius a modo de respuesta, una coletilla cínica que el joven no captó.

Lucius agarró a Aina por el brazo. Su agarre fue duro, doloroso, diseñado para sostenerla y empujarla a la vez.

—Camina —siseó en su oído—. No corras. Camina.

Aina obligó a sus piernas a moverse. Cruzaron bajo el arco de piedra. La sombra les engulló un instante, un alivio fresco y oscuro, antes de escupirlos al otro lado, hacia la luz cegadora del campo abierto. El ruido de la ciudad quedó amortiguado por la inmensa muralla a sus espaldas.

Habían salido. Estaban fuera.

El aire aquí olía diferente. Olía a polvo seco, a pinos lejanos y a libertad, pero una libertad que sabía a peligro. La Vía Augusta se extendía hacia el norte como una cicatriz blanca sobre la tierra parda, interminable y expuesta.

Aina soltó el aire que había estado conteniendo en un sollozo ahogado. El temblor comenzaba a remitir, sustituido por una debilidad líquida en las piernas.

—Lo hicimos —susurró, casi incapaz de creer en la continuidad de su propia existencia.

Lucius no se detuvo para celebrar. Su mirada barría el horizonte, evaluando el terreno con la paranoia del veterano.

—Aún no. Guarda tus suspiros para cuando estemos a diez millas de...

El sonido cortó su frase.

No fue un grito. No fue un trueno. Fue un sonido metálico, agudo y rítmico, que provenía del interior de la ciudad, elevándose por encima de las murallas que acababan de cruzar.

Clang-clang-clang.

Tres toques rápidos de una campana de bronce. Silencio. Tres toques más.

Aina se congeló. Su memoria, esa maldita biblioteca que nunca cerraba, le trajo instantáneamente la referencia. No era la campana

del mercado. No era la llamada a la oración.

Era la campana de la Villa de Valerius. La campana que solo se tocaba en caso de incendio... o de robo.

El sonido reverberó en el aire quieto de la mañana, viajando más rápido que cualquier caballo.

Lucius se detuvo en seco y giró la cabeza hacia la muralla. Su rostro perdió la máscara de autoridad y recuperó el cansancio profundo y cínico del fugitivo.

—Maldita sea —gruñó Lucius, y por primera vez, Aina detectó miedo real en su voz—. Han abierto la jaula.

El excenturión la empujó hacia el borde del camino, lejos de la vista directa de la puerta.

—Corre —dijo, y esta vez no fue una orden militar, sino una súplica desesperada—. Corre hasta que te sangren los pies. La cacería ha empezado.

CAPÍTULO 9

Caza iniciada

El silencio en la Villa de Valerius no era paz; era el silencio de un mecanismo de relojería que se había detenido repentinamente.

La tarde caía sobre Tarraco con una pesadez de plomo fundido. El sol, oblicuo y anaranjado, se colaba por el *compluvium* del atrio, proyectando sombras alargadas que convertían las columnas de mármol en barrotes de una celda imaginaria. Marcus Valerius caminaba con la cadencia estudiada de quien sabe que cada paso es observado, incluso cuando cree estar solo. Sus sandalias de cuero repiqueteaban contra el mosaico geométrico, un sonido seco, autoritario, que normalmente precedía órdenes y castigos. Pero hoy, ese sonido resonaba hueco.

Entró en el *scriptorium*.

Era su santuario. El único lugar de la vasta residencia donde el caos del Imperio se sometía a la dictadura de la tinta y el papiro. Aquí, las cifras no mentían, los inventarios de grano de la Bética se alineaban con las necesidades de las legiones en Germania, y el oro fluía por canales invisibles que solo él conocía. O al menos, así había sido hasta esa mañana.

Marcus se detuvo en el umbral. El aire estaba viciado, cargado con el olor dulzón de la cera derretida y el polvo de pergamino antiguo. A primera vista, todo parecía en orden. Las estanterías de madera de

cedro, diseñadas para repeler a las polillas, se alzaban hasta el techo repletas de rollos. Las mesas de trabajo estaban despejadas.

Sin embargo, para un hombre cuya mente funcionaba como un libro de contabilidad, la ausencia tenía peso y forma.

Caminó hacia el escritorio principal, el puesto que ocupaba la escriba. Aina.

La silla estaba vacía, ligeramente desplazada hacia atrás, como si alguien se hubiera levantado con prisa pero intentando disimularlo. Sobre la superficie de madera pulida no había nada. Ni un estilete olvidado, ni una mancha de tinta fresca, ni el rollo en el que debería haber estado trabajando: el inventario fiscal del último trimestre.

Marcus extendió la mano. Sus dedos, cuidados y adornados con el anillo de su sello familiar, rozaron la madera fría. No había calor residual. Hacía horas que ella se había ido.

—Eficiencia —murmuró para sí mismo.

Una cualidad que él admiraba, incluso cuando se volvía en su contra.

Se giró hacia el nicho de seguridad, un compartimento disimulado tras un falso panel de marquetería que representaba el rapto de Europa. Su respiración se mantuvo controlada, pero su pulso comenzó a martillear contra sus sienes. Presionó el resorte oculto. El panel se deslizó con un susurro de madera contra madera.

Vacío.

El cilindro de bronce que contenía el registro de «Gastos Especiales» no estaba.

Marcus sintió un vértigo repentino, una náusea fría que le subió desde el estómago. No era miedo, se dijo. Un Valerius no sentía miedo. Era la reacción fisiológica ante una irregularidad catastrófica. Se apoyó en la mesa para no tambalearse. Ese cilindro no contenía simples números. Contenía su vida. Contenía los nombres de los senadores sobornados en Roma, las cantidades desviadas de los

suministros militares destinados a la Legión VII Gemina, y las pruebas de que el Legado Imperial de Tarraco estaba construyendo un reino privado con el dinero del César.

Si ese documento llegaba a manos del Auditor en Narbona, o peor aún, si caía en manos de sus rivales políticos en la capital, la crucifixión sería el destino más misericordioso al que podría aspirar.

—Maldita sea esa rata de biblioteca —siseó, y la máscara de patricio encantador se desmoronó, dejando ver al depredador acorralado que habitaba debajo.

Golpeó la mesa con el puño cerrado. El dolor fue agudo, real, y le ayudó a centrarse.

Aina. La pequeña, insignificante y gris Aina. La había subestimado. Había confundido su silencio con sumisión, su mirada baja con obediencia, su memoria prodigiosa con una herramienta sin voluntad. Había permitido que una esclava viera los engranajes de su poder, creyendo que el terror la mantendría muda.

Necesitaba recuperarlo. Ahora.

Su primer instinto, el reflejo condicionado de años de servicio al Estado, fue llamar a la guardia. Gritar, convocar al centurión de la guarnición local, ordenar el cierre de las puertas de la ciudad y lanzar a la caballería por la Vía Augusta. Tenía la autoridad para hacerlo. Podía movilizar a cien hombres en una hora.

Caminó hacia la puerta, con la orden en la punta de la lengua.

Se detuvo en seco bajo el dintel.

La luz de la tarde le hirió los ojos. Si movilizaba al ejército... tendría que explicar qué se había robado.

La lógica, fría y cortante como un bisturí, diseccionó la situación. Un esclavo huido era un asunto menor, una molestia doméstica. Pero un despliegue militar masivo por una esclava sugeriría que ella portaba algo de valor incalculable. Los oficiales harían preguntas. El

gobernador de la Tarraconense, un hombre envidioso y suspicaz, querría saber por qué Marcus Valerius estaba tan desesperado. Y si recuperaban a la chica con el cilindro, los soldados lo abrirían. Leerían.

El ejército no era una opción. La ley romana, esa estructura que él manipulaba con tanta destreza, se había convertido en una jaula. No podía denunciar el robo de la prueba de su propio crimen.

Estaba solo.

Marcus cerró los ojos y respiró hondo, inhalando el aroma a lavanda y estiércol que traía el viento desde los campos. Necesitaba una herramienta diferente. No un martillo, como las legiones, que aplastaba todo a su paso y hacía ruido. Necesitaba un escalpelo. Algo sucio, silencioso y letal. Algo que no hiciera preguntas porque no podía hablar.

Una sonrisa amarga y torcida se dibujó en sus labios.

—Muy bien, Aina —susurró al aire vacío—. Quieres jugar a las escondidas. Veremos cuánto corres cuando sientas el aliento del perro en tu nuca.

Giró sobre sus talones y salió del *scriptorium*, pero no se dirigió a sus habitaciones privadas ni al comedor. Cruzó el atrio y se adentró en los pasillos de servicio, aquellos que los invitados jamás veían. A medida que avanzaba, el mármol daba paso a la piedra basta, y la luz del sol desaparecía, engullida por la arquitectura funcional y opresiva de las entrañas de la villa.

El aire aquí abajo era más frío, húmedo. Olía a humedad, a óxido y a algo almizclado, primario.

Bajó una escalera de caracol estrecha que conducía a las antiguas bodegas, ahora reconvertidas. No había esclavos domésticos en esta sección; todos sabían que debían evitar el sótano este si valoraban su integridad física.

Al final del pasillo había una puerta de roble reforzada con bandas de hierro. No tenía cerradura por fuera, solo una pesada tranca que Marcus levantó con esfuerzo. El chirrido del metal resonó como un lamento en la oscuridad.

Empujó la puerta.

La oscuridad interior era casi absoluta, solo rota por el resplandor moribundo de un brasero de carbón en una esquina. El olor le golpeó el rostro: sudor rancio, cuero viejo y sangre seca. Era el olor de una guarida, no de una habitación humana.

—Silanus —llamó Marcus. Su voz no tembló, aunque su piel se erizó instintivamente.

Al principio, solo hubo silencio. Luego, un sonido de arrastre, el crujido de paja y el tintineo suave de una cadena que se tensaba.

De las sombras emergió una figura. No era excesivamente alto, pero su anchura de hombros era antinatural, producto de años de cargar pesos imposibles y ejercer una violencia metódica. Iba desnudo de cintura para arriba, su torso era un mapa de cicatrices antiguas, quemaduras y marcas de latigazos que se entrecruzaban como los ríos de un infierno personal. Su rostro era una máscara de indiferencia brutal, con ojos pequeños y oscuros que no reflejaban luz, sino que la absorbían.

Silanus. El rastreador. El ejecutor.

El hombre se detuvo a tres pasos de su amo. No hizo una reverencia. Simplemente esperó, con los brazos colgando a los costados, las manos grandes y callosas medio cerradas.

Marcus sintió la repulsión habitual que le provocaba su presencia. Silanus había sido un legionario alguna vez, decían, o quizás un gladiador que había matado a su *lanista*. Marcus lo había comprado en una subasta de «lotes defectuosos» en Capua. Le habían cortado la lengua por rebelión, pero esa mutilación lo había hecho perfecto

para los propósitos de Valerius. Un perro que no ladra es el más peligroso. Y un hombre que no puede confesar, es el cómplice ideal.

—Tenemos trabajo —dijo Marcus, manteniendo el tono profesional y desapegado—. Una oveja se ha descarriado del rebaño. Y se ha llevado algo que me pertenece.

Silanus ladeó la cabeza ligeramente. Un gesto casi aviar. Sus ojos recorrieron a Marcus buscando la orden física, el objeto, el rastro. No necesitaba explicaciones políticas. Solo necesitaba un blanco.

Marcus metió la mano en los pliegues de su toga y extrajo un objeto que había tomado del dormitorio de los esclavos antes de bajar. Era una túnica sencilla, de lana gris, desgastada por el uso. La túnica de dormir de Aina.

La sostuvo en el aire, como si fuera un trapo infecto.

—La escriba —aclaró Marcus—. La chica de los ojos grandes y la boca cerrada. La conoces.

Silanus parpadeó una vez. Sí, la conocía. La había visto moverse por la villa, siempre pegada a las paredes, siempre invisible para los demás. Pero Silanus veía lo que otros ignoraban. Había notado su olor: tinta, papiro y ese aroma ácido y metálico del miedo constante que ella intentaba ocultar bajo capas de lógica.

Marcus lanzó la túnica.

La prenda voló por el aire y aterrizó a los pies del gigante mudo.

Silanus no se inclinó de inmediato. Miró la tela gris en el suelo sucio. Luego, con una lentitud deliberada, se agachó. Sus movimientos eran fluidos, carentes de la rigidez que su musculatura sugería. Agarró la túnica con ambas manos y se la llevó a la cara.

Inhaló profundamente.

Marcus observó la escena con una mezcla de fascinación y asco. Vio cómo las fosas nasales de Silanus se dilataban. Vio cómo cerraba los

ojos, aislándose del mundo visual para construir un mapa olfativo en su mente. Silanus estaba descomponiendo la esencia de Aina: el jabón barato que usaban los esclavos, el sudor frío de sus pesadillas, el polvo del *scriptorium* impregnado en la lana.

El rastreador exhaló un gruñido bajo, gutural, que vibró en el pecho de Marcus. Era el sonido de una máquina poniéndose en marcha.

Silanus abrió los ojos. Ya no estaban vacíos. Ahora tenían un propósito. Brillaban con una malicia anticipatoria. Dejó caer la túnica, se irguió y caminó hacia un rincón de su guarida. Allí, colgadas de ganchos de hierro, había una serie de herramientas. No eran armas de guerra, sino instrumentos de caza. Una red lastrada. Un cuchillo curvo de desuello. Unas boleadoras de cuero. Y una capa de viaje oscura, con capucha.

Se vistió en silencio, con movimientos económicos. Se ciñó el cinturón, comprobó el filo del cuchillo con la yema del pulgar —una línea roja apareció al instante en su piel callosa— y se volvió hacia su amo.

Marcus asintió, satisfecho. Había liberado a la bestia.

—No quiero que la mates de inmediato —ordenó Marcus, su voz endureciéndose—. Ella tiene algo que necesito. Recupéralo. Si tienes que romperle los dedos para que suelte el cilindro, hazlo. Si tienes que cortarle los tendones de los tobillos para que no corra, hazlo. Pero necesito su mente intacta el tiempo suficiente para saber si ha hablado con alguien, si ha hecho copias.

Silanus hizo un gesto con la mano: una línea horizontal cortando el aire. Entendido.

—Y hay otro... —añadió Marcus, recordando los informes de la puerta de servicio que había revisado antes de bajar. Faltaba un caballo. Y faltaba un hombre—. El borracho. Lucius Vorenus. Se ha ido con ella.

Los ojos de Silanus se entrecerraron. Vorenus. El excenturión. Carne vieja, dura y marinada en vino, pero carne entrenada al fin y al cabo. Eso cambiaba el juego. Ya no era solo una cacería de conejos; había un perro viejo protegiendo a la presa.

Silanus sonrió. Fue una mueca horrible que mostró los huecos oscuros de su boca. Acarició el mango de su cuchillo. Mejor. La resistencia hacía que la sangre fluyera más rápido.

—Mátalo —dictaminó Marcus con frialdad absoluta—. A Vorenus, mátalo despacio. Que sirva de lección. Pero tráeme a la chica y el cilindro.

Silanus asintió una vez más y pasó junto a Marcus, dirigiéndose a la puerta. Su olor a violencia llenó el pasillo.

Marcus se quedó solo en la celda húmeda, mirando el brasero que se consumía. Sabía que había tomado una decisión irreversible. Al soltar a Silanus, había admitido que la ley ya no le servía. Ahora, todo se reducía a la fuerza bruta, a la velocidad y a la crueldad.

Salió de la guarida y cerró la puerta tras de sí, aunque ya no había nada que encerrar.

Subió las escaleras hacia la luz del atardecer. La villa seguía en silencio, pero ahora el silencio era diferente. Ya no era una pausa. Era la calma tensa que precede a la tormenta.

Se dirigió a la terraza que daba al norte, hacia donde la Vía Augusta se curvaba como una serpiente de piedra entre los bosques de pinos. El sol se estaba poniendo, tiñendo el horizonte de rojo sangre.

A lo lejos, imaginó a Aina. La imaginó creyéndose a salvo, pensando que su inteligencia la protegería, que la distancia era seguridad. Pobre ilusa. No entendía que en el mundo de Marcus Valerius, la deuda siempre se cobra.

Vio una sombra deslizarse desde los muros de la villa hacia el camino, rápida y fluida como una mancha de aceite. Silanus ya

estaba en movimiento.

Marcus apoyó las manos en la barandilla de mármol, apretando hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Corre, escriba —susurró al viento que soplaba hacia el norte—. Corre todo lo que puedas. Haz que valga la pena la persecución.

El juego había terminado. La caza había comenzado.

CAPÍTULO 10

Kilómetro cero

El frío no era un mero visitante en aquel bosque; era un ocupante antiguo, soberano y cruel que reclamaba su derecho sobre todo lo que osaba detenerse bajo la cúpula de las encinas. Para Aina, el descenso de la temperatura no era simplemente una sensación física, sino un dato más que su mente registraba y archivaba con una precisión enfermiza. Podía recordar el frío exacto del mármol en el tablinum de Valerius tres años atrás, la gélida caricia del agua en la fuente del patio durante el invierno de su llegada, y ahora, este frío húmedo y sucio que se colaba a través de las suelas gastadas de sus sandalias.

Estaban a menos de cien pasos de la Vía Augusta, lo suficientemente lejos para quedar ocultos por la maleza y el desnivel del terreno, pero lo suficientemente cerca para sentir la vibración de la calzada cuando, muy de tanto en tanto, pasaba algún carro nocturno o una patrulla a caballo. La carretera imperial, esa arteria de piedra que conectaba el mundo conocido, se había convertido para ellos en un río de amenazas.

Lucius Vorenus se movía en la penumbra con una eficiencia que delataba décadas de disciplina militar, aunque su aspecto actual fuera el de un vagabundo consumido por sus propios demonios. No había encendido fuego. La oscuridad era su única muralla.

—No te muevas tanto —susurró el excenturión. Su voz era un gruñido bajo, rasposo como una piedra de afilar—. El sonido de las hojas secas viaja más lejos que un grito en esta calma.

Aina se quedó inmóvil. Su cuerpo, sin embargo, temblaba. No era solo el frío; era la adrenalina que comenzaba a retirarse, dejando tras de sí un vacío doloroso en sus músculos y una claridad mental aterradora. Se abrazó las rodillas, sentada sobre la capa de lana basta que Lucius le había arrojado minutos antes. Sus dedos, entumecidos, rozaron la superficie de cuero del cilindro que colgaba de su hombro. Los rollos. La causa de su huida. La razón por la que su vida anterior, esa jaula ordenada y predecible, había estallado en mil pedazos.

Lucius estaba de pie, apoyado contra el tronco de un pino, mirando hacia la Vía. Su silueta era una mancha más densa en la negrura. Aina observó cómo su mano derecha acariciaba el pomo de la *gladius* corta que llevaba al cinto, un gesto inconsciente, rítmico, casi una caricia a una vieja amante. A pesar de la oscuridad, la memoria de Aina reconstruía los detalles que había captado durante el crepúsculo: las venas hinchadas en el dorso de esa mano, las cicatrices blancas que surcaban sus antebrazos, el ligero temblor que solo desaparecía cuando empuñaba acero o una copa.

—¿Cuándo pararemos de verdad? —preguntó Aina. Su voz sonó extraña en sus propios oídos, pequeña y frágil frente a la inmensidad del bosque.

—Hemos parado. Esto es parar —respondió Lucius sin girarse.

—Me refiero a dormir bajo un techo. A comer caliente.

Lucius soltó una risa seca, un sonido breve y carente de humor que se perdió entre las ramas.

—Olvida esas comodidades, niña. Mientras estemos en la Tarraconense, cada techo es una trampa y cada plato caliente puede venir acompañado de cadenas. Valerius tiene ojos en cada posada,

en cada estación de posta. Hasta que no cruce el Pirineo, el suelo es tu cama y el cielo tu techo. Acostúmbrate.

Aina apretó los labios. La lógica de Lucius era irrefutable, sólida como la ingeniería romana que tanto admiraba y temía. Pero su mente, esa máquina incansable de procesar información, no podía conformarse con la mera supervivencia física. Necesitaba entender. Necesitaba ordenar el caos.

Con dedos torpes, desató los cordones del cilindro de cuero. El sonido del material al abrirse fue mínimo, pero en el silencio sepulcral del bosque sonó como un trueno.

Lucius giró la cabeza bruscamente.

—¿Qué crees que haces?

—Necesito verlos —dijo Aina, sacando uno de los rollos de papiro. La luz de la luna, filtrada por las copas de los árboles, apenas dibujaba líneas plateadas sobre el suelo, insuficientes para leer la tinta negra, pero su necesidad era táctil, visceral—. Necesito saber qué es tan importante para que Marcus nos quiera muertos.

—Guarda eso —ordenó Lucius, dando un paso hacia ella. Las ramas crujieron bajo sus botas.

—No puedo ver las letras, pero necesito saber si están intactos, si...

—¡He dicho que lo guardes! —siseó él, agachándose a su lado con una velocidad sorprendente para un hombre de su corpulencia. Su mano, callosa y dura, atrapó la muñeca de Aina. No la lastimó, pero la presión fue firme, inamovible—. ¿Eres estúpida o simplemente tienes prisa por morir?

Aina sintió el olor que emanaba de él: sudor rancio, cuero viejo y ese aroma dulzón y agrio del vino barato que parecía exudar por sus poros incluso cuando no bebía. Lo miró a los ojos, dos pozos de sombra en la noche.

—No soy estúpida —replicó ella, tirando de su muñeca para liberarse. Lucius la soltó—. Soy la escriba. Estos documentos son mi responsabilidad. Si no sé lo que contienen, no puedo evaluar el riesgo. No puedo trazar un plan.

—Tú no trazas planes. Tú caminas, comes cuando yo te lo digo y duermes cuando yo te lo ordeno. Yo soy el plan. —Lucius se sentó frente a ella, cruzando las piernas con un gemido de sus articulaciones—. Y el plan es que nadie vea ese papiro. Ni siquiera la luna. El blanco del papel refleja la luz. En un bosque oscuro, eso es como encender una antorcha para quien sabe buscar.

—Silanus no está aquí —argumentó Aina, aunque el nombre le provocó un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura. Recordó la mirada vacía del rastreador, la lengua cortada, la eficiencia brutal con la que cumplía los deseos de Valerius.

—Silanus siempre está —dijo Lucius, sacando una petaca de metal abollado de entre sus ropas. Desenroscó la tapa y dio un trago largo. Aina escuchó el líquido bajar por su garganta, un sonido de alivio desesperado—. Y si no es él, son los *speculatores*, o bandidos comunes, o simplemente un legionario aburrido con buena vista. No tienes ni idea de lo que hay ahí fuera, Aina. Has vivido entre muros de mármol y libros de cuentas. El mundo real es sucio, oscuro y sangriento.

Aina volvió a guardar el rollo en el cilindro, frustrada. La falta de información le producía una ansiedad física, una picazón detrás de los ojos. Su mente eidética proyectaba ante ella las últimas líneas que había logrado vislumbrar antes de huir: nombres, cifras, transferencias de oro que no cuadraban con los registros oficiales del Imperio. Fragmentos de un rompecabezas que flotaban en el vacío.

—El mundo real se rige por leyes, Lucius —dijo ella, tratando de imponer su visión del orden sobre el caos del bosque—. Incluso la corrupción de Valerius sigue un patrón. Si entiendo el patrón, puedo predecir sus movimientos. Tú ves enemigos en los arbustos; yo veo variables en una ecuación. Déjame leerlos. Al amanecer.

Lucius se limpió la boca con el dorso de la mano. El alcohol parecía haber suavizado, aunque fuera mínimamente, la tensión en sus hombros.

—Variables... —murmuró con desprecio—. La vida no es una ecuación, niña. Es una pelea de perros. Y en esta pelea, tú eres un cachorro con una joya en el cuello.

Se inclinó hacia ella, y por un momento, la luz de la luna iluminó la mitad de su rostro, revelando una cicatriz que le cruzaba la mejilla y se perdía en la barba canosa.

—Escúchame bien. A nadie le importa la verdad. A Valerius le importa su poder. Al Emperador le importa su oro. Y a mí me importa que mi cabeza siga pegada a mis hombros el tiempo suficiente para... —se detuvo, tragándose el resto de la frase junto con otro sorbo de la petaca.

—¿Para qué? —insistió Aina, su curiosidad aguijoneada—. ¿Para redimirte? ¿Es eso lo que buscas, centurión?

La palabra «centurión» colgó en el aire, cargada de un respeto que Lucius sentía que ya no merecía. Él bajó la mirada hacia la petaca, girándola entre sus manos.

—No hay redención para hombres como yo, Aina. Solo hay deudas que se pagan tarde. Tú eres una de esas deudas.

Aina lo observó. Su mente, traicionera, superpuso la imagen de este hombre roto con la del soldado orgulloso que debía haber sido años atrás. Recordó una estatua que había visto en el foro de Tarraco, un legionario de piedra con la mirada alta. La erosión había borrado los rasgos de la estatua, igual que la vida había erosionado a Lucius.

—Si esos documentos demuestran traición —dijo Aina, volviendo a su terreno, a la lógica—, según la *Lex Iulia Maiestatis*, cualquier ciudadano, incluso un esclavo bajo ciertas circunstancias, tiene el deber de denunciarlo. Si llegamos a Narbona, al Auditor Imperial...

—¡Narbona está a semanas de camino! —le cortó Lucius, exasperado—. Y entre aquí y Narbona hay mil formas de morir que no aparecen en tus libros de leyes. Hambre. Infección. Lobos. Hombres peores que lobos. Tu idealismo nos matará antes de que lleguemos al primer hito kilométrico de la Galia.

—No es idealismo. Es la única salida lógica. No podemos huir para siempre. Valerius tiene recursos infinitos. Nosotros tenemos... esto —señaló el cilindro—. Esto no es carga, Lucius. Es nuestra espada.

Lucius la miró fijamente durante un largo momento. En los ojos de la joven vio ese brillo fanático de quien cree que el mundo debería tener sentido. Le recordaba a los reclutas jóvenes antes de su primera batalla, convencidos de que el honor y la gloria eran escudos impenetrables contra el hierro bárbaro. Le dio lástima. Y miedo. Porque sabía que ese tipo de fe solía acabar destripada en el barro.

—Tu espada es de papel —dijo él con voz cansada—. Y el papel arde, se moja y se rompe. Mi espada es de acero. Y hasta que lleguemos a Narbona, si es que llegamos, haremos las cosas a mi manera. Pragmatismo, Aina. Supervivencia.

Se recostó contra el árbol, cerrando los ojos pero manteniendo la mano cerca de la empuñadura de su arma.

—Ahora duerme. Mañana nos levantaremos antes que el sol. Tenemos que cubrir cinco leguas antes del mediodía si queremos evitar la patrulla montada de Saguntum.

Aina se tumbó sobre la tierra dura. La capa de Lucius olía a caballo y a humo, pero retenía algo de calor. Cerró los ojos, pero el sueño no acudió a ella. En su lugar, su mente comenzó a repasar el catálogo de sus dolores: la ampolla en el talón izquierdo, el vacío en el estómago, la tensión en el cuello. Y luego, inevitablemente, los recuerdos.

La imagen de Marcus Valerius sonriendo mientras le entregaba una pluma nueva. «Escribe, Aina. Lo que no se escribe, se olvida. Y lo

que se olvida, nunca existió». La ironía de aquellas palabras ahora le quemaba. Ella no podía olvidar. Su mente era una biblioteca infinita donde cada libro estaba abierto y gritando al mismo tiempo. Recordaba el sonido exacto de la voz de Valerius cuando ordenó a Silanus que «solucionara» el problema del testigo anterior. Recordaba el crujido. Recordaba la sangre en el mosaico.

Abrió los ojos de golpe, jadeando. El bosque seguía allí, indiferente. Las ramas de las encinas parecían dedos esqueléticos arañando el cielo nocturno.

—Lucius —susurró.

—¿Qué? —respondió él al instante, demostrando que tampoco dormía.

—¿Por qué bebes?

Hubo un silencio largo. Solo el viento moviendo las copas de los árboles y el lejano ulular de un búho.

—Bebo para que el mundo se vuelva borroso —confesó él, su voz apenas audible—. Bebo porque tú recuerdas demasiado, y yo recuerdo demasiado bien. La diferencia es que tú no puedes elegir, y yo... yo elijo la niebla.

Aina no supo qué responder a eso. Comprendió, con esa lógica fría que gobernaba su vida, que eran dos caras de una misma moneda trágica. Ella, condenada a revivirlo todo; él, luchando desesperadamente por anularlo todo. El escriba y el soldado. La memoria y el olvido caminando juntos por un bosque hostil.

—Duerme, niña —repitió Lucius, más suave esta vez—. Mañana el camino será largo.

Aina se ovilló bajo la capa. Intentó concentrarse en el sonido rítmico de la respiración de Lucius, usándolo como un metrónomo para calmar el torrente de datos en su cabeza.

Uno, dos. Inhala, exhala.

La Vía Augusta estaba allí, a pocos pasos. Una línea recta trazada por la voluntad de Roma sobre la naturaleza salvaje. Ellos estaban fuera de la línea, en el margen, en la oscuridad. Kilómetro cero de su nueva vida. O de su muerte.

La noche avanzó, lenta y pesada. Aina finalmente cayó en un estado de duermevela, donde los sueños no eran fantasías, sino proyecciones cartográficas de la ruta hacia el norte, superpuestas con listas de suministros y probabilidades de supervivencia. Y en el centro de todo, el cilindro de cuero, latiendo contra su costado como un segundo corazón, cargado de palabras que podían derribar a un gigante o condenarlos a una tumba sin nombre.

Lucius Vorenus permaneció despierto, vigilando las sombras, peleando contra el deseo de dar otro trago, escuchando los sonidos del bosque y esperando a que los fantasmas de su pasado, o los mercenarios de Valerius, emergieran de la oscuridad para cobrar su deuda.

CAPÍTULO 11

El Arco de Berà

El sol del mediodía caía a plomo sobre la Vía Augusta, convirtiendo las losas de piedra en una parrilla interminable que reverberaba con un calor blanco y silencioso. El aire no se movía. Ni una brisa, ni el más leve susurro entre los pinos que flanqueaban el camino, cuyas copas parecían contener el aliento ante la opresión del verano hispano.

Aina caminaba con la cabeza gacha, contando. Siempre contaba. Era la única manera de silenciar el ruido blanco de su mente, esa biblioteca desordenada donde cada recuerdo luchaba por salir a la superficie con la misma intensidad, sin importar si había sucedido hace diez años o hace diez segundos.

Mil doscientos cuarenta y tres pasos desde el último miliario. La sandalia izquierda de Lucius tiene un desgaste asimétrico en el talón, inclinación de tres grados. El polvo tiene un sabor metálico, a óxido y cal.

La noche anterior había sido un naufragio. Aina no dormía; su cerebro simplemente dejaba de procesar información nueva, pero se dedicaba a catalogar la antigua. Había revivido la textura del suelo de la villa de Valerius, la frialdad del mármol bajo sus rodillas, el olor a tinta ferrogálica y el perfume dulzón, casi nauseabundo, que Marcus Valerius usaba para enmascarar su propia podredumbre

moral. Esas imágenes se superponían ahora al paisaje real, como un velo translúcido que le impedía ver con claridad el horizonte.

—Bebe —ordenó Lucius.

La voz del excenturión sonó ronca, como si arrastrara grava en la garganta. Aina levantó la vista. Lucius le tendía el odre de cuero con un gesto brusco, sin detener el paso. Su rostro, curtido por años de campañas y meses de vino barato, estaba perlado de sudor. Sus ojos, sin embargo, no miraban el odre ni a ella; barrían el perímetro con una oscilación metódica, de izquierda a derecha, analizando la línea de árboles, las sombras proyectadas, la profundidad del bosque.

Aina tomó el recipiente. El agua estaba caliente y sabía a cuero viejo, pero humedeció su lengua pastosa.

—Gracias —murmuró.

—No agradezcas. Camina.

Lucius recuperó el odre y lo colgó de su cinto. Aina notó el ligero temblor en las manos del hombre. No era miedo. Era la privación. Llevaban horas caminando y Lucius no había probado ni una gota de vino. Su cuerpo, acostumbrado a la sedación constante del alcohol, empezaba a rebelarse, tensando sus músculos, agudizando sus sentidos hasta el punto del dolor. Para un hombre que buscaba el olvido, la sobriedad forzosa en medio de una huida era una tortura china.

Frente a ellos, recortado contra el azul impasible del cielo, se alzaba el Arco de Berà.

Era una estructura imponente, solitaria en medio de la vía. Un arco de triunfo erigido no para celebrar una victoria, sino para marcar un testamento. Aina conocía su historia; la había leído en los registros provinciales. Lucio Licinio Sura lo había dedicado al emperador Augusto. Pero para Aina, aquello no era un monumento al Imperio, sino una inmensa mandíbula de piedra esperando cerrarse.

Las pilastras corintias, desgastadas por el viento y el salitre del cercano Mediterráneo, parecían costillas de un gigante muerto. La sombra que proyectaba el arco sobre la calzada era negra, absoluta, un corte limpio en la luminosidad del día.

Al cruzar bajo la bóveda de cañón, Aina sintió un escalofrío que nada tenía que ver con la temperatura. La acústica cambió. El sonido de sus sandalias resonó amplificado, un eco hueco que rebotó en la piedra milenaria y se dispersó hacia los campos de olivos abandonados.

—Es un monumento funerario —dijo Aina, su voz apenas un susurro que el eco atrapó.

Lucius no se detuvo, pero su paso se hizo más lento, más deliberado.

—Todo en este maldito Imperio es un monumento funerario, chica. Solo que algunos tienen forma de arco y otros forma de ley. Sigue moviéndote.

Salieron de la sombra del arco y la luz volvió a golpearlos. Pero algo había cambiado. Aina lo sintió en la nuca, un hormigueo eléctrico, una presión fantasma en la base del cráneo. Era la misma sensación que tenía en el *scriptorium* cuando Valerius entraba en la habitación sin hacer ruido. La sensación de ser estudiada. De ser diseccionada.

Se detuvo en seco.

El paisaje ante ellos era una mezcla de matorral bajo y rocas calizas. A la derecha, el terreno descendía suavemente hacia la costa; a la izquierda, se elevaba hacia colinas cubiertas de carrascas y pinos densos. Todo parecía estático.

Demasiado estático.

Su mente, esa máquina imparable de registrar detalles, empezó a escupir anomalías.

Patrón de vuelo de las aves: ausente en el cuadrante noroeste. Inclinación de la hierba alta a veinte pasos: antinatural, quebrada en dirección contraria al viento predominante. Silencio de las cigarras: intermitente, no continuo.

—Lucius —llamó ella.

El excenturión ya se había detenido tres pasos por delante. Su mano derecha descansaba, casualmente, sobre el pomo de la *spatha* corta que llevaba oculta bajo la capa de viaje. No se giró hacia ella. Su cuerpo estaba rígido, orientado hacia un grupo de rocas blanquecinas a unos cincuenta metros del camino.

—Lo sé —dijo él, en voz muy baja—. No mires. Sigue caminando como si estuvieras agotada.

—Estoy agotada —respondió Aina, sintiendo cómo el pánico empezaba a cerrar su garganta.

—Bien. Úsalo. Arrastra los pies. Hazte pequeña.

Reanudaron la marcha. Aina forzó a sus piernas a moverse, aunque cada instinto le gritaba que corriera. Pero su lógica, fría y cortante, le recordaba que correr en terreno abierto contra un enemigo invisible era un suicidio matemático.

El bosque a su izquierda parecía contener la respiración. Aina fijó su vista en el suelo, pero su visión periférica estaba en alerta máxima. Sus ojos captaban destellos, movimientos, contrastes de color que su cerebro procesaba a velocidad vertiginosa.

Marrón sobre verde. Gris sobre ocre.

Entonces lo vio. Ocurrió en una fracción de segundo, un instante que su memoria congeló para siempre. Entre las ramas de una encina joven, a unos treinta metros, un rayo de sol incidió en un ángulo preciso. No golpeó corteza, ni hoja, ni piedra. Golpeó metal. Un metal pulido, cuidado, no la herrumbre de una herramienta agrícola olvidada.

Era un destello breve, como un guiño malicioso.

—Nueve en punto —susurró Aina, empleando la terminología que Lucius le había enseñado a regañadientes días atrás—. Reflejo metálico. Altura media.

Lucius no respondió verbalmente. Su reacción fue física, una transformación aterradora. El borracho cansado desapareció. En su lugar, emergió el soldado, una máquina de matar entrenada en las fronteras de Germania.

Se dejó caer sobre una rodilla, no por cansancio, sino para reducir su perfil, al tiempo que giraba sobre su eje. La capa de viaje voló, revelando la *spatha* que ya brillaba en su mano, una extensión de acero de su propio brazo.

—¡Abajo! —bramó.

Aina se lanzó al suelo, raspándose las palmas contra la grava ardiente. El mundo se convirtió en una confusión de polvo y ruido.

Un silbido agudo cortó el aire justo donde había estado la cabeza de Lucius un segundo antes. No era una flecha. Era una *plumbata*, un dardo lastrado con plomo, el arma de las legiones, diseñada para atravesar escudos y carne con la fuerza de la gravedad. El proyectil se clavó en la tierra seca con un golpe sordo, vibrando como una advertencia.

—¡Quédate ahí! —gritó Lucius.

De la espesura, emergió una figura. No era el monstruo que Aina temía. No era Silanus. Era un hombre corpulento, vestido con una túnica de lana basta teñida de marrón y cuero remendado. Llevaba un pañuelo sucio cubriéndose la parte inferior del rostro y empuñaba un hacha de leñador modificada, con el filo ampliado para el combate.

El atacante rugió, un sonido gutural destinado a intimidar, y cargó contra Lucius. Era rápido para su tamaño, moviéndose con la

desesperación del que busca una recompensa rápida.

Aina, desde el suelo, observó la escena con una claridad hiperrealista. El tiempo se dilató. Podía ver las gotas de sudor volando de la frente del atacante, la suciedad bajo sus uñas, los hilos deshilachados de su túnica.

Fuerza bruta contra técnica. Masa contra velocidad.

Lucius no retrocedió. Esperó. Mantuvo su centro de gravedad bajo. Cuando el hacha descendió en un arco mortal, el excenturión no bloqueó el golpe; eso le habría destrozado el brazo. En su lugar, dio un paso lateral, un movimiento fluido y económico, dejando que el arma del enemigo hendiera el aire vacío.

El impulso del atacante lo desequilibró hacia adelante. Fue el error fatal.

Lucius pivotó sobre su pie derecho y lanzó una estocada corta, precisa, directa al costado del hombre, justo donde la armadura de cuero terminaba y comenzaba la carne blanda bajo la axila. No hubo florituras. Fue una ejecución quirúrgica.

El hombre gorgoteó. El hacha cayó de sus manos, golpeando una piedra con un *clanc* que sonó obscenamente fuerte en el silencio del campo. Lucius retiró la hoja y, con un empujón seco de su hombro, envió al hombre al suelo.

El atacante se retorció en el polvo, llevándose las manos a la herida que burbujeaba sangre oscura. Intentó hablar, o maldecir, pero solo salieron toses húmedas.

Lucius se mantuvo sobre él, la espada en guardia, respirando con fuerza pero sin jadeos de pánico. Sus ojos escaneaban el bosque nuevamente, buscando a un segundo agresor.

—¿Hay más? —preguntó al aire, o quizás a Aina.

Aina se incorporó lentamente, sacudiéndose la tierra de la túnica. Sus rodillas temblaban violentamente, pero su mente seguía

registrando datos. El bosque estaba en silencio de nuevo. Los pájaros no habían regresado.

—No veo nada —dijo ella, su voz extrañamente calmada—. El patrón de la vegetación no muestra más perturbaciones cercanas.

Lucius asintió y bajó la espada, aunque no la envainó. Se arrodilló junto al hombre moribundo. El atacante los miraba con ojos vidriosos, llenos de sorpresa más que de dolor. La muerte venía a buscarlo y él no parecía entender por qué había llegado tan rápido.

—¿Quién te envía? —gruñó Lucius, agarrando al hombre por la solapa de la túnica y sacudiéndolo—. ¿Quién paga por nuestras cabezas?

El hombre escupió sangre. Una sonrisa roja se dibujó bajo el pañuelo que ahora colgaba de su cuello.

—El... mudo... —susurró, con un sonido que era mitad risa, mitad estertor—. El mudo paga... en oro.

La luz se apagó en sus ojos. El cuerpo se relajó con esa pesadez definitiva de los cadáveres.

Lucius soltó la túnica con asco y se puso en pie, limpiando la hoja de su espada en la ropa del muerto. Su rostro estaba sombrío, las líneas de expresión marcadas como surcos profundos en arcilla seca.

Aina se acercó, obligándose a mirar el cuerpo. Necesitaba entender. Su memoria fotografió el rostro del hombre: una cicatriz antigua en la mejilla izquierda, dientes amarillentos, lóbulo de la oreja rasgado.

—Era un mercenario local —dijo Lucius, pateando el hacha lejos del alcance del muerto—. Carne de cañón. Alguien a quien le dieron unas monedas para probar suerte o para ralentizarnos.

—Dijo «el mudo» —Aina sintió que el aire se volvía gélido a pesar del sol—. Silanus.

Lucius escupió al suelo.

—Silanus no usaría a un inútil como este para matarnos. Silanus lo usaría para encontrarnos. Para ver cómo reaccionamos. Para medirnos.

El excenturión se agachó de nuevo y comenzó a registrar el cuerpo con eficiencia profesional. Bolsas, cinturón, botas. Encontró una pequeña bolsa de cuero atada a la cintura. La abrió y volcó el contenido en su mano callosa.

Tres monedas de oro. Áureos imperiales. Brillaban con una pureza insultante bajo el sol de Tarraco.

Aina contuvo el aliento. Un hombre como aquel no ganaría tres áureos en toda una vida de trabajo honesto, ni en cinco años de bandidaje menor. Aquello era una fortuna. Era el precio de la desesperación.

—Valerius está abriendo la tesorería —dijo Lucius, sopesando las monedas—. Está desesperado por recuperarte, niña. O por silenciarte. Y ha soltado a su perro de presa.

—¿Silanus está aquí? —preguntó Aina, mirando hacia la oscuridad del bosque, donde cada sombra parecía ahora esconder una amenaza.

—No. —Lucius se guardó las monedas. El pragmatismo vencía al asco—. Si Silanus estuviera aquí, ya estaríamos muertos. Este pobre diablo era solo el cebo. El ojeador.

Lucius se giró hacia ella. Por primera vez en días, Aina vio algo más que cinismo en sus ojos. Vio preocupación. Y respeto.

—Tus ojos —dijo él, señalando hacia el bosque donde ella había visto el reflejo—. Viste el acero antes que yo.

—Vi la luz —corrigió ella mecánicamente—. El ángulo de incidencia no correspondía con...

—Me da igual la geometría, Aina. Nos salvaste el pellejo.

Lucius agarró su brazo, no con fuerza bruta, sino con urgencia.

—Escúchame bien. Esto cambia las cosas. Ya no somos fugitivos huyendo de la ley local. Somos presas en una cacería organizada. Silanus sabe dónde estamos. Sabe que hemos pasado el Arco. Probablemente nos esté observando desde alguna colina, o tenga a más de estos imbéciles sembrados por el camino.

Aina miró el cadáver. La muerte parecía tan banal. Un momento estás respirando avaricia, y al siguiente eres un saco de carne enfriándose al sol. La facilidad con la que Lucius había acabado con él la aterraba casi tanto como la amenaza de Silanus.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Salir de la Vía Augusta —sentenció Lucius—. La calzada es una trampa mortal. Es demasiado abierta, demasiado predecible. Si seguimos por aquí, antes del anochecer tendremos una flecha en la espalda o a Silanus cortándonos los tendones mientras dormimos.

Miró hacia el oeste, hacia el terreno accidentado y salvaje que se alejaba de la costa.

—Iremos campo a través. Será más lento, más duro, y nos destrozará los pies. Pero es la única forma de que no sepan exactamente dónde vamos a poner la bota en el siguiente paso.

Aina asintió. La lógica era irrefutable. La Vía Augusta, la gran arteria de la civilización, la calzada que prometía seguridad y orden, se había convertido en el pasillo de un matadero.

—Coge el cuchillo del cinturón de ese hombre —ordenó Lucius.

Aina retrocedió un paso, horrorizada.

—No puedo... tocarlo.

—¡Cógelo! —ladró Lucius, con una ferocidad que la hizo saltar—. No es un adorno. Es una herramienta. Y a partir de ahora, vas a

necesitar todas las herramientas que puedas conseguir. Yo no puedo mirar en todas direcciones a la vez.

Aina tragó saliva. El sabor a bilis subió por su garganta. Se arrodilló junto al cadáver, evitando mirar sus ojos vacíos. Sus manos temblaban mientras desataba la vaina del cuchillo del cinturón de cuero barato. La piel del muerto aún estaba caliente.

Al tirar del cuchillo, sus dedos rozaron la sangre pegajosa de la túnica. El estímulo sensorial fue como un latigazo. Su mente intentó archivar la textura: viscosidad alta, temperatura corporal, olor a cobre y heces (el cuerpo se había relajado tras la muerte).

No lo guardes. No lo guardes. Olvídalo.

Pero no podía olvidar. Esa era su maldición.

Se puso en pie, con el cuchillo en la mano. Pesaba más de lo que parecía.

—Bien —dijo Lucius, su voz suavizándose levemente—. Ahora límpiate las manos y vámonos. El olor a sangre atrae a las moscas. Y a cosas peores.

Comenzaron a caminar, alejándose de la Vía Augusta, adentrándose en el matorral espinoso. Aina no miró atrás, hacia el Arco de Berà. Pero en su mente, la imagen del monumento seguía grabada a fuego, superpuesta ahora con la imagen del hombre muerto a sus pies.

Habían cruzado un umbral. El mundo civilizado, con sus leyes y sus caminos pavimentados, quedaba atrás. Delante solo había supervivencia.

Mientras se internaban en la espesura, Aina tuvo la certeza absoluta de que no estaban solos. No era algo que viera, ni que oyera. Era una deducción lógica basada en la ausencia de datos. El bosque estaba demasiado tranquilo.

A lo lejos, en una loma que dominaba el valle por donde acababan de pasar, algo brilló. No fue un reflejo de metal esta vez. Fue un espejo de señales, un destello rítmico, corto y preciso, enviando un mensaje mudo a alguien más adelante en el camino.

Aina no lo vio. Pero Lucius, que caminaba unos pasos por delante abriendo camino con su espada a través de la maleza, se detuvo un instante y miró al cielo, como si pudiera leer en las nubes la sentencia que ya había sido firmada.

—Maldito seas, Marcus —murmuró el excenturión.

Y siguieron caminando, dos figuras minúsculas devoradas por la inmensidad de un paisaje que no perdonaba la debilidad, mientras la sombra alargada de Silanus comenzaba a extenderse, paciente y fría, sobre sus huellas.

CAPÍTULO 12

Carga muerta

El sol de la tarde no calentaba; castigaba. Era un peso físico, una losa de bronce fundido que aplastaba la nuca y curvaba la columna vertebral bajo una presión incesante. Aina sentía el sudor correr por su espalda, un riachuelo frío y picante que trazaba el camino de sus vértebras hasta perderse en la tela basta de la túnica, ya pegada a la piel como una segunda capa de dermis muerta.

Cada paso se había convertido en una negociación con el dolor. Sus sandalias, lamentablemente inadecuadas para el terreno irregular que se extendía lejos de la seguridad pavimentada de la Vía Augusta, resbalaban sobre piedras sueltas y raíces retorcidas de los olivos salvajes. Pero no eran sus pies los que gritaban. Era el hombro izquierdo.

La correa de cuero de la bolsa de viaje se había transformado en un alambre al rojo vivo que le segaba la carne. Dentro, el peso de la verdad. **Cinco rollos de papiro** de calidad imperial, apretados, densos, saturados de tinta y crímenes.

Aina tropezó. El mundo se inclinó violentamente hacia la derecha. La bolsa osciló, golpeándole la cadera con la contundencia de un mazo, y el impulso cinético la llevó al suelo. Sus rodillas impactaron contra

la tierra seca y pedregosa, levantando una nube de polvo ocre que se le metió en la garganta, asfixiándola.

—Arriba. —La voz de Lucius llegó desde adelante, carente de toda simpatía. Era un sonido seco, como ramas rotas pisadas en invierno.

Aina tosió, intentando enfocar la vista entre lágrimas de polvo. Lucius Vorenus se había detenido a diez pasos de distancia. El excenturión permanecía inmóvil, una estatua de tensión y músculos cansados. Su mano derecha descansaba sobre el pomo de su *gladius*.

—He dicho arriba, niña. No tenemos tiempo para que beses el suelo.

Aina intentó incorporarse, pero sus brazos temblaban. Fue entonces cuando su mente activó el **Filtro de Descarte**.

No hubo parálisis. En su lugar, sintió cómo una cortina de hierro caía sobre su sistema nervioso. Su memoria eidética, detectando una sobrecarga por fatiga que ponía en peligro la integridad de los datos, ejecutó un protocolo de emergencia. De repente, el dolor punzante de sus rodillas sangrantes desapareció. La agonía de su hombro se convirtió en una información distante, una etiqueta en un archivo: «Presión en deltoides izquierdo: 8.5 kg. Estado: Daño tisular superficial. Acción: Ignorar».

Se levantó con una fluidez mecánica que hizo que Lucius frunciera el ceño. Sus ojos, antes nublados por el cansancio, ahora tenían un brillo gélido, despojado de humanidad.

—El problema —dijo Lucius, acercándose y señalando la bolsa— es que llevas un cadáver a la espalda. Dámela.

—Peso total de la prueba: 1.2 kilogramos —respondió Aina. Su voz sonó metálica, vacía de la emoción animal del miedo—. Capacidad de carga actual del sujeto: comprometida. Probabilidad de alcance por parte de Silanus si se mantiene la velocidad de 3 km/h: 94%.

Lucius se detuvo en seco, confundido por la frialdad robótica de la muchacha. No había pánico en ella, solo un análisis de datos crudo.

—Aina, no voy a morir aquí porque tengas un apego sentimental a los papeles.

—No es sentimentalismo. Es utilidad —replicó ella, mirándolo con esos ojos de mercurio que ya no veían a un protector, sino una variable táctica—. Si llegamos sin la prueba, nuestra supervivencia efectiva se reduce a cero. No hay testigos que avalen a un desertor y una esclava.

Lucius apretó la mandíbula. Por un segundo, Aina calculó la probabilidad de que la golpeara, pero no sintió miedo; solo registró la posibilidad como un dato más. El excenturión, exasperado por aquella nueva y extraña resolución de la niña, se descolgó su propia mochila.

—Hago espacio —gruñó él, comenzando a vaciar su sustento: carne salada, grano, pan mohoso.

Aina observó la cebada caer sobre la tierra. Su cerebro realizó un cálculo calórico instantáneo: «Déficit energético proyectado para las próximas 48 horas: 2.400 kcal. Riesgo de fallo multiorgánico: moderado. Ventaja logística: incremento de velocidad de marcha en un 15%».

—La carne pesa. El grano pesa. ¡Dame los rollos! —bramó Lucius.

Aina no forcejeó. Entregó la bolsa con una pasividad que desconcertó al soldado. Mientras Lucius acomodaba los cinco rollos en su mochila, sacrificando su comida por el peso de la tinta, Aina permaneció inmóvil, procesando el mapa de la zona con una claridad cartográfica que el hambre no lograba enturbiar. El Filtro de Descarte había silenciado incluso los rugidos de su estómago.

—Ahí —dijo Lucius, ajustando las correas—. Tú llevas el agua. Solo el agua. Vamos a pasar un hambre del demonio.

—Llegaremos en 22 horas si mantenemos un ritmo de 4.5 km/h —concluyó Aina, colgándose el odre ligero sobre el hombro—. El hambre es un inconveniente biológico aceptable frente a la ejecución del objetivo.

Lucius la miró de arriba abajo, con una mezcla de lástima y espanto.

—Porque tú no puedes olvidar, Aina —dijo él, con voz ronca—. Y si tú mueres, nadie recordará por qué importaba todo esto. Yo solo soy el mulo de carga. Tú eres la memoria.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar. Aina le siguió, notando cómo sus pies se movían sin que ella «sintiera» el roce de las piedras. Era una sensación extraña, como si estuviera manejando un cuerpo ajeno desde una torre de mando protegida.

—Lucius —llamó ella, sin jadear a pesar del esfuerzo.

—Dime.

—A doce millas hay un arroyo. Si nos desviamos dos millas al oeste, hay un 60% de probabilidad de encontrar bayas silvestres o nidos. La optimización del forrajeo compensará la pérdida del grano.

Lucius soltó una risa breve, seca.

—Mírala. Ya está planeando el saqueo. Mantén esa cabeza funcionando, escriba. Es lo único de valor que nos queda.

Caminaron mientras el sol teñía el mundo de rojo. Aina no sentía el frío que empezaba a descender, ni el vacío en sus tripas. Solo veía el contorno de los **cinco rollos** en la espalda de Lucius. La verdad ya no era una carga; era un dato verificado que debía ser entregado.

Un cruñido en la maleza los detuvo. Lucius levantó el puño. Aina se quedó inmóvil, pero no por pánico. Sus oídos captaron la frecuencia del sonido.

—Viento en los pinos —dijo ella, con una seguridad quirúrgica—. Ángulo de incidencia: 30 grados. No es Silanus.

Lucius no bajó la guardia, pero reanudó la marcha.

—Vamos. La noche es su aliada.

Aina miró atrás hacia el grano abandonado. Descarte necesario, pensó. Se giró y siguió al soldado. El hambre intentaba penetrar en su consciencia, pero el Filtro de Descarte era implacable. Llevaban la verdad. Y la verdad, había descubierto Aina, era la única información que su mente no estaba dispuesta a desechar, sin importar el precio que el cuerpo tuviera que pagar.

CAPÍTULO 13

La Mansión de los traidores

La lluvia no caía; castigaba. Era un aguacero frío, sucio, arrastrado por un viento del norte que convertía la Vía Augusta en un lodazal traicionero donde los cascos de los caballos resbalaban con cada paso. Aina se aferraba a las crines de su montura, no por destreza ecuestre, sino porque sus manos, entumecidas y amoratadas por el frío, habían perdido la capacidad de sujetar las riendas con firmeza. Cada sacudida del animal repercutía en su columna vertebral como un latigazo, despertando el dolor sordo que se había instalado en sus riñones dos jornadas atrás.

A su lado, Lucius Vorenus era una sombra encorvada sobre su propia bestia. El excenturión, habitualmente una estatua de granito inamovible, mostraba las grietas de la fatiga. Su capa, empapada y pesada como el plomo, goteaba incesantemente sobre el flanco del caballo. No habían hablado en horas. El sonido de la respiración dificultosa de los animales y el chapoteo del barro eran la única conversación que la noche les ofrecía.

—Allí —gruñó Lucius. Su voz sonó rasposa, como si tuviera grava en la garganta.

Aina alzó la vista, entrecerrando los ojos para protegerlos de las agujas de agua. A unos cien pasos, una luz mortecina parpadeaba entre la bruma. No era la cálida bienvenida de una villa patricia, ni la

seguridad ordenada de una estación de posta imperial bien mantenida. Era una estructura baja, de madera oscura y piedra mal ensamblada, que parecía agazaparse al borde del camino como una bestia enferma esperando morir.

Una *mansio* de tercera categoría. O quizás una simple *caupona* glorificada, de esas que infestaban los márgenes de las vías romanas para sangrar a los viajeros desesperados y ofrecer vino agrio a los legionarios desertores.

—¿Es seguro? —preguntó Aina. Su propia voz le sonó extraña, pequeña, perdida en la inmensidad de la tormenta.

—No —respondió Lucius, desmontando con una rigidez que delataba sus viejas heridas de guerra—. Pero los caballos morirán si no descansan. Y tú caerás de esa silla en la próxima milla.

La verdad, dicha sin adornos, golpeó a Aina con la fuerza de un decreto. No había elección. La lógica, ese pilar al que ella se aferraba cuando el miedo amenazaba con devorarla, dictaba que el riesgo de hipotermia superaba al riesgo de ser descubiertos. Al menos por esta noche.

Lucius ató los caballos bajo un techado de paja podrida que apenas repelía el agua. Aina se deslizó de su montura y, cuando sus botas tocaron el fango, sus rodillas cedieron. La mano fuerte de Lucius la sostuvo por el codo antes de que se desplomara.

—Mantén la cabeza baja —susurró él, cerca de su oído. El olor a caballo mojado y cuero viejo que emanaba de él le resultó extrañamente reconfortante—. No hables. No mires a nadie. Eres mi sierva, muda y estúpida. ¿Entendido?

Aina asintió. La máscara. Podía hacerlo. Había sido invisible en la villa de Valerius durante años; ser invisible en una posada de mala muerte no debería ser diferente. Se subió la capucha de lana basta hasta cubrir casi por completo su rostro, dejando solo una rendija para ver el suelo.

Lucius empujó la pesada puerta de roble. El interior los golpeó con una bofetada de calor denso y maloliente. El aire era una mezcla sólida de humo de leña verde, grasa animal rancia, sudor de muchos cuerpos y el dulzor empalagoso del vino barato.

La sala común estaba en penumbra, iluminada apenas por el fuego central y un par de lámparas de aceite que colgaban de vigas ennegrecidas por el hollín. Había media docena de mesas toscas. En una esquina, dos hombres jugaban a los dados en silencio, con el aspecto de mercaderes a los que la suerte había abandonado mucho antes de llegar allí. En otra, un hombre solitario dormía con la cabeza sobre los brazos cruzados, roncando rítmicamente.

El posadero emergió de las sombras tras una barra manchada de mil derrames. Era un hombre corpulento, con una calva brillante perlada de sudor y un delantal que alguna vez pudo haber sido blanco, ahora un mapa de manchas marrones y rojizas. Tenía un ojo ligeramente más cerrado que el otro, dándole una expresión de perpetua sospecha.

—Noche de perros —dijo el hombre, escupiendo al suelo de tierra pisada—. Pensé que Júpiter había decidido ahogarnos a todos y que ya no vería un solo denario hoy.

Lucius avanzó hacia la barra, interponiendo su cuerpo entre el posadero y Aina. Se movía con esa arrogancia casual de quien ha llevado armadura la mayor parte de su vida, una advertencia silenciosa para cualquiera que supiera leer el lenguaje corporal de la violencia.

—Necesitamos una habitación. Seca. Y comida caliente. Lo que tengas en el caldero, siempre que no sea rata.

El posadero soltó una risa gorjeante, que hizo temblar su papada.

—Aquí solo servimos carne de primera, viajero. Cerdo, o algo que se le parece. —Sus ojos, pequeños y oscuros como cuentas de azabache, se desviaron por encima del hombro de Lucius hacia la

figura encapuchada de Aina—. ¿Y para el chico? ¿O es una chica? Difícil saberlo con esos trapos.

Aina sintió el peso de la mirada del hombre. Se encogió aún más dentro de su capa, fijando la vista en las botas embarradas del posadero. *Observa*, se ordenó a sí misma. *Registra*. La uña del dedo índice del posadero estaba negra por un golpe reciente. Había un corte cicatrizado en su antebrazo izquierdo. Olía a cebolla y a algo más... algo metálico.

—Es mi sirvienta —cortó Lucius, con un tono que no admitía curiosidad—. Y está cansada. No necesitamos charla, posadero. Necesitamos descanso.

Lucius dejó caer dos monedas de plata sobre la madera grasienta. El sonido metálico fue nítido en el silencio de la sala. Los ojos del posadero se clavaron en la plata con una avidez que Aina reconoció al instante. Era la misma mirada que Marcus Valerius tenía cuando revisaba los libros de cuentas que cuadraban a su favor, aunque Valerius lo disimulaba con elegancia y este hombre lo mostraba con hambre desnuda.

—Por supuesto, señor. Por supuesto. —El hombre barrió las monedas con una mano rápida—. Tengo una habitación arriba. La mejor. Y el guiso estará listo en un momento. Sentaos, sentaos cerca del fuego.

Mientras se dirigían a una mesa apartada, lejos de la puerta y de los otros clientes, Aina notó que el posadero no se dirigía a la cocina de inmediato. Se quedó un instante quieto tras la barra, con la mirada perdida en el vacío, o quizás recordando algo. Luego, sus ojos se dirigieron fugazmente hacia una pared lateral, donde varios pergaminos y tablillas de avisos colgaban de clavos oxidados, amarillentos por el humo.

Aina sintió un escalofrío que nada tenía que ver con la ropa mojada.

—Lucius —susurró apenas se sentaron en el banco de madera carcomida.

—Lo sé —respondió él sin mover los labios, manteniendo la vista en el fuego pero con la mano derecha descansando casualmente cerca de la empuñadura de su daga, oculta bajo los pliegues de la capa—. Lo he visto. Está evaluando cuánto valemos. O cuánto le darán por nosotros.

—Miró los avisos —añadió ella. Su memoria eidética proyectó la imagen del posadero: el ángulo de su cuello, la dilatación de sus pupilas, la microexpresión de reconocimiento—. Hay un cartel nuevo allí. El pergamino es más claro que los otros.

Lucius tensó la mandíbula.

—Comeremos rápido. Los caballos necesitan al menos una hora. Si salimos ahora, con este clima y las bestias agotadas, nos romperemos el cuello en la primera zanja. Descansamos una hora, por turnos, y nos vamos antes del amanecer.

El posadero regresó poco después con dos cuencos de madera humeantes y una jarra de barro.

—Guiso de la casa —anunció con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Y un poco de vino de Falerno, cortesía de la casa, para calentar los huesos. No todos los días recibimos a un veterano y... a su compañía.

—¿Veterano? —Lucius alzó una ceja.

—La postura, señor. Y la cicatriz en el cuello. Uno aprende a ver esas cosas en este camino. —El hombre sirvió el vino en dos copas de arcilla mal cocida—. Bebed. Os hará dormir como bebés.

El posadero se retiró arrastrando los pies, pero Aina notó que no volvía a su puesto tras la barra. Desapareció por una puerta trasera que daba, presumiblemente, a las cuadras o a un patio interior.

El guiso era una masa espesa de color marrón. Trozos de carne irreconocible flotaban entre nabos y zanahorias recocidas. El hambre era un animal que rugía en el estómago de Aina, una demanda

biológica urgente. Lucius, pragmático como siempre, tomó su cuchara.

—Come —ordenó—. Necesitas fuerzas.

Aina acercó el cuenco a su rostro. El vapor le golpeó la nariz. Olía a grasa de cerdo, a comino excesivo para ocultar el sabor de la carne pasada, y a ajo. Pero debajo de esa capa olfativa, había algo más.

Un hilo de aroma sutil. Dulzón. Terroso.

Click.

El mundo se detuvo. El presente se fracturó y Aina fue arrastrada hacia atrás, no por su voluntad, sino por la tiranía de su propia mente.

Ya no estaba en la posada sucia. El suelo de tierra se transformó en mosaicos de mármol blanco y negro. El olor a humo desapareció, reemplazado por el aroma a papiro seco y cera de abejas. Estaba en el scriptorium de la villa de Valerius, pero no estaba escribiendo. Estaba catalogando el inventario privado de Marcus, el que guardaba en el cofre de cedro.

Frasco número 45. Cristal azul veneciano. Etiqueta escrita con la caligrafía picuda de Silanus.

«Hyoscyamus niger». Beleño negro. Extracto concentrado.

Recuerdo superpuesto: Una noche de verano, dos años atrás. Un esclavo de las cuadras había intentado robar plata. Marcus no lo azotó. Le dio una copa de vino. «Bebe, Cayo. La honestidad requiere calma». Cayo bebió. Diez minutos después, Cayo no podía levantar los brazos. Su lengua colgaba de su boca como un trozo de carne muerta. Estaba despierto, sus ojos gritaban terror, pero su cuerpo era un saco de arena. Marcus le susurraba al oído mientras Silanus afilaba sus herramientas.

El olor. Ese olor dulzón que quedaba en el fondo de la copa de Cayo. El mismo olor que ahora emanaba del cuenco de guiso frente a ella.

—¡No! —El grito de Aina fue un susurro estrangulado, pero bastó para detener la mano de Lucius a medio camino de su boca.

La realidad regresó de golpe. La posada. El frío. Lucius mirándola con el ceño fruncido, la cuchara suspendida en el aire.

—¿Qué pasa? —preguntó él, su voz tensa.

Aina temblaba. No por el frío, sino por el recuerdo táctil del terror de Cayo. Podía sentir su parálisis como si fuera propia.

—El olor —dijo ella, señalando el guiso con un dedo tembloroso—. *Hyoscyamus*. Beleño. Está en la comida. Y en el vino.

Lucius no dudó. No preguntó «¿Estás segura?» ni olfateó el plato buscando confirmación. Conocía la maldición y el don de Aina. Si ella decía que estaba allí, estaba allí.

Lentamente, con una calma que aterraba más que cualquier grito de guerra, Lucius devolvió la cuchara al cuenco. Su mirada barrió la sala. Los jugadores de dados seguían en su esquina, pero habían dejado de jugar. Sus manos ya no estaban sobre la mesa, sino bajo ella. El hombre que dormía ya no roncaba; su postura había cambiado sutilmente, tensando los músculos de la espalda.

Era una trampa. Una ratonera.

—No comas ni una gota —murmuró Lucius, su mano deslizándose hacia la daga bajo la mesa—. Cuando yo te diga, vuelcas la mesa hacia los de los dados y corres hacia la puerta trasera. No pares por mí. Ve a los caballos.

—Lucius... —empezó Aina, el pánico cerrándole la garganta.

—El posadero ha ido a buscar ayuda o a bloquear la salida principal —dijo él, analizando la táctica enemiga con frialdad profesional—. Los de la esquina son mercenarios o matones locales esperando a que caigamos dormidos para no tener que pelear. No son soldados. Si fueran soldados, ya nos habrían rodeado.

En ese momento, la puerta trasera, por donde había salido el posadero, se abrió con un chirrido. El hombre calvo reapareció, pero esta vez no traía vino. Traía un hacha de leñador en las manos y una sonrisa cruel en los labios. Detrás de él, la lluvia dejaba ver la silueta de otro hombre, más grande, armado con una horquilla de hierro.

—Parece que a la pequeña no le gusta mi guiso —dijo el posadero, su voz perdiendo toda pretensión de servilismo—. Una lástima. Es una receta especial para fugitivos.

Los dos hombres de la mesa de los dados se pusieron de pie, sacando garrotes cortos y cuchillos oxidados. Eran cuatro contra uno y una chica desarmada.

Lucius suspiró. Fue un sonido de cansancio infinito, el sonido de un hombre que solo quería dormir y al que el mundo insistía en obligar a matar.

—Ahora —dijo Lucius.

Todo sucedió en un estallido de violencia cinética.

Aina empujó la mesa con todas sus fuerzas, volcando el guiso hirviente y las jarras de vino. La pesada madera se estrelló contra las piernas de uno de los jugadores de dados, que aulló de dolor y sorpresa. El líquido caliente salpicó como aceite hirviendo.

Lucius no esperó. Se lanzó hacia adelante, no hacia la salida, sino directamente hacia el posadero. Era un movimiento contraintuitivo que desconcertó a sus atacantes. El posadero alzó el hacha, torpe, telegrafiando el golpe. Lucius, un veterano de las legiones que había sobrevivido a las fronteras de Germania, se movió con una economía de movimientos brutal.

Desvió el mango del hacha con su antebrazo izquierdo protegido por cuero endurecido y clavó su *pugio* corto en el muslo del posadero, justo donde la arteria femoral corre cerca de la superficie. Fue un golpe quirúrgico, diseñado para incapacitar, no para matar

instantáneamente, aunque el resultado final sería el mismo si no se trataba.

El posadero gritó y cayó de rodillas, soltando el hacha. Lucius giró sobre sus talones, usando el cuerpo del hombre caído como escudo contra el gigante de la horquilla que entraba desde la lluvia.

—¡Aina, corre! —rugió Lucius.

Aina se quedó paralizada un segundo, sus ojos registrando la sangre oscura que manchaba el serrín del suelo, la mueca de dolor del posadero, el brillo del metal a la luz del fuego. Su mente quería catalogar la escena, archivar el ángulo de la herida, el sonido de la respiración agitada.

Muévete. Eres un agente, no un testigo. La voz de su propia voluntad rompió el trance.

Corrió hacia la cocina, esquivando el cuerpo del hombre que se retorcía en el suelo. El olor a beleño del guiso derramado se mezclaba ahora con el olor cobrizo de la sangre. Cruzó el umbral hacia la noche, hacia el aguacero.

El patio trasero era un barrizal. Los caballos, nerviosos por el olor a sangre y la conmoción, tiraban de sus ataduras. Aina llegó hasta ellos, sus dedos torpes luchando con los nudos mojados de las riendas.

—¡Vamos, vamos! —susurró, con la voz quebrada por el miedo.

Un estruendo vino desde el interior de la posada. Madera rompiéndose. Un grito ahogado. Luego, silencio.

Aina se quedó helada, con la rienda de su caballo en la mano. ¿Lucius?

La puerta trasera se abrió de golpe. Una figura emergió, recortada contra la luz del fuego interior. Aina retrocedió, buscando algo, una piedra, un palo, cualquier cosa para defenderse.

La figura se tambaleó y se limpió algo de la cara.

—Desátalos —dijo la voz de Lucius, jadeante pero firme.

Aina soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo. Lucius llegó a su lado, cojeando ligeramente. Tenía un corte feo en la mejilla y su capa estaba rasgada, pero sus ojos estaban vivos, brillando con la adrenalina del combate.

—¿Estás...?

—Sube —ordenó él, impulsándola hacia la silla de montar con una fuerza que casi la lanza al otro lado del caballo—. Hay más. Escuché silbidos desde el bosque. No estaban solos. Era una partida de caza organizada, y el posadero era solo el cebo.

Aina se encaramó a la silla, sintiendo el pánico frío trepar por su espalda. Una partida de caza. Eso significaba perros. Significaba rastreadores. Significaba Silanus.

Lucius montó en su propio caballo, haciendo una mueca de dolor. Giraron las bestias hacia la oscuridad del camino, lejos de la luz traicionera de la *mansio*.

—Espera —dijo Lucius, deteniéndose un momento.

Sacó algo de entre los pliegues de su túnica y se lo lanzó a Aina. Ella lo atrapó al vuelo, a pesar de la lluvia y la oscuridad. Era un rollo de pergamino arrugado, manchado de sangre y vino.

—Lo arranqué de la pared antes de salir —dijo Lucius, espoleando a su caballo—. Léelo cuando tengamos luz. Necesitamos saber qué mentiras está contando Valerius sobre nosotros para poner precio a nuestras cabezas en cada agujero de esta maldita provincia.

Los caballos arrancaron al galope, sus cascos salpicando barro y agua, devorando la distancia. Aina apretó el pergamino contra su pecho, sintiendo su textura áspera bajo los dedos. No necesitaba luz para saber lo que decía. Podía imaginar las palabras exactas, redactadas con la fría precisión retórica de su amo.

Se busca. Esclava fugitiva. Asesina. Ladrona de secretos de Estado.

La posada quedó atrás, convirtiéndose en un punto de luz que desaparecía en la tormenta. Pero el olor a beleño parecía haberse quedado impregnado en sus fosas nasales, un recordatorio fantasma de que el alcance de Marcus Valerius era largo, y que en su mundo, incluso un plato de comida caliente podía ser una sentencia de muerte.

—Al bosque —gritó Lucius por encima del viento—. La Vía Augusta ya no es segura. Si nos buscan aquí, nos buscarán en cada posta hasta la Galia.

Se desviaron del camino empedrado, adentrándose en la negrura de los árboles, donde las ramas bajas arañaban sus rostros como manos esqueléticas. Aina cerró los ojos un instante, dejando que la lluvia lavara el sudor frío de su frente.

El juego había cambiado. Ya no eran simples fugitivos huyendo de un amo cruel. Eran presas en una cacería que abarcaba todo el Imperio. Y Aina sabía, con la certeza matemática de su memoria, que un depredador como Silanus no se detendría hasta que la sangre de su presa manchara el suelo, o hasta que él mismo cayera.

Apretó las piernas contra los flancos del caballo y se inclinó hacia adelante, fundiéndose con la oscuridad. La noche era larga, y Tarraco aún proyectaba una sombra demasiado alargada.

CAPÍTULO 14

Rastro de sangre

El humo no era más que una señal. Una columna gris y densa que se alzaba perezosa contra el azul impoluto del cielo de la Tarraconense, visible desde tres millas de distancia. Para cualquier otro viajero en la Vía Augusta, aquella humareda significaba desgracia, pérdida o accidente. Para Silanus, significaba que la presa había cometido un error. O tal vez, que había aprendido a morder.

El rastreador detuvo su montura en la linde del bosque, donde la carretera pavimentada se abría paso entre los pinos como una cicatriz de civilización sobre la tierra salvaje. No espoleó al caballo. No había prisa. La prisa enturbiaba el juicio, y el juicio de Silanus debía ser tan frío como el hierro de la *spatha* que colgaba de su costado.

Observó la escena desde la distancia con la paciencia de un geólogo que estudia una falla en el terreno. La estación de posta, una *mansio* de segunda categoría que solía servir vino aguado y lechos infestados de chinches a los correos imperiales, era ahora un esqueleto humeante. El edificio principal se había salvado de lo peor, pero las cuadras, el corazón logístico del lugar, eran un amasijo de vigas carbonizadas y tejas derrumbadas.

Silanus inspiró profundamente. El aire traía el olor acre de la resina de pino quemada, mezclado con algo más dulce y repugnante: el

aroma inconfundible de la carne asada. Caballos. No habían logrado sacarlos a todos.

Con un ligero toque de talones, hizo avanzar a su caballo al paso.

Al llegar al patio, el caos reinaba con esa particular histeria que sigue a la catástrofe. Esclavos tiznados de hollín corrían de un lado a otro con cubos de agua inútiles, arrojando el líquido sobre brasas que ya no amenazaban nada porque no quedaba nada que consumir. Mujeres lloraban sentadas sobre fardos de paja salvados a medias. Un perro ladraba a la nada, enloquecido por el calor residual.

Silanus desmontó. Sus botas de cuero, reforzadas y silenciosas, se hundieron en el barro mezclado con ceniza. Nadie reparó en él al principio. Era un hombre que sabía habitar los espacios vacíos de la percepción ajena. Vestía una túnica de lana oscura, sin insignias, sin los colores de ninguna casa, pero la calidad del tejido y la postura de sus hombros gritaban autoridad. O amenaza.

Caminó hacia el centro del patio. Un mozo de cuadra, un muchacho que apenas tendría doce años y que temblaba con la cara manchada de negro, casi chocó con él. El chico levantó la vista, dispuesto a soltar una disculpa atropellada, pero las palabras murieron en su garganta.

Los ojos de Silanus eran dos pozos de agua estancada. No había ira en ellos, ni curiosidad humana. Solo una evaluación clínica de la carne y el hueso que tenía delante. El rastreador alzó una mano, un gesto lento, y señaló hacia el grupo de hombres que se agolpaba cerca del abrevadero de piedra.

El chico asintió, mudo de terror, y señaló hacia el mismo lugar.

Silanus lo dejó pasar y avanzó. Los hombres se apartaron instintivamente, como el agua se aparta ante la proa de un trirreme. En el suelo, apoyado contra la piedra fría del abrevadero, yacía el posadero.

El hombre estaba destrozado. No por el fuego, sino por el esfuerzo y la caída de una viga. Tenía la pierna derecha aplastada, el hueso de la tibia asomando blanco y obsceno a través de la piel y la tela quemada de sus *bracae*. Respiraba con un silbido agónico, los ojos vidriosos clavados en el cielo, buscando a unos dioses que claramente habían abandonado aquel lugar. Una mujer, seguramente su esposa, le limpiaba la frente con un paño húmedo, susurrando oraciones a los Lares domésticos que no habían sabido proteger su hogar.

Silanus se detuvo ante ellos. Su sombra cayó sobre el herido, bloqueando el sol de la mañana.

La mujer levantó la vista. Tenía los ojos enrojecidos por el humo y el llanto.

—No hay sitio —dijo ella, con voz quebrada pero hostil—. Se ha quemado todo. Siga su camino, viajero. No tenemos nada para usted.

Silanus no se movió. La inmovilidad era su dialecto principal.

—¿Es que es sordo? —gritó ella, la histeria arañando su garganta—. ¡Largo de aquí! ¡Mi marido se muere!

El rastreador inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado. Luego, con un movimiento fluido, se agachó. Quedó en cuclillas frente al moribundo, ignorando a la mujer como se ignora el zumbido de una mosca.

El posadero, sacado de su estupor por la interrupción de la luz, giró la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de Silanus. Hubo un momento de reconocimiento primitivo. El instinto de supervivencia, incluso en un hombre a las puertas de la muerte, reconoció al depredador.

Silanus llevó su mano al cinturón. No desenfundó la *sica* curva que llevaba a la espalda, ni la daga de remate. En su lugar, sacó una pequeña bolsa de cuero. La abrió y extrajo una moneda. Un áureo.

El oro brilló con una pureza insultante en medio de la mugre y la ceniza.

La puso sobre el pecho del posadero. El peso del oro sobre el corazón.

El posadero parpadeó, confundido. Intentó hablar, pero solo salió una tos seca y sanguinolenta.

—¿Q... qué...? —graznó.

Silanus se llevó un dedo a los labios. *Silencio*. Luego, con la misma mano, señaló hacia el norte, a lo largo de la Vía Augusta. Después señaló hacia el sur. Y finalmente, hizo un gesto que imitaba la estatura de una mujer joven y la corpulencia de un hombre.

La mujer intentó interponerse.

—¡No le atormente! ¡No ve que...!

Silanus levantó la mano izquierda y la detuvo en el aire. No la tocó. No hizo falta. La violencia contenida en ese gesto fue tan palpable como un golpe físico. Luego, volvió su atención al moribundo.

Señaló el establo quemado. Hizo un gesto de ignición con las manos. *¿Quién?*

El posadero tragó saliva, el dolor de su pierna haciéndole apretar los dientes hasta casi partirlos.

—Fueron... ellos... —susurró el hombre. La codicia y el miedo luchaban en su mirada fija en la moneda de oro—. El soldado... y la chica.

Silanus asintió lentamente. *Bien.*

Hizo otro gesto. Se tocó el ojo, luego señaló al horizonte. *¿Cuándo?*

—Anoche... —gimió el posadero—. Robaron... robaron los dos mejores caballos. Antes del fuego.

El rastreador acercó su rostro al del herido. Podía oler la infección empezando a florecer en la herida abierta, el olor dulzón de la gangrena mezclado con el sudor frío. Silanus necesitaba más. Necesitaba saber cuánto daño habían sufrido. Si la chica estaba entera. Si el legionario seguía siendo capaz de luchar.

Agarró la pierna destrozada del posadero. Justo sobre la fractura.

El grito del hombre desgarró la mañana, espantando a los cuervos que ya empezaban a circular sobre los restos del establo. Fue un alarido agudo, inhumano, que hizo que los esclavos al otro lado del patio se taparan los oídos. La mujer se abalanzó sobre Silanus, golpeando sus hombros con los puños, arañando su túnica.

Silanus ni siquiera parpadeó. Mantuvo la presión, sus dedos como cepos de acero alrededor de la carne rota, mientras sus ojos taladraban los del posadero. *Habla.*

—¡Huyeron! —aulló el hombre entre sollozos, las lágrimas abriendo surcos en la ceniza de su cara—. ¡Huyeron al norte! ¡Ella... ella estaba herida! ¡Cojeaba! ¡El soldado la subió al caballo! ¡Por los dioses, suélteme!

Silanus soltó la pierna. El posadero se desplomó hacia atrás, desmayado por el dolor.

El rastreador se puso de pie, limpiándose la mano en la túnica con un gesto distraído. La mujer estaba en el suelo, abrazada al cuerpo inconsciente de su marido, sollozando maldiciones en un latín vulgar que Silanus conocía bien pero que no le importaba en absoluto.

Ya tenía lo que necesitaba. *Herida. Norte.*

Giró sobre sus talones y caminó hacia las ruinas del establo. El calor allí era todavía intenso, radiando desde las piedras del suelo como si el infierno estuviera justo debajo de la superficie. Las vigas caídas formaban una geometría negra y caótica.

Silanus entró en la zona quemada. Sus botas crujieron sobre tejas rotas. Buscó el punto de origen. No fue difícil. El fuego había sido provocado con aceite, cerca de la puerta trasera. Una distracción clásica. Táctica militar básica. *Lucius Vorenus*. El nombre flotó en su mente, asociado a una serie de datos tácticos: ex-centurión, veterano, peligroso, predecible.

Pero la chica... Aina. Ella era la variable desconocida.

Caminó hacia donde debían haber estado los caballos. El suelo estaba revuelto, el barro cocido por el fuego conservaba las huellas profundas y frenéticas de los animales al ser desatados con prisa. Se agachó para examinar el terreno.

Había huellas de *caligae* militares. Pesadas, profundas. Vorenus cargando con el peso de la situación. Y había otras huellas, más ligeras, arrastradas. La chica cojeaba, tal como había dicho el posadero.

Silanus siguió el rastro hasta la salida trasera, donde el barro se convertía en la tierra dura del camino secundario que conectaba con la Vía. Allí, entre un montón de paja a medio quemar que el viento había dispersado, algo captó su atención.

Era un destello pálido, casi invisible contra la tierra grisácea.

Se acercó. Se arrodilló, ignorando el calor que traspasaba la tela de sus pantalones. Extendió la mano y sus dedos, callosos y expertos en infligir dolor, rozaron el objeto con una delicadeza sorprendente. Lo levantó.

Era un trozo de papiro. Apenas un fragmento, no más grande que la palma de su mano. Estaba chamuscado en los bordes, curvado por el calor, pero el centro seguía intacto.

Silanus lo acercó a sus ojos.

No estaba en blanco. Había tinta. Tinta de buena calidad, no la mezcla barata que usaban los mercaderes. Había letras, trazos

rápidos, nerviosos, escritos con una urgencia que casi hacía que la caligrafía saltara del soporte.

...el peso de la memoria es el único lastre que no se puede soltar...

Solo una frase. Incompleta. Probablemente una nota al margen, o un pensamiento que la chica necesitaba expulsar de su cabeza para que no la devorara. Aina escribía para no ahogarse. Marcus Valerius lo había dicho: *«Su mente es un archivo sin cerradura. Si no escribe, se desborda»*.

El viento movió el trozo de papiro en su mano, amenazando con llevárselo. Silanus cerró el puño, atrapándolo.

Era ella. Sin duda alguna.

Se levantó lentamente. El sol estaba ya alto, despejando las últimas brumas del amanecer. Miró hacia el norte, donde la carretera se perdía en la espesura de los bosques que precedían a los Pirineos. Un terreno difícil. Lleno de sombras, de escondites, de peligros.

El terreno de Silanus.

Ellos creían que el fuego había borrado su rastro. Creían que la destrucción de la posada les daría tiempo. Vorenus pensaba como un soldado: crear caos, romper la línea de visión, retirarse. Pero Vorenus había olvidado que no le perseguía una legión. Le perseguía un sabueso.

Y un sabueso no necesita ver para cazar. Solo necesita un olor. Una gota de sangre. O un trozo de papel caído en el barro.

Los músculos de la mandíbula de Silanus se tensaron. La cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda, un recuerdo de una revuelta de esclavos en Sicilia años atrás, se estiró. Sus labios, normalmente sellados en una línea impasible, se curvaron muy ligeramente hacia arriba.

No era una sonrisa de alegría. No había humor en ella. Era la mueca mecánica de un mecanismo que encaja en su lugar. La satisfacción

del artesano que encuentra la herramienta adecuada para el trabajo.

Guardó el trozo de papiro en la bolsa de cuero junto a su cintura, protegiéndolo como si fuera una reliquia sagrada.

Caminó de vuelta hacia su caballo. La mujer del posadero seguía gritando, maldiciendo su figura mientras se alejaba, pero para Silanus, sus gritos eran tan irrelevantes como el crujido de la madera quemada. Eran solo ruido de fondo en el mundo de silencio que él habitaba.

Montó de un salto ágil. Ajustó las riendas. El animal, sintiendo la tensión en su jinete, piafó nervioso.

Silanus dio una última mirada a la posada destruida. Había dolor allí. Había ruina. Era un monumento perfecto al paso de la Escriba y el Centurión. Ellos dejaban cenizas a su paso.

Él traería la oscuridad para cubrirlas.

Golpeó los flancos del caballo, no con fuerza, sino con decisión. El animal arrancó al galope, dejando atrás el olor a humo para adentrarse en el aire limpio del norte. La caza había dejado de ser una búsqueda. Ahora era una carrera. Y Silanus nunca perdía una carrera.

CAPÍTULO 15

La tormenta

El cielo sobre la Vía Augusta no se oscureció gradualmente; se desplomó.

Lo que había comenzado al amanecer como una fina capa de nubes, similar a la gasa sucia que cubría las heridas de los gladiadores en el *ludus*, se había transformado al mediodía en una masa compacta, hinchada y amoratada, que parecía rozar las copas de los pinos. El aire se volvió denso, cargado de una electricidad estática que erizaba el vello de los brazos y dejaba un sabor metálico en la boca, similar al de la sangre vieja.

Aina caminaba con la cabeza gacha, contando sus pasos para evitar pensar en el dolor que le taladraba las plantas de los pies. *Veintidós mil trescientos cuarenta y uno. Veintidós mil trescientos cuarenta y dos.* Su mente, esa biblioteca infinita y maldita donde nada se perdía, recuperó involuntariamente un pasaje de las *Geórgicas* de Virgilio sobre las señales del mal tiempo, superponiendo las letras negras sobre el camino polvoriento. Pero el polvo ya no era polvo. La humedad ambiental había convertido la tierra suelta entre las losas de piedra en una pasta pegajosa que comenzaba a reclamar las suelas de sus sandalias.

Lucius Vorenus iba unos pasos por delante, tirando de las riendas del único caballo que les quedaba, una bestia rocina y nerviosa que resoplaba sacudiendo las orejas ante la caída de la presión

atmosférica. El excenturión se detuvo y miró hacia el norte, hacia las colinas que precedían a Barcino. Su rostro, curtido por años de campañas y marcado por la reciente abstinencia, se tensó.

—Se acabó la suerte —gruñó Lucius. Su voz sonó rasposa, como si tragara grava—. Viene del mar y de la montaña a la vez. Una pinza.

Aina se detuvo. El silencio previo a la tormenta era absoluto. Los grillos habían callado. Las aves habían desaparecido. Solo se escuchaba el jadeo del caballo y su propia respiración entrecortada.

—¿Podemos llegar a la próxima posta? —preguntó ella. Su mano fue instintivamente al costado, palpando el bulto bajo su capa de lana basta. Allí, envuelto en cuero y lino, descansaba el rollo. La confesión. La prueba. La sentencia de muerte de Marcus Valerius.

Lucius escupió al suelo.

—No llegaremos ni a la próxima milla seca.

En ese instante, el cielo se rompió. No fue una lluvia tímida, sino una cortina de agua helada que cayó con violencia física, golpeando la tierra con tal fuerza que el suelo pareció hervir. En cuestión de segundos, la visibilidad se redujo a unos pocos metros. El mundo se convirtió en una acuarela gris y difusa.

—¡Muévete! —bramó Lucius, tirando del caballo que relinchaba asustado.

El agua caló la túnica de Aina al instante, enfriando su piel hasta los huesos. El frío fue un shock, un recordatorio brutal de su fragilidad física. Pero el frío era secundario. Su mente, operando a una velocidad vertiginosa impulsada por el pánico, calculó las variables: la intensidad de la lluvia, la porosidad del cuero de la bolsa, la composición de la tinta.

El *atramentum* utilizado por los escribas imperiales era una mezcla de hollín, goma arábiga y agua. Soluble. Efímero ante los elementos. Si el agua tocaba el papiro, las palabras se disolverían en manchas

negras ininteligibles. La lista de sobornos, los nombres de los senadores comprados, las fechas de las ejecuciones ilegales... todo se convertiría en nada más que agua sucia.

—¡El rollo! —gritó Aina, su voz apenas audible sobre el estruendo del agua golpeando las piedras—. ¡Lucius, el agua!

El barro, antes una molestia, se convirtió en un enemigo activo. La tierra seca de la Hispania Tarraconensis, sedienta tras semanas de sol, no podía absorber el diluvio con la rapidez suficiente. Los surcos de la Vía Augusta, diseñados por ingenieros romanos para el drenaje, se desbordaron. El agua mezclada con arcilla roja formó torrentes que cruzaban la calzada, buscando los tobillos, buscando desequilibrar.

Aina dio un paso y sintió que el mundo se inclinaba. Su pie derecho resbaló sobre una piedra pulida por siglos de ruedas de carro. Cayó pesadamente de rodillas. El impacto fue sordo, amortiguado por el fango, pero el dolor subió agudo por su pierna. Sin embargo, no intentó levantarse. Se ovilló sobre sí misma, curvando la espalda para crear un caparazón humano sobre su costado izquierdo, donde colgaba la bolsa.

—¡Maldita sea!

Lucius soltó las riendas del caballo. El animal, liberado, dio un par de coces y se alejó al trote corto, buscando instintivamente el refugio de unos árboles cercanos, pero Lucius no lo siguió. Se giró hacia Aina, sus botas pesadas chapoteando en el lodo que ya le cubría los empeines.

La agarró por el brazo, sus dedos clavándose con fuerza en su carne a través de la lana mojada.

—¡Levántate! ¡Si te quedas ahí te pasará una cohorte por encima y ni se enterarán!

—¡Se va a mojar! —sollozó Aina. No lloraba por el dolor de la rodilla, ni por el frío que le hacía castañetear los dientes. Lloraba por la

tinta. En su mente, vio la imagen nítida de un documento que una vez vio arruinado en la villa de Valerius: un contrato de venta de aceite que un esclavo había dejado bajo una gotera. Recordó la ira de Marcus. Recordó el sonido del látigo. La imagen se superpuso a la realidad: la lluvia en su cara era la saliva de Marcus; el trueno que retumbó en ese momento era el golpe de la puerta del *scriptorium* cerrándose.

La parálisis la invadió. Su memoria eidética, su mayor don, era ahora su jaula. Estaba reviviendo tres momentos traumáticos a la vez, incapaz de distinguir el pasado del presente.

Lucius pareció percibir el cambio en su mirada. Los ojos de Aina estaban fijos en la nada, dilatados, ajenos a la tormenta. El excenturión la sacudió con violencia.

—¡Aina! ¡Mírame! —le gritó a la cara, su aliento oliendo a lluvia y a desesperación—. ¡No estás allí! ¡Estás aquí, conmigo! ¡Y si no te mueves, Silanus nos encontrará convertidos en estatuas de barro!

El nombre del rastreador atravesó la niebla de su mente. Silanus. El mudo. El hombre que no necesitaba hablar porque su cuchillo lo hacía por él. El miedo presente superó al miedo pasado. Aina parpadeó, el agua corriendo por sus pestañas como lágrimas.

—El papiro... —susurró, temblando incontrolablemente.

—A la mierda el papiro —gruñó Lucius, aunque sus acciones dijeron lo contrario. Se quitó su propia capa, una pesada *paenula* de lana engrasada, mucho más resistente que la túnica de ella. Con movimientos rápidos y toscos, envolvió a Aina, cubriéndola por completo, asegurándose de que la tela impermeable cubriera doblemente el costado donde llevaba la bolsa—. Mantén el brazo apretado contra el cuerpo. No lo muevas.

Aina asintió, sintiendo el peso de la prenda de Lucius sobre sus hombros. Olía a él: a sudor antiguo, a cuero y a vino agrio. Era un olor que antes le repugnaba, pero que ahora le parecía el único ancla a la realidad.

—Vamos. Tenemos que salir de la calzada. Esto es un río.

Retomaron la marcha. El caballo había desaparecido entre la cortina de lluvia gris, pero Lucius no perdió tiempo buscándolo. Un animal en estas condiciones era un lastre. Caminaban contra el viento, cada paso una batalla contra la succión del barro. El lodo se aferraba a sus piernas, pesando como plomo. Aina sentía que arrastraba cadenas.

La lluvia arreció aún más, si es que eso era posible. El cielo se iluminó con un relámpago que convirtió el paisaje en un negativo fotográfico de blancos y negros puros, seguido instantáneamente por un trueno que hizo vibrar el esternón de Aina.

—Allí —señaló Lucius.

A través de la cortina de agua, a unos cien pasos fuera del camino, el terreno se elevaba bruscamente. Una formación de roca caliza sobresalía de la ladera boscosa como un hueso expuesto. Bajo un saliente de piedra, una sombra sugería una cavidad.

Abandonar la Vía Augusta fue peor. Si la calzada era resbaladiza, el terreno natural era una trampa mortal. La hierba mojada era como hielo. Las raíces de los pinos, expuestas por la erosión súbita, eran lazos esperando romper un tobillo.

Aina resbalaba constantemente. Su equilibrio, precario por el cansancio de seis días de huida, le fallaba. Lucius la sostenía, empujándola, casi arrastrándola. Él también sufría. Aina lo oía gruñir cada vez que su pierna mala, recuerdo de una vieja herida en Germania, tenía que soportar todo su peso para izarla a ella por un terraplén.

—Ya casi... —jadeó Lucius. Su rostro estaba pálido, el agua lavando la suciedad de días para revelar una fatiga profunda, grabada en las líneas alrededor de sus ojos.

Llegar a la base de la formación rocosa requirió un esfuerzo agónico. El agua bajaba por la ladera en cascadas improvisadas, arrastrando

piedras y ramas. Tuvieron que trepar los últimos metros a gatas, aferrándose a matorrales espinosos que les rasgaban las manos.

Aina sintió que el cuero de la bolsa se deslizaba peligrosamente bajo las capas de ropa.

—¡Se cae! —gritó.

Lucius no lo dudó. Se lanzó hacia adelante, interponiendo su cuerpo entre ella y el torrente de agua que caía desde el saliente de roca que intentaban alcanzar. Usó su espalda como escudo, recibiendo el impacto directo del agua fría mientras empujaba a Aina hacia el hueco oscuro.

—¡Adentro! ¡Entra de una vez!

Aina gateó hacia la oscuridad, sintiendo la textura seca y polvorienta de la piedra bajo sus palmas. El cambio acústico fue instantáneo. El rugido de la tormenta, que había sido ensordecedor, se convirtió de pronto en un eco distante, amortiguado por las paredes de roca.

Se arrastró hasta el fondo, hasta que su espalda chocó contra la pared fría de la cueva. Lucius entró tras ella, colapsando en la entrada, boqueando por aire como un pez fuera del agua.

Durante un largo minuto, solo se escuchó el sonido de sus respiraciones agonizantes y el goteo de sus ropas sobre el suelo de piedra. La cueva era pequeña, poco más que una grieta ensanchada por el tiempo, oliendo a tierra seca y a excremento de murciélago. Pero estaba seca.

Aina no esperó a recuperar el aliento. Con manos que temblaban tanto que parecían ajenas, apartó la pesada capa mojada de Lucius. Sus dedos, entumecidos y azules por el frío, torpes como garras, buscaron los nudos de la bolsa de cuero.

—No lo abras todavía... —murmuró Lucius desde la entrada, sin girarse, vigilando la cortina de agua que los aislaba del mundo—. Tienes las manos mojadas.

Aina se detuvo. Tenía razón. La lógica volvió a ella, fría y cortante. Si tocaba el papiro con sus dedos empapados, haría el trabajo que la lluvia no había logrado.

Se miró las manos. Estaban cubiertas de barro y agua. Se las secó frenéticamente en la parte interior de su túnica, buscando algún pliegue de tela que la *paenula* de Lucius hubiera mantenido seco. Frotó su piel hasta que le dolió, hasta que sintió el calor de la fricción.

—¿Crees que...? —empezó a decir, pero la voz se le quebró. La posibilidad era demasiado aterradora para verbalizarla.

Lucius se giró lentamente. Se había sentado apoyando la espalda contra la pared de la entrada, con una pierna estirada y la otra flexionada. Sacó una daga de su cinturón, no por una amenaza inmediata, sino por hábito.

—Ábrelo —ordenó—. Necesitamos saberlo.

Aina desató los cordones de cuero. El nudo estaba apretado, hinchado por la humedad exterior. Tuvo que usar los dientes, sintiendo el sabor salado del cuero curtido. Finalmente, la tapa de la bolsa cedió.

Metió la mano. El interior estaba húmedo. Su corazón se detuvo un instante.

Extrajo el rollo. El cilindro de papiro estaba envuelto en una segunda capa de lino encerado que ella misma había preparado antes de huir de la villa. El lino estaba manchado, oscuro por el agua que había logrado penetrar la primera defensa.

Con la delicadeza de un cirujano, Aina desenrolló el lino.

El papiro apareció. Era de color crema, de buena calidad, robado del escritorio personal de Valerius. Aina lo desenrolló unos centímetros, conteniendo la respiración.

Las letras.

Las letras estaban allí. Negras. Nítidas. La caligrafía precisa y angulosa que ella misma había trazado bajo la luz de una vela prohibida.

Yo, Marcus Valerius, en pleno uso de mis facultades...

El agua había tocado los bordes del rollo. Había una mancha marrón que avanzaba peligrosamente hacia el texto, deteniéndose a menos de un dedo de la primera línea. El papiro estaba húmedo al tacto, blando, vulnerable, pero la tinta había aguantado.

Aina exhaló un aire que no sabía que estaba reteniendo. Se dejó caer hacia atrás, abrazando el rollo contra su pecho, protegiéndolo ahora con su propio calor corporal.

—Está legible —susurró. Una risa histérica burbujeó en su garganta, mezclada con sollozos—. Todavía podemos destruirlo.

Lucius asintió, cerrando los ojos por un momento.

—Bien. Eso es... bien.

El excenturión metió la mano en su túnica y sacó un pequeño odre de vino. Lo agitó. Estaba casi vacío. Lo destapó y bebió un trago largo, apurando las últimas gotas, antes de lanzar el recipiente vacío hacia la oscuridad de la cueva.

—La lluvia borrará nuestras huellas —dijo Lucius, mirando hacia afuera, donde la tormenta seguía rugiendo con furia bíblica—. El barro cubrirá el rastro. Ni siquiera Silanus podrá seguirnos en esto.

—Pero tampoco podemos movernos —replicó Aina. El alivio inicial estaba dando paso nuevamente a la ansiedad táctica.

—No —concedió Lucius—. Estamos atrapados. Si salimos, morimos de hipotermia o perdemos el rollo. Si nos quedamos...

No terminó la frase. No hacía falta.

Aina miró hacia la boca de la cueva. La lluvia caía tan fuerte que parecía una pared sólida. Estaban ciegos. Y si ellos estaban ciegos,

su perseguidor también. Pero la lógica de Aina le susurró una verdad incómoda: Silanus era un depredador. Y los depredadores saben esperar.

—Tengo frío —dijo Aina, su voz pequeña en la oscuridad.

Lucius se arrastró hacia ella, cojeando. Se sentó a su lado, hombro con hombro, compartiendo el escaso calor que les quedaba. No hubo ternura en el gesto, solo supervivencia práctica. Dos animales acorralados buscando no morir congelados.

—Duerme —le dijo él—. Yo haré la primera guardia. Aunque con este ruido, dudo que alguien pueda acercarse sin que el cielo se nos caiga encima primero.

Aina cerró los ojos, pero la imagen del papiro húmedo seguía grabada en sus párpados. La tinta no se había corrido, pero el papel estaba debilitado. Como ellos. Una tormenta más, un error más, y se desharían en pedazos.

Afuera, un trueno hizo temblar la montaña, y por un segundo, Aina creyó escuchar no el sonido de la naturaleza, sino el galope lejano de jinetes fantasmas sobre el barro. Pero era imposible saberlo. El mundo se había reducido a esa cueva, a la humedad y al miedo.

Y a la certeza de que, cuando la lluvia parara, la caza comenzaría de nuevo.

CAPÍTULO 16

Fiebre y memoria

La oscuridad de la cueva no era silencio, sino un peso físico, denso y tangible, que le aplastaba el pecho. Para Aina, sin embargo, la negrura absoluta no existía. Detrás de sus párpados cerrados, el mundo ardía con una luminosidad insoportable, proyectando sombras que no deberían estar allí.

No se encontraba en una gruta húmeda al norte de la Vía Augusta. Estaba en todas partes a la vez.

El archivo de su mente, esa biblioteca infinita y maldita donde cada rostro, cada número y cada gesto quedaban grabados a fuego con hierro candente, se estaba derrumbando. Los estantes volcaban su contenido en un caos sin precedentes. Los rollos se desenrollaban solos, superponiéndose unos a otros en una cacofonía visual que le revolvía el estómago y le provocaba náuseas.

—Tres mil modios de trigo... —susurró, con la garganta áspera como la piedra pómez—. Desvío de la partida... fecha... nonas de octubre...

El sonido de su propia voz le pareció ajeno, distante, como si perteneciera a otra esclava en otra vida ya extinguida. Pero el dolor era real. Un clavo ardiendo le atravesaba la sien izquierda, justo allí donde Marcus Valerius solía golpear suavemente con su dedo anular, con una cadencia rítmica, cuando exigía un dato preciso.

—Bebe.

La orden llegó desde muy lejos, grave y rasposa. Sintió el borde frío de un cuenco de madera contra sus labios agrietados. El agua sabía a tierra y a metal, pero al bajar por su garganta fue como un torrente de lluvia sobre un campo abrasado por la sequía.

Abrió los ojos. La realidad se filtró lentamente, distorsionada por la neblina de la fiebre. Las paredes de roca caliza danzaban a la luz de una hoguera moribunda, creando espectros fugaces. Y allí estaba él. La masa oscura y sólida de Lucius Vorenus. No llevaba su armadura; la *lorica segmentata* descansaba en un rincón, brillando débilmente como el caparazón de un escarabajo muerto. Solo vestía su túnica interior, manchada de sudor antiguo y del polvo del camino.

Lucius la miraba. No con la mirada depredadora de Valerius, que buscaba utilidad, ni con la lascivia vacía de los soldados de la guarnición. Había algo en sus ojos, hundidos en cuencas oscuras por el cansancio y la abstinencia, que Aina no lograba catalogar. Su mente intentó buscar una referencia cruzada, una ficha de personaje que explicara esa expresión, pero el sistema falló.

—Estás ardiendo, niña —dijo el excenturión. Su mano, callosa y enorme, una mano hecha para empuñar el *gladius* y romper huesos, se posó sobre la frente de ella. El tacto fue sorprendentemente ligero, casi vacilante—. La herida del hombro no tiene mala pinta, pero el cansancio... el cansancio es un veneno lento.

Aina quiso responder que no era una niña, que era la Escriba Mayor de la Villa de Tarraco, un receptáculo viviente de secretos imperiales. Pero la lengua se le trabó. El calor volvió a subir, una marea roja e implacable que la arrastró de nuevo hacia sus adentros.

El olor a pescado podrido y salitre.

Tarraco, hace ocho años.

El mercado de esclavos bullía bajo el sol implacable del mediodía. Aina sentía las losas calientes bajo sus pies descalzos, quemando la piel. Tenía diez años, pero se sentía antigua, milenaria. Su madre había desaparecido entre la multitud, vendida a un mercader de aceite hacía dos horas. Aina no había llorado. No podía permitirse el lujo de que las lágrimas emborronaran la imagen de la espalda de su madre alejándose. Necesitaba recordarla con precisión quirúrgica. El patrón de los remiendos en su túnica gris. La forma en que su cabello se escapaba del pañuelo. Si lo olvidaba, su madre moriría de verdad.

—Esta es pequeña —dijo una voz meliflua. Un hombre con toga de lino fino, inmaculada, demasiado limpia para el polvo del mercado, la examinaba como quien mira una fruta en el puesto—. ¿Come mucho?

—Apenas nada, domine —respondió el lanista, un hombre gordo que despedía un hedor a ajo rancio—. Pero tiene ojos de lince. No se le escapa nada.

El hombre de la toga se agachó hasta quedar a su altura. Marcus Valerius. Aina grabó su rostro al instante en su memoria indeleble. La nariz aquilina, perfecta, aristocrática. Los labios finos que apenas ocultaban una crueldad aburrida. Y los ojos. Ojos de color gris hielo, calculadores, vacíos de cualquier calidez humana.

—Dime, pequeña —susurró Valerius, ignorando al vendedor—. ¿Cuántas personas han pasado por delante de este estrado en el último minuto?

Aina no quería hablar. Su instinto le gritaba que guardara silencio, que se hiciera pequeña e invisible. Pero su mente, esa máquina traicionera, ya tenía la respuesta. La tenía archivada, catalogada y lista para ser entregada.

—Diecisiete —dijo su voz infantil, temblando—. Nueve hombres, cinco mujeres, tres niños. Uno de los hombres cojeaba del pie

izquierdo. Una de las mujeres llevaba una cesta con higos, dos de ellos estaban aplastados.

Valerius sonrió. No fue una sonrisa amable. Fue la sonrisa de un artesano que encuentra la herramienta perfecta para un trabajo sucio.

—Cómprala —ordenó a su acompañante, sin dejar de mirar a Aina fijamente—. Y asegúrate de que olvide su nombre. A partir de ahora, solo será «la Escriba».

—¡No! —El grito de Aina resonó en la cueva, rebotando contra las estalactitas como un disparo.

Se incorporó de golpe, con el corazón golpeándole las costillas como un pájaro atrapado en una jaula demasiado pequeña. La manta de lana áspera que la cubría cayó hasta su cintura. Estaba empapada en un sudor frío y pegajoso.

Lucius estaba a su lado en un instante, sujetándola por los hombros. No con fuerza para retenerla, sino para anclarla al suelo, para evitar que su alma saliera volando en pedazos.

—Estoy aquí. Estás en la cueva. Nadie te va a comprar —dijo Lucius. Su voz era firme, un pilar de granito en medio de la tormenta.

Aina parpadeó, tratando de enfocar. La imagen de Valerius se superponía a la cara barbuda y cicatrizada de Lucius. La parálisis del análisis la golpeó con violencia. Veía el presente y el pasado simultáneamente, dos capas de realidad que no encajaban. Veía la cueva húmeda, pero también veía el *scriptorium* de mármol pulido. Olía el humo de la leña, pero también la acidez de la tinta ferrogálica y el polvo del pergamino seco.

—Él sabe... —balbuceó Aina, temblando incontrolablemente—. Sabe que lo tengo todo aquí dentro. Los libros de cuentas falsos. Los sobornos al gobernador. Los nombres de los senadores que pagan por... por el silencio.

Lucius frunció el ceño, y su expresión se oscureció. Soltó uno de sus hombros para mojar un trapo en el cuenco de agua y pasárselo por el cuello y la nuca con movimientos toscos pero efectivos.

—Calla, Aina. Guarda esa lengua. Aquí solo estamos tú, yo y las piedras. Y a las piedras les importa una mierda la política de Roma.

—No puedo borrarlo... —sollozó ella, llevándose las manos a la cabeza, apretando las sienes como si quisiera extirpar los recuerdos —. Quiero borrarlo, Lucius. Quiero olvidar el sonido que hizo la lengua de aquel esclavo cuando Silanus se la cortó. Quiero olvidar el precio de mi madre. Pero no se va. Nada se va nunca.

Lucius se detuvo. La mención de Silanus hizo que su mandíbula se tensara visiblemente. Miró hacia la entrada de la cueva, donde la noche era un muro impenetrable de viento y lluvia. Sabía que el mudo estaba ahí fuera, en algún lugar, rastreando su pista como un sabueso infernal. Pero no era eso lo que le dolía ahora.

Era la chica.

Lucius Vorenus había visto morir a hombres buenos. Había visto campos de batalla sembrados de cadáveres desde Germania hasta Partia. Creía que su corazón se había convertido en cuero viejo, curado en vino barato y cinismo. Pero ver a esa criatura atormentada por su propia mente, incapaz de encontrar paz ni siquiera en el sueño, abría una grieta en su armadura que creía sellada hacía años.

Se sentó de nuevo junto al fuego, acercando a Aina al calor. Ella se dejó hacer, agotada por el estallido emocional.

—Yo tenía una hija —dijo Lucius de repente. Las palabras salieron sin permiso, rompiendo una regla inquebrantable que él mismo se había impuesto: nunca hablar del antes.

Aina dejó de temblar por un segundo, su atención de escriba capturada por el dato nuevo. Giró la cabeza lentamente hacia él. Sus

ojos verdes, brillantes y vidriosos por la fiebre, eran dos pozos de curiosidad dolorosa.

—¿Tenías? —preguntó en un susurro apenas audible.

Lucius avivó el fuego con una rama, evitando su mirada. Las llamas proyectaron sombras danzantes sobre su rostro marcado por la vida.

—Julia. Se llamaba Julia. Tenía tu edad cuando... cuando la fiebre se la llevó. —Mintió. No fue la fiebre. Fue el hambre durante el asedio, mientras él estaba lejos, sirviendo a un Imperio que no le dio nada a cambio más que una medalla de bronce y pesadillas recurrentes. Pero la verdad era demasiado fea para esa noche—. Tenía el pelo como el tuyo. Oscuro como el ala de un cuervo. Y era lista. Demasiado lista para ser hija de un centurión cabeza dura como yo.

Aina lo observó. Su mente registró el temblor casi imperceptible en la mano de Lucius, la forma en que sus hombros se hundieron un centímetro bajo el peso de la memoria. *Dato: Lucius Vorenus siente culpa. Dato: Lucius Vorenus ve en mí un reflejo, no una persona.*

Pero, por primera vez, la frialdad de la lógica no la reconfortó. Sintió una punzada de algo diferente. Empatía.

—Lo siento —dijo ella. Era una frase vacía, una convención social, inadecuada para el dolor que flotaba en el aire.

—No lo sientas —gruñó Lucius, recuperando su tono hosco habitual —. El pasado es polvo. Lo que importa es que tú sigas respirando mañana. Si mueres, no me pagan. Y necesito ese dinero para beber hasta olvidar que te he conocido.

Era mentira. Ambos lo sabían. Aina había memorizado cada gesto de Lucius en los últimos seis días. Había catalogado las veces que él le había dado la mejor porción de la comida, las veces que había ralentizado el paso para que ella no se quedara atrás. Lucius no la protegía por el dinero. La protegía porque era lo único que le quedaba para demostrarse a sí mismo que no se había convertido en un monstruo.

La fiebre volvió a atacar, una ola de calor abrasador que hizo que el mundo girara sobre su eje. Aina se recostó contra la pared de roca.

—Duerme —ordenó Lucius, volviendo a mojar el paño—. Yo haré la primera guardia. Y la segunda.

Aina cerró los ojos. Pero el sueño no trajo descanso. Trajo números.

Columnas infinitas de sestercios y denarios desfilaban ante ella. El libro mayor de Marcus Valerius. La contabilidad oculta que probaba la traición.

—Año del consulado de... —murmuró en sueños, su voz apenas un hilo quebradizo—. Transferencia de fondos... Legión Séptima... no autorizado... Silanus recibe el pago en plata... doce talentos por el asesinato del magistrado...

Lucius, sentado junto al fuego, se quedó helado. La mano que sostenía el odre de vino se detuvo a medio camino de su boca.

Escuchó.

Aina estaba recitando crímenes. Crímenes de estado. Crímenes por los que un hombre podía ser crucificado, o peor, borrado de la historia, condenado a la *damnatio memoriae*.

—Ciento cuarenta ánforas de aceite... destino real: almacenes privados del Prefecto... sello imperial falsificado... el testigo fue eliminado el día tres de las calendas...

Lucius miró a la chica que se agitaba bajo la manta. Comprendió entonces la verdadera magnitud de la carga que llevaban. Aina no era solo una esclava fugitiva. No era solo una testigo.

Era una bomba.

Y Marcus Valerius no la quería de vuelta para castigarla. La quería para desactivarla. Para quemar el archivo antes de que alguien más pudiera leerlo.

Lucius miró el fuego hipnótico. Pensó en su honor perdido, en su hija muerta, en las botellas de vino que le esperaban en cualquier taberna de mala muerte si decidía abandonar allí a la chica y desaparecer en la bruma. Sería fácil. Nadie le culparía. El mundo era cruel y los débiles morían. Esa era la ley natural.

Pero luego miró la mano de Aina, que se aferraba a la tela de su túnica incluso en sueños, como si él fuera la única ancla en un mar de locura.

Lucius tapó el odre de vino sin beber.

Se puso en pie, caminó hacia la entrada de la cueva y desenvainó el *gladius*. El acero brilló a la luz de la luna, frío y letal.

—Que venga Silanus —susurró a la oscuridad, con una ferocidad que no había sentido desde sus días en la legión—. Que venga Valerius. Que venga el puto Imperio entero.

Nadie tocaría a la niña. No mientras él tuviera aliento.

Dentro de la cueva, Aina gimió, perdida en el laberinto de su memoria.

—El patrón es incorrecto... el número no cuadra... falta una vida... falta mi vida...

La fiebre la consumía, quemando las defensas lógicas que había construido durante años. Los recuerdos traumáticos, esos que su mente eidética normalmente archivaba en cajas negras bajo siete llaves, se derramaban ahora como tinta negra sobre agua clara.

Vio la cara de Kael, su hermano. No como lo recordaba, fuerte y desafiante, sino roto. Vio el momento en que los separaron.

—¡Aina! ¡Recuerda! —gritaba él mientras los guardias lo arrastraban —. ¡No dejes que te borren!

—No lo haré... —contestó Aina en voz alta, despertando a medias.

Lucius se giró desde la entrada, alerta.

—¿Qué has dicho?

Aina lo miró con los ojos vidriosos, pero por un segundo, hubo una claridad aterradora en ellos. Una lucidez que atravesó la niebla de la fiebre.

—No soy una herramienta, Lucius.

El excenturión asintió, grave.

—No. No lo eres.

—Los números... —Aina se llevó la mano al pecho, donde guardaba los rollos secos bajo su ropa, pegados a la piel—. Valerius cree que los números son suyos. Pero están en mi cabeza. Yo soy la dueña de su destrucción.

Fue un momento fugaz de empoderamiento, nacido del delirio y la desesperación, antes de que el agotamiento la venciera de nuevo. Su cabeza cayó hacia atrás y la respiración se volvió pesada y rítmica.

Lucius volvió a mirar hacia la noche. La lluvia había cesado, dejando un silencio expectante en el bosque. Un búho ululó a lo lejos. O tal vez no era un búho. Tal vez era una señal.

Sabía que Silanus estaba cerca. Un hombre que cortaba lenguas no se detenía por un poco de lluvia.

Lucius se sentó de nuevo, limpiando obsesivamente una mancha invisible en la hoja de su espada. Miró a Aina. La fiebre parecía haber remitido ligeramente, su frente estaba menos perlada de sudor.

«Memoria eidética», había dicho aquel médico griego en Tarraco cuando Valerius presumía de su adquisición. «Una bendición de las Musas».

Lucius resopló con desprecio. No era una bendición. Era una maldición. La chica cargaba con el peso del mundo en su cabeza,

incapaz de soltar lastre. Él bebía para olvidar; ella vivía condenada a recordar. Eran el reverso exacto de la misma moneda trágica.

Se acercó a ella y ajustó la manta con una delicadeza torpe.

—Descansa, Escriba —murmuró—. Mañana cruzaremos el río. Y si tenemos suerte, algún día encontrarás algo que valga la pena recordar, en lugar de toda esta mierda.

Aina no respondió. En su sueño, los números habían dejado de caer. Ahora, en la oscuridad de su mente, solo había una imagen estática, perfecta y nítida.

El mapa de la Galia. El camino a Narbona. Y una línea roja trazada mentalmente que unía su posición actual con la libertad.

Pero sobre el mapa, una sombra se alargaba. Una sombra sin lengua que sostenía un cuchillo curvo.

Aina se estremeció en sueños. Lucius apretó el puño sobre la empuñadura de su espada.

La noche era larga, y el amanecer estaba lejos.

CAPÍTULO 17

Barcino

Las murallas de Barcino se alzaban contra el cielo del atardecer como una costura de piedra gris cerrando la herida del horizonte. No tenían la magnificencia colosal de Tarraco, ni el mármol que cantaba bajo el sol del Mediterráneo, pero poseían una solidez brutal, compacta, la arquitectura de la supervivencia. Eran muros diseñados no para impresionar, sino para negar el paso.

Aina se detuvo a la sombra de un ciprés, al borde de la Vía Augusta. El polvo del camino se le había metido en los pliegues de la túnica, en los poros de la piel, y sentía la garganta como si hubiera tragado vidrio molido. Pero su malestar era irrelevante. Un dato marginal en el archivo de la catástrofe que estaba presenciando.

Su atención, afilada y dolorosa como siempre, estaba fija en Lucius.

El excenturión caminaba tres pasos por delante. Su ritmo, habitualmente marcial y preciso, se había degradado. Aina observó la asimetría en su marcha: el pie izquierdo golpeaba el suelo con una fracción de segundo de retraso, un intento subconsciente de proteger el costado herido. La túnica, manchada de sudor y tierra, se pegaba a su espalda. No necesitaba ver la herida para saber que la infección estaba ganando terreno; el olor dulzón y metálico de la supuración llegaba hasta ella cada vez que la brisa cambiaba de dirección.

—Estamos cerca —dijo Lucius. Su voz sonaba rasposa, como piedra arrastrada sobre grava. No se giró para mirarla.

—Demasiado cerca —respondió Aina. Su propia voz le sonó extraña, pequeña bajo la inmensidad del cielo abierto.

Lucius se detuvo y se apoyó contra el tronco de un olivo retorcido, fingiendo observar el tráfico que fluía hacia la puerta decumana. Aina sabía que solo estaba tratando de recuperar el aliento sin que ella notara el temblor de sus manos. Su memoria eidética registró el detalle cruel: las gotas de sudor en la nuca de Lucius no eran transparentes, tenían un tinte grisáceo, y la piel alrededor de su cuello estaba tensa, cerosa. Fiebre. Alta.

—Necesitas descanso, Lucius. Y un médico. O al menos, ungüentos limpios.

—Un médico es un lujo para ciudadanos libres y hombres sin precio por su cabeza —replicó él, escupiendo al suelo. La saliva era espesa —. Un cirujano haría preguntas. Un boticario solo querrá monedas.

—Tenemos monedas.

—Nos quedan pocas. Y Barcino es un nido de comerciantes. Aquí el aire se cobra.

Aina miró hacia la ciudad. Las torres octogonales flanqueaban la entrada principal. Podía ver a los guardias, siluetas recortadas contra la luz menguante, con las lanzas apoyadas despreocupadamente en los merlones. Abajo, el flujo de carros, mercaderes y viajeros se espesaba, creando un cuello de botella. El ruido de la ciudad llegaba como un zumbido de enjambre: ruedas sobre adoquines, gritos de vendedores, el ladrido de perros.

Para Aina, no era solo ruido. Era información. Demasiada información. Su mente intentó catalogar cada rostro que pasaba, cada matrícula de carro, cada insignia en las capas de los viajeros. Cerró los ojos un instante, forzando a su «archivo» interno a cerrar las puertas. *No analices. No catalogues. Solo sobrevive.*

—No podemos entrar juntos —dijo ella, abriendo los ojos. La lógica era fría, irrefutable—. Valerius habrá enviado correos. Los *frumentarii* tienen ojos en cada puerta de la Tarraconense. Un hombre herido y una mujer joven... coincidimos con la descripción.

Lucius se pasó la mano por la cara, limpiándose el polvo y el cansancio. Sus ojos, inyectados en sangre, se posaron en ella. Había una intensidad nueva en su mirada, algo que había nacido en los días de huida compartida, una mezcla de responsabilidad y... reconocimiento.

—Tienes razón —admitió él, y el hecho de que no discutiera fue la prueba más alarmante de su debilidad—. La fiebre me está nublando el juicio. Si entramos juntos, somos un blanco. Si entro yo... soy solo otro veterano borracho o enfermo buscando un rincón donde caerse muerto. Nadie mira dos veces a los restos del ejército.

—No —le cortó Aina. El pánico le subió por la garganta, ácido—. Tú no puedes entrar. Apenas te tienes en pie. Si te desmayas ahí dentro, te registrarán. Verán la marca de la legión, verán que no tienes licencia de viaje. Yo iré.

Dio un paso adelante, pero la mano de Lucius, pesada y caliente como un hierro al sol, le aferró el hombro.

—Mírate, niña. —Su tono no era duro, sino resignado—. Tienes la piel de quien ha vivido entre pergaminos, no bajo el sol. Tienes las manos de una escriba, no de una sirvienta. Y tienes el miedo tatuado en los ojos. Un guardia te mirará y verá una presa. O peor, verá a alguien que vale dinero.

—Puedo recordar las calles. Puedo memorizar el mapa en un segundo. Sé qué hierbas necesitamos: corteza de sauce, miel virgen, vino sin aguar, lino limpio.

—Y yo sé cómo caminar entre lobos sin que me muerdan —Lucius apretó ligeramente su hombro antes de soltarla—. Es mi mundo, Aina. La suciedad, el soborno, la mentira rápida. Es lo que soy. Tú... tú eres lo que debemos proteger.

Aina quiso protestar, quiso gritarle que su lógica era defectuosa, que la probabilidad de que él colapsara era del ochenta por ciento según sus cálculos visuales. Pero la mirada de Lucius no admitía réplica. Era la mirada del centurión, la que había mandado hombres a la muerte y había mantenido la línea.

—Quédate aquí —ordenó él, señalando hacia un grupo de estructuras de piedra a unos doscientos metros de la carretera principal. Una necrópolis. Las tumbas de los ricos y los olvidados bordeaban la vía, como era costumbre, para que los viajeros recordaran a los muertos—. Escóndete entre los mausoleos. Nadie va a molestar a los muertos al anochecer. Los romanos somos supersticiosos, y los ladrones prefieren a los vivos.

—Lucius...

El hombre desenvainó una pequeña daga que llevaba oculta en la bota y se la tendió. El mango estaba tibio.

—Si no vuelvo al amanecer... —Lucius vaciló. La fiebre le hizo tragar saliva con dificultad—. Si no vuelvo, sigues hacia el norte. No entres en Barcino. Rodea la muralla. Busca el camino hacia Emporion.

—Volverás —dijo ella. No fue una esperanza, fue una exigencia. Una regla que intentaba imponer al caos.

Lucius esbozó media sonrisa, una mueca torcida que apenas levantó su barba de tres días.

—Soy difícil de matar. Guárdate esa daga y no dudes en usarla. Recuerda: el cuello o la ingle. Sin vacilar.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta de la ciudad. Aina lo vio alejarse, su figura mezclándose con el polvo dorado del atardecer, convirtiéndose en una silueta más entre la multitud, un número más en el censo del Imperio. Lo vio tropezar levemente una vez, corregir la postura y seguir.

Cuando Lucius desapareció tras el arco de piedra de la puerta decumana, el mundo de Aina se redujo de golpe. El silencio cayó sobre ella como una losa.

Se retiró hacia la necrópolis, tal como él le había indicado. El lugar estaba tranquilo, envuelto en sombras alargadas. Los cipreses se mecían con un susurro que sonaba a advertencia. Aina se deslizó entre dos grandes monumentos funerarios, buscando un hueco donde la piedra estuviera fría y oculta a la vista del camino.

Se sentó en el suelo, con la espalda contra el mármol desgastado de una tumba olvidada. El frío de la piedra traspasó su túnica, un contraste brutal con el calor del día. Apretó las rodillas contra el pecho y rodeó sus piernas con los brazos, haciéndose un ovillo, intentando ocupar el menor espacio posible en el universo.

La espera comenzó.

Para cualquier otra persona, esperar era aburrimiento o ansiedad. Para Aina, esperar era una tortura. Su mente, privada de la tarea de caminar o conversar, se volvió hacia adentro. El «motor» de su cerebro, esa maquinaria implacable que registraba y analizaba, empezó a girar en vacío, recalentándose.

Miró la inscripción de la tumba frente a ella. *DIS MANIBUS... CAIUS AEMILIUS... VIXIT ANNOS...*

No quería leerlo, pero no podía evitarlo. Las letras se grabaron en su mente. La tipografía le indicaba que era del siglo anterior. La erosión en la letra «S» sugería que el viento soplaba predominantemente del este. El musgo en la base indicaba humedad reciente.

Para. Detente.

Cerró los ojos, pero la oscuridad no trajo alivio. En la pantalla negra de sus párpados, vio la cara de Lucius. No como lo había visto hacía diez minutos, sino una superposición de todas las veces que lo había mirado en los últimos siete días. Vio la progresión de la herida, fotograma a fotograma. La inflamación extendiéndose. El cambio de

color de la piel, del rosa pálido al rojo furioso, y luego al violeta en los bordes.

Calculó el tiempo que tardaría en ir y volver. Distancia a la puerta: 250 pasos. Distancia al foro o mercado más cercano: aproximadamente 600 pasos, asumiendo la estructura estándar de una colonia romana. Tiempo de transacción: variable. Tiempo de regreso.

Si tardaba más de una hora, significaba problemas. Si tardaba más de dos, era captura o colapso.

Un ruido la sacó de sus cálculos.

Aina se tensó, aferrando la daga de Lucius con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. El sonido había venido de su izquierda. Un crujido seco. Una rama pisada. O quizás una sandalia sobre grava.

Contuvo la respiración. Su corazón latía tan fuerte que temía que el sonido retumbara contra el mármol y la delatara.

Escuchó. Analizó.

El patrón de los pasos era irregular. Demasiado ligero para ser un legionario con armadura *caligae* claveteadas. Demasiado sigiloso para ser un borracho.

Un perro.

Un perro escuálido, de costillas marcadas y pelaje sarnoso, asomó el hocico por la esquina del mausoleo. La miró con ojos amarillentos, evaluando si ella era una amenaza o una fuente de comida. Aina exhaló lentamente. El animal resopló, decepcionado por su falta de olor a comida, y continuó su camino entre las tumbas.

Aina bajó la daga, pero la adrenalina no se disipó. El miedo había abierto una puerta que ya no podía cerrar. Se sentía expuesta, desnuda. Sin Lucius, ella era solo un fragmento de propiedad perdida, un objeto valioso abandonado en el camino.

La noche cayó por completo. Barcino se convirtió en una constelación de antorchas y lámparas de aceite tras la muralla. El cielo se llenó de estrellas frías e indiferentes.

El frío empezó a morder. Aina tiritaba, pero no se atrevía a moverse para buscar más abrigo. Su mente volvió a traicionarla, arrastrándola al pasado. El olor a tierra húmeda de la necrópolis le recordó al sótano de la villa de Valerius.

Recordó el tacto de los pergaminos bajo sus dedos. La seguridad de la biblioteca, que en realidad era una jaula. Allí, al menos, sabía cuáles eran las reglas. *Silencio. Obediencia. Memoria.* Aquí, en la vastedad del mundo, las reglas cambiaban a cada paso. Y la libertad tenía un sabor metálico, a sangre y miedo.

¿Y si Lucius no volvía?

La pregunta no era una hipótesis abstracta. Era una probabilidad estadística que aumentaba con cada minuto que pasaba.

Se imaginó levantándose al amanecer, sola. Caminando hacia el norte. Sin dinero. Sin protección. Con su mente llena de libros y leyes que a nadie le importaban en los caminos salvajes. Sería capturada en menos de medio día. O asesinada por bandidos. O peor, devuelta a Valerius.

La imagen de Valerius surgió en su mente, nítida como un grabado. Su sonrisa perfecta, sus ojos que calculaban el valor de todo lo que miraban. *«Eres un instrumento exquisito, Aina. Y los instrumentos no se van de paseo».*

Se abrazó las piernas con más fuerza, clavándose las uñas en la piel a través de la tela basta.

—Vuelve —susurró a la oscuridad. No era una orden. Era una súplica a cualquier dios que estuviera escuchando, aunque ella no creía en ninguno que no estuviera escrito en tinta y papel.

El tiempo se estiró, deformándose. Aina empezó a contar. Contó los latidos de su propio corazón. Contó las estrellas visibles entre las ramas del ciprés. Contó las respiraciones.

Mil doscientos cuarenta latidos. Dos mil. Tres mil.

De repente, el ritmo de la noche cambió.

Voces.

Venían de la Vía Augusta, pero no de la dirección de la ciudad. Venían del sur. Del camino que ellos habían recorrido.

Aina se pegó al suelo, haciéndose una con la sombra de la tumba.

Un grupo de jinetes. El sonido de los cascos era inconfundible. Pesados, rítmicos. Caballos de guerra, no de carga. Eran cuatro, quizás cinco.

—... rastros terminan cerca de aquí —dijo una voz. Una voz de hombre, profunda, acostumbrada a dar órdenes. No era Lucius. Y no era el acento local de la Laietania. Era un latín más cerrado, más urbano.

Tarraco.

El corazón de Aina se detuvo un instante y luego arrancó a galopar desbocado contra sus costillas.

—Revisad los abrevaderos —ordenó la voz—. Y la zona de acampada fuera de los muros. Si están heridos, no habrán llegado lejos.

Las antorchas de los jinetes proyectaron sombras largas y danzantes que barrieron la necrópolis. La luz naranja lamió la piedra de la tumba tras la que se escondía Aina. Ella cerró los ojos, apretando los párpados hasta ver luces de colores, como si al no verlos pudiera hacer que desaparecieran.

Estaban buscando. Cazando.

Marcus Valerius no había enviado correos ordinarios. Había enviado sabuesos.

Uno de los caballos relinchó cerca, a menos de veinte metros. Aina podía oír el resuello del animal, el tintineo de los frenos de metal.

—Aquí no hay nada más que muertos, decurión —dijo otra voz, más joven, cansada—. Entremos en la ciudad. Necesitamos camas y vino.

Hubo una pausa. Un silencio que pesó una tonelada. Aina contuvo la respiración hasta que sus pulmones ardieron.

—Registrad el perímetro de las tumbas —insistió el líder—. El rastro de sangre era fresco. El perro lo olió hasta el cruce.

Sangre. La herida de Lucius. Había estado goteando. Aina maldijo su propia estupidez, su falta de atención. Había estado tan concentrada en la fiebre de él que no había mirado el suelo. Su memoria eidética rebobinó: sí, había manchas oscuras en la arena, pequeñas, casi invisibles, cada cincuenta pasos. Un rastro de migas de pan para los lobos.

Escuchó el sonido de alguien desmontando. Pasos pesados sobre la hierba seca y la grava. Se acercaban.

Aina miró la daga en su mano. Era ridículamente pequeña. Un juguete contra espadas largas y cotas de malla. Pero era todo lo que tenía.

Giró la cabeza milimétricamente. A través de una grieta en el mármol del mausoleo, vio la luz de una antorcha acercándose. Vio las botas del soldado. Vio el dobladillo de su capa militar roja.

Estaba atrapada. Si corría, la verían. Si se quedaba, la encontrarían.

La luz de la antorcha iluminó la inscripción que ella había leído antes. *DIS MANIBUS...* El soldado estaba al otro lado de la piedra. Aina podía oír su respiración, podía oler el cuero y el sudor rancio del viaje.

El soldado dio un paso más, rodeando el monumento.

Aina apretó el mango de la daga, preparándose para saltar, para morir, para hacer cualquier cosa menos volver a la jaula. Sus músculos se tensaron como cuerdas de violín a punto de romperse.

En ese instante, un grito rasgó el aire desde la dirección de la puerta de la ciudad.

—¡Alto! ¡Al ladrón!

El grito fue seguido por el sonido de una conmoción, madera rompiéndose y gente corriendo.

El soldado se detuvo en seco, a un paso de descubrirla. Giró la cabeza hacia la ciudad.

—¿Qué demonios...? —murmuró.

—¡Decurión! —llamó uno de los jinetes desde el camino—. ¡Problemas en la puerta!

El líder maldijo.

—¡Montad! Vamos a ver. Si son ellos intentando colarse, los tenemos.

El soldado que estaba junto a la tumba envainó su espada a medias, dio media vuelta y corrió hacia su caballo. En segundos, el grupo de jinetes espoleó a sus monturas y salió al galope hacia la entrada de Barcino, dejando tras de sí una nube de polvo y el eco de los cascos.

Aina soltó el aire que tenía atrapado en una exhalación temblorosa. Se dejó caer de espaldas contra la tierra, mareada.

Pero el alivio duró un segundo. Su mente procesó el nuevo dato.

¡Al ladrón!

La conmoción en la puerta. Los jinetes yendo hacia allí.

Lucius estaba allí.

Si el alboroto era por él... si había intentado robar las medicinas... o si simplemente había colapsado y causado un tumulto...

Ahora los cazadores de Valerius iban directos hacia él.

Aina se incorporó. Sus piernas temblaban, pero su mente estaba clara, fría como el hielo. El miedo seguía allí, pero la parálisis se había roto. La ecuación había cambiado. Quedarse esperando ya no era la opción lógica. La probabilidad de supervivencia de Lucius acababa de caer en picado.

Miró hacia la puerta de la ciudad, donde las antorchas se aglomeraban y los gritos continuaban.

Se puso en pie, se sacudió la tierra de la túnica y guardó la daga en su cinturón. Salió de la necrópolis, no para huir hacia el norte, sino para acercarse a la boca del lobo.

No podía luchar. No podía matar a cinco soldados. Pero podía observar. Podía recordar. Y tal vez, en el caos de una ciudad romana por la noche, una sombra pequeña y silenciosa podía encontrar una grieta en el muro que la fuerza bruta no podía romper.

Aina echó a andar hacia Barcino, dejando atrás la seguridad de los muertos para adentrarse en el peligro de los vivos.

CAPÍTULO 18

El señuelo

La lluvia repiqueteaba contra las tejas rotas del cobertizo abandonado, un ritmo incesante que se mezclaba con el gorgoteo del barro en el exterior. No era una lluvia limpia, purificadora, sino esa llovizna sucia y fría del litoral tarraconense que calaba los huesos y convertía el polvo de los caminos en un engrudo traicionero. Aina se abrazó las rodillas, encogida en el rincón más seco, tratando de conservar el escaso calor que le brindaba su túnica raída. El olor a humedad, a madera podrida y a excrementos de ratón saturaba el aire, un hedor que su mente catalogaba y archivaba involuntariamente junto con la temperatura exacta del aire y el ángulo de las sombras que proyectaba la lámpara de aceite moribunda.

Lucius Vorenus estaba de pie junto a la entrada, espiando a través de una grieta en la madera. Su silueta era una muralla de tensión. El excenturión no se había quitado la loriga de cuero endurecido, y su mano descansaba, por hábito, cerca de la empuñadura de la *gladius* oculta bajo su capa de lana basta.

—Están cerrando el cerco —dijo Lucius, sin volverse. Su voz era grave, áspera como la grava—. He visto patrullas dobles en la Vía Augusta. Y no son legionarios aburridos haciendo guardia. Son los perros de caza de Valerius.

Aina cerró los ojos un instante. La mención del nombre de su amo provocó una punzada física en su estómago, una reacción pavloviana grabada a fuego tras años de condicionamiento.

—¿Saben que estamos aquí? —preguntó ella. Su propia voz le sonó extraña, frágil.

—Saben que estamos cerca de Barcino. Es el paso lógico hacia la Galia. —Lucius se apartó de la grieta y se acercó a ella, cojeando levemente. El reuma de las viejas heridas de guerra se despertaba con la humedad—. Han establecido puestos de control en el puente del Llobregat y en las salidas norte. Registran cada carro, cada mula, cada cesta de mimbre. Si intentamos cruzar, nos atraparán. Si nos quedamos aquí, nos encontrarán cuando barran la zona granja por granja.

El hombre se dejó caer sentado sobre un fardo de paja podrida, soltando un gruñido. Sacó un odre de vino agrio y bebió un trago largo, limpiándose después la boca con el dorso de la mano. Sus ojos, inyectados en sangre y fatiga, se clavaron en Aina. No había compasión en ellos, solo cálculo táctico. Para Lucius, ella era una carga que se había convertido en misión, y un soldado nunca abandona la misión, por mucho que odie el terreno.

—Necesitamos que miren hacia otro lado —murmuró Lucius, más para sí mismo que para ella—. Si creen que hemos huido hacia el sur, o que hemos intentado embarcar en la costa, aflojarán la vigilancia en el norte.

—Un señuelo —dedujo Aina. La palabra tenía sabor a tinta y pergamino en su mente; la había leído en los *Comentarios* de César y en los tratados de estrategia de Frontino que Valerius la obligaba a copiar.

—Exacto. Pero no basta con dejar una huella en el barro o una capa abandonada. Valerius no es estúpido, y ese mudo maldito, Silanus, huele el engaño como un tiburón la sangre. Necesitamos algo sólido.

Algo oficial. —Lucius la miró fijamente, con una intensidad que la hizo encogerse aún más—. Necesitamos un rastro documental.

Aina sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío. Entendió lo que él pedía antes de que lo verbalizara.

—Un pase de tránsito —continuó el excenturión—. Un salvoconducto para un comerciante y su hija, o para un médico y su ayudante, intentando acceder a los muelles de Barcino para tomar un barco hacia Roma o hacia las islas. Si «perdemos» ese documento en un control secundario, o si hacemos que parezca que huimos al verlo, creerán que nuestra intención es el mar. Volcarán sus recursos hacia el puerto.

—Yo no puedo... —Aina negó con la cabeza, el pánico burbujeando en su garganta.

—Tú eres la única que puede —la cortó Lucius, tajante—. Tienes la mano. Tienes la técnica.

—Soy una escriba, Lucius. Copio lo que existe. Registro la verdad. —Las palabras salieron atropelladas—. Mi mente... mi mente no funciona así. Si escribo algo que no es real, es como... es como intentar respirar agua.

—Pues aprende a tener agallas, niña —espetó él, inclinándose hacia adelante. La luz de la lámpara proyectó sombras profundas en las cuencas de sus ojos—. Porque la alternativa a esa «incomodidad» tuya es que Silanus te arranque la piel a tiras mientras Valerius observa tomando vino. ¿Entiendes eso? La verdad ahora mismo es que estamos muertos si no mientes.

Aina tragó saliva. La lógica de Lucius era aplastante, brutal como un golpe de escudo. Su moralidad, esa estructura rígida que había construido para sobrevivir al caos de su propia memoria, se tambaleaba ante la necesidad de supervivencia.

—Necesito... —Su voz tembló—. Necesito materiales. No tenemos papiro de calidad, ni tinta ferrogálica, ni sellos.

Lucius sonrió, una mueca torcida y carente de alegría. Metió la mano en su bolsa de viaje y extrajo un pequeño rollo de pergamino, arrugado y manchado, y un estuche de madera con cálamos y un tintero de asta.

—Se lo quité a un recaudador de impuestos borracho en la última posada, antes de saber lo del bloqueo. El pergamino ya está escrito, pero es piel de cabra, resistente. Se puede raspar.

Lanzó los objetos a los pies de Aina. El sonido del estuche golpeando la tierra apelmazada resonó como una sentencia.

Aina recogió el pergamino con manos temblorosas. Lo desenrolló. Era una lista de diezmos de aceite de una villa cercana. La letra era tosca, apresurada, típica de un administrador provincial sin formación clásica.

—Bórralo —ordenó Lucius, sacando un cuchillo pequeño y afilado de su cinturón y clavándolo en el suelo junto a ella—. Y luego escribe nuestra sentencia de libertad.

Aina tomó el cuchillo. El mango estaba tibio por el calor del cuerpo de Lucius. Empezó a raspar la tinta seca. *Scrrritch, scrrritch*. El sonido le recordó al de las uñas de las ratas tras las paredes de la villa de Valerius. Con cada pasada de la hoja, borraba una verdad: trescientos sestercios, veinte ánforas, la fecha de las calendas de marzo. Estaba creando un vacío. Un espacio en blanco en el universo donde pronto insertaría una mentira.

Cuando la piel estuvo limpia, pálida y ligeramente áspera donde la hoja había levantado la flor del cuero, Aina preparó el cálamo. La tinta en el cuerno estaba espesa, casi un barro negro. Añadió unas gotas de agua de lluvia que se filtraba por el techo y removió la mezcla con paciencia obsesiva.

—¿Qué escribo? —preguntó, con el cálamo suspendido sobre el vacío.

—Haznos pasar por comerciantes de salazones —sugirió Lucius, recostándose—. Tienen permiso para moverse hacia la costa incluso de noche. Un padre y su hijo mudo.

—Necesito un modelo —susurró Aina. Cerró los ojos.

La oscuridad tras sus párpados no era negra. Era un torbellino de imágenes, un archivo infinito y caótico donde cada momento de su vida estaba almacenado con una claridad insoportable. *Memoria*. La maldición y el don.

Busca, se ordenó a sí misma. *Scriptorium de Tarraco. Estante cuatro. Sección administrativa. Permisos portuarios.*

La imagen mental surgió con una nitidez dolorosa. Podía ver el polvo flotando en el rayo de luz que entraba por la ventana alta de la villa. Podía oler la cera y el papiro. Vio las manos de Marcus Valerius firmando un documento, el anillo de oro con el sello del águila presionando la cera roja. No, ese no. Demasiado alto nivel. Necesitaba algo más común, algo burocrático que no levantara sospechas por su exceso de autoridad, pero que fuera respetado por un decurión de guardia.

Ahí estaba. Una autorización de paso expedida por el magistrado local de Barcino, *Lucius Minicius Natalis*. Había copiado una docena de esas autorizaciones hace seis meses para unos proveedores de *garum*.

Abrió los ojos. La realidad del cobertizo sucio se superpuso a la imagen nítida del documento en su mente. Aina sintió una náusea repentina. Iba a profanar el acto sagrado de la escritura. Para ella, la palabra escrita era la única ancla de realidad en un mundo donde sus recuerdos la asaltaban constantemente. Escribir mentiras era corromper el ancla.

Pero luego miró a Lucius. Vio el temblor casi imperceptible en la mano del soldado cuando no sostenía la espada, el rictus de dolor en su pierna. Él estaba dando su vida, su honor y su cuerpo para protegerla. Ella solo tenía que dar su integridad.

El trato parecía justo. Y terriblemente caro.

Aina mojó la pluma. Su mano, que había estado temblando, se quedó quieta como la piedra. Cuando entraba en el «modo de escriba», su cuerpo dejaba de ser suyo y se convertía en una herramienta de precisión.

Empezó a trazar las letras. No usó su propia caligrafía, elegante y académica. Invocó la imagen de la letra del escriba municipal de Barcino: una cursiva romana rápida, funcional, con las «e» formadas por dos trazos verticales y las «s» apenas insinuadas.

Nos, Lucius Minicius Natalis, duoviro de la Colonia Iulia Augusta Faventia Paterna Barcino...

La mentira fluía de sus dedos. Era una sensación eléctrica y repulsiva. Estaba creando una persona que no existía: *Titus Aurelius*, comerciante de *Baetulo*. Estaba inventando una carga: *pescado en salazón y redes nuevas*. Estaba falsificando un destino: *Portus Tarraconis*.

El sonido del cálamo rascando el pergamino era lo único que se oía en el refugio, aparte de la lluvia. Lucius la observaba fascinado y repelido a la vez. Veía cómo los ojos de la chica se movían de un lado a otro, leyendo un texto invisible en el aire antes de plasmarlo en la piel.

—La fecha —dijo Aina, su voz carente de entonación, mecánica—. Debe ser de hace dos días. Para justificar por qué estamos aún en la zona pero moviéndonos despacio.

—Día seis antes de las idus —confirmó Lucius.

Aina trazó los números. Luego llegó la parte más difícil. La firma y el sello.

No tenían el anillo de Minicius Natalis.

—Falta el sello —dijo ella, levantando la vista. La tensión le provocaba un dolor agudo detrás de los ojos—. Sin sello, es

pergamino inútil.

Lucius sonrió de nuevo, esta vez con un brillo de astucia callejera. Sacó de su bolsa un trozo de pan duro y lo masticó hasta hacer una pasta. Luego, buscó una moneda en su escarcela.

—No será perfecto —admitió él, calentando un trozo de cera de sellar (probablemente robada también) sobre la llama de la lámpara —. Pero será suficiente para un guardia bajo la lluvia y con poca luz.

Dejó caer la gota de cera roja sobre el pergamino, justo al final del texto fraudulento. Antes de que se enfriara, presionó la moneda contra ella. Era un denario con la efigie del Emperador. No era el sello del magistrado, pero tenía el perfil de una autoridad y letras latinas alrededor.

—Con el barro y un poco de desgaste intencionado, pasará —dijo Lucius, frotando su pulgar sucio sobre la cera tibia para difuminar los detalles demasiado obvios—. Lo importante no es que se lo crean del todo. Lo importante es que duden lo suficiente para confiscárnoslo, o para informar de que alguien con papeles intentó pasar.

Aina miró el documento terminado. Era una falsificación magistral en la ejecución de la letra, manchada por la crudeza del sello. Pero parecía real. Tenía el peso de la autoridad.

—He mentido —susurró Aina, soltando el cálamo como si quemara. Se miró los dedos manchados de tinta. Sentía que la mancha le llegaba hasta el alma.

—Has sobrevivido —corrigió Lucius, tomando el pergamino y soplándolo suavemente para secar la tinta—. Y has aprendido una lección valiosa, pequeña escriba: la tinta no tiene moral. La historia la escriben los que ganan, y a veces, para ganar, hay que emborronar las líneas.

Lucius se levantó, guardando el documento falso en un pliegue exterior de su capa, en un lugar donde fuera fácil de encontrar si le

registraban, pero que pareciera oculto.

—Ahora, el plan —dijo, adoptando su tono de mando—. Dejaremos el carro aquí. Es demasiado lento y llamativo. Iremos a pie hasta el cruce de caminos que lleva a *Baetulo*. Allí «perderemos» esto. Dejaremos huellas frescas. Romperemos algunas ramas en dirección a la costa. Y luego, mientras ellos corren hacia el mar como idiotas, nosotros nos deslizaremos hacia el interior, hacia los bosques del Tibidabo, y rodearemos la ciudad por la montaña.

—¿Y si nos ven antes de dejar el señuelo? —preguntó Aina, poniéndose de pie. Sus piernas estaban entumecidas.

—Entonces... —Lucius desenvainó dos dedos de acero de su *gladius* y la volvió a envainar con un chasquido metálico—, la tinta se convertirá en sangre.

Salieron a la noche. La lluvia había arreciado, convirtiendo el mundo en una acuarela gris y negra. Aina se ajustó la capucha, sintiendo el frío morderle las mejillas. Caminaba detrás de Lucius, pisando en sus huellas para ocultar las suyas propias, un hábito que había adquirido en los últimos días.

Mientras avanzaban por el barrizal, alejándose de la seguridad relativa del cobertizo, Aina no podía dejar de pensar en el documento que viajaba en la capa de Lucius. Había cruzado una línea invisible. Hasta ahora, había sido una víctima, una observadora, una grabadora pasiva de los horrores de Valerius. Pero al escribir esa mentira, se había convertido en una agente activa del engaño.

Recordó la cara de Valerius cuando descubría un error en los libros de cuentas. Esa mezcla de desprecio y superioridad. *La precisión es la virtud de los dioses, Aina*, solía decir. *El error es humano. La mentira... la mentira es poder*.

Valerius tenía razón. Ella acababa de ejercer un poder. Pequeño, sucio y desesperado, pero poder al fin y al cabo. Y por primera vez en su vida, el miedo que sentía no era solo a ser castigada, sino a lo que ella misma era capaz de hacer.

—Mantén el paso —gruñó Lucius desde adelante, sin girarse—. Y no mires atrás. Los fantasmas te alcanzan si los miras.

Aina apretó los dientes y siguió caminando. La Vía Augusta estaba cerca, una serpiente de piedra que podía llevarlos a la libertad o a la muerte. Y por primera vez, Aina no llevaba solo su memoria a cuestas, sino también su primera mentira, pesada y oscura como una piedra en su corazón.

Llegaron al cruce de caminos una hora después. La visibilidad era casi nula. Lucius se detuvo junto a un miliario, una columna de piedra que marcaba la distancia a Roma.

—Aquí —dijo. Sacó el pergamino. Lo arrugó un poco más, rasgando una esquina—. Lo dejaremos enganchado en esos zarzales, como si se hubiera caído en una huida precipitada.

Aina observó cómo Lucius colocaba el cebo. Era una escena casi teatral. El viejo soldado disponiendo el escenario para una obra que no verían, pero de cuyo éxito dependían sus vidas.

—Hecho —dijo Lucius, volviéndose hacia ella. La lluvia le pegaba el pelo gris a la frente—. Ahora, silencio absoluto. Vamos hacia la montaña.

Empezaron el ascenso, alejándose de la carretera principal, alejándose de la mentira que acababan de plantar. Aina sintió una extraña disonancia cognitiva. Su mente eidética registraba la ubicación exacta del documento falso, brillando en su mapa mental como un faro de error. Quería volver y corregirlo. Quería tacharlo. Pero sus pies la llevaban en dirección contraria, hacia la oscuridad del bosque.

El barro chupaba sus sandalias con cada paso, como si la tierra misma intentara retenerla, impedir que se convirtiera en algo nuevo, algo peligroso.

—Lucius —susurró ella, cuando ya se habían adentrado en la espesura y el ruido de la lluvia amortiguaba sus voces.

—¿Qué?

—La letra... la letra que usé. La del escriba de Barcino.

—¿Qué pasa con ella?

—Ese escriba... tiene una particularidad. Siempre presiona más el cálamo al final de las frases. Es zurdo, pero escribe como diestro. Lo imité.

Lucius se detuvo un segundo y la miró, una sombra negra contra la negrura de los árboles. Por primera vez en días, Aina creyó ver un destello de respeto genuino, no solo la obligación de un protector.

—Bien —dijo él—. Eso confundirá incluso a los expertos de Valerius el tiempo suficiente. Quizás no seas un soldado, niña. Pero tienes armas que yo no entiendo.

Siguieron subiendo. Aina se tocó la frente, donde la lluvia se mezclaba con el sudor frío. No se sentía valiente. Se sentía manchada. Pero mientras se internaban en la boca del lobo, comprendió que la pureza era un lujo que los esclavos no podían permitirse. La libertad, al parecer, se escribía con renglones torcidos.

Un ruido seco, como una rama partida, resonó a unos cien pasos a su izquierda.

Lucius se congeló instantáneamente, fundiéndose con el tronco de un roble. Hizo una señal rápida con la mano: *Abajo. Silencio.*

Aina se agazapó entre los helechos mojados, el corazón golpeándole las costillas como un pájaro enjaulado. Contuvo la respiración hasta que los pulmones le ardieron.

Unos instantes después, el sonido de cascos de caballo sobre la piedra mojada llegó desde abajo, desde la carretera que acababan de abandonar. Voces latinas, órdenes secas y militares.

—¡Mirad allí! —gritó alguien—. ¡Algo blanco en los arbustos!

Aina cerró los ojos y visualizó el pergamino enganchado en las espinas. El señuelo.

—Es un documento —llegó otra voz, arrastrada por el viento—. ¡Traed la antorcha!

Lucius la miró en la oscuridad y asintió levemente. Habían mordido el anzuelo. Ahora, mientras el enemigo miraba hacia la costa, ellos tenían que desaparecer en la montaña.

Aina se obligó a moverse, a seguir a Lucius, dejando atrás la carretera, el documento y la niña inocente que había sido hasta esa noche. La escriba había mentido. La fugitiva había nacido.

CAPÍTULO 19

El Puente del Diablo

El Puente del Diablo se alzaba sobre el río Llobregat como una costilla de piedra arrancada al esqueleto de un gigante. La estructura, una maravilla de la ingeniería romana restaurada y cicatrizada por el paso de los siglos, dominaba el valle con su arco central, desafiando a la gravedad y a la lógica por igual. Bajo el arco, el agua bajaba turbia, revuelta por las lluvias recientes en las montañas, rugiendo con una voz grave que ahogaba el sonido rítmico de los cascos de los caballos.

Aina observó la construcción. Su mente, esa maldita biblioteca infinita que jamás cerraba sus puertas, descompuso la imagen en fracciones de segundo. Calculó la carga que soportaban las dovelas clave, la erosión en los pilares de sillería y la distancia exacta desde la orilla hasta el punto más alto de la calzada: veintiún metros. No quería saber esos datos, pero allí estaban, superponiéndose a la realidad como una segunda piel traslúcida. Recordó un tratado de arquitectura que había leído tres años, cuatro meses y dos días atrás, en la biblioteca de su padre, antes de que el fuego y la sangre borraran su vida anterior.

—Deja de mirar las piedras, niña —gruñó Lucius Vorenus a su lado.

El excenturión montaba con la espalda recta, aunque Aina notaba la tensión acumulada en sus hombros. Lucius apestaba a vino agrio y sudor antiguo, una mezcla que se había convertido en el aroma de la

seguridad para ella. Llevaba la mano derecha descansando, aparentemente casual, cerca del pomo de su espada oculta bajo la capa de lana gris.

—Es un cuello de botella —murmuró Aina, apartando la vista de la geometría del puente para mirar el camino vacío que se extendía ante ellos.

—Es la única forma de cruzar sin dar un rodeo de dos días —respondió Lucius, escaneando la línea de árboles en la orilla opuesta —. Y no tenemos dos días. Si ese documento que llevas en el pecho es tan peligroso como dices, cada hora que pasamos en la Tarraconense es una invitación al verdugo.

Aina se llevó la mano al pecho, palpando el salvoconducto falso bajo la tela basta de su túnica. El pergamino crujió suavemente. La falsificación era buena, obra de un artesano en los bajos fondos de Tarraco que Lucius conocía, pero la tinta aún olía demasiado fresca. Si alguien con ojo entrenado lo examinaba bajo la luz adecuada...

—¿Crees que habrá guardias? —preguntó ella.

—Siempre hay ojos en los puentes. Los caminos son las venas del Imperio, y los puentes son las válvulas. Pero tenemos el papel. Si nos detienen, tú callas. Yo hablo. Eres mi hija, muda y simple de espíritu. ¿Entendido?

Aina asintió, aunque la bilis le subió a la garganta. *Simple de espíritu*. La ironía era cruel. Su problema no era la simplicidad, sino el exceso. Recordaba cada insulto, cada golpe, cada línea de cada libro de cuentas que Marcus Valerius le había obligado a transcribir. Su mente era un océano donde nada se hundía jamás.

Avanzaron hacia el inicio del puente. El empedrado de la Vía Augusta resonaba bajo las herraduras con un ritmo metálico: *clac-clac, clac-clac*. El sonido se amplificó al entrar en la estructura de piedra, rebotando contra los parapetos bajos. El viento soplaba con fuerza en la cima del arco, tirando de sus capas.

Estaban a mitad de camino, justo sobre la clave del arco principal, cuando el mundo se detuvo.

No hubo gritos. No hubo cuernos de alarma. Solo una figura que se separó de las sombras del arco triunfal en el extremo opuesto del puente, bloqueando la salida.

Aina sintió que el aire se congelaba en sus pulmones. Su memoria eidética trajo de golpe una imagen almacenada en la carpeta del terror absoluto: una silueta en el atrio de la villa de Valerius, una mano sosteniendo unas tenazas ensangrentadas, unos ojos que no reflejaban luz alguna.

Silanus.

El rastreador no llevaba armadura de legionario, sino cuero endurecido y una capa negra que ondeaba como el ala de un cuervo. Estaba quieto, con las piernas ligeramente separadas, plantado en el centro de la calzada con la inmovilidad de una estatua funeraria. No necesitaba armas visibles para proyectar amenaza; su sola presencia reducía la temperatura del aire.

Lucius frenó su caballo con un tirón brusco. El animal relinchó, nervioso, captando el miedo de su jinete.

—Mierda —susurró el veterano. No era una maldición de ira, sino de resignación.

—Es él —la voz de Aina fue apenas un hilo—. El mudo.

—Lo sé.

Lucius giró la cabeza lentamente hacia atrás. Aina siguió su mirada. En el extremo por el que habían entrado, dos figuras más habían aparecido, cortando la retirada. Eran mercenarios, matones de baja estofa, pero armados con lanzas. Silanus no trabajaba solo, pero él se había reservado el honor de la presa principal.

Estaban atrapados en el punto más alto, suspendidos entre el cielo plomizo y el río enfurecido.

Silanus dio un paso al frente. Hizo un gesto con la mano, un movimiento fluido y elegante, casi una invitación. *Venid*. Su rostro era una máscara de indiferencia. No había odio en él, solo la eficiencia de una herramienta bien afilada. Aina recordó la historia que circulaba entre los esclavos: que Silanus se había cortado su propia lengua para no tener la tentación de revelar los secretos de su amo.

—Escúchame bien, niña —dijo Lucius sin mirarla, su voz adquiriendo ese tono metálico de cuando daba órdenes a su centuria—. Cuando yo cargue, tú giras ese caballo y atropellas a los dos imbéciles de atrás. No te detengas. No mires atrás. Cabalga hasta que el animal reviente.

—No puedo dejarte...

—¡No es una petición! —bramó Lucius, desenvainando su *gladius*. El acero brilló, gris y mellado, una reliquia de guerras olvidadas—. ¡Corre!

Lucius espoleó a su caballo, pero no hacia atrás, sino hacia adelante. Hacia la muerte silenciosa que les esperaba.

El viejo centurión lanzó un grito de guerra, ronco y oxidado, y cargó contra Silanus. La distancia era corta, apenas veinte pasos. El caballo de Lucius, un animal de tiro acostumbrado a la carga, bajó la cabeza y aceleró.

Aina vio la escena con una claridad insoportable, como si el tiempo se hubiera diluido en melaza. Vio a Silanus esperar hasta el último fragmento de segundo. El mudo no sacó una espada. En su lugar, se dejó caer, rodando por el suelo empedrado con una agilidad antinatural, pasando por debajo de los cascos delanteros del caballo.

Mientras rodaba, Silanus alzó el brazo. Un destello curvo. Una *sica*, una daga tracia de hoja curva diseñada para evadir escudos y cortar tendones.

El caballo de Lucius chilló, un sonido agudo y humano que heló la sangre de Aina. Las patas delanteras del animal fallaron, los tendones seccionados limpiamente. La montura se desplomó hacia adelante, lanzando a Lucius por los aires.

El centurión golpeó el suelo de piedra con un ruido sordo, rodando sobre su hombro para disipar el impacto. Años de instrucción militar salvaron sus huesos, pero el golpe le sacó el aire. Se puso en pie tambaleándose, la espada aún en la mano, la cara manchada de polvo y sangre de su propia nariz rota.

Silanus ya estaba de pie. Se sacudió el polvo de la capa con un gesto displicente. Miró a Lucius, luego a Aina. Sus ojos oscuros se clavaron en ella, y Aina sintió que la examinaba como un carnicero examina una res, buscando el mejor lugar para el primer corte.

—¡Aina, vete! —tosió Lucius, escupiendo un coágulo rojo.

Pero Aina no podía moverse. La parálisis la había tomado. Su mente estaba superponiendo imágenes: el caballo cayendo se mezclaba con la caída de su padre el día de su arresto; la sangre en la nariz de Lucius era la misma que manchaba el suelo del *scriptorium* cuando Valerius castigaba a un escriba por una mancha de tinta. El pasado y el presente colisionaban, bloqueando sus extremidades. El miedo no era un sentimiento, era una ecuación matemática que no podía resolver.

Lucius no esperó. Se lanzó contra Silanus.

El combate fue brutal y carente de cualquier romanticismo. Lucius peleaba con la fuerza bruta y la técnica de la legión: estocadas cortas, uso del escudo invisible, buscando el centro de masa. Pero Silanus peleaba como el agua. Esquivaba los golpes por milímetros, girando alrededor del viejo soldado, dejando que Lucius gastara su energía.

Clang. Zzzip. El sonido del acero contra el cuero.

Silanus sacó una segunda daga. Ahora tenía una en cada mano. Se convirtió en un torbellino. Un corte en el muslo de Lucius. Otro en el antebrazo. Eran heridas superficiales, diseñadas para desangrar y cansar, no para matar al instante. Silanus estaba jugando. Estaba desmontando a Lucius pieza por pieza.

Aina, desde su caballo, observaba con los ojos desorbitados. Tenía que hacer algo. Su cerebro lógico gritaba soluciones: *El caballo de Lucius está bloqueando parcialmente el paso. Los lanceros detrás se acercan a paso lento, confiados. Si giro ahora, tengo un 30% de posibilidades de romper el cerco trasero. Si me quedo, la probabilidad de supervivencia es 0%*.

Pero Lucius...

El centurión lanzó una estocada desesperada. Silanus la desvió con la daga izquierda y con la derecha clavó la punta en el hombro desprotegido de Lucius, justo en la unión de la clavícula. Lucius gritó y cayó de rodillas, el arma escapándose de sus dedos entumecidos.

Silanus retrocedió un paso. No sonreía. No hacía falta. Miró a Lucius, derrotado en el suelo, y luego alzó la vista hacia Aina.

El mudo enfundó una de las dagas y llevó su mano a una bolsa de cuero que colgaba de su cinturón. Extrajo un objeto esférico, envuelto en trapos empapados en una sustancia oscura y aceitosa. Con un movimiento rápido de muñeca, golpeó el objeto contra el empedrado rugoso del puente. Una chispa saltó de algún mecanismo de pedernal oculto en la tela.

La esfera se encendió al instante con una llama voraz, azulada en el centro y naranja en los bordes. Fuego griego. O una variante bastarda y volátil. El olor a nafta y azufre golpeó a Aina, despertándola de su estupor.

Fuego. El gran purificador. El borrador universal.

Silanus no apuntó a Lucius. El viejo ya no era una amenaza. Silanus miró directamente a Aina, calculando la parábola. Quería derribarla,

quemar al caballo, crear el caos para capturarla entre las llamas. O tal vez, simplemente, disfrutaba del terror en sus ojos.

Lucius, desde el suelo, vio la intención. Con un gruñido que parecía venir de las entrañas de la tierra, se lanzó hacia las piernas de Silanus, atrapando un tobillo con su mano buena.

El movimiento desequilibró al asesino justo cuando lanzaba el proyectil.

La esfera de fuego salió despedida, pero no con la trayectoria perfecta que Silanus había calculado. Voló hacia Aina, girando en el aire como un pequeño sol furioso.

Aina tiró de las riendas, instintivamente, hacia la izquierda.

La botella de arcilla y tela impactó contra el parapeto del puente, a escasos centímetros de la cabeza de su caballo.

CRAACK-WOOSH.

El mundo se volvió blanco y caliente. La vasija estalló, rociando fuego líquido. Las gotas de brea ardiendo salpicaron el flanco del caballo de Aina y prendieron su propia capa.

El animal, enloquecido por el dolor y el pánico atávico al fuego, se encabritó violentamente. Aina perdió los estribos. El cielo y el suelo intercambiaron lugares en un vórtice de vértigo. Salió despedida de la silla, volando sobre el parapeto bajo del puente.

Por un instante, Aina quedó suspendida en el vacío. Vio el puente alejarse. Vio el fuego extendiéndose por la piedra como una mancha de aceite vivo. Vio a Silanus pateando a Lucius para soltarse.

Y luego, la gravedad reclamó su deuda.

La caída fue corta, pero en la mente de Aina duró una eternidad. Registró la textura del aire húmedo, el color gris sucio del agua que se acercaba, el grito de Lucius que se perdía arriba.

El impacto contra el agua fue como chocar contra un muro de hormigón. El frío la envolvió, le robó el aire, le llenó la boca y la nariz de lodo y sabor a minerales. La corriente del Llobregat, crecida y violenta, la agarró como una mano gigantesca y la arrastró hacia el fondo, girándola, golpeándola contra las piedras del lecho.

Oscuridad. Frío. Ruido.

Aina luchó, no con técnica, sino con la desesperación ciega de quien se niega a ser borrado. Su túnica pesaba. Sus botas eran anclas. Pero la corriente era rápida, y en lugar de hundirla en el pozo bajo el puente, la escupió hacia los rápidos.

Salió a la superficie tosiendo, boqueando por aire. Vio, a través de una cortina de agua y pelo pegado a su cara, el puente allá arriba, alto y distante. Una columna de humo negro se elevaba desde la calzada. Una figura pequeña y oscura se asomaba al borde, mirando hacia abajo.

Silanus.

La corriente la arrastró de nuevo bajo la superficie. Esta vez, la cabeza de Aina golpeó contra algo duro, una roca sumergida o un tronco. Una explosión de luz blanca estalló detrás de sus ojos, más brillante que el fuego griego.

El dolor fue agudo, luego sordo, y finalmente, distante. La memoria eidética, ese mecanismo implacable que registraba cada detalle de su existencia, empezó a parpadear. Las imágenes se fragmentaron. El rostro de Silanus. La sangre de Lucius. El fuego. El agua. Todo se mezcló en un remolino de sensaciones inconexas.

Su cuerpo se relajó. La lucha cesó. La corriente la llevó, una muñeca de trapo en el torrente, alejándola del puente, de la emboscada, y de la única persona que había jurado protegerla.

Mientras la negrura la envolvía por completo, un último pensamiento lógico, frío y cristalino, atravesó su mente antes de apagarse: *La temperatura del agua es de ocho grados. La hipotermia comenzará*

en doce minutos. La probabilidad de supervivencia ha descendido al 4%.

Luego, solo hubo silencio y el rugido del río llevándosela hacia el mar.

CAPÍTULO 20

Aguas oscuras

El mundo se redujo a un rugido sordo y a la presión aplastante del agua. No había arriba ni abajo, solo el abrazo gélido de la corriente que la arrastraba como si fuera una hoja seca, una ofrenda insignificante a las divinidades fluviales que, sin duda, Marcus Valerius había invocado con su oro.

Aina luchó. No con la fuerza de un soldado, sino con la desesperación ciega de quien se niega a ser borrado. Sus pulmones ardían, reclamando aire con una urgencia que eclipsaba cualquier proceso lógico. Una raíz sumergida le golpeó el costado, arrancándole un grito mudo que se transformó en burbujas plateadas. Pataleó con torpeza hasta que, finalmente, rompió la superficie.

El aire entró en su pecho como cuchillos de hielo. Se arrastró fuera del cauce, clavando las uñas en la tierra arcillosa. Colapsó sobre la hierba de la ribera, temblando, con el sonido de su propia respiración llenando sus oídos. Pasaron minutos, o quizás horas. Cuando logró incorporarse, el frío comenzó a morder.

—¿Lucius? —Su voz salió quebrada. Miró hacia el río, pero el agua fluía oscura y vacía. Solo una columna de humo negro al norte marcaba el lugar donde el fuego los había separado.

Se llevó las manos al costado. La correa de cuero seguía allí. Trajo la bolsa de viaje a su regazo; estaba empapada y pesaba como el plomo. Con dedos entumecidos, luchó con las hebillas. Al abrir la solapa, el agua brotó del interior, un pequeño arroyo sucio que se derramó sobre sus piernas.

Aina metió la mano y sacó el primer cilindro. La tinta romana, soluble y frágil, había sucumbido. Donde antes había columnas de números y nombres de traidores, ahora solo había manchas: nubes negras y difusas que se extendían como moratones sobre la piel del papiro.

Fue entonces cuando ocurrió. No llegó la parálisis, sino la **Sinestesia Documental**.

Al mirar los borrones negros, su mente no se desconectó. Al contrario, el conocimiento archivado en su cerebro explotó en sus sentidos. Las manchas de tinta en el papiro ya no eran visuales; empezaron a *oler*. El registro de los esclavos muertos en la mina de Cartago Nova desprendió un aroma acre a hiel de buey y hierro oxidado que le inundó las fosas nasales, provocándole una náusea real.

Los nombres de los senadores proscritos en la lista de Valerius no eran solo recuerdos; tenían *sabor*. Al pensar en Cayo Julio Serapio, sintió el gusto metálico de la sangre en la punta de la lengua, un amargor cobrizo que la obligó a escupir en el barro. Los números de los fondos desviados no eran cifras; eran *sonidos*. Cada sestercio robado repicaba en sus oídos con el estruendo de un martillo golpeando un yunque, un ritmo frenético que amenazaba con reventarle los tímpanos.

Aina se dobló sobre sí misma, atenazada por un espasmo gástrico. No era pánico, era una purga sensorial. Su cuerpo estaba reaccionando a la podredumbre moral de los datos que custodiaba.

El conocimiento ya no estaba en una "biblioteca" interna; estaba en su sangre, en su piel, en sus entrañas.

—¡Está aquí! —gritó, golpeándose el pecho con el puño—. ¡No se ha ido!

La verdad ya no era algo que ella "poseía"; era algo que la *poseía* a ella. La Sinestesia la obligó a comprender que ella no era la escriba, era el documento. Si los rollos se habían disuelto, ella era la única sustancia física que quedaba de la traición. La náusea se transformó en una resolución violenta. Mientras el sabor a cobre y el olor a hierro la agredían, Aina comprendió que no podía quedarse quieta. Si no entregaba esa verdad, el veneno de esos datos acabaría por matarla desde dentro.

Se obligó a respirar, controlando el temblor. Cavó un agujero en el barro y enterró la masa de pulpa gris de los papiros. Ya no los necesitaba para recordar. El olor a traición la guiaría.

Se puso de pie. El mundo daba vueltas, pero su mirada era dura, inyectada en el gris tormentoso de los que ya no tienen nada que perder. Se exprimió la túnica y miró al este.

Lucius no estaba. Las pruebas físicas eran barro. Pero Aina sentía el peso de la historia romana en sus propios músculos. El Auditor Imperial no leería sus ojos, pero escucharía su voz, porque ahora la verdad le quemaba la garganta como el vinagre.

Dio el primer paso. Sus sandalias chapotearon en el lodo. Ya no había parálisis de análisis. Solo quedaba el impulso sensorial de una mujer que se había convertido en el arma que juró transportar.

Avanzó hacia la oscuridad del bosque, dejando atrás el río. Ahora, ella era la única biblioteca prohibida del Imperio, y cada uno de sus pasos era una palabra escrita en el suelo de Roma que nadie, ni siquiera Marcus Valerius, podría borrar.

CAPÍTULO 21

La revelación interior

El frío de la noche no era nada comparado con el vacío absoluto que sentía en las manos.

Aina yacía ovillada entre las raíces retorcidas de un roble centenario, con la mejilla presionada contra el musgo húmedo y la tierra negra del bosque. Su respiración era un rasguido entrecortado, un sonido animal y patético que rompía el silencio sagrado de la espesura, pero no le importaba. Ya no importaba el sigilo, ni la huida, ni el destino que le aguardaba.

Había perdido el zurrón.

No sabía en qué momento exacto había sucedido la catástrofe. Quizás cuando resbaló en la pendiente de pizarra, rodando sin control entre zarzas que le desgarraron la túnica y la piel. Quizás ocurrió cuando el caballo de Lucius relinchó a lo lejos, desviando la atención de los perseguidores, y ella se lanzó al río helado para borrar su rastro olfativo. El agua gélida le había entumecido los dedos, volviéndolos torpes, inútiles garras de carne congelada que no supieron aferrar lo único que justificaba su existencia.

El *Codex Rationum* de Marcus Valerius. La contabilidad negra. La prueba irrefutable.

Se incorporó a medias, temblando violentamente, y miró sus palmas vacías bajo la luz filtrada de una luna indiferente. Las líneas de sus manos estaban sucias de barro y sangre seca, pero no había rastro de la piel de carnero, ni del olor acre a tinta ferrogálica, ni del peso tranquilizador de los rollos que contenían la traición de un Imperio.

—Lo he perdido —susurró. Su voz sonó extraña, ajena, como el crujido de una rama seca pisada por el invierno—. Todo ha sido para nada.

El dolor físico comenzó a reclamar su espacio con renovada virulencia. Le ardían los pulmones por el esfuerzo agónico de la carrera y el tobillo izquierdo palpitaba con un ritmo sordo y caliente, anunciando una lesión grave. Pero el dolor mental era una aguja al rojo vivo clavada con precisión en el centro de su cráneo. Pensó en Lucius. El viejo centurión se había quedado atrás, en el desfiladero, comprando tiempo con acero y sangre para que ella pudiera escapar con las pruebas. Se había sacrificado por un fantasma. Ella había fracasado. No era más que una herramienta defectuosa, tal como Valerius siempre le había recordado con esa sonrisa de depredador. Una escriba que no había sabido guardar lo escrito.

Aina cerró los ojos con fuerza, deseando desaparecer, deseando que la tierra se la tragara y la convirtiera en humus y olvido. Quería borrar el presente. Quería olvidar el miedo.

Pero Aina nunca olvidaba.

Esa era su maldición y su condena. Su mente no era un río que fluía llevándose los sedimentos del pasado; era un lago estancado, profundo y cristalino, donde cada piedra arrojada permanecía visible en el fondo para siempre. El estrés, lejos de nublar su juicio, afiló sus sentidos hasta un punto insoportable. La parálisis de análisis, esa vieja enemiga que la acechaba en los momentos de pánico, comenzó a desplegar sus alas negras sobre ella.

No podía dejar de pensar. No podía dejar de ver.

Al cerrar los párpados, la oscuridad del bosque desapareció. En su lugar, surgió una luz blanca, cegadora: la luz del mediodía entrando por los ventanales del *scriptorium* en la villa de Tarraco. El olor a pino y tierra mojada fue reemplazado instantáneamente por el aroma dulzón del incienso y el polvo seco de los pergaminos viejos.

Aina gimió y se llevó las manos a las sienes, presionando para detener la marea, pero la memoria eidética no pedía permiso. Era una invasión.

Vio la mesa de madera de cedro. Vio las vetas de la madera, cada nudo, cada imperfección pulida por años de uso administrativo. Y sobre la mesa, vio el libro mayor.

No era un recuerdo difuso, como el que tienen los hombres comunes, hecho de sensaciones vagas y reconstrucciones emocionales imprecisas. No. Lo que Aina veía era una reproducción exacta, fotográfica, cruelmente nítida. Podía ver la textura rugosa de la página treinta y cuatro. Podía ver la pequeña mancha de vino diluido en la esquina inferior derecha, una mácula que Marcus había hecho tres meses atrás al reírse de un chiste procaz de Silanus.

Su respiración se calmó, no por tranquilidad, sino por la concentración absoluta que su mente exigía para sostener la visión. El bosque, el frío, la persecución de Silanus... todo quedó relegado a un segundo plano, como el zumbido distante de un insecto molesto.

—Página uno —murmuró, sin ser plenamente consciente de que hablaba.

En la pantalla negra de su mente, la cubierta de cuero se abrió. El sonido del pergamino al desplegarse fue audible en su cabeza, un crujido seco y familiar.

Año del consulado de...

Las letras capitales, trazadas con su propia mano, brillaban con una claridad insultante. Recordó la viscosidad de la tinta aquel día, un poco más espesa de lo habitual por el calor sofocante del verano.

Recordó cómo la pluma de ganso rasgaba la superficie con una fricción específica.

Entrada: Diez mil sestercios transferidos desde la tesorería provincial a la cuenta personal del Legado bajo el concepto de «reparación de calzadas».

Aina frunció el ceño en la oscuridad del bosque. Podía leerlo. No recordaba simplemente el dato; estaba leyendo la página física en su mente. Podía ver el trazo descendente de la letra «S» en sestercios, donde la tinta se había acumulado ligeramente formando un punto negro minúsculo, un error caligráfico imperceptible para cualquiera menos para ella.

Su corazón, que hasta hace un momento galopaba por el terror de la huida, comenzó a latir con un ritmo diferente. Un ritmo pesado, metódico, casi marcial.

—Página doce. Fila siete.

La imagen cambió instantáneamente, obedeciendo a su voluntad.

Envío de grano a las legiones del Rin. Cantidad declarada: cinco mil modios. Cantidad real enviada: tres mil modios. Diferencia vendida en el mercado negro de Narbo Martius a través del intermediario Cayo Livio.

Aina abrió los ojos de golpe. El bosque regresó: los árboles esqueléticos, la luna pálida, el silencio amenazante. Miró sus manos vacías.

Estaban sucias, temblaban por la hipotermia, pero ya no le parecían vacías.

Volvió a cerrar los ojos. Esta vez no fue un acto de defensa, sino de ataque. Invocó la página ochenta y nueve, la más peligrosa, la que detallaba los sobornos a los magistrados locales para ignorar las expropiaciones ilegales de tierras a los veteranos.

Ahí estaba. Nítida. Perfecta. Indeleble.

Podía ver incluso la corrección que Marcus le había obligado a hacer, tachando un nombre y escribiendo «Gastos varios» encima. Podía ver la presión del estilo sobre la cera de la tablilla original antes de pasarlo al papiro definitivo.

Una risa extraña, corta y nerviosa, escapó de su garganta. Se llevó una mano a la boca, asustada por su propio sonido en la quietud de la noche.

Durante años, Marcus Valerius la había tratado como a una grabadora viviente, una herramienta curiosa pero desechable. La había mantenido encerrada, prohibiéndole mirar a los ojos, obligándola a ser una sombra silenciosa que registraba sus pecados en libros que luego guardaba bajo llave. Él creía que el poder residía en el papel, en el objeto físico que podía ser quemado, escondido o, como acababa de ocurrir, perdido en un bosque maldito.

Qué estúpido. Qué arrogante y ciego había sido el gran Legado.

Aina se puso de rodillas, ignorando el dolor punzante en su tobillo. La sensación de derrota se estaba evaporando, reemplazada por un vértigo frío y vertiginoso.

El libro no se había perdido. El libro había cambiado de soporte.

Ella no necesitaba el papel. El papel era frágil, se pudría con la humedad, ardía con el fuego, se perdía en las huidas desesperadas. La mente de Aina, esa jaula de la que tantas veces había deseado escapar, era una bóveda inexpugnable. Mientras ella respirara, mientras su corazón bombeara sangre a su cerebro, cada número, cada nombre, cada fecha de la corrupción de Valerius estaba a salvo.

—Yo soy el libro —dijo.

Las palabras flotaron en el aire gélido, condensándose en una nube de vapor. No fue una afirmación de orgullo, sino de una terrible responsabilidad. Sintió el peso de la verdad asentarse sobre sus hombros, no como una carga, sino como una armadura.

De repente, un crujido a su izquierda la paralizó.

El sonido inconfundible de una bota partiendo una rama seca.

Aina giró la cabeza lentamente, con movimientos fluidos, conteniendo la respiración. A unos treinta pasos, una sombra se separó de la oscuridad de los troncos. La silueta era inconfundible: ancha de hombros, compacta, moviéndose con la letalidad silenciosa de un lobo.

Silanus.

El rastreador mudo estaba allí. La había encontrado.

En otro momento, el pánico la habría paralizado. Habría intentado correr a ciegas, tropezando, llorando, una presa fácil para el cuchillo del verdugo de Valerius. Pero algo había cambiado en los últimos minutos. La revelación interior había reorganizado sus prioridades y su percepción del mundo.

Aina observó a Silanus. Vio el brillo metálico de la daga en su mano derecha. Vio la postura de su cuerpo, inclinada hacia adelante, lista para la embestida.

Su mente, todavía operando en ese estado de hiperclaridad, no vio a un monstruo. Vio datos. Vio variables.

Distancia: treinta pasos. Terreno: irregular, fangoso, pendiente descendente del 15 % hacia el este. Velocidad estimada del objetivo: superior a la mía. Probabilidad de escape directo: nula.

Silanus avanzó un paso, saliendo a un claro iluminado por la luna. Su rostro, marcado por cicatrices y una expresión de sadismo aburrido, se hizo visible. Levantó la mano libre y señaló el zurrón vacío que yacía a unos metros de Aina; luego hizo un gesto obsceno con los dedos, una burla muda que preguntaba: «¿Dónde está?».

Él creía que ella estaba desarmada. Creía que, sin los documentos, Aina no era más que una esclava fugitiva, un cuerpo débil que podía romper y abandonar para que los jabalíes dieran cuenta de él.

Aina se puso de pie. El dolor del tobillo fue intenso, pero lo archivó en un rincón de su mente etiquetado como «irrelevante por el momento».

Se irguió todo lo que su estatura le permitía. Se alisó la túnica desgarrada con una dignidad absurda dadas las circunstancias. Y entonces, hizo algo que estaba prohibido bajo pena de azotes en la villa de Tarraco.

Miró a Silanus directamente a los ojos.

No bajó la mirada. No tembló.

El rastreador se detuvo, desconcertado por una fracción de segundo. Esperaba súplicas, esperaba verla arrastrarse buscando el pergamino perdido. No esperaba esa mirada gélida, analítica, vacía de miedo y llena de un conocimiento terrible.

Aina visualizó la página ciento doce del libro mayor.

Pago a mercenarios ilirios para la «pacificación» de la aldea de Varea. Ejecutor: Silanus. Bonificación especial: trescientas monedas de oro.

Ella sabía quién era él. Sabía cuánto costaba su lealtad. Sabía los nombres de las mujeres que había matado por orden de su amo. Lo sabía todo, con fecha y hora.

—No lo tengo —dijo Aina con voz clara, proyectando el sonido como le había enseñado Lucius, desde el diafragma—. Y no lo necesito.

Silanus ladeó la cabeza, como un perro que escucha un sonido agudo. Dio otro paso, apretando el mango del cuchillo. El juego había terminado; iba a matarla.

Pero Aina ya estaba calculando.

Recordó el mapa de la región que había visto una sola vez en el despacho del gobernador, hacía dos años. Recordó la topografía del bosque en el que se encontraban.

Sector cuatro. Bosque de robles. A quinientos metros al este, el terreno se corta abruptamente. Un barranco de piedra caliza que desciende hacia el afluente del río.

Silanus estaba entre ella y el camino seguro. Pero el barranco estaba a su espalda.

Era un suicidio táctico para cualquiera que no conociera el terreno. Pero Aina recordaba el mapa. Recordaba las curvas de nivel. Había un saliente, una terraza natural cubierta de matorrales a tres metros de la caída.

—Si me matas —dijo Aina, manteniendo el contacto visual, ganando segundos, obligando al cerebro primitivo de Silanus a procesar la anomalía de su comportamiento—, Valerius nunca sabrá qué más sé. Nunca sabrá dónde he escondido las copias.

Era una mentira lógica. No había copias. Pero Silanus no lo sabía. Y Valerius era paranoico; su paranoia se filtraba hacia abajo, infectando a sus secuaces. La duda era un veneno lento.

El mudo vaciló. Solo un instante. Bajó el cuchillo un centímetro, sus ojos entrecerrándose, evaluando el riesgo. ¿Matarla ahora o capturarla para interrogarla? La orden de Valerius había sido «recuperar las pruebas y silenciar a la chica». Si no había pruebas físicas, silenciar a la chica podría significar perder la información para siempre.

Ese segundo de duda fue todo lo que Aina necesitaba.

No corrió hacia él. No gritó. Se giró sobre sus talones y se lanzó hacia la oscuridad, hacia el borde del precipicio que ella sabía que estaba allí, aunque no pudiera verlo.

Oyó el gruñido gutural de Silanus detrás de ella, el sonido de botas pesadas arrancando terrones de tierra en una persecución frenética.

Aina corrió, no con la desesperación de la presa, sino con la precisión de quien sigue un mapa trazado en su propia retina. Contó

los pasos.

Uno, dos, tres... raíz grande a la izquierda, saltar... cuatro, cinco...

Las ramas le azotaban la cara, pero no cerró los ojos. Veía el bosque y, superpuesto a él, veía el mapa. Veía el libro. Veía su destino.

Llegó al borde del vacío. La negrura se abría ante sus pies.

Sin detenerse, sin mirar atrás, Aina saltó hacia la nada, llevando consigo el archivo más peligroso del Imperio romano dentro de su cabeza.

Mientras caía, antes de que el impacto contra la maleza le sacara el aire de los pulmones, tuvo un último pensamiento, claro y brillante como un diamante:

Ya no soy una escriba. Soy el testimonio.

CAPÍTULO 22

Reencuentro

El río no tenía nombre, o si lo tenía, Aina no lo recordaba en los mapas que Valerius le había obligado a copiar durante años. Para ella, en ese instante, era simplemente una fuerza cinética, una ecuación de volumen y velocidad que arrastraba limo, ramas y cuerpos con la misma indiferencia cósmica.

El agua le llegaba a las pantorrillas, helada, mordiendo la piel a través de las sandalias destrozadas. Cada paso era una negociación con el lecho fangoso, un terreno traicionero que amenazaba con engullirla si se detenía demasiado tiempo a pensar. Pero Aina no podía permitirse el lujo de la parálisis. Su mente, habitualmente un archivo ordenado de datos y referencias cruzadas, ahora operaba en un modo de supervivencia primitivo, calculando probabilidades de deriva y vectores de impacto.

Si Lucius había caído desde el puente de madera, la corriente, dada la crecida de las lluvias de ayer y la curvatura del cauce, debía haberlo depositado en la orilla oeste, donde las raíces de los sauces llorones formaban una red natural de retención. Era pura física. La gravedad y la hidrodinámica no mentían.

Lo que le aterrorizaba no era el cálculo, sino la variable biológica. Un cuerpo inerte flota de manera distinta a uno que lucha. Si Lucius no luchaba, significaba que estaba muerto. O algo peor.

Avanzó apartando juncos que cortaban como cuchillas de papiro recién afiladas. El bosque de ribera se cerraba sobre ella, un túnel de verdes oscuros y sombras alargadas por el sol de la tarde que apenas lograba penetrar el dosel arbóreo. El aire olía a descomposición vegetal, a cieno y a esa humedad antigua que se mete en los huesos y nunca sale del todo.

Un destello de color discordante rompió la monotonía del paisaje ribereño. Rojo. No el rojo del óxido ni el de las bayas silvestres. Era el rojo profundo y viscoso que Aina conocía demasiado bien; el color que manchaba sus pesadillas desde la infancia, el mismo tono que había visto en el suelo de mármol de la villa cuando Silanus «disciplinaba» a un esclavo.

Se detuvo. Su respiración se atascó en la garganta. Su memoria eidética, esa maldición que le impedía olvidar, superpuso en un parpadeo tres imágenes distintas de sangre derramada sobre la realidad presente. Sintió el vértigo habitual, la náusea de revivir el pasado como si fuera presente. Cerró los ojos con fuerza, contó hasta tres en latín antiguo y obligó a su cerebro a archivar esas imágenes en la carpeta de «irrelevante por ahora».

Abrió los ojos.

Allí estaba.

A unos cincuenta pasos, atrapado entre un tronco podrido y la orilla pedregosa, yacía un bulto que una vez había sido un centurión orgulloso.

Aina corrió, ignorando el dolor en sus tobillos y el latigazo de las ramas en su rostro. Al llegar junto a él, cayó de rodillas en el barro, sin importarle la suciedad. Lucius Vorenus estaba boca abajo, con la mitad del cuerpo sumergida. Su túnica, antaño gris y práctica, era ahora un andrajo empapado adherido a su espalda ancha.

—Lucius —susurró, pero el sonido de su propia voz le pareció ajeno, ronco por la falta de uso y el miedo.

Lo agarró por los hombros. Pesaba como una estatua de plomo. Con un gruñido de esfuerzo que le quemó los pulmones, tiró de él hasta sacarlo del agua y darle la vuelta.

El rostro del excenturión estaba pálido, con ese tono cerúleo que precede a la muerte. Tenía un corte feo en la frente, la piel abierta mostrando el hueso, y la sangre se había secado formando una costra negra que le cubría el ojo izquierdo. Pero lo peor estaba en su costado. La coraza de cuero hervido había sido rasgada, y debajo, una herida de lanza, sucia y profunda, supuraba.

Aina acercó su oído a la boca de él. Esperó. El sonido del río parecía burlarse de ella, llenando todo el espacio auditivo. Entonces, lo sintió. Un hálito débil, irregular, caliente y con olor a vino agrio y fiebre.

—Estás vivo —dijo, más para sí misma que para él. Era una afirmación de datos, una verificación de estado.

Comenzó a trabajar. No tenía vendas, ni ungüentos, ni agua limpia. Rompió el dobladillo de su propia túnica, rasgando la tela con los dientes. El sonido de la tela rompiéndose fue extrañamente fuerte en el silencio del bosque. Empapó el trapo en la parte del río donde el agua corría más clara y comenzó a limpiar la herida de la frente.

Lucius gimió. Sus párpados temblaron, luchando contra el peso de la inconsciencia.

—Quieto —ordenó Aina, adoptando, sin darse cuenta, el tono autoritario que los médicos de la villa usaban con los esclavos.

Los ojos de Lucius se abrieron de golpe. Eran dos pozos de confusión, inyectados en sangre, que tardaron varios segundos en enfocar. Cuando finalmente la reconocieron, no hubo alivio en ellos, sino una profunda y devastadora derrota.

—Aina... —Su voz era un graznido, como si tuviera grava en la garganta. Intentó incorporarse, pero el dolor lo tumbó de nuevo con

un espasmo que le hizo apretar los dientes hasta que rechinaron—. Maldición...

—No te muevas. La herida del costado podría haberse infectado. Necesitamos fuego, necesitamos cauterizar...

Lucius soltó una risa que terminó en tos. Escupió saliva rosada a un lado.

—No necesitamos nada, niña. Se acabó.

Aina detuvo sus manos, que sostenían el trapo húmedo sobre su frente. Lo miró con el ceño fruncido, analizando su reacción. Lucius Vorenus, el hombre que la había sacado de la villa, el que había matado a dos pretorianos en el camino, se estaba rindiendo.

—No se ha acabado. Estamos a dos jornadas de la frontera de la Narbonense. Si logramos llegar a la calzada secundaria...

—¿Para qué? —Lucius giró la cabeza, evitando su mirada. Miró al cielo, donde las nubes empezaban a teñirse de violeta—. Lo perdí, Aina.

—¿Qué perdiste?

—La alforja. El cilindro de cuero. —Golpeó el suelo con el puño cerrado, salpicando barro—. Se soltó cuando caímos. Lo vi hundirse. El libro de cuentas de Valerius, las cartas, los registros de sobornos... todo está en el fondo de este maldito río o camino al Mediterráneo.

Aina se quedó inmóvil. Comprendió la magnitud de su desesperación. Sin las pruebas, no eran más que dos esclavos fugitivos y un desertor. Sin las pruebas, no había juicio, no había auditoría imperial, no había justicia. Solo una ejecución sumaria al borde del camino.

Lucius cerró los ojos, las lágrimas de rabia e impotencia mezclándose con la suciedad de su cara.

—Soy un idiota. Un viejo borracho jugando a ser héroe. Te he arrastrado a la muerte por nada. —Su voz se quebró—. Vete, Aina. Déjame aquí. Sin el libro, mi testimonio no vale nada contra un Legado Imperial. Y el de una esclava... menos aún. Vete antes de que Silanus encuentre el rastro.

El silencio se estiró entre ellos, solo roto por el murmullo incesante del agua. Aina miró sus manos vacías. Manos de escriba. Manos manchadas de tinta y ahora de barro. Recordó el peso de los rollos, el olor del pergamino, el rasgueo de la pluma. Recordó cada noche en el scriptorium, bajo la vigilancia de los guardias, copiando columnas infinitas de números y nombres.

Valerius creía que el poder residía en el papel. Lucius creía que el poder residía en el objeto físico. Ambos se equivocaban.

Aina sintió una claridad repentina, fría y afilada como un bisturí. El miedo que la había acompañado desde Tarraco, el miedo que la hacía temblar ante cada ruido, se evaporó, reemplazado por una certeza lógica.

Se inclinó sobre Lucius y le agarró la barbilla, obligándole a mirarla. Fue un gesto atrevido, impensable para una esclava, pero Aina ya no se sentía esclava.

—Mírame, Lucius.

El excenturión abrió los ojos, sorprendido por la fuerza de su agarre y la intensidad en su voz.

—Déjalo ya...

—¡Mírame! —insistió ella, clavando sus ojos oscuros en los de él.

—No hemos perdido nada —dijo Aina. Su voz era firme, desprovista de temblor, con una dicción perfecta que contrastaba con su aspecto salvaje.

—El libro...

—El libro era papel. El papel se quema, se moja, se pierde. —Aina soltó su barbilla y se llevó el dedo índice a la sien, golpeando suavemente su propia cabeza—. Yo lo tengo todo aquí.

Lucius la miró, aturdido, sin comprender.

—¿De qué estás hablando?

—Tengo memoria eidética, Lucius. Hipermnesia. —Habló con la precisión clínica de un diagnóstico—. No olvido. No puedo olvidar aunque quiera. Cada página que Valerius me hizo copiar, cada cifra que intentó ocultar en los márgenes, cada nombre de los senadores que sobornó... está todo archivado en mi mente.

Lucius parpadeó, la incredulidad luchando con la esperanza en su rostro magullado.

—Eso es imposible. Eran cientos de páginas. Años de contabilidad...

Aina no discutió. No era momento para debates teóricos. Necesitaba demostrar, no contar. Cerró los ojos un instante, visualizando la biblioteca de su mente. Caminó por los pasillos imaginarios, buscó el estante correspondiente al «Año del Consulado de Marco Vinicio», extrajo el volumen mental y lo abrió.

Cuando volvió a hablar, su voz cambió. Ya no era la voz de Aina; era una recitación mecánica, un torrente de datos puros.

—Kalendas de Febrero. Ingreso: Cuatrocientos mil sestercios. Origen: Compañía de Navegación Bética. Concepto listado: Aranceles portuarios. Destino real: Caja privada de Marco Valerius. Nota al margen: *'Pago por ignorar el cargamento del "Neptuno" sin inspección'.*

Hizo una pausa, respiró y continuó, acelerando el ritmo.

—Idus de Marzo. Salida: Cincuenta mil denarios. Beneficiario: Centurión Claudio Glaber. Concepto: Jubilación anticipada. Nota real: *'Silencio sobre el incidente de las minas de plata'.*

Aina abrió los ojos. Lucius la miraba fijamente, con la boca entreabierta, habiendo olvidado por un momento el dolor de su herida. La intensidad de la mirada de la joven era aterradora. No había duda en ella, no había titubeo. Era una máquina humana de grabación.

—Página cuarenta y dos, tercer párrafo —siguió Aina implacable—. Lista de propiedades no declaradas al fisco en la Galia Narbonense: Villa en Arelate, viñedos en Massilia a nombre de terceros... ¿Quieres que siga? Tengo los nombres de sus testaferros. Tengo las fechas de las reuniones secretas. Tengo la orden de ejecución de tu predecesor, firmada por su propia mano.

Lucius intentó incorporarse de nuevo, y esta vez, la adrenalina de la revelación le permitió sentarse a medias, apoyándose en un codo. Miraba a Aina como si estuviera viendo a una criatura mitológica que acabara de surgir del río.

—¿Todo? —preguntó, con un hilo de voz—. ¿Lo tienes todo ahí dentro?

—Hasta la última coma —confirmó Aina. Se inclinó hacia él, su rostro a centímetros del suyo, feroz y decidida—. Valerius cometió un error. Pensó que yo era una herramienta. Pensó que una herramienta no tiene voluntad. Pensó que podía usarme para guardar sus secretos porque nadie escucharía a una esclava muda por el miedo.

Aina tomó la mano de Lucius, áspera y callosa, y la colocó sobre su propia cabeza.

—Yo soy el libro, Lucius. Yo soy la prueba. Si llegamos a Narbona, si me pones delante del Auditor Imperial, no necesitarán pergaminos. Yo testificaré. Y no podrán quemar lo que está en mi mente.

Lucius la miró. Vio la suciedad en su piel, el cabello enmarañado, la ropa rota. Pero también vio el fuego en sus ojos, una llama fría y constante que no había estado allí antes. Vio a la niña asustada que había sacado de la villa transformarse en algo mucho más peligroso: un testigo.

Por primera vez en diez días, una sonrisa torcida y dolorosa asomó a los labios del centurión.

—Por los dioses... —murmuró, sacudiendo la cabeza con asombro—. Valerius está jodido.

—Solo si vivimos —repuso Aina, volviendo a la practicidad del momento. Se puso de pie y le tendió la mano—. Levántate, soldado. Tenemos un imperio que derribar.

Lucius miró la mano extendida. Le dolía cada centímetro del cuerpo. La fiebre empezaba a nublarle la vista y sabía que Silanus, el perro de presa mudo, no estaría lejos. Las probabilidades de sobrevivir eran ínfimas. Estaban solos, heridos y cazados en medio de la nada.

Pero entonces miró a Aina. No vio una carga. No vio a una niña a la que proteger. Vio el arma más afilada de Roma.

Apretó los dientes, agarró la mano de la joven y, con un gruñido que fue mitad dolor y mitad desafío, tiró de ella para ponerse en pie. Se tambaleó, y Aina se metió rápidamente bajo su brazo sano para sostenerlo. Él era el doble de pesado que ella, una montaña de músculo y hueso, pero Aina se mantuvo firme, clavando los pies en el barro como raíces.

—A Narbona, entonces —dijo Lucius, respirando con dificultad.

—A Narbona —confirmó Aina.

Empezaron a caminar, paso a paso, alejándose del río y adentrándose en la espesura del bosque, dos figuras rotas cojeando hacia el norte. El sol se ocultó finalmente tras las colinas, y las sombras lo cubrieron todo, pero Aina no tenía miedo a la oscuridad. Llevaba la luz de la verdad grabada a fuego en sus neuronas, y esa luz era suficiente para guiarles el camino.

El bosque guardó silencio a su paso, como si la naturaleza misma reconociera que la presa se había convertido, de alguna manera

inexplicable, en cazador. A lo lejos, el aullido de un lobo, o quizás de algo humano, rasgó el aire, pero ellos no se detuvieron.

Aina repasaba mentalmente la siguiente página del libro mayor mientras caminaba, asegurando cada dato, puliendo cada recuerdo. Era su armadura. Era su espada. Y estaba lista para usarla.

CAPÍTULO 23

La red de Valerius

El sello de cera roja crujió bajo la presión del pulgar, rompiendo la efigie de un águila imperial que, segundos antes, parecía vigilar la estancia con ojos ciegos. El sonido fue seco, definitivo, similar al de un hueso pequeño al partirse.

En el despacho del *praefectus* de la guarnición de Gerunda, el aire estaba viciado por el humo de las lámparas de aceite y el olor rancio del cuero viejo. Fuera, la lluvia de otoño golpeaba las tejas con una insistencia monótona, convirtiendo la Vía Augusta en un lodazal; pero dentro, la maquinaria burocrática de Roma seguía girando con la precisión fría de un reloj de agua.

El mensajero, un hombre enjuto con la capa todavía empapada goteando sobre el mosaico del suelo, permaneció inmóvil. No era un simple correo del servicio postal público. Su túnica, bajo la capa de viaje, era de una lana demasiado fina, y en su cinturón no llevaba la daga reglamentaria de los auxiliares, sino un estilete de mango de marfil. Era un hombre de Marcus Valerius.

El prefecto, un veterano de rostro picado por la viruela y paciencia limitada, desenrolló el papiro. Sus ojos recorrieron las líneas de caligrafía elegante, casi agresiva en su perfección.

—¿Espías? —gruñó el oficial, levantando la vista. Su tono destilaba escepticismo—. ¿Galia Comata?

—Infiltrados, señor —respondió el mensajero con una voz suave, educada, pero cargada de una urgencia venenosa—. Agitadores políticos. El senador Valerius tiene pruebas de que intentan cruzar los Pirineos para llevar información sensible a las tribus del norte. Información que podría desestabilizar la paz de la provincia.

El prefecto resopló y volvió a mirar el documento. No se mencionaba la palabra «esclava». Tampoco «fugitiva». El lenguaje había mutado. Donde antes había una cuestión de propiedad privada, un asunto doméstico trivial sobre una escriba y un guardaespaldas desleal, ahora había términos jurídicos de peso plomo: *Maiestas*. Traición. Seguridad del Estado.

Valerius había dejado de jugar a ser el amo ofendido. Había convertido su pérdida personal en una amenaza pública.

—La descripción es... inusual —comentó el prefecto, señalando el segundo folio—. Una mujer joven, letrada, capaz de memorizar mapas y disposiciones de tropas con una sola mirada. Y un excenturión, Lucius Vorenus. Un desertor.

—Un traidor, señor. Un hombre que conoce nuestros protocolos y los usará para evadir los controles.

El oficial se pasó la mano por la barbilla rasposa. La burocracia romana era una bestia lenta, pero cuando olía la traición, se despertaba con un hambre voraz. Si Valerius, con sus conexiones en el Senado y su influencia en Tarraco, decía que eran espías, entonces eran espías. La verdad era irrelevante; lo único que importaba era el sello al pie del documento.

—Muy bien —dijo el prefecto, dejando caer el papiro sobre la mesa —. Cambiaremos las órdenes de la guardia nocturna. Y quiero copias de estos rostros en cada puerta de la ciudad y en cada puesto de control hasta la frontera. Si intentan salir de Gerunda, se toparán con un muro de lanzas.

El mensajero asintió levemente, una sonrisa imperceptible curvando sus labios.

—El senador estará agradecido por su diligencia. Recuerde: no se busca su captura intacta. La prioridad es... neutralizar la fuga de información.

El prefecto entendió el eufemismo. Roma no negociaba con espías. Roma los borraba.

Aina caminaba con la cabeza gacha, contando las piedras del pavimento para no mirar a nadie a los ojos. Trescientas doce losas desde la entrada sur. Cuatro charcos grandes que reflejaban el cielo gris plomo. El dolor en sus pies era un latido constante, un metrónomo que marcaba el ritmo de su huida, pero era un dolor que podía catalogar y archivar en algún rincón de su mente, separado de la urgencia del momento.

Gerunda se alzaba sobre ellos como un gigante de piedra caliza, una fortaleza estratégica que controlaba el paso hacia el norte. Las murallas, altas y severas, parecían cerrarse sobre los viajeros como las mandíbulas de una trampa.

A su lado, Lucius cojeaba. Intentaba disimularlo, tensando los músculos del muslo y forzando una marcha casi marcial, pero Aina notaba la microvacilación en cada paso izquierdo. El enfrentamiento días atrás le había dejado secuelas que el frío húmedo de la región no hacía más que agravar.

—Mantén el paso —murmuró Lucius entre dientes, sin mirarla—. Si te detienes a analizar la arquitectura, llamaremos la atención.

—No analizo la arquitectura —susurró ella, ajustándose la capucha de lana basta que habían robado de un espantapájaros en un campo a las afueras—. Cuento las salidas. Hay tres puertas principales. La Vía Augusta atraviesa la ciudad de sur a norte. Es un embudo.

—Es una ciudad de guarnición, Aina. Todo aquí es un embudo. Necesitamos provisiones. Pan, queso, quizás algo para vendar mi

pierna. Y luego salimos por la puerta norte antes de que cierren al anochecer.

El mercado de Gerunda era un hervidero de actividad a pesar de la lluvia. Puestos de pescado salado traído de la costa, vendedores de telas, legionarios fuera de servicio jugando a los dados bajo los toldos. El ruido era abrumador. Gritos en latín vulgar, dialectos locales, el rechinar de las ruedas de los carros.

Para Aina, el ruido no era una masa informe. Su mente lo desgranaba en hilos individuales: la discusión de una matrona sobre el precio de las aceitunas, el llanto de un niño a veinte pasos, el sonido metálico de una *lorica segmentata* chocando contra otra. Su cerebro registraba cada detalle, cada rostro, cada palabra, almacenándolo todo en una biblioteca infinita que no tenía puerta de salida. El don de la memoria eidética era también su maldición; no podía olvidar ni siquiera lo irrelevante.

Se acercaron a un puesto de pan. Lucius sacó unas monedas, pocas, las últimas que les quedaban del saqueo a los bandidos. Su mano temblaba ligeramente al contar los sestercios.

—Dos hogazas —dijo Lucius con voz ronca—. Y que no estén duras como piedras.

Mientras el panadero envolvía la compra, la mirada de Aina se desvió hacia una columna cercana, donde un grupo de personas se agolpaba frente a un tablón de madera protegido por un pequeño tejadillo.

Era un *albuum*, el lugar donde se publicaban los edictos oficiales y las noticias del Imperio. Normalmente, estaría cubierto de avisos sobre impuestos o días festivos. Pero hoy, algo diferente captaba la atención de los ciudadanos.

Aina sintió un frío repentino que no tenía nada que ver con la lluvia.

—Lucius —susurró, tirando de la manga de su protector.

—Espera, niña. Estoy contando el cambio.

—Lucius. Mira.

La urgencia en su voz hizo que el excenturión se girara. Siguió la línea de su mirada hasta la columna. Allí, clavado en la madera, había un papiro grande. La tinta negra y roja destacaba sobre el fondo pálido. No era un texto denso. Eran dibujos. Dos rostros.

El mundo pareció detenerse para Aina. Su respiración se atascó en la garganta.

El dibujo era tosco, realizado por algún artista policial basándose en descripciones verbales, pero los rasgos eran inconfundibles. Allí estaba la línea severa de la mandíbula de Lucius, la cicatriz antigua sobre su ceja, la mirada cansada. Y a su lado, ella.

Pero no era ella. El artista había deformado sus rasgos, exagerando la intensidad de sus ojos, dándole una expresión de astucia malévola que Aina jamás había poseído. La habían dibujado no como una víctima, sino como una depredadora.

Aina leyó el texto bajo los dibujos. Las letras se grabaron en su mente con la fuerza de un hierro candente.

CAVEAT CIVIS
HOSTES PUBLICI - SPECULATORES
LUCIUS VORENUS ET AINA

—*Speculatores*... —leyó Aina en un susurro horrorizado. La palabra resonó en su cabeza, superponiéndose a la realidad. No decía «esclavos fugitivos». Decía «espías».

Lucius soltó una maldición baja y agarró el pan con fuerza, casi aplastándolo.

—Maldito hijo de perra —gruñó—. Valerius.

—Nos ha convertido en enemigos de Roma —dijo Aina, sintiendo cómo el pánico empezaba a nublar su lógica fría—. Ya no somos

propiedad perdida. Somos una amenaza militar.

—Baja la cabeza —ordenó Lucius, empujándola suavemente hacia las sombras de un callejón lateral—. No mires el cartel. Si lo miras, la gente mirará lo que tú miras y luego te mirarán a ti.

Se adentraron en el laberinto de callejuelas estrechas que formaban el corazón antiguo de la ciudad. El olor a orina y basura podrida era intenso allí, lejos de la avenida principal.

—¿Cómo lo ha hecho tan rápido? —preguntó Aina. Su mente trabajaba a mil revoluciones, calculando la velocidad de un caballo al galope desde Tarraco, los relevos en las mansiones de posta, el tiempo de redacción de los edictos. Los números no encajaban a menos que Valerius hubiera enviado la orden el mismo día que huyeron, o que hubiera utilizado la red de correos imperiales de máxima prioridad, reservada para invasiones o muerte del emperador—. Es imposible. La burocracia tarda días en aprobar una orden de búsqueda pública por traición.

—Valerius no necesita burocracia, Aina. Él *es* la burocracia —cortó Lucius, deteniéndose en un recodo para vigilar si los seguían. Su rostro estaba pálido, y el sudor perlaba su frente—. Ha elevado la apuesta. Si nos capturan ahora, no habrá juicio. No habrá retorno a la villa para ser castigados. Nos ejecutarán en el acto. A mí por traidor, a ti por espía.

Aina cerró los ojos un instante. En la oscuridad de sus párpados, vio la cara de Marcus Valerius. No la cara real, sino la que su memoria había construido a base de gestos: la sonrisa encantadora que no llegaba a los ojos, la forma en que sus dedos tamborileaban sobre la mesa cuando estaba impaciente. Valerius sabía que Lucius era un soldado capaz. Sabía que una simple partida de caza de esclavos podría fallar. Así que había movilizado al ejército. Había convertido a cada ciudadano de Gerunda, a cada tendero y a cada mendigo, en un vigilante potencial.

—La recompensa... —empezó a decir Aina, recordando la cifra escrita en rojo al pie del cartel.

—Diez mil sestercios. Suficiente para comprar una granja y retirarse. Suficiente para que cualquiera venda a su propia madre.

El sonido de unas sandalias claveteadas resonó en la calle principal, acercándose a la entrada del callejón. Una patrulla.

Lucius empujó a Aina contra la pared húmeda de piedra. Su cuerpo grande y dolorido la cubrió por completo.

—Silencio —siseó.

Cuatro legionarios pasaron por la boca del callejón. Llevaban capas rojas y yelmos que brillaban bajo la lluvia. Caminaban con propósito, escudriñando los rostros de los transeúntes. Uno de ellos llevaba un rollo de papiro en la mano, desenrollado. Estaban comparando caras.

Aina contuvo la respiración hasta que sus pulmones ardieron. Podía oír el latido del corazón de Lucius, errático y fuerte, contra su espalda. Olía a sudor viejo, a vino agrio y a miedo. Lucius Vorenus, el centurión que había sobrevivido a las guerras germanas, tenía miedo.

Cuando los pasos se alejaron, Lucius se separó y se apoyó contra la pared, exhalando pesadamente. Se llevó la mano al muslo herido y apretó los dientes.

—La puerta norte estará vigilada —dijo él, evaluando la situación con la frialdad táctica que le quedaba—. Si tienen carteles aquí, los tienen en todas las salidas. No podemos usar la Vía Augusta.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Aina. La lógica le decía que estaban atrapados. Estaban dentro de una caja de piedra y las paredes se estaban cerrando.

—Tenemos que salir de la ciudad antes del toque de queda. Si nos quedamos aquí de noche, las patrullas nos encontrarán. No tenemos

dónde escondernos.

—Dijiste que la puerta norte estaba vigilada.

—La puerta principal, sí. Pero Gerunda está en obras. Siempre están reparando las murallas o ampliando el acueducto. —Lucius la miró, y por primera vez, Aina vio en sus ojos no al protector reacio, sino al soldado que calcula las probabilidades de una misión suicida—. Tú recuerdas los mapas, ¿verdad? Los que Valerius tenía en su estudio. Los mapas de infraestructuras de la Tarraconense.

Aina parpadeó. Accedió a su memoria. «Sala de mapas, estantería tercera, segundo rollo a la izquierda». La imagen se desplegó en su mente con claridad cristalina. El plano de Gerunda. Las líneas rectas de las calles, los templos, y... el sistema de drenaje.

—El desagüe pluvial del sector este —dijo ella, su voz ganando firmeza a medida que los datos desplazaban al miedo—. Desemboca en el río Onyar, fuera de las murallas. Pero las rejillas son estrechas.

—Si el río está crecido por la lluvia, las rejillas estarán bajo el agua. Es posible que podamos forzarlas o que la corriente haya debilitado la mampostería.

—Es peligroso. Si nos quedamos atrapados, nos ahogaremos.

—Es eso o la cruz, Aina. —Lucius se ajustó el cinturón—. Valerius ha lanzado una red sobre toda la provincia. Ya no corremos. Estamos en territorio enemigo. Cada paso que demos a partir de ahora es una maniobra de combate.

Aina asintió lentamente. La realidad se había reconfigurado. Ya no eran dos fugitivos en un camino. Eran soldados en una guerra que no habían elegido.

—Vamos —dijo ella, tomando la iniciativa por primera vez. Su mente trazaba la ruta a través de las callejuelas, evitando las plazas principales, calculando los ángulos de visión de las torres de vigilancia—. Sé por dónde ir.

Mientras avanzaban pegados a las paredes, invisibles para la historia pero dolorosamente expuestos al presente, Aina comprendió la magnitud de lo que Valerius había hecho. Al llamarlos espías, al borrar sus identidades y reemplazarlas con mentiras de Estado, les había quitado la única protección que les quedaba: el anonimato.

En algún lugar de esa ciudad, otro mensajero estaría llegando, y otro cartel se estaría clavando. La red se tensaba. Y Aina sabía, con la certeza matemática de quien ha leído demasiados libros de historia, que las redes de Roma rara vez se rompían. Solo se podía esperar encontrar un agujero lo suficientemente pequeño para deslizarse, o lo suficientemente grande para morir intentándolo.

La lluvia arreció, lavando la suciedad de las calles pero incapaz de borrar la tinta de los carteles que ahora adornaban cada esquina de Gerunda. Sus rostros deformados los miraban desde las paredes, acusadores mudos, prometiendo un final violento.

—Izquierda aquí —susurró Aina, girando hacia la zona baja de la ciudad, hacia el río.

Lucius la siguió, cojeando, su mano acariciando la empuñadura de su *gladius* oculta. El juego había cambiado. Y el tablero era ahora mucho más grande, y mucho más sangriento.

CAPÍTULO 24

Los contrabandistas

El viento de la sierra no aullaba; mordía. Era un frío seco, traicionero, que se colaba entre los pliegues de la túnica de lana basta y buscaba el calor de la piel como un animal hambriento. Aina ajustó la capa raída que Lucius le había conseguido días atrás, intentando ignorar el dolor punzante que le trepaba por las pantorrillas. Llevaban horas ascendiendo, dejando atrás la seguridad engañosa de los caminos secundarios para adentrarse en la garganta profunda de los Pirineos.

A su lado, Lucius Vorenus caminaba con esa marcha militar inalterable, un ritmo marcial grabado en sus huesos tras décadas de servicio en las fronteras. Sin embargo, Aina, con su capacidad maldita para registrar cada detalle, notaba la ligera cojera en su pierna izquierda y el temblor casi imperceptible de su mano cuando se llevaba la bota de vino aguado a los labios. No bebía por sed, sino para acallar los fantasmas que, en la soledad abrumadora de la montaña, parecían gritar más fuerte que en el bullicio de las ciudades.

—El paso de las Cabras —murmuró Lucius, señalando una grieta oscura entre dos picos nevados que parecían colmillos de piedra—. Si mis viejos contactos siguen vivos, estarán allí. Si no, moriremos de frío antes del amanecer.

Aina no respondió. Su mente estaba ocupada procesando la topografía. Cerró los ojos un instante y la imagen se superpuso a la oscuridad de sus párpados con nitidez dolorosa: un mapa consular desplegado sobre la mesa de ébano en la villa de Valerius. Podía oler la cera de las velas, sentir la textura rugosa del papiro bajo sus yemas. En su memoria, las líneas de tinta negra que demarcaban la frontera natural entre la Tarraconense y la Galia Narbonense brillaban con una claridad insultante. Recordaba las cotas, los ríos, los puestos de vigilancia marcados con el sello del águila.

Pero el mapa no mostraba el frío. No mostraba el miedo.

—¿Son de fiar? —preguntó ella, rompiendo el silencio. Su voz sonó pequeña, tragada por la inmensidad de la roca.

Lucius soltó una risa seca, carente de humor.

—Son contrabandistas, niña. Trafican con sal, hierro y personas. La confianza es una moneda que no aceptan. Solo entienden de oro y de sangre. —Se detuvo y la miró, sus ojos inyectados en sangre brillando bajo la luz grisácea de la luna—. Mantente detrás de mí. No hables. No los mires a los ojos. Si ven miedo, te devorarán. Si ven desafío, te matarán. Sé invisible.

Aina asintió, aunque la ironía le amargaba la boca. Ser invisible había sido su estrategia de supervivencia en la villa de Valerius. Pero allí, en el mundo salvaje, las reglas de la civilización se desmoronaban.

Continuaron el ascenso. El sendero se estrechó hasta convertirse en una cornisa donde un paso en falso significaba una caída de trescientos codos hacia el vacío negro. El aire se volvió más fino, dificultando la respiración. Cada exhalación formaba nubes de vapor que se disipaban rápidamente, tan efímeras como las esperanzas de llegar a Narbona.

De repente, el sonido de un canto rodado desprendiéndose alertó a Lucius. El excenturión desenvainó su *gladius* con un movimiento fluido, una extensión letal de su brazo.

—Salid —ordenó Lucius, su voz proyectándose con la autoridad del oficial que alguna vez fue—. Sé que estáis ahí. El viento trae vuestro hedor a grasa de oso y vino barato.

El silencio se estiró, tenso como la cuerda de un arco a punto de romperse. Luego, las sombras se movieron.

De entre las grietas de la roca y los arbustos achaparrados surgieron cinco figuras. Iban envueltos en pieles y cueros curtidos, sus rostros ocultos bajo capuchas o embadurnados de ceniza para evitar el reflejo de la luna. Portaban hachas de mano y arcos cortos, armas brutales y eficientes para la distancia corta.

Uno de ellos, un gigante que superaba a Lucius en altura y anchura, dio un paso al frente. Llevaba un torque de bronce oxidado alrededor del cuello y una cicatriz que le partía el labio superior, dejándole una sonrisa perpetua y macabra.

—Vorenus. —La voz del gigante sonó como piedras moliéndose entre sí—. El perro de Roma que perdió su correa.

Lucius no bajó la espada, pero relajó ligeramente la postura.

—Barca. Veo que los lobos no te han comido todavía.

—Lo intentaron. —El hombre llamado Barca se tocó la cicatriz—. Tenían mal sabor.

Los otros contrabandistas rieron, un sonido gutural que no llegaba a los ojos. Cercaron a la pareja, cerrando las vías de escape. Aina sintió cómo el pánico empezaba a arañar las paredes de su mente, amenazando con desencadenar el torrente de recuerdos superpuestos que la paralizaba. *Concéntrate*, se ordenó. *Observa. Registra. Analiza.*

Contó cinco hombres. Dos arqueros en las rocas superiores, tres con armas cuerpo a cuerpo en el sendero. Las puntas de las flechas eran de hierro forjado, no de hueso; tenían acceso a suministros

decentes. Sus botas estaban reforzadas con cuero nuevo. No eran bandidos desesperados, eran profesionales de la ruta.

—Necesitamos cruzar —dijo Lucius, yendo directo al grano—. Narbona. Sin preguntas.

Barca escupió al suelo, a escasos centímetros de las botas desgastadas de Lucius.

—El paso está cerrado para los amigos del Imperio. Y más aún para los ex amigos. Hay patrullas de la Legio VII peinando los valles bajos. Valerius ha puesto precio a vuestras cabezas, Vorenus. Un precio alto.

Aina se tensó al oír el nombre de su amo. Incluso aquí, en la desolación de la montaña, la sombra de Marcus Valerius se alargaba para cubrirlos.

—No soy amigo del Imperio —replicó Lucius, su tono endureciéndose—. Y tú tampoco, si mal no recuerdo. Roma te busca por el robo de la plata de las minas de Cástulo. Si nos entregas, Valerius te pagará, sí. Y luego te crucificará a ti y a tus hombres a lo largo de la Vía Augusta para advertencia de otros.

Barca ladeó la cabeza, sopesando la verdad en las palabras del centurión.

—Quizá —concedió el contrabandista—. O quizá tome vuestro oro, os corte el cuello aquí mismo y deje que los buitres se encarguen de las pruebas. Así no hay riesgo.

Lucius metió la mano libre en su bolsa y sacó un saquito de cuero. Lo lanzó al aire. Barca lo atrapó con una mano enorme y lo agitó. El tintineo fue pobre.

—Diez denarios de plata y dos áureos —dijo Lucius—. Es todo lo que tenemos.

Barca soltó una carcajada estrepitosa que rebotó en las paredes del cañón.

—¿Doce monedas? —Abrió la bolsa y miró el contenido con desprecio—. El precio por cruzar los Pirineos con la Legio VII pisándonos los talones es de cincuenta áureos por cabeza. Y eso es precio de amigo, Vorenus. Esto... esto es un insulto.

El gigante hizo un gesto sutil con la mano. Los arqueros tensaron las cuerdas. El sonido del cuero crujiendo fue ensordecedor en el silencio de la noche.

—Esperad —la voz de Aina salió disparada antes de que pudiera detenerla.

Lucius giró la cabeza bruscamente, sus ojos advirtiéndole que callara, pero ya era tarde. Aina dio un paso adelante, saliendo de la sombra protectora de su guardián. El viento le azotó la cara, apartando el capirote y revelando sus rasgos tensos.

—¿Una mujer? —Barca la miró de arriba abajo con una mezcla de curiosidad y lascivia—. Vaya, Vorenus, no sabía que traficabas con carne. Quizá ella pueda pagar la diferencia... de otra manera.

La náusea golpeó el estómago de Aina, una arcada vieja y familiar. *No*, pensó. *No soy una víctima. No soy una herramienta.* Respiró hondo, llenando sus pulmones con el aire helado, buscando la claridad gélida de su lógica.

—El oro se gasta —dijo Aina, su voz ganando firmeza, emulando la dicción precisa que Valerius exigía en el *scriptorium*—. La información salva vidas.

Barca enarcó una ceja, deteniendo a sus hombres con una mirada.

—¿Y qué información puede tener una niña flaca que valga más que cuarenta áureos?

Aina cerró los ojos un segundo. Accedió a la «Biblioteca», ese lugar en su mente donde todo lo visto, oído y leído quedaba almacenado para siempre. Buscó el estante correcto. *Documentos estratégicos. Valerius. Mes de Martius.*

Abrió los ojos. Su mirada, habitualmente esquiva, se clavó en la de Barca con una intensidad inquietante.

—Sé dónde están las patrullas —dijo—. No dónde creéis que están. Sé dónde estarán mañana, y pasado mañana.

Barca resopló.

—Mis exploradores conocen estas montañas mejor que tú tu propia mano.

—Tus exploradores ven el terreno —cortó Aina—. Yo veo las órdenes. Hace tres días, el Legado Imperial firmó una orden de redistribución de las cohortes auxiliares para cerrar la frontera. No están siguiendo las rutas habituales de la Vía Augusta.

Empezó a recitar, y al hacerlo, su voz adquirió un tono monótono, casi mecánico, como si estuviera leyendo un texto invisible suspendido en el aire gélido.

—La Primera Cohorte de los Astures se ha movido del valle del Segre hacia el paso de Ibañeta. Han establecido puestos de control móviles cada cinco millas, cambiando de posición al anochecer. La orden especifica que deben evitar encender fuegos para no ser detectados desde las alturas.

Barca dejó de sonreír. El detalle de los fuegos era algo que solo un militar o alguien con acceso a las órdenes directas podría saber.

—Continúa —exigió el contrabandista, su tono ahora carente de burla.

—La caballería auxiliar, el Ala II Flavia, no está patrullando los caminos principales. Han recibido instrucciones de barrer los senderos de pastores en la vertiente sur, específicamente buscando grupos pequeños que intenten evitar los puestos de peaje. Tienen perros. Mastines traídos de la Bética.

Aina vio cómo la inquietud se propagaba entre los hombres de Barca. Los perros eran un problema grave para cualquier

contrabandista.

—Pero hay un error en la transcripción de las órdenes para la Tercera Centuria —prosiguió Aina, visualizando la mancha de tinta en el pergamino original, el lugar donde la pluma del escriba anterior había dudado—. El oficial al mando recibió la orden de cubrir el sector oriental del paso de Belagua, pero el mapa adjunto estaba desactualizado. Marcaba un puente que se derrumbó el invierno pasado.

Aina señaló hacia el noreste, hacia una cresta oscura apenas visible.

—Marcharán hacia allí y se encontrarán con el barranco. Tendrán que retroceder y rodear la montaña. Eso dejará una ventana de cuatro horas, entre la hora tercia y la sexta de mañana, en la que el corredor de los contrabandistas en el Valle de Roncal estará completamente desprotegido. Nadie mirará allí porque creen que la Tercera Centuria ya lo ha cubierto.

El silencio que siguió a sus palabras fue absoluto. Solo el viento osaba hablar.

Lucius miraba a Aina como si la viera por primera vez. Había una mezcla de orgullo y temor en su rostro; el temor de quien descubre que su protegida guarda armas más afiladas que una espada.

Barca se rascó la barba, mirando hacia el noreste, calculando.

—Si mientes —dijo suavemente el gigante—, os despellejaré vivos. Empezaré por tus dedos, niña, uno por uno.

—Si miento, nos atraparán a nosotros también —respondió Aina, sosteniendo la mirada—. Mi vida depende de la precisión de mi memoria tanto como la vuestra.

El contrabandista miró a sus hombres. Hubo un intercambio de miradas rápidas, un consenso silencioso nacido de la supervivencia. La ruta que Aina describía era arriesgada, pero si lo que decía sobre

la brecha en la patrulla era cierto, era la oportunidad perfecta para mover la mercancía acumulada.

Barca envainó su hacha y se acercó a Lucius. Le arrebató la bolsa de monedas de la mano, pero esta vez no la despreció.

—El oro por las molestias —gruñó—. La información por el paso.

Lucius asintió lentamente, relajando los músculos del hombro, aunque no soltó la empuñadura de su espada.

—Trato hecho.

—Partimos ahora —ordenó Barca, girándose hacia sus hombres—. Apagad cualquier rescoldo. Envolved las botas en trapos. Si los perros están tan cerca como dice la bruja, no podemos dejar rastro de olor.

Mientras el grupo de contrabandistas se ponía en marcha, organizando la columna con una eficiencia silenciosa, Lucius se acercó a Aina. Le puso una mano pesada sobre el hombro. El contacto era brusco, pero transmitía una calidez necesaria.

—Lo has hecho bien —susurró, con la voz ronca—. Pero ten cuidado, Aina. Acabas de demostrarles que eres valiosa. Y en este mundo, lo que es valioso se codicia o se roba.

Aina se ajustó la capa, sintiendo el peso de las palabras de Lucius. Había comprado su seguridad vendiendo los secretos de su amo, utilizando la misma memoria que la atormentaba cada noche. Se sintió sucia, cómplice de un juego de poder que detestaba.

Miró las espaldas de los contrabandistas que se adentraban en la oscuridad, guiándolos hacia la brecha que ella había abierto en el muro del Imperio.

—Vamos —dijo ella, dando el primer paso con las piernas entumecidas—. No quiero recordar cómo es morir de frío aquí arriba.

Comenzaron a caminar, una procesión de sombras bajo la indiferencia de las estrellas. Aina sabía que el camino a Narbona estaba lejos de terminar. Habían sorteado a los lobos, pero ahora caminaban con las hienas. Y en su mente, el mapa seguía desplegado, cada línea roja de las patrullas romanas moviéndose como venas palpitantes, acercándose inexorablemente.

La noche prometía ser larga. Y Aina, por desgracia, lo recordaría todo.

CAPÍTULO 25

TRAICIÓN EN LA CUMBRE

El viento no aullaba en las cumbres de los Pirineos; mordía. Era una entidad física, una mano invisible y gélida que empujaba contra el pecho, buscando colarse por los pliegues de la lana basta y las pieles de cabra para robar el último vestigio de calor corporal.

Aina caminaba con la cabeza gacha, contando sus pasos. Dos mil trescientos cuarenta y uno. Dos mil trescientos cuarenta y dos. El conteo era un ancla, una estructura lógica que le permitía separar la mente del dolor punzante en los dedos de los pies y del ardor en los pulmones. El aire era tan fino allí arriba que cada inhalación sabía a hielo picado y sangre metálica.

Delante de ella, la figura encorvada de Lucius Vorenus se recortaba contra la blancura cegadora de la nieve. El excenturión cojeaba. Aunque intentaba disimularlo cargando el peso sobre la pierna izquierda, Aina notaba la irregularidad en la huella que dejaba su *caliga* derecha: una depresión más profunda en el talón, un arrastre leve en la puntera. El alcohol había adormecido sus viejas heridas durante años, pero la abstinencia forzosa y el frío atroz de la cordillera estaban cobrándose su precio.

—Mueve las piernas, niña —gruñó uno de los contrabandistas al pasar a su lado.

Era un hombre bajo y ancho, al que llamaban Babil. Llevaba una pelliza de lobo que apestaba a grasa rancia y sudor antiguo. Sus ojos eran dos cuentas negras hundidas en un rostro curtido por el sol de altura y el viento. Aina no respondió. Simplemente catalogó el tono de voz: impaciencia mezclada con una tensión nerviosa que no estaba allí dos horas antes.

La caravana era pequeña. Cuatro mulas cargadas con fardos de sal y vino, tres hombres que conocían los senderos de cabras mejor que a sus propias madres, y ellos dos: los fugitivos. Habían pagado por el cruce con las últimas monedas de plata que Lucius había robado de la villa de Valerius, una suma que debería haber garantizado lealtad o, al menos, indiferencia profesional.

Aina levantó la vista. El cielo era una bóveda de un azul hiriente, sin nubes, lo que significaba que la noche traería una helada capaz de partir las piedras. Estaban en el *Summus Pyrenaeus*, la frontera natural entre la Hispania Citerior y la Galia Narbonense. Un lugar donde el Imperio romano imponía su ley con fortines y calzadas, pero donde la verdadera autoridad la dictaba la montaña.

—¿Cuánto falta? —preguntó Lucius. Su voz sonó rasposa, quebrada por la sed.

El líder del grupo, un vascón de barba grisácea llamado Gorka, se detuvo un instante y señaló hacia una cresta dentada al noreste.

—Pasado ese risco está la bajada. Si los dioses antiguos quieren, dormiremos bajo la línea de los árboles.

Aina observó la mano de Gorka. Le faltaba la falange del dedo meñique. La uña del índice estaba negra por un golpe reciente. Pero lo que capturó su atención no fue la mano, sino la dirección que señalaba. Su mente, esa biblioteca maldita que almacenaba cada imagen, cada texto y cada mapa que sus ojos habían rozado alguna vez, se activó.

Cerró los ojos un segundo.

La oscuridad trajo la imagen nítida de un pergamino. Era un mapa militar de la Legio VI Victrix que había visto en el escritorio de Marcus Valerius hacía seis meses, mientras limpiaba una mancha de tinta. La cartografía romana era precisa, obsesiva en su geometría. Recordó las líneas de nivel, los puestos de guardia marcados con tinta roja, las rutas de comercio en negro.

La *Vía Augusta* cruzaba por el Coll de Panissars, donde se erigía el Trofeo de Pompeyo, un monumento a la vanidad romana que servía también de puesto de control aduanero. Los contrabandistas, por definición, debían evitar ese punto. La ruta segura, la «senda de los sombras», discurría tres millas al oeste, bordeando el pico sagrado, descendiendo hacia el valle del río Tech a través de gargantas invisibles desde la calzada principal.

Aina abrió los ojos.

La dirección que Gorka señalaba no era el oeste. Era el este. Hacia el Trofeo. Hacia la guarnición.

El frío en su estómago se intensificó, superando al de la ventisca.

—El camino se estrecha —dijo Babil, empujando a una de las mulas que resbalaba en el hielo—. Poneos delante. No queremos tener que sacaros de un barranco si resbaláis.

La orden sonó lógica, casi solícita. Pero Aina percibió la anomalía. Durante los últimos tres días, los contrabandistas los habían mantenido en el centro o la retaguardia, vigilándolos como a ganado valioso. Ponerlos en vanguardia significaba dos cosas: o el camino era realmente peligroso y los usaban de prueba, o querían tener sus espaldas despejadas para algo más.

Aina aceleró el paso hasta alcanzar a Lucius. El excenturión respiraba con dificultad, el vaho saliendo de su boca en nubes densas y rítmicas.

—Lucius —susurró ella, sin mirarlo, manteniendo la vista en la nieve pisoteada.

—Guarda el aliento, Aina. Lo necesitarás.

—Nos están desviando.

Lucius no alteró el ritmo de su marcha, un viejo hábito de soldado que sabía que cualquier cambio brusco alertaría al enemigo. Solo su mandíbula se tensó bajo la barba crecida.

—¿Estás segura?

—La posición del sol marca el mediodía. Deberíamos tener el pico *Canigó* a nuestra izquierda para bajar hacia el valle oculto. Lo tenemos a la espalda. Estamos girando hacia la calzada principal.

—Quizás el paso esté bloqueado por la nieve. Gorka conoce estas montañas.

—No —insistió ella. La certeza en su mente era absoluta, tan sólida como las rocas que los rodeaban. Las imágenes se superponían en su retina: el mapa y el terreno real. La discrepancia era un error matemático que su cerebro no podía ignorar—. Si seguimos este vector, en menos de una hora cruzaremos la línea visual de la torre de vigilancia del *Summus*.

Lucius tropezó levemente, usando su vara de fresno para recuperar el equilibrio. Aprovechó el movimiento para mirar hacia atrás por encima del hombro, como si comprobara la distancia con los hombres que les seguían.

—He visto cómo nos miran hoy —masculló Lucius, su voz apenas audible bajo el silbido del viento—. Han dejado de hablar en latín entre ellos. Usan su lengua.

—¿Vascuence?

—Sí. Y se ríen. Nadie se ríe cuando sube esta cuesta, Aina. A menos que sepa que la carga pesa menos de lo que vale.

Aina sintió una punzada de pánico. La «parálisis de análisis» amenazó con asaltarla. Su mente comenzó a proyectar escenarios

catastróficos a una velocidad vertiginosa: la captura, los grilletes, el rostro de Marcus Valerius sonriendo con esa frialdad aristocrática, Silanus y sus herramientas de «interrogatorio». Recordó el sonido de la carne al ser marcada, el olor a hierro caliente.

Respira. Clasifica. Ejecuta.

Se obligó a centrarse en el presente. El pánico era ineficiente.

—Hay una recompensa —dijo ella, conectando los datos—. Valerius ha debido poner precio a nuestras cabezas en cada puesto de posta desde Tarraco hasta Narbona.

—Y estos patriotas de la montaña han decidido que la plata romana vale más que su honor de ladrones —concluyó Lucius con amargura.

Estaban atrapados. A su derecha, una pared de roca vertical cubierta de hielo. A su izquierda, una pendiente pronunciada que caía hacia un abismo blanco de niebla y vacío. Delante, la traición. Detrás, tres hombres armados y acostumbrados a matar.

—¿Tienes el *pugio*? —preguntó Aina.

—En la bota. Pero son tres, niña. Y yo estoy viejo y sobrio, que es la peor combinación posible.

—Babil cojea de la pierna derecha cuando carga peso —recitó Aina automáticamente, recuperando las observaciones de los últimos días —. Gorka es ciego del ojo izquierdo, aunque lo disimula girando el cuello. El tercero, el joven, es rápido pero duda antes de actuar; mira siempre a Gorka primero.

Lucius soltó una risa seca, un sonido que se perdió en el viento.

—Eres una pequeña bruja aterradora, ¿lo sabías?

—Se van a detener pronto. Hay una cornisa plana a trescientos pasos. Es el único lugar con espacio suficiente para atarnos sin que caigamos rodando. Si llegamos a la vista de la torre, no necesitarán atarnos; los romanos lo harán por ellos.

—Entonces no llegaremos a esa cornisa —sentenció Lucius. Su postura cambió. El cansancio parecía haberse evaporado, reemplazado por una tensión letal. Era la memoria muscular de treinta años de servicio despertando bajo la piel del borracho—. Prepárate.

La oportunidad llegó antes de lo previsto.

La senda hacía un giro cerrado alrededor de un espolón de roca. El viento allí golpeaba con una fuerza brutal, levantando una cortina de nieve en polvo que reducía la visibilidad a unos pocos metros.

—¡Alto! —gritó Gorka desde atrás—. ¡Ajustad las cinchas de las mulas! ¡El viento va a tirar la carga!

Era la excusa. Aina lo supo antes de que sucediera. No había carga que ajustar; las mulas caminaban firmes. Era el momento de la emboscada.

Lucius se detuvo y se giró lentamente, apoyándose pesadamente en su vara como si estuviera exhausto. Aina se quedó a su lado, haciéndose pequeña, intentando parecer inofensiva, una simple escriba asustada.

Gorka y Babil avanzaron hacia ellos. El tercero, el joven, se quedó atrás con las riendas de las bestias.

—El camino es malo —dijo Gorka, acercándose con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Tendremos que ataros juntos por seguridad. Una cuerda. Para que el viento no os lleve.

Llevaba una soga de cáñamo grueso en las manos. Babil tenía la mano derecha oculta dentro de la pelliza.

—Es mucha molestia por vuestra parte —dijo Lucius. Su tono era conversacional, casi aburrido—. Considerando que nos habéis vendido.

El silencio que siguió duró un latido de corazón, pero para Aina se estiró como una eternidad. Vio la microexpresión de sorpresa en el

rostro de Gorka, el ligero ensanchamiento de las fosas nasales, la tensión repentina en los hombros.

—¿Qué dices, romano?

—Digo que el camino al puesto de guardia está al este. Y que prefiero morir aquí, con el cielo sobre mi cabeza, que en una celda oliendo a vuestra traición.

La sonrisa de Gorka desapareció.

—Cógelos —ordenó, ya sin disimulo.

Babil sacó un cuchillo largo de hoja curva, una herramienta de desollador, y se abalanzó sobre Lucius.

Lo que sucedió después fue un estallido de violencia confusa y frenética.

Aina esperaba que Lucius sacara su arma, pero el excenturión hizo algo inesperado. En lugar de retroceder, se lanzó hacia adelante, dentro de la guardia de Babil. Usó la vara de fresno no como una espada, sino como una lanza, clavando la punta ferrada con una fuerza brutal en el pie del contrabandista, justo en el empeine.

El grito de Babil fue ahogado por el viento. Lucius soltó la vara y golpeó con la cabeza el puente de la nariz del hombre. El sonido del cartílago al romperse fue un *crac* húmedo y repugnante.

Gorka rugió y desenfundó una espada corta, tosca pero pesada. Se lanzó contra Lucius, que estaba ocupado forcejeando con el aturdido Babil.

—¡Lucius, a la izquierda! —gritó Aina.

Su advertencia llegó justo a tiempo. Lucius giró el cuerpo de Babil, usándolo como escudo humano. La espada de Gorka se hundió en el hombro de su propio compañero. La sangre brotó, roja y brillante, manchando la nieve inmaculada como tinta derramada sobre pergamino virgen.

Babil cayó al suelo, aullando y pataleando, arrastrando a Lucius con él.

Aina se quedó paralizada un instante. Su mente registraba los vectores de movimiento, las probabilidades de supervivencia descendiendo drásticamente. *Lucius está en el suelo. Gorka tiene el terreno elevado. El joven está soltando las mulas y sacando una honda.*

La honda. Un arma de pastor, letal a esa distancia.

Aina vio al joven girar la correa de cuero sobre su cabeza. El zumbido era siniestro.

Ella no era un soldado. No tenía fuerza. Pero tenía memoria. Recordaba el terreno. Recordaba que, a dos pasos a su derecha, la nieve ocultaba una grieta en la roca que habían sorteado con cuidado hacía un momento.

El joven soltó la piedra.

—¡Abajo! —gritó Aina, lanzándose al suelo.

El proyectil pasó silbando donde había estado su cabeza y golpeó la roca detrás de ella, sacando chispas.

Gorka, viendo a Lucius en el suelo intentando sacar su *pugio* de la bota mientras Babil se retorcía encima de él, levantó su espada para el golpe de gracia.

Aina no pensó. La lógica fría de la supervivencia tomó el control. Gateó sobre la nieve, sus dedos entumecidos buscando una piedra, un trozo de hielo, algo. Encontró la vara de fresno que Lucius había soltado.

Pesaba demasiado para ella. No podía levantarla para golpear.

Pero Gorka estaba al borde del camino, pivotando sobre su pie izquierdo para dar fuerza al golpe. Aina empujó la vara a ras de suelo, barriendo la nieve hacia los tobillos del líder contrabandista.

Fue un movimiento torpe, desesperado. Pero la punta ferrada de la vara se enganchó en la bota de Gorka en el momento exacto en que transfería su peso.

La física hizo el resto.

Gorka perdió el equilibrio. Sus brazos se agitaron buscando asidero en el aire vacío. Su espada salió volando. Cayó pesadamente de espaldas, su cabeza golpeando contra una roca saliente con un sonido seco y definitivo.

El cuerpo del líder se deslizó un metro y quedó inmóvil, los ojos abiertos mirando al sol indiferente.

Aina jadeaba, el corazón golpeándole las costillas como un pájaro atrapado.

Lucius se quitó de encima el cuerpo gemebundo de Babil. El excenturión estaba cubierto de sangre, la mayoría ajena, pero una línea roja le corría por la frente. Tenía el *pugio* en la mano ahora. Sin dudar, con la eficiencia de quien ha matado mil veces, pasó la hoja por la garganta de Babil, silenciando sus lamentos.

Se levantó con dificultad, girándose hacia el joven de la honda.

El muchacho, que no tendría más de diecisiete años, miró a Gorka muerto, a Babil desangrándose, y luego a los ojos de hielo de Lucius Vorenus. El terror venció a la codicia. Soltó la honda y echó a correr montaña abajo, perdiéndose entre la niebla y la nieve, abandonando las mulas y la carga.

El silencio regresó a la cumbre. Solo el viento seguía mordiendo.

Lucius se limpió la sangre de los ojos con el dorso de la mano y miró a Aina. Ella estaba temblando, aferrada a la vara de fresno como si fuera un talismán.

—Buen trabajo con el palo —dijo él. Su voz era ronca, carente de emoción, pero Aina notó el temblor en sus manos cuando envainó el *pugio*—. ¿Estás herida?

Aina negó con la cabeza. No podía hablar. La imagen de la sangre de Babil humeando en la nieve se estaba grabando en su memoria eidética. Sabía que esa imagen, el olor cobrizo y el sonido del último gorgoteo, la visitarían en pesadillas durante años. No podía borrarlo. Nunca podía borrar nada.

—Tenemos que movernos —dijo Lucius, rompiendo su trance. Se agachó para registrar el cadáver de Gorka, tomando su bolsa de monedas y un cuchillo extra—. El chico hablará. Si se encuentra con la patrulla romana, vendrán a por nosotros. Y si llega al valle, volverá con más de los suyos.

—Las mulas... —murmuró Aina.

—Se quedarán aquí. No podemos llevarlas por donde vamos a ir. Son lentas y dejan rastro.

—¿Por dónde vamos a ir? —preguntó ella, mirando el desierto blanco que se extendía ante ellos. Sin guía. Sin mapa físico.

Lucius se ajustó la capa, haciendo una mueca de dolor.

—Tú lo dijiste, niña. El *Canigó* a la izquierda. Vamos a bajar por la garganta.

—Es suicida. No hay sendero.

—Es eso o la cruz romana. Tú eliges.

Aina miró hacia el este, donde la ruta fácil llevaba a la traición, y luego hacia el oeste, hacia el abismo de roca y sombras. Su mente trazó las líneas de nivel del mapa que recordaba. Había una posibilidad. Una pendiente del treinta por ciento, arroyos congelados, riesgo de aludes. Probabilidad de supervivencia: baja.

Pero mayor que cero.

—A la izquierda —dijo Aina.

Lucius asintió. Cogió un odre de vino de una de las mulas, se lo colgó al hombro y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Andando, Escriba. La Galia espera, y el infierno nos pisa los talones.

Empezaron el descenso, dejando atrás los cadáveres para que los buitres y la nieve hicieran su trabajo. Aina no volvió a mirar atrás. No necesitaba hacerlo. La escena ya era parte de ella, indeleble, otra cicatriz más en el archivo infinito de su mente.

Mientras descendían hacia la sombra de la montaña, el primer copo de una nueva nevada cayó sobre su mejilla. Frío. Perfecto. Indiferente al destino de los hombres.

La verdadera prueba acababa de empezar.

CAPÍTULO 26

Hielo y sangre

El viento no aullaba; cortaba. Era un silbido agudo, continuo, una nota monocorde que se clavaba en los oídos y anestesiaba la piel expuesta hasta convertirla en cuero insensible. Aina bajó la cabeza, entornando los ojos para protegerlos de las agujas de hielo que la ventisca arrojaba contra su rostro sin piedad. Sus pestañas se habían vuelto pesadas, cargadas de escarcha, y cada parpadeo requería un esfuerzo consciente, una orden mecánica enviada desde un cerebro que empezaba a funcionar con la espesa lentitud de la miel fría.

Delante de ella, a unos cinco pasos que parecían leguas, Lucius Vorenus se tambaleaba.

La nieve, inmaculada y virgen en la cota alta de los Pirineos, se manchaba con una regularidad obscena. Gota. Paso. Gota. Paso. Un rastro de rubíes oscuros que brillaban con una intensidad febril antes de ser devorados por el blanco. Aina contó las gotas. Una cada tres segundos. Hace una hora, era una cada cinco. La aritmética de la muerte era implacable, y su mente, esa maldita biblioteca que nunca cerraba sus puertas, comenzó a proyectar páginas de tratados médicos sobre la nieve.

De Medicina, de Aulo Cornelio Celso. Libro V. *Sobre las heridas profundas en el costado*.

«Si la sangre es oscura y fluye sin pulso, la vena está comprometida. Si es brillante y salta, la arteria grita su rotura».

La sangre de Lucius era oscura, espesa como el vino de mala calidad que solían beber los legionarios en las tabernas de Tarraco. No saltaba, se deslizaba. Eso significaba que la hoja del bandido —o del soldado desertor, ya no importaba quién había sido aquel hombre al que Lucius destripó hacía horas— no había cortado la arteria principal. Pero había entrado profundo, desgarrando músculo y quizás rozando el peritoneo.

—Lucius —llamó ella. Su voz sonó pequeña, ridícula frente a la majestuosidad indiferente de la montaña.

El gigante no se detuvo. Su capa de lana, empapada y rígida por el hielo, golpeaba sus pantorrillas. Llevaba la mano izquierda apretada contra el costado derecho, bajo las costillas, tratando inútilmente de contener lo que se le escapaba del cuerpo.

Aina aceleró el paso. Sus botas, robadas y demasiado grandes, se hundían en la nieve costra, rompiendo la superficie y atrapando sus tobillos. Cada vez que levantaba un pie, sentía el peso del mundo tirando de ella hacia abajo. Pero la lógica dictaba que debía alcanzarlo. Si él caía en una grieta o se desviaba del sendero invisible que serpenteaba entre los picos, ambos morirían. Él por la herida; ella por la incapacidad de sobrevivir sola en aquel desierto helado.

Lucius tropezó. No fue una caída dramática, sino un derrumbe lento, como un viejo roble cuyas raíces finalmente ceden a la podredumbre. Sus rodillas golpearon la nieve y, por inercia, su torso se inclinó hacia adelante hasta que su frente tocó el suelo blanco.

—¡Lucius!

Aina se lanzó hacia él, ignorando el ardor en sus propios pulmones. Cuando llegó a su lado, el excenturión estaba intentando levantarse, sus manos enguantadas arañando la nieve como si buscara un asidero en el agua.

—Estoy... bien —gruñó él. La mentira salió envuelta en una nube de vapor denso. Su voz tenía el timbre rasgado de la grava molida.

—No lo estás. —Aina se arrodilló a su lado, agarrándolo por el hombro sano para girarlo.

El rostro de Lucius Vorenus, habitualmente una máscara de cinismo curtido y estoicismo romano, estaba gris. No pálido, sino del color de la ceniza fría. Sus labios tenían un tinte azulado que Aina reconoció de inmediato: hipoxia y shock hipovolémico. La pérdida de sangre estaba robándole el calor necesario para mantener las funciones vitales.

—Tenemos que... seguir —balbuceó él, con los ojos vidriosos, incapaces de enfocarla—. La frontera... Narbo...

—No llegarás a Narbo si te desangras aquí —replicó Aina. Su tono era seco, desprovisto de la histeria que sentía burbujear en su estómago. El miedo era inútil; la precisión era necesaria—. Déjame ver.

Intentó apartar la mano de Lucius de la herida, pero los dedos del romano estaban rígidos, agarrotados por el frío y el espasmo muscular.

—Déjalo, niña —dijo él, con un repentino destello de lucidez cruel—. Sabes contar. Has visto el rastro. Soy peso muerto.

—Eres mi escudo —dijo ella, repitiendo las palabras que él le había dicho semanas atrás, aunque ahora sonaban a una acusación—. Y los escudos no se abandonan en el campo. Quita la mano.

Lucius no tuvo fuerzas para resistirse cuando ella tiró de su muñeca. Aina apartó los pliegues de la túnica y la capa. El olor la golpeó antes que la visión: cobre, heces y sudor agrio. La herida era una boca fea y abierta justo encima de la cadera derecha. La tela estaba pegada a la carne por la sangre coagulada, pero el movimiento había reabierto el flujo. No era tan profundo como para haber perforado el intestino, calculó Aina rápidamente, visualizando los

diagramas anatómicos de Galeno, pero el frío impedía la coagulación correcta.

—Necesitamos fuego —murmuró para sí misma—. Y presión.

Levantó la vista. Estaban en un paso estrecho, flanqueado por paredes de roca negra que se alzaban hacia un cielo plomizo. No había árboles aquí arriba, solo roca y hielo. Pero unos cien metros más adelante, la pared de la montaña formaba un saliente, una especie de media cueva natural protegida del viento del norte.

—Lucius, escúchame —dijo Aina, acercando su rostro al de él para asegurarse de que la oía sobre el viento—. Hay un refugio adelante. Cien metros. Tienes que levantarte.

—No puedo... mis piernas... no las siento.

—No me importa lo que sientas. Me importa lo que hagas. —Aina se puso de pie y tiró de él. Era como intentar levantar una estatua de mármol caída—. ¡Arriba! ¡Maldita sea, Vorenus, obedece!

El insulto, o quizás el tono de mando que nunca antes había usado con él, surtió efecto. El viejo instinto militar de responder a una orden directa se activó en algún lugar profundo de su cerebro reptiliano. Lucius gruñó, apretó los dientes hasta que Aina creyó oírlos crujir, y empujó contra el suelo.

Se puso de pie, oscilando peligrosamente. Aina se metió bajo su brazo izquierdo, cargando con su peso. Él era inmenso comparado con ella; su estructura ósea era pesada, densa, forjada en años de campañas y marcha. Aina sintió cómo su columna se comprimía bajo la carga. Sus rodillas temblaron.

—Camina —ordenó ella, jadeando.

Dieron un paso. Luego otro.

El mundo se redujo a eso: el dolor agudo en el hombro de Aina donde se clavaba el brazo de Lucius, el crujido de la nieve y el sonido irregular de la respiración del centurión.

Izquierda. Derecha. Arrastrar. Izquierda. Derecha. Arrastrar.

La memoria de Aina, traicionera en momentos de estrés, superpuso una imagen del pasado. Recordó ser arrastrada por los pasillos de la villa de Valerius, sus pies descalzos rozando el mosaico frío mientras el mayordomo la llevaba al castigo por haber roto una pluma. La sensación de impotencia, de ser un objeto movido por fuerzas superiores. Ahora, la ecuación se había invertido. Ella era la fuerza motriz. Ella era la que arrastraba.

Lucius tropezó de nuevo a mitad de camino. Su peso muerto casi aplastó a Aina contra la roca.

—Déjame... —gimió él, deslizándose hacia el suelo.

—¡No! —Aina lo agarró por la pechera de su túnica, sacudiéndolo con una fuerza que no sabía que tenía—. No tienes permiso para morir. ¿Me oyes? Eres propiedad del Imperio, y por extensión, eres mi responsabilidad hasta que lleguemos a Narbo. ¡Levántate!

Lucius la miró. Sus ojos, normalmente duros como el pedernal, estaban nublados y llenos de dolor, pero había algo más: sorpresa. Nunca había visto a la escriba así. La niña asustadiza que se escondía tras los libros había desaparecido, reemplazada por una criatura de pura voluntad.

—Eres... una tirana... —masculló, pero volvió a intentar ponerse en pie.

Llegaron al saliente de roca casi diez minutos después. Aina dejó caer a Lucius con poco cuidado en la zona más resguardada, donde la nieve no había llegado. El suelo era de piedra dura y helada, pero al menos el viento no les azotaba directamente.

Lucius se ovilló inmediatamente, tiritando de forma violenta. Los temblores eran tan fuertes que sus dientes castañeteaban con un ritmo frenético. Era la última defensa del cuerpo antes de la rendición final al frío.

Aina se quedó de pie un momento, con las manos apoyadas en las rodillas, respirando bocanadas de aire gélido que le quemaban la garganta. Su mente evaluó la situación. Inventario: un cuchillo, un odre con un poco de vino aguado, unas tiras de carne seca, la fíbula de Lucius y su propia ropa. No había madera. No había fuego.

Si no calentaba a Lucius, la herida sería irrelevante; moriría de hipotermia antes del anochecer.

—Piensa —se ordenó a sí misma, golpeándose la sien con el puño—. Piensa, Aina.

Recordó los textos sobre la supervivencia de las legiones en Germania. *Cómo combatir el frigus*. El calor corporal compartido. El aislamiento del suelo.

Aina se movió rápido. Buscó piedras sueltas y las amontonó en la entrada del pequeño refugio para crear un parapeto bajo que desviara aún más el viento. Luego, regresó junto a Lucius.

—Tengo que quitarte la armadura mojada —dijo, aunque él ya no respondía, sumido en un estupor letárgico.

Sus dedos, entumecidos y torpes, lucharon contra las correas del peto de cuero endurecido que Lucius llevaba bajo la capa. Estaban hinchadas por la humedad y congeladas. Aina usó el cuchillo para cortarlas, sacrificando la protección por la supervivencia. Despojó a Lucius de la capa empapada y la túnica exterior, dejándolo solo con la túnica interior de lino, que estaba manchada de sangre pero relativamente seca en el pecho.

La herida en el costado seguía manando sangre lentamente. Aina rasgó la parte inferior de su propia túnica, haciendo tiras largas.

—Esto va a doler —advirtió al inconsciente Lucius.

Vertió el resto del vino sobre la herida para limpiarla. Lucius se arqueó, soltando un gemido gutural, pero no despertó. Aina tomó las tiras de tela y comenzó a vendarlo con fuerza, aplicando presión

directa sobre el corte. Apretó hasta que sus propios nudillos se pusieron blancos. Necesitaba cerrar esa brecha, contener la vida dentro de él.

Cuando terminó, se dio cuenta de que el frío se estaba filtrando en sus propios huesos. Sin moverse, morirían ambos.

Miró a Lucius. Estaba helado al tacto. La «paradoja del desnudamiento» le vino a la mente: en las fases finales de la hipotermia, las víctimas a veces sentían un calor extremo y se quitaban la ropa. Lucius no estaba allí todavía, pero estaba cerca.

Aina tomó una decisión. Se quitó su propia capa exterior, la sacudió para quitarle la nieve y la extendió sobre Lucius. Luego, se tumbó junto a él, entre el cuerpo masivo del soldado y la pared de roca. Se pegó a su espalda, rodeándolo con sus brazos y piernas tanto como pudo, intentando transferir cada caloría de su propio calor corporal al de él.

Era una violación de todas las normas sociales que conocía. Una esclava y un ciudadano. Una mujer y un hombre que no eran esposos. Pero las normas de Roma no aplicaban a dos mil metros de altura. Aquí, solo existía la ley de la termodinámica.

—No te mueras —susurró contra la nuca fría de Lucius—. No te atrevas a dejarme sola con Marcus Valerius persiguiéndonos.

El tiempo se desdibujó. Aina no sabía si pasaron minutos u horas. Entró en un estado de duermevela, donde la realidad y la memoria se mezclaban.

De repente, sintió una sacudida. Lucius se movió.

—¿Madre? —murmuró él. Su voz era apenas un hilo.

Aina parpadeó, volviendo a la realidad gélida.

—No, Lucius. Soy Aina.

—Frío... tanto frío...

—Lo sé. Estoy aquí.

Lucius intentó girarse, pero gritó de dolor cuando el movimiento tiró de su herida. Se desplomó de nuevo, jadeando.

—¿Dónde... dónde estamos?

—En el paso. Cruzando a la Galia. Te hirieron.

Hubo un silencio largo. Aina sintió cómo el pecho de Lucius subía y bajaba de forma irregular.

—Deberías haberme dejado —dijo él finalmente, con más claridad. La fiebre del dolor parecía haberle devuelto algo de consciencia—. Soy un lastre. Silanus... si nos alcanza... te encontrará cargando un cadáver.

—Silanus no está aquí. El frío sí. —Aina apretó más su abrazo, ignorando el temblor que recorría su propio cuerpo—. Y tú no eres un cadáver todavía. He detenido la hemorragia.

—Eres... obstinada. —Lucius tosió, una tos húmeda y fea—. ¿Por qué?

Aina pensó en la respuesta. Podría haberle dicho que lo necesitaba para llegar a Narbo. Podría haberle dicho que era su única protección contra el mundo. Pero la verdad era más compleja, una ecuación que no terminaba de cuadrar en su mente lógica.

—Porque tú volviste a por mí en la villa —dijo ella en voz baja—. Cuando podías haber huido solo con el dinero. Volviste. La deuda debe ser saldada. *Do ut des*.

Lucius soltó una risa que sonó como papel de lija frotando piedra.

—*Do ut des*... doy para que des. Romanos hasta el final, ¿eh? Incluso aquí arriba.

—Ahorra fuerzas. Duerme.

—Si duermo... tal vez no despierte.

—Yo vigilaré. Te despertaré si te vas.

Lucius guardó silencio durante un largo rato. El viento afuera seguía aullando, frustrado por no poder alcanzarlos en su nicho de piedra.

—Aina —dijo él, y su voz había perdido el tono de burla, volviéndose grave—. En mi fíbula... hay un compartimento oculto. Si muero... cógela. Dentro hay un nombre en Narbo. Un contacto antiguo. Ve a él. No confíes en nadie más.

Aina sintió un nudo en la garganta, una presión física que nada tenía que ver con el frío.

—No la necesitaré. Tú se la darás.

—Escúchame, niña estúpida. —Intentó sonar autoritario, pero le faltaba el aire—. Tienes que ser realista. Tienes esa mente... úsala. Calcula las probabilidades.

—Las he calculado —mintió Aina con ferocidad—. Y las probabilidades mejoran si tengo una espada a mi lado. Ahora cállate. Aumentas tu ritmo cardíaco y eso fomenta el sangrado.

Lucius suspiró, un sonido largo y tembloroso que pareció vaciarlo de energía.

—Está bien... Escriba. Está bien. Tú mandas... por ahora.

Poco a poco, la respiración de Lucius se volvió más profunda y rítmica. Había caído en el sueño, o en la inconsciencia. Aina no estaba segura de cuál de los dos era, pero notó que el calor de su cuerpo había aumentado ligeramente. La fiebre estaba empezando, luchando contra la hipotermia. Era una batalla entre dos asesinos dentro de su cuerpo: el fuego de la infección contra el hielo de la montaña.

Aina mantuvo los ojos abiertos, mirando la oscuridad creciente. La noche estaba cayendo sobre los Pirineos, trayendo consigo un frío aún más profundo, absoluto.

Su mente, incapaz de descansar, comenzó a repasar el mapa mental de la Vía Augusta. Calculó las millas que faltaban hasta el primer puesto de avanzada en la Galia Narbonense. Dos días de marcha a buen ritmo. Tres o cuatro con un herido.

Miró sus propias manos en la penumbra. Eran pequeñas, manchadas de sangre seca y tierra. Manos diseñadas para sostener un cálamo, para mezclar tinta, para pasar páginas de pergamino con delicadeza. Ahora, esas manos tenían que arrastrar a un hombre de cien kilos a través del infierno blanco.

Sintió el peso de la responsabilidad asentarse sobre sus hombros, más pesado que cualquier libro, más pesado que el cuerpo de Lucius. Por primera vez en su vida, no había nadie por encima de ella para decirle qué hacer. No estaba el Amo Valerius con sus órdenes crueles. No estaba su padre. No estaba Lucius, que ahora dependía de ella como un niño.

Estaba sola al mando.

Aina cerró los ojos un instante y visualizó el rostro de Marcus Valerius. Recordó su sonrisa perfecta y vacía, la forma en que la miraba como si fuera un mueble útil. El miedo, ese viejo compañero, intentó paralizarla, trayendo imágenes de lo que sucedería si Silanus los encontraba: el cuchillo, la lengua cortada, el regreso a la oscuridad de la villa.

Pero entonces, algo nuevo surgió dentro de ella. Una frialdad que rivalizaba con la de la montaña. Una ira cristalina y lógica.

Valerius creía que ella era débil. Que sin un amo, se marchitaría.

Aina abrió los ojos. En la oscuridad, brillaban con una determinación feroz.

—Te equivocas, Marcus —susurró al viento—. He leído sobre guerras, sobre asedios, sobre hombres que sobrevivieron comiendo cuero y bebiendo orina. Tengo todo el conocimiento del mundo en mi cabeza. Y voy a usarlo para destruirte.

Se ajustó la capa sobre los hombros de Lucius y se preparó para la noche más larga de su vida. No dormiría. Vigilaría la respiración de su paciente, contaría cada exhalación, calcularía cada grado de temperatura. Sería la guardiana.

Afuera, la tormenta arreciaba, borrando el rastro de sangre que habían dejado, ocultándolos del mundo, pero también atrapándolos en él. Mañana sería otro día de dolor, de arrastrar, de luchar. Pero mañana, Lucius seguiría vivo. Ella se aseguraría de ello. Porque Aina ya no era solo una escriba. Era la que sostenía la pluma del destino, y se negaba a escribir un final trágico en esta página.

El frío mordió, pero ella no se estremeció. Esperó. Observó. Y resistió.

CAPÍTULO 27

Tierra de nadie

El viento del norte no aullaba como en las cumbres de los Pirineos; aquí abajo, en la vertiente gala, siseaba. Era un sonido sibilante, traicionero, que se colaba entre los troncos de los pinos negros y las hayas desnudas, advirtiendo que el peligro no había desaparecido, tan solo había cambiado de forma.

Aina ajustó la correa de la mochila, sintiendo cómo el cuero curtido le mordía el hombro a través de la túnica raída. Sus ojos, habituados a escanear documentos y detectar la más mínima errata en un legajo imperial, ahora catalogaban el entorno con la misma precisión obsesiva.

Registro visual: La pendiente se suavizaba. El suelo, cubierto de una alfombra de agujas de pino en descomposición, amortiguaba sus pasos. La luz del atardecer se filtraba en tonos grisáceos, moribundos.

Registro auditivo: La respiración de Lucius.

Ese era el dato que dominaba su mente, superponiéndose a cualquier otro estímulo. No era una respiración rítmica. Era un estertor húmedo, irregular, una maquinaria biológica que fallaba en sus engranajes más básicos.

—Falta poco —mintió Aina, sin volverse. Sabía que Lucius odiaba la compasión casi tanto como odiaba a los patricios.

El excenturión gruñó. El sonido fue gutural, una vibración que pareció costarle un esfuerzo titánico. Aina aminoró el paso, permitiendo que la figura corpulenta de su protector la alcanzara. Lucius caminaba con una inclinación antinatural, favoreciendo su costado izquierdo, donde una vieja herida mal curada y el frío de las montañas conspiraban para convertir cada paso en una tortura. Su rostro, antaño una máscara de bronce curtido por el sol de Hispania, lucía ahora el color de la ceniza húmeda.

—No me des ánimos de nodriza, niña —jadeó Lucius, deteniéndose para apoyarse en el tronco de un roble centenario. Su mano, grande y callosa, temblaba al aferrarse a la corteza—. Conozco este terreno. La Galia Narbonense es vasta. «Poco» es una medida relativa que usan los generales para engañar a la infantería.

Aina se detuvo y lo observó. Su memoria eidética trajo al presente, con una nitidez cruel, la imagen de Lucius hacía dos semanas: erguido, cínico, con una botella de vino en la mano y una fuerza que parecía inagotable. Superpuso esa imagen a la realidad actual: un hombre vaciado, consumido por la fiebre y el esfuerzo de cruzar una cordillera en invierno. La discrepancia entre ambos datos le provocó una punzada física en el estómago.

—Necesitamos refugio —dijo ella, ignorando su comentario—. La temperatura caerá bajo cero en dos horas.

Lucius asintió, un movimiento mínimo de barbilla.

—Adelante. Mis ojos ya no sirven para la penumbra.

Continuaron el descenso. La frontera invisible había quedado atrás, en la divisoria de aguas, pero esta tierra intermedia, esta tierra de nadie antes de llegar a la civilización romana de la Galia, se sentía más antigua y hostil. Aquí no había calzadas pavimentadas, solo senderos de cabras y el silencio de los bosques profundos.

Aina vio la estructura media hora después.

Emergiendo de la bruma vespertina, una silueta angulosa rompió la monotonía orgánica del bosque. No era una villa, ni una estación de posta. Era una granja, una explotación agrícola solitaria que el tiempo había devorado parcialmente.

Se acercaron con cautela. Aina desenfundó el pequeño cuchillo que había robado días atrás, aunque sabía que su utilidad era más psicológica que práctica.

—Está abandonada —susurró, analizando los detalles: el techo de paja podrida se había derrumbado en el ala oeste; las malas hierbas crecían altas y fuertes bloqueando la entrada principal; no había olor a humo, ni ladridos, ni excrementos frescos de ganado.

—Una *villa rustica* fallida —dictaminó Lucius, arrastrando los pies hasta el umbral—. Probablemente una mala cosecha o la peste. Los dioses no son amables con los granjeros en los bordes del Imperio.

Empujaron la puerta de madera, que cedió con un gemido de goznes oxidados, y entraron. El interior olía a humedad estancada, a tierra mojada y a abandono. Pero las paredes de piedra eran gruesas y el techo, en la sala principal, aún aguantaba.

—Aquí —indicó Aina, señalando un rincón donde el suelo estaba seco.

Lucius no discutió. Se dejó caer más que sentarse, su espalda resbalando contra la pared hasta quedar en el suelo con las piernas extendidas. Soltó un suspiro largo, un silbido de aire que pareció vaciarle los pulmones por completo. Cerró los ojos.

Aina se movió rápido. La parálisis de análisis que a veces la atenazaba desaparecía cuando la urgencia era inmediata y lógica: Lucius necesitaba calor, Lucius necesitaba agua.

Recogió los restos de un mueble destrozado y algunas maderas secas que encontró apiladas en lo que debió de ser la cocina. Con el

pedernal, y protegiendo la chispa con su propio cuerpo, logró encender una pequeña fogata. El humo subió perezoso hacia un agujero en el techo, y las llamas, tímidas al principio, comenzaron a lamer la madera, proyectando sombras danzantes sobre las paredes de piedra desnuda.

Se arrodilló junto a él y le ofreció el odre de agua.

—Bebe.

Lucius abrió un ojo. La esclerótica estaba inyectada en sangre y amarilla. Bebió con avidez, derramando un poco sobre su barba grisácea.

—Sabe a metal —murmuró, devolviéndole el odre.

—Es agua de deshielo. Es pura.

El excenturión se frotó el rostro con las manos, un gesto de cansancio infinito que Aina registró y archivó junto con los otros mil gestos de dolor que había coleccionado en el viaje.

—No es el agua, Aina. Soy yo —Lucius tosió, una tos seca que no movía flema, sino que parecía rasgarle la garganta—. Mi cuerpo está rechazando hasta lo más simple.

Aina se sentó frente a él, al otro lado del fuego. La luz anaranjada iluminaba sus rasgos afilados, su piel pálida y sucia de barro.

—Descansaremos esta noche. Mañana, el terreno es más llano. Podremos avanzar más rápido. Si llegamos a Narbo Martius en tres días...

—Deja de calcular —la interrumpió Lucius. Su voz era baja, pero tenía el filo de una orden militar—. Deja de sumar kilómetros y restar horas. No eres una escriba ahora. Eres... —Hizo una pausa, buscando la palabra, y al no encontrarla, negó con la cabeza—. Escúchame.

—Te escucho.

Lucius miró el fuego, perdiéndose en las llamas.

—No voy a llegar a Narbo, Aina.

El silencio que siguió a esa frase fue más pesado que las piedras de la granja. Aina sintió cómo su mente intentaba rechazar la afirmación, buscando variables alternativas, rutas más cortas, medicinas improvisadas con hierbas. Su cerebro trabajaba a mil revoluciones para refutar la conclusión de Lucius.

—Eso es ilógico —dijo ella, con la voz temblorosa, aferrándose a la razón como a un salvavidas—. Has sobrevivido a las legiones, a las purgas de Valerius, al cruce de los Pirineos. Una fiebre no...

—No es solo una fiebre —Lucius se golpeó el pecho, sobre el corazón—. Es todo. Es la suma de los años, del vino, de las marchas forzadas y de la vergüenza. La maquinaria está rota, niña. Un buen soldado sabe cuándo la batalla está perdida. La retirada táctica ya no es una opción.

—No te dejaré aquí.

Lucius sonrió, una mueca triste que mostró sus dientes manchados.

—Lo sé. Eres obstinada. Tienes la terquedad de un mulo y la mente de un filósofo. Mala combinación para la supervivencia.

Se movió con dificultad, gimiendo al cambiar de postura, y llevó la mano a su cinturón. Sus dedos desabrocharon la funda de cuero que siempre llevaba pegada al costado, oculta bajo los pliegues de su capa.

Sacó la daga. El *pugio* legionario.

El arma brilló a la luz del fuego. No era una herramienta tosca como el cuchillo de Aina. Era una pieza de artesanía militar romana, diseñada para matar de cerca, para penetrar armaduras y costillas. La empuñadura estaba desgastada por el uso, moldeada por la mano de Lucius durante décadas.

—Toma —dijo, extendiendo el arma hacia ella, empuñadura por delante.

Aina miró el objeto. No lo tomó de inmediato. Sabía lo que significaba. Para un legionario, incluso para uno caído en desgracia como Lucius Vorenus, su arma era su identidad. Entregarla era renunciar a su condición de guerrero. Era un testamento.

—Cógelo —insistió él.

Aina extendió la mano y cerró los dedos alrededor de la empuñadura. Estaba caliente por el contacto con el cuerpo de Lucius. Pesaba más de lo que parecía.

—Esto es... —empezó a decir, pero se le quebró la voz.

—Es acero de Toledo. Mantenlo aceitado. No dejes que se oxide como su dueño. —Lucius tosió de nuevo, esta vez con más violencia, y escupió a un lado. Cuando se recuperó, la miró fijamente a los ojos, con una intensidad que a Aina le recordó al hombre que la había sacado de la villa de Valerius—. Escucha bien, Aina. Narbo está a dos días de marcha forzada para alguien joven y ligero. Sigue el curso del río Aude. Evita los caminos principales hasta que veas las murallas.

—Lucius...

—En Narbo, busca al Auditor. No muestres miedo. No eres una esclava fugitiva. Eres una testigo de la Corona. Tienes la verdad en tu cabeza —señaló la daga que ella sostenía—. Y ahora tienes con qué defender esa verdad. Si alguien intenta detenerte... si Silanus te encuentra... no dudes. Clava y gira. Como te enseñé.

Aina bajó la mirada hacia la hoja de doble filo. Su mente proyectó recuerdos de sangre, de la crueldad de Silanus, de la frialdad de Marcus Valerius. Pero también recordó la mano de Lucius sobre su hombro, guiándola, protegiéndola.

Apretó el mango del *pugio* hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Luego, levantó la vista. Sus ojos, habitualmente fríos y analíticos, ardían con una determinación líquida.

—No —dijo ella.

Lucius parpadeó, confundido.

—¿Cómo que no?

—Acepto el arma —dijo Aina, envainando la daga en su propio cinturón con un movimiento torpe pero decidido—. Acepto la instrucción. Pero rechazo la premisa.

—Aina, por Júpiter, no seas...

—No voy a dejarte en una granja podrida en medio de la nada para que mueras solo —la voz de Aina ganó fuerza, resonando en las paredes de piedra—. Tú me sacaste de la celda. Tú me diste un propósito más allá de ser una grabadora de carne y hueso. Según las leyes de la deuda y el honor que tanto te gusta citar, estamos vinculados.

Lucius soltó una risa seca, incrédula.

—Me vas a matar tú antes que la fiebre con esa lógica tuya. Soy un lastre. Si te quedas conmigo, Silanus nos alcanzará. Y si nos alcanza, mi muerte será lo de menos comparado con lo que te hará a ti.

—Entonces caminaremos más rápido. O te arrastraré. O construiremos una parihuela. —Aina se puso de pie y comenzó a reavivar el fuego con una energía furiosa—. Mi memoria no olvida, Lucius. No olvido el camino, no olvido los rostros, y no olvido las deudas. Si tú te rindes, es tu elección. Pero yo no te dejo atrás.

Se acercó a él y le acomodó la capa sobre los hombros, un gesto que mezclaba la brusquedad con una ternura infinita.

—Duerme. Mañana veremos si eres tan buen profeta como soldado.

Lucius la observó desde abajo. En la penumbra, la silueta de la chica parecía más grande, proyectada contra el techo por la luz del fuego. Ya no era la niña asustada que temblaba ante la mirada de Valerius. Tenía el arma de un centurión en la cintura y la autoridad de una matrona romana en la voz.

El viejo soldado sintió un nudo en la garganta que nada tenía que ver con la enfermedad.

—Eres una necia —susurró, cerrando los ojos, pero una leve sonrisa suavizó las líneas profundas de su rostro—. Una maldita necia.

—Lo sé —respondió Aina, sentándose de nuevo y sacando un trozo de pan duro de su mochila para compartirlo—. Cállate y come.

Fuera, el viento seguía siseando entre los árboles, trayendo el frío de la noche. La oscuridad se cerró sobre la granja abandonada, un punto minúsculo de calor en la inmensidad de la Galia. Pero dentro, en esa tierra de nadie, el miedo había retrocedido, desplazado por el peso del acero y la terquedad del afecto.

Aina permaneció despierta, vigilando el sueño agitado de Lucius. Su mente repasaba el mapa hacia Narbo, calculando rutas, pendientes y escondites. Superpuso el mapa mental sobre la realidad: Lucius no podía caminar.

Solución: No había solución lógica.

Pero miró la mano de Lucius, relajada sobre el suelo, y luego tocó la empuñadura de la daga.

A veces, pensó, la lógica no era suficiente. A veces, había que escribir la historia con voluntad en lugar de tinta.

El fuego crujió, consumiendo el último leño. La noche sería larga.

CAPÍTULO 28

La sombra regresa

—No te detengas, niña. Si paras, mueres.

La voz de Lucius Vorenus era un graznido áspero, una lija pasando sobre piedra pómez. No había calidez en ella, solo la urgencia mecánica del veterano que ha visto demasiados cadáveres y se niega a convertirse en uno más de la pila.

Aina tropezó. La raíz de un roble centenario, oculta bajo una alfombra de hojas podridas y barro, atrapó su sandalia. El mundo se inclinó violentamente. Sus manos, desolladas por tres días de huida a través de la espesura gala, golpearon la tierra húmeda. El impacto envió una onda de choque por sus muñecas, pero fue el olor lo que la congeló en el sitio.

Tierra mojada. Moho. Y algo más.

Un efluvio cobrizo, apenas perceptible, mezclado con la resina de pino.

Clic.

Su mente, esa maldita biblioteca infinita que jamás cerraba sus puertas, trajo al presente un recuerdo no solicitado. *Hace dos semanas. El atrio de la villa de Marcus Valerius. El mismo hedor metálico emanando de las herramientas de limpieza de un esclavo mudo.*

El bloqueo del análisis la golpeó. El bosque oscuro se desvaneció y, por un segundo, vio los mosaicos de la villa superpuestos a la corteza de los árboles. Vio la lengua cortada de Silanus en un frasco, una imagen que su cerebro había registrado con precisión quirúrgica aunque nunca la hubiera visto físicamente; era una proyección lógica basada en los rumores y la cicatriz en la mandíbula del rastreador.

—¡Arriba! —Lucius la agarró por la parte posterior de la túnica, izándola con una fuerza que desmentía su edad y el vino barato que solía nublar sus venas—. No estamos de paseo por el Foro.

—Está aquí —susurró Aina. Su voz no era más que un hilo de vapor en el aire frío de la noche—. Lo huelo, Lucius. El aceite rancio que usa para sus cuchillos.

El excenturión se tensó. No cuestionó su afirmación. Había aprendido, a través de millas de dolor compartido, que los sentidos de la escriba no eran místicos, sino hiperactivos. Si ella decía que el depredador estaba cerca, es que ya tenían los colmillos rozando la garganta.

Lucius desenvainó su *gladius*. El acero, opaco y picado por el óxido de la intemperie, no brilló bajo la luna oculta tras los nubarrones. Era un arma vieja para un soldado viejo.

—Sigue el arroyo —ordenó Lucius, empujándola suavemente hacia la pendiente que bajaba a su izquierda—. No corras en línea recta. Cruza el agua tres veces. Rompe el rastro.

—No voy a dejarte.

—No es una negociación, Aina. Es táctica. Yo soy el yunque; tú eres el mensaje. Si el mensaje se pierde, el yunque no sirve de nada.

Un crujido seco. No fue una rama pisada por descuido. Fue el sonido deliberado de alguien que ya no necesita ocultarse porque sabe que la presa está al alcance.

De la penumbra, entre dos troncos de abedul que parecían costillas de un gigante muerto, surgió la sombra.

Silanus no corría; fluía. Su silueta era compacta, una masa de músculo fibroso envuelta en cuero teñido de negro. No llevaba armadura pesada, solo grebas y brazaletes de piel endurecida. En su mano derecha, una *sica* curvada, el arma de los asesinos tracios, diseñada para sortear escudos y seccionar tendones.

No emitió ningún ruido. Su mudez no era solo física; era una cualidad atmosférica. Donde él pisaba, el bosque enmudecía.

—Vete. ¡AHORA! —rugió Lucius.

El centurión no esperó. Se lanzó hacia adelante, interponiendo su cuerpo ancho entre la niña y el monstruo.

Aina dio un paso atrás, el instinto de supervivencia luchando contra una lealtad ilógica. Su mente registraba cada detalle de la escena para su archivo eterno: la inclinación de cuarenta y cinco grados de la *sica* de Silanus, la postura defensiva de Lucius con el centro de gravedad bajo, la forma en que la luz de la luna filtrada iluminaba una cicatriz antigua en la mejilla del rastreador.

Huye. Calcula la trayectoria. Sobrevive.

Aina giró sobre sus talones y se lanzó hacia la pendiente, resbalando por el lodo hacia el murmullo del agua.

A sus espaldas, el hierro chocó contra el hierro. Un estruendo agudo, chirriante, que hizo vibrar la raíz de sus dientes.

Lucius Vorenus sabía que iba a morir. Lo aceptó con la misma resignación con la que aceptaba la resaca matutina. Sus rodillas, castigadas por décadas de marchas forzadas, protestaron cuando bloqueó el primer tajo descendente de Silanus. El impacto fue tremendo. El mudo tenía una fuerza antinatural, una potencia explosiva que casi le arrancó el *gladius* de la mano.

—Vamos, hijo de puta —gruñó Lucius, escupiendo flema y sangre al suelo—. Veamos si sangras igual que los que tienen lengua.

Silanus no respondió. Sus ojos, dos pozos de obsidiana sin fondo, ni siquiera miraban a Lucius. Oteaban por encima de su hombro, hacia donde Aina había desaparecido. El desprecio era total. Para el rastreador, el veterano no era un oponente; era un obstáculo inanimado, una zarza que había que podar para seguir el camino.

Eso fue lo que enfureció al viejo soldado.

Lucius arremetió con una estocada clásica de la legión, buscando el hígado. Silanus pivotó sobre su pie izquierdo con la gracia de un bailarín, esquivando la punta por milímetros. En el mismo movimiento, rotó la *sica* y lanzó un corte horizontal buscando el cuello de su adversario.

Lucius bajó la barbilla, levantando el hombro para proteger la yugular. La hoja curvada mordió la carne del deltoides, rasgando cuero y músculo hasta llegar al hueso.

El dolor fue un relámpago blanco. Lucius gritó, pero transformó el alarido en un empujón, embistiendo con su cuerpo, usando su peso superior para desequilibrar al asesino. Chocaron, pecho contra pecho, en un abrazo grotesco.

Podía percibir el aliento de Silanus. Olía a menta y carne en descomposición.

—¡Corre, Aina! —bramó Lucius, aunque sabía que ella ya no podía oírle por el caudal del arroyo.

Silanus, irritado por la demora, cambió de táctica. Dejó de buscar cortes limpios. Soltó una mano de su arma y golpeó la garganta de Lucius con un puño cerrado, rígido como un canto rodado. La tráquea del legionario crujió. El aire se le cortó de golpe.

El viejo centurión se tambaleó hacia atrás, boqueando, buscando un oxígeno que se le negaba. Su visión se llenó de manchas negras.

Silanus avanzó. Alzó la *sica* para el golpe final, un tajo descendente destinado a abrir el cráneo de Lucius desde la coronilla hasta la mandíbula.

No. Todavía no.

La memoria muscular de Lucius, forjada en Germania y Dacia, actuó antes que su cerebro hipóxico. En lugar de levantar el brazo para un bloqueo inútil, Lucius se dejó caer. Sus rodillas cedieron y colapsó hacia el suelo, pero en el descenso, impulsó su *gladius* hacia arriba, en un ángulo sucio y desesperado, buscando la ingle o la femoral.

La hoja romana encontró carne.

Silanus emitió su primer sonido: un siseo, como el de una víbora pisada. La punta del *gladius* se había clavado profundamente en su muslo derecho, justo por encima de la rodilla.

El asesino trastabilló. El golpe descendente de su *sica*, desviado por el espasmo repentino, falló la cabeza de Lucius pero se hundió en el espacio entre el cuello y la clavícula izquierda del centurión.

Se escuchó un ruido líquido, atroz. Un gorgoteo de succión.

Glug.

Lucius cayó de espaldas en el barro. La sangre caliente brotó a borbotones, oscura y espesa, cubriendo su pecho en segundos. Sintió que el frío del suelo se filtraba en sus huesos, fusionándose con el hielo que nacía de su propia herida.

Silanus se arrancó el *gladius* de la pierna con un tirón violento. El flujo vital también manaba de su muslo, pero el mudo parecía hecho de hierro. Cojeaba, sí, pero se mantenía en pie. Miró a Lucius con una mezcla de odio y pragmatismo. El viejo estaba acabado. Ese sonido en el pecho, ese silbido espumoso cada vez que intentaba respirar... era la acústica de la muerte. Un pulmón perforado, quizás la arteria subclavia rozada. Cuestión de minutos.

El rastreador miró hacia la pendiente. La presa principal se alejaba. La incisión en su pierna le dolía, ardiendo como plomo fundido, pero la misión era absoluta. Valerius quería a la chica.

Silanus escupió sobre el cuerpo inerte de Lucius y se giró, arrastrando su pierna lastimada, comenzando el descenso hacia el arroyo. La caza continuaba.

Silencio.

Solo el repiqueteo de la lluvia que empezaba a caer, lavando la sangre de las hojas, mezclándola con el lodo hasta que todo era una pasta indistinguible.

Lucius Vorenus miraba el dosel de los árboles. Las ramas negras se recortaban contra un cielo gris plomo.

Así que esto es el final, pensó. *Ni siquiera hay trompetas.*

Intentó inhalar y el mundo se convirtió en agonía. Un burbujeo caliente subió por su garganta. Tosió, y una lluvia roja salpicó su propia cara.

No.

La palabra surgió en su mente, pequeña pero obstinada.

Recordó la cara de Aina. Esa mirada de búho asustado, esos ojos que veían demasiado y entendían demasiado poco del mundo real. Si moría aquí, Silanus la atraparía antes del amanecer. Con esa pierna herida, el mudo sería más lento, pero Aina no era una corredora; se cansaría, cometería un error, se detendría a examinar una huella.

Lucius giró la cabeza. El tormento en el cuello y el pecho amenazó con desmayarlo, pero se mordió la lengua hasta sentir el sabor del cobre para mantenerse consciente.

Vio musgo a su derecha. Un gran cúmulo de musgo esfagno, empapado.

Su mano izquierda, temblorosa y entumecida, se arrastró por el suelo como una araña moribunda. Agarró un puñado de vegetación y arcilla.

Presión. Tienes que sellarlo.

Con un gemido que sonó más animal que humano, Lucius se llevó el pegote de barro y musgo a la herida abierta en su clavícula. Apretó.

Gritó hacia dentro, cerrando los ojos con tanta fuerza que vio estrellas estallar detrás de sus párpados. La arcilla helada entró en la carne viva, un tapón sucio y desesperado contra la fuga de vida. Ardía. Dioses, cómo quemaba.

Pero el silbido del aire escapando se detuvo.

Se quedó allí, respirando superficialmente, jadeando como un pez fuera del agua. Cada inhalación era una batalla. El frío le entumecía las extremidades. La pérdida de sangre lo mareaba, haciéndole sentir que levitaba a unos centímetros del suelo.

Tenía que moverse. Si se quedaba, la hipotermia terminaría lo que Silanus había empezado.

Narbo, pensó. *Narbo Martius está al sur. Hay... hay un médico en el barrio portuario. Un griego que me debe dinero de los dados.*

Lucius intentó levantarse, pero sus piernas eran de gelatina. Cayó de nuevo.

—Maldita sea... —susurró, y la voz le salió burbujeante.

Se giró sobre su estómago. Clavó los codos en el fango. Se arrastró.

Un codo. Luego el otro. Arrastrando las piernas muertas detrás de él.

Avanzó un palmo. Luego otro.

El dolor era un universo entero, pero en el centro de ese universo había una chispa de ira pura. Marcus Valerius no iba a ganar. Silanus no iba a tener la satisfacción de encontrar su cadáver devorado por los lobos.

Lucius Vorenus no era un héroe. Era un borracho, un cínico y un fracasado. Pero era un borracho terco.

Se arrastró hacia el borde del camino, lejos de donde Aina había huido, en dirección opuesta, hacia donde sabía que pasaba la calzada vieja. Si llegaba a la vía... quizás pasara una carreta. Quizás.

La lluvia arreció, gélida y despiadada. Lucius siguió arrastrándose, dejando un rastro ancho y oscuro en la tierra, decidido a vivir solo por el puro placer de escupir en la cara de la muerte una vez más.

Aina corrió hasta que sus pulmones ardieron como si hubiera tragado cenizas calientes.

El arroyo había quedado atrás. Ahora estaba en un terreno rocoso, una zona de colinas bajas llenas de matorrales espinosos que desgarraban su túnica y su piel. No sentía el escozor de los arañazos. Su mente estaba bloqueada en un bucle de repetición traumática.

El sonido húmedo. El gorgoteo. El silencio posterior.

Su memoria eidética reproducía el ruido una y otra vez, amplificándolo, aislándolo del fragor del viento y la lluvia. Analizaba la frecuencia, la duración, la viscosidad implícita en el recuerdo sonoro.

Conclusión lógica: Neumotórax traumático o sección de la carótida. *Probabilidad de supervivencia de Lucius sin intervención médica inmediata:* 3.4%. *Estado actual:* Fallecido.

Se detuvo en seco, apoyándose contra una roca para no caer. La bilis subió por su garganta, ácida y amarga. La expulsó, doblando el

cuerpo, temblando incontrolablemente.

Lucius estaba muerto.

El único escudo que tenía contra la locura de Valerius, contra la crueldad del Imperio, se había roto. Ahora estaba sola. Verdaderamente sola. La soledad no era solo la ausencia de compañía; era la exposición total. Era ser un documento sin archivo, una página suelta en un vendaval.

—Cálculo —se ordenó a sí misma en voz alta, golpeándose el muslo con el puño—. ¡Cálculo, Aina! La emoción es ineficiente. El duelo es un lujo que no puedes permitirte.

Se obligó a respirar. Uno, dos, tres. Retener. Uno, dos, tres. Exhalar.

Si Lucius estaba muerto, significaba que Silanus estaba libre.

¿Por qué no la había alcanzado aún?

Aina cerró los ojos y visualizó el mapa de la región que había visto en el estudio de Valerius meses atrás. Narbo Martius estaba a menos de diez millas. Si Silanus venía detrás, su velocidad promedio sería...

Esperó. Escuchó.

Nada. Solo el viento silbando entre las rocas.

¿Acaso Lucius...? ¿Había logrado herirlo?

Una nueva variable entró en su ecuación. Si Silanus estaba herido, o si Lucius había logrado ganar tiempo suficiente, ella tenía una ventana de oportunidad. Pequeña, cerrándose rápidamente, pero existente.

Miró sus manos llenas de barro. Ya no eran las manos de una escriba que solo manchaba sus dedos con tinta. Eran garras de superviviente.

—No voy a olvidar esto, Lucius —susurró a la oscuridad—. Lo registraré todo. Cada gota de sangre. Cada segundo de miedo. Y

cuando llegue el momento, Marcus Valerius leerá mi testimonio.

Se enderezó. El dolor en sus piernas se convirtió en datos: *músculos fatigados, ácido láctico acumulado*. Ignorable.

Aina fijó la vista en el horizonte sur, donde un resplandor muy tenue sugería las luces de la ciudad de Narbo.

Comenzó a caminar de nuevo. Ya no corría presa del pánico. Caminaba con un propósito frío, mecánico. Se había convertido en el cofre inexpugnable de la verdad, y el cofre debía llegar a su destino, costara lo que costara.

Atrás, en la negrura del bosque, la sombra de la muerte seguía acechando, pero esa noche, por un margen tan fino como el filo de una navaja, la vida se había negado a extinguirse.

CAPÍTULO 29

Carrera solitaria

El mundo se había reducido al ritmo agónico de su propia respiración y al estruendo de la sangre martilleando contra sus sienes. Un, dos, inhalar. Un, dos, exhalar. La cadencia era lo único que mantenía a Aina unida, una fórmula matemática simple impuesta a la fuerza sobre el caos biológico de un cuerpo al borde del colapso absoluto.

El grito de Lucius había cesado hacía tiempo, pero en la mente de Aina, maldita con la incapacidad del olvido, el sonido se reproducía en un bucle perfecto e incesante. Conservaba la misma intensidad, el mismo tono desgarrador, la misma vibración final que se cortaba abruptamente, como una cuerda de tripa tensada más allá de su límite físico. No podía borrarlo. No podía suavizarlo con el paso de los minutos ni con la distancia. Cada vez que su bota de cuero desgastado impactaba contra las losas irregulares de la Vía Domitia, el alarido reverberaba en su memoria eidética con la claridad hiriente de un cristal recién pulido.

Corría.

El bosque a ambos lados del camino era una mancha borrosa de verdes oscuros y marrones podridos. La tarde caía con pesadez sobre la Galia Narbonensis, filtrando una luz cobriza que alargaba las sombras de los pinos hasta convertirlas en barrotes de una celda infinita. El aire era más frío aquí que en Tarraco, cargado de una

humedad densa, oliendo a resina y tierra mojada; un contraste violento con el aire seco y salino que había llenado sus pulmones durante años en la villa de Valerius.

Sus piernas ardían. No era un dolor agudo, sino una quemazón sorda, tóxica: el ácido láctico inundando los músculos que ya no tenían glucógeno que consumir. Pero Aina no se detuvo. La lógica, fría y severa, le dictaba una conclusión irrefutable: detenerse era morir.

Tropezó con una raíz que había levantado el pavimento romano, una cicatriz de la naturaleza rebelándose contra la ingeniería imperial. Cayó de bruces, golpeándose las manos contra la piedra fría y húmeda. El impacto le arrancó el aire de los pulmones con un gemido involuntario. Se quedó allí un instante, con la mejilla presionada contra el barro acumulado entre las losas, sintiendo el sabor metálico de la sangre en el labio partido.

Quédate —susurró una parte de su mente, la parte que solo anhelaba silencio—. *Cierra los ojos. Deja que la oscuridad te cubra como una manta de lana gruesa.*

Pero otra parte de su cerebro, aquella que almacenaba datos, fechas y mapas, la misma que Valerius había explotado y torturado hasta la saciedad, se encendió con un chasquido eléctrico.

Día 16. Latitud aproximada 43 grados norte. Distancia recorrida desde el último hito: cuatro millas. Velocidad media en descenso.

Aina se obligó a levantar la cabeza. Sus manos temblaban incontrolablemente sobre la piedra. Miró hacia atrás, hacia la curva del camino que desaparecía tras un denso bosquecillo de robles. No había nadie. Solo el viento agitando las copas de los árboles y el canto indiferente de un mirlo.

Sin embargo, lo sabía. No necesitaba verlo para tener la certeza empírica de que estaba allí.

Silanus.

La imagen del rastreador se superpuso a la realidad del bosque. Recordó su rostro inexpresivo, la piel curtida como el cuero viejo, y la cicatriz atroz donde debía estar su lengua. Recordó la eficiencia económica de sus movimientos cuando degolló al guardia en la posada, apenas tres días atrás. Silanus no corría con la desesperación de una presa; avanzaba con la persistencia inevitable de la marea.

Se puso de pie, ignorando el dolor agudo de las rodillas raspadas. El pergamino que llevaba oculto en el doblez de su túnica, envuelto en tela encerada, pesaba más que una *lorica segmentata*. Allí estaban los números. Las cuentas reales. La prueba física de la traición de Marcus Valerius al Imperio. La razón por la que Lucius se había quedado atrás para enfrentar a la muerte con una espada mellada.

—No mires atrás —se ordenó a sí misma en voz baja. Su propia voz le sonó extraña, ronca y quebradiza, ajena a su propia voluntad.

Reanudó la marcha. Sus pasos eran más pesados ahora, arrastrando los pies sobre la calzada. La Vía Domitia, esa arteria de piedra que conectaba Italia con Hispania, se extendía ante ella interminable. Los romanos la habían construido para que las legiones marcharan con orden y rapidez marcial, no para que una escriba aterrorizada huyera de sus fantasmas.

El terreno comenzó a ascender ligeramente. Aina sintió cómo su corazón protestaba, golpeando contra sus costillas como un pájaro enjaulado. Cerró los ojos por un segundo, buscando refugio en su interior, y casi al instante, el mundo físico desapareció.

La «parálisis de análisis» amenazó con engullirla.

De repente, ya no estaba en el bosque. Estaba en el *tablinum* de la Villa de Valerius. Podía oler la cera de las tablillas, el perfume de sándalo del Amo, el polvo de mármol en suspensión. Veía el mapa gigante que dominaba la pared oeste de la estancia. Cada línea, cada nombre de ciudad, cada afluente estaba grabado en su mente con tinta indeleble.

La geografía se desplegó ante sus ojos cerrados con una claridad alucinatoria.

Tarraco… Barcino… Emporiae… Los Pirineos…

Vio la línea roja de la calzada cruzando las montañas. Vio su propia posición como un punto brillante y pulsante en ese mapa mental.

Summum Pyrenaeum. Ya lo había pasado. Ahora estaba en la vertiente gala.

Ruscino… Pasado.

Narbo Martius.

El nombre brilló en su mente como un faro en la costa. Narbo. La capital de la provincia. La sede del Auditor Imperial. Allí terminaba la jurisdicción de la Tarraconense. Allí, la influencia de Marcus Valerius, aunque poderosa, no era absoluta. En aquella ciudad, la ley romana era una burocracia diferente, una maquinaria distinta que requería pruebas, sellos y procedimientos que Silanus no podía atravesar simplemente con una daga.

Abrió los ojos de golpe. El vértigo de volver a la realidad la hizo tambalearse. El mapa se desvaneció, reemplazado por los troncos grises y la luz menguante. Pero el dato permanecía inalterable.

Estaba cerca. Menos de diez millas.

Un sonido rompió la quietud del bosque. No fue un grito, ni un paso pesado. Fue algo más sutil, algo que solo un oído entrenado en el silencio absoluto del *scriptorium* podría detectar.

El crujido seco de una rama pisada con cuidado. Demasiado cuidado.

Aina giró la cabeza, aguzando la vista hacia la espesura a su izquierda, no hacia el camino. Silanus no era estúpido; no la seguiría por el centro de la calzada como un perro faldero. Él era un cazador. Sabía que ella miraría el camino, así que él se movía por el flanco, cortando la curva, anticipando su trayectoria geométrica.

Entre los helechos, a unos cien metros, captó un movimiento. Una sombra que se separaba de las sombras.

Era él.

Silanus avanzaba cojeando. Aina notó el detalle al instante y lo archivó: pierna izquierda, probablemente una herida en el muslo o la cadera. Lucius le había hecho daño. La túnica gris del rastreador estaba manchada de un color oscuro en el costado, y su postura, habitualmente erguida y depredadora, estaba ligeramente encorvada.

Pero sus ojos… Aina sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío de la tarde. Los ojos de Silanus estaban fijos en ella, vacíos de ira, vacíos de dolor. Eran los ojos de un hombre que tiene un trabajo que terminar. En su mano derecha, el brillo opaco de un *pugio* reflejaba la escasa luz del atardecer.

El miedo, que hasta ese momento había sido un líquido frío en su estómago, se transformó. Se cristalizó.

Silanus estaba herido. Lucius, el centurión borracho y cínico que la había llamado «carga» más veces que por su nombre, había logrado sangrar al monstruo.

Aina evaluó la distancia con frialdad matemática. Cien metros. Él cojeaba. Ella estaba agotada, pero entera.

Velocidad = Distancia / Tiempo.

Si corría en línea recta, él podría interceptarla si conocía un atajo. Y Silanus siempre conocía los atajos. Pero si llegaba al terreno abierto, cerca de las lagunas de Narbo, él perdería la cobertura táctica del bosque.

Aina no gritó. No lloró. Simplemente, ajustó las correas imaginarias de su determinación.

Durante toda su vida, Aina no había sido más que una herramienta. Una pluma en manos de un hombre, un receptáculo de memoria

para las cuentas de otro. Había sido testigo pasiva de la crueldad, registrándola con caligrafía impecable sin poder intervenir, paralizada por su propia mente y las reglas de su esclavitud.

Había huido de Tarraco por miedo. Había corrido por la Vía Augusta por puro instinto de supervivencia.

Pero al ver la sangre de Silanus, al visualizar el mapa de Narbo y recordar el grito final de Lucius, la ecuación cambió radicalmente.

Valerius creía que ella era débil. Creía que, sin un amo, ella se marchitaría. Creía que la información que ella portaba era peligrosa solo si caía en manos de sus rivales políticos. No entendía la verdadera naturaleza del peligro.

El peligro no era el pergamino. El peligro era ella.

Ella era la testigo que no podía olvidar. Ella era el libro de cuentas viviente que recordaba cada soborno, cada asesinato, cada gramo de oro robado al tesoro imperial. Si llegaba a Narbo, no solo entregaría un papel. Entregaría la ruina total de la Casa Valerius.

Aina respiró hondo, llenando sus pulmones doloridos con el aire gélido de la Galia. Sintió cómo el oxígeno llegaba a su sangre, agudizando sus sentidos como si afilara una hoja.

Miró a Silanus una última vez. El rastreador levantó el cuchillo, un gesto mudo, una promesa de silencio eterno.

Aina no se amedrentó. Por primera vez en su vida, sostuvo la mirada de un verdugo. No con desafío, sino con cálculo.

—Ven —susurró, aunque él no podía oírla.

Se dio la vuelta y echó a correr.

Pero esta vez, la carrera era diferente. Sus pies golpeaban el suelo con un propósito renovado. Ya no era una huida desordenada. Cada zancada era un acto de guerra. Cada metro que avanzaba hacia Narbo era una puñalada en el orgullo de Marcus Valerius.

El dolor en sus piernas se convirtió en combustible. El ardor en su garganta se convirtió en un recordatorio de que estaba viva.

Narbo estaba cerca. Las murallas de la ciudad, los guardias del auditor, la burocracia de Roma… todo eso estaba al alcance de su mano.

Aina corrió, y mientras lo hacía, comenzó a redactar mentalmente su testimonio. No con la prosa florida de los poetas, sino con la precisión quirúrgica de la escriba maestra que era. Organizaba los párrafos, citaba las fechas, estructuraba la caída de su amo.

El bosque comenzó a clarear. A lo lejos, el cielo se abría sobre una llanura vasta y, más allá, el brillo plateado del agua.

Silanus estaba detrás, herido y furioso, una sombra que se negaba a desaparecer. Pero Aina ya no era una presa. Era una mensajera. Y el mensaje que llevaba era la muerte.

Aceleró, rompiendo la barrera del dolor, hacia la luz de Narbo. Hacia la venganza.

CAPÍTULO 30

Narbo Martius

El olor a salitre rancio y ciénaga estancada golpeó a Aina mucho antes de que la sombra de las murallas cayera sobre su rostro. Narbo Martius. La primera hija de Roma en la Galia, el gran puerto de los estanques, la ciudad donde el imperio dejaba de ser una imposición militar para convertirse en un hecho administrativo irrefutable.

Aina caminaba con la cabeza gacha, mimetizando el ritmo arrastrado de la caravana de mercaderes de lana con la que se había mezclado tres millas atrás. Sus pies, envueltos en trapos que apenas recordaban la forma de unas sandalias, sangraban dentro de la costra de barro seco. Cada paso era una ecuación de dolor que su mente, traicionera y perfecta, registraba con precisión notarial: la presión en el arco plantar, el roce de la tela áspera contra la ampolla del talón izquierdo, el latido sordo en la sien provocado por la deshidratación.

No podía olvidar el dolor. Su mente no sabía filtrar. Mientras avanzaba hacia la Porta Tolosa, su memoria eidética superponía, como si fueran papiros translúcidos, todas las puertas que había cruzado en su vida. Veía simultáneamente el arco de Tarraco bajo la lluvia de hacía tres años, el dintel de madera podrida de la granja donde casi muere de fiebre y, ahora, la magnificencia de piedra caliza de Narbo. Las imágenes no se sustituían; se acumulaban,

saturando su campo visual, obligándola a parpadear con fuerza para anclarse en el presente.

—Abrid paso a los bueyes, ¡por Júpiter! —bramó un carretero a su espalda, haciendo restallar un látigo que sonó como una rama seca al partirse.

Aina se encogió, haciéndose pequeña, insignificante. Era una habilidad que había perfeccionado en la villa de Valerius. Ser invisible no era cuestión de magia, sino de geometría; consistía en ocupar los ángulos muertos de la visión ajena, en moverse en los intervalos de silencio, en ser del color del polvo.

La puerta de la ciudad era una boca de piedra que tragaba humanidad. Legionarios de la Legio X Gemina, con sus túnicas de un rojo desvaído por el sol y loricas segmentadas que brillaban con grasa de oca, controlaban el flujo. Aina observó sus movimientos. No miraban a los ojos; miraban las manos y los cinturones. Buscaban armas, no almas. Buscaban el brillo del acero, no el temblor de una esclava fugitiva.

Se pegó al flanco de una mula cargada de ánforas de vino. El animal apestaba a sudor agrio y moscas, un perfume que Aina agradeció porque enmascaraba su propio olor a miedo.

—Impuesto de paso —dijo el guardia, deteniendo al mercader que guiaba la mula.

—Es vino de la Bética, ciudadano —respondió el hombre, extendiendo una tablilla de cera con el sello aduanero—. Ya pagué el *portorium* en el cruce del Ródano.

El guardia tomó la tablilla. Aina vio cómo sus ojos recorrían los caracteres sin comprenderlos del todo, moviendo los labios. Un analfabeto funcional investido de autoridad. El tipo de hombre más peligroso. Ella contuvo la respiración. Su mente registró el número de remaches en la hombrera del soldado: dieciséis de bronce, uno de hierro oxidado sustituyendo al original perdido. Registró la cicatriz

en su antebrazo, con forma de media luna. Registró la mancha de salsa de pescado en su barbilla.

Demasiados detalles. El mundo era un aluvión de datos que amenazaba con ahogarla.

—Pasa —gruñó el soldado, devolviendo la tablilla y escupiendo a un lado.

El salivazo cayó a tres pulgadas del pie descalzo de Aina. Ella no se movió. Esperó a que la mula avanzara y se deslizó en su estela, cruzando el umbral.

El ruido la golpeó como un puño físico. Narbo Martius no era Tarraco. Tarraco era una ciudad de piedra dorada y mar azul, majestuosa y letárgica bajo el sol hispano. Narbo era un hormiguero de ladrillo y madera, húmedo, frenético, políglota. Aquí el latín se mezclaba con los dialectos galos, con el griego de los marineros de Massilia y con lenguas guturales venidas del norte brumoso.

Aina se separó de la caravana en cuanto alcanzaron la Vía Domitia que atravesaba la ciudad. Necesitaba orientarse. Su objetivo era claro, grabado a fuego en su mente por las instrucciones de Lucius: el Palacio del Auditor Imperial. La sede de la burocracia suprema. El único lugar donde la jurisdicción de Marco Valerius no era absoluta, donde una denuncia por *Maiestas* —traición al Estado— sería escuchada incluso de labios de una esclava, si se presentaban las pruebas adecuadas.

Y ella era la prueba. Su memoria era el archivo viviente de los desfalcos, los sobornos y las conspiraciones de su amo. Ella era el libro de cuentas que Valerius creía haber quemado.

Se pegó a las paredes de los edificios, evitando el centro de la calzada donde las literas de los ricos se abrían paso a empujones. El hambre le retorcía el estómago con calambres agudos. Vio un puesto de pan caliente. El aroma de la levadura y el comino la mareó. Su boca se llenó de saliva, y por un instante, el recuerdo del sabor del pan recién horneado en las cocinas de la villa, cuando

todavía era una niña y el mundo no se había roto, se superpuso a la realidad. Sintió el calor del horno fantasma en la cara.

Sacudió la cabeza. *No. Concéntrate. El Auditor.*

Debía buscar el Foro. En toda ciudad romana, el poder residía en el centro geométrico. Siguió el flujo de las togas más limpias. Observó la arquitectura. Aquí, los edificios tenían cimientos más altos para protegerse de las crecidas de las marismas. Había más madera, más balcones voladizos que oscurecían las callejuelas, creando túneles de sombra donde los negocios ilícitos florecían lejos de la mirada de los ediles.

Aina caminó durante horas. Sus piernas temblaban. La paranoia era una compañera constante. Cada vez que alguien la miraba más de un segundo, su corazón se disparaba. ¿La habían reconocido? ¿Estaba su descripción clavada en los postes de los anuncios? «Se busca: escriba, mujer, joven, ojos de diferente color, peligrosa». No, Valerius no pondría carteles. Valerius no querría que nadie supiera lo que había perdido. Él enviaría a Silanus.

La imagen del rastreador mudo surgió en su mente con la nitidez de un grabado. Recordó el sonido húmedo que hacía al respirar, la ausencia de lengua, la eficiencia brutal de sus manos. Aina se detuvo en seco, apoyándose en una fuente de piedra desgastada. El agua brotaba de la boca de un león de mármol. Bebió con desesperación, ahuecando las manos, ignorando la suciedad del agua estancada en el pilón.

Al levantar la vista, lo vio.

Más allá del mercado de los tintoreros, donde las telas púrpuras y añiles colgaban como estandartes de una guerra silenciosa, se alzaba el complejo administrativo. No era un palacio en el sentido hedonista, sino una fortaleza de la burocracia. Columnas de orden corintio, severas y blancas, sostenían un frontón donde el águila imperial desplegaba sus alas de piedra.

El *Tabularium*. El archivo. La sede del Auditor.

Aina sintió una oleada de alivio tan intensa que casi se desploma. Estaba ahí. Después de diecisiete días de infierno, de dormir en zanjas, de comer raíces, de sangrar y temer, había llegado. Allí dentro estaban los hombres de leyes. Hombres que adoraban el orden y la tinta tanto como ella. Hombres que verían en la precisión matemática de su memoria un milagro útil, no una aberración.

Se alisó la túnica andrajosa. Intentó limpiarse el barro de la cara con saliva. Debía parecer una suplicante, no una loca. Debía proyectar dignidad, aunque fuera la dignidad de un perro apaleado que aún sabe hacer trucos.

Avanzó hacia la plaza del Foro, que se abría frente al edificio. Estaba llena de gente: abogados con sus clientes, mercaderes discutiendo aranceles, escribas corriendo con rollos de papiro bajo el brazo. Era el ecosistema al que ella pertenecía. Por primera vez en semanas, sintió que el caos del mundo se ordenaba en líneas rectas y columnas de debe y haber.

Empezó a subir los escalones. Uno, dos, tres.

—... y asegúrate de que el prefecto entienda que la carga debe ser inspeccionada hoy mismo.

La voz no estaba dirigida a ella. Era una voz cultivada, con una dicción perfecta, de vocales redondas y consonantes nítidas. Una voz que no pertenecía al acento gangoso de la Galia Narbonense. Una voz que olía a aceites caros, a vino de Falerno y a pergamino viejo.

Aina se congeló. Su pie quedó suspendido sobre el cuarto escalón.

Esa voz estaba archivada en el estante más oscuro de su memoria. Estaba etiquetada bajo «Dolor», bajo «Miedo», bajo «Amo».

Lentamente, con el terror actuando como un mecanismo de relojería que giraba su cuello, alzó la vista hacia el pórtico del edificio.

Allí, bajo la sombra de las columnas, rodeado de un grupo de magistrados locales que reían sus gracias como hienas alimentadas,

estaba Marcus Valerius.

No llevaba armadura, ni ropa de viaje. Vestía una toga inmaculada, de una blancura que hería los ojos, con el borde púrpura de su rango perfectamente plegado sobre el hombro izquierdo. Parecía fresco, descansado, limpio. Sostenía una copa de plata en una mano y gesticulaba con la otra, con esa elegancia lánguida que Aina conocía tan bien. La elegancia del depredador que no necesita correr porque la presa vendrá a él.

El tiempo se detuvo. La «parálisis de análisis» se apoderó de Aina.

Su mente estalló en una cacofonía de datos contradictorios.

Dato 1: Ella había viajado por la Vía Augusta, el camino más rápido por tierra. Había forzado la marcha hasta el límite humano.

Dato 2: Valerius estaba en Tarraco cuando ella huyó.

Dato 3: Valerius estaba ahora aquí, en Narbo, vestido de gala, instalado en el poder.

Cálculo: Distancia Tarraco-Narbo por tierra: ciento cincuenta millas romanas. Distancia por mar: ciento diez millas.

Variable: Viento.

Conclusión: El Mistral.

El viento del noroeste había soplado con fuerza los últimos cuatro días. Ella lo había maldecido porque le levantaba el polvo en la cara. Valerius lo había usado. Mientras ella se arrastraba por el fango, él había embarcado en una liburna rápida, un navío ligero de la flota imperial, y había volado sobre las olas impulsado por el mismo viento que a ella la frenaba.

Había llegado días antes. Se había instalado. Se había lavado. Y había esperado.

No era una carrera. Nunca había sido una carrera. Él sabía a dónde iba ella. Ella era una escriba, una criatura de lógica. Su lógica

dictaba que solo el Auditor tenía el poder para salvarla. Por tanto, Valerius solo tenía que ir a la meta y esperar a que la rata saliera del laberinto.

En ese instante, Valerius dejó de hablar. La risa de los magistrados se apagó poco a poco al notar el cambio en su atención.

Marcus Valerius giró la cabeza. Sus ojos, grises y fríos como el mar de invierno, barrieron la plaza. No buscaban al azar. Sabían dónde mirar. Barrieron la multitud de suplicantes, pasaron por encima de los mercaderes y se detuvieron, con una precisión balística, en la figura pequeña y sucia que estaba congelada en el cuarto escalón.

No hubo sorpresa en su rostro. Ni ira. Solo una leve sonrisa, una curvatura apenas perceptible de la comisura de los labios que decía: *La contabilidad siempre cuadra, Aina*.

Junto a él, surgiendo de la sombra de una columna como una mancha de oscuridad sólida, apareció Silanus. El mudo no sonreía. Sus manos, grandes y callosas, colgaban a los lados, listas.

Aina sintió que el suelo de mármol se licuaba bajo sus pies. Todo el ruido del Foro —los gritos, las ruedas, los cascos de los caballos— desapareció, succionado por un vacío ensordecedor. Solo escuchaba el latido de su propio corazón, un tambor frenético y roto.

Había entrado en la boca del lobo pensando que era un santuario.

Valerius alzó ligeramente la copa en su dirección. Un brindis burlón. Un reconocimiento de propiedad.

—Ah —pareció decir el gesto—. Por fin has llegado.

El instinto animal de Aina gritó: *¡Corre!*. Pero su mente lógica, la que la hacía especial y maldita, le susurró la verdad más cruel: *No hay a dónde ir. Él controla la puerta. Él controla el destino. Él ya ha ganado.*

Dio un paso atrás, casi tropezando. La gente a su alrededor la empujó, molestos por su inmovilidad.

—Quita de en medio, pordiosera —masculló un escriba joven que subía las escaleras con prisa.

El escriba chocó contra su hombro. El contacto rompió la parálisis. Aina giró sobre sus talones, con el pánico inyectando fuego líquido en sus venas. No podía subir. No podía denunciarlo. Él era el invitado de honor del hombre que debía juzgarlo.

Se lanzó escaleras abajo, atropellando a una anciana que vendía amuletos. Las baratijas de plomo rodaron por el suelo con un sonido tintineante que a Aina le pareció el sonido de cadenas cayendo.

—¡Agarradla! —No fue la voz de Valerius. Él nunca gritaba. Fue un pensamiento en su propia cabeza, o quizás la voz de Silanus proyectada a través de la violencia de su mirada.

Aina se sumergió en la multitud del Foro. Ya no buscaba ser invisible; buscaba ser rápida. Pero la multitud era densa, un muro de carne y tela.

Miró hacia atrás. Valerius no se había movido del pórtico. Seguía allí arriba, como un dios en su Olimpo, observando a las hormigas. Pero Silanus ya no estaba a su lado.

La sombra se había desprendido de la columna y bajaba las escaleras. No corría. Silanus nunca corría. Se movía con zancadas largas y fluidas, fluyendo entre la gente como agua negra, cortando la multitud sin tocarla.

Aina boqueó, buscando aire. El aire de Narbo, que minutos antes le había parecido la promesa de libertad, ahora tenía el sabor metálico de la sangre.

Tenía que salir de la plaza. Tenía que perderse en el laberinto de callejuelas del barrio portuario. Allí donde las calles no tienen nombre y la ley romana se diluye en transacciones oscuras.

Viró a la izquierda, metiéndose por un callejón estrecho que olía a orina y pescado podrido. Sus pies resbalaron en el pavimento

húmedo. Se golpeó el hombro contra una pared de ladrillo, raspándose la piel. El dolor fue agudo, real.

—Piensa, Aina, piensa —se susurró a sí misma, con la voz quebrada.

Necesitaba un nuevo plan. El plan A estaba muerto en las escaleras del Auditor. El plan B no existía. Lucius... ¿Dónde estaba Lucius? Habían acordado encontrarse en los muelles si algo salía mal, pero eso era asumiendo que ella pudiera salir del Foro con vida.

Aina corrió, esquivando cubos de basura y perros sarnosos. Su mente eidética, en lugar de ayudarla, comenzó a torturarla. Empezó a proyectar mapas de la ciudad que había visto en la biblioteca de Valerius años atrás. *Narbo Martius. Plano urbano. Insula IV. Callejón sin salida.*

Se detuvo en seco. El callejón por el que corría terminaba en un muro ciego de tres metros de altura.

Giró la cabeza. Al final del callejón, recortada contra la luz brillante de la plaza, la silueta de Silanus acababa de entrar. El mudo se detuvo. Bloqueaba la única salida. La luz a su espalda lo convertía en un gigante sin rostro.

Levantó una mano y, con una lentitud deliberada, se llevó un dedo a los labios donde debería haber estado su lengua.

Silencio.

Aina retrocedió hasta que su espalda tocó la pared fría y húmeda del callejón sin salida. Estaba atrapada. No había testigos. Solo la ropa tendida en las ventanas altas y el cielo azul indiferente de la Galia.

Silanus dio un paso adelante. Sacó algo de su cinturón. No era una espada. Era una cuerda. Un lazo simple, eficiente. Herramienta de ganadero. Herramienta de cazador de esclavos.

Aina cerró los ojos un instante. Buscó en su mente algo, cualquier cosa. Un arma, una estrategia, un recuerdo de Lucius enseñándole a

defenderse. Pero solo encontró el rostro sonriente de Marcus Valerius en lo alto de la escalera, brindando por su estupidez.

«La memoria es una maldición», pensó Aina, abriendo los ojos mientras Silanus avanzaba. «Pero hoy, el olvido sería la única bendición».

Apretó los puños. Si iba a ser capturada, si iba a ser arrastrada de vuelta al infierno de mármol de Tarraco, al menos se llevaría un nuevo recuerdo grabado a fuego: el color del miedo en los ojos de su captor cuando se diera cuenta de que la presa todavía tenía dientes.

Buscó a tientas en el suelo, sus dedos cerrándose alrededor de una piedra afilada y sucia.

Silanus estaba a cinco pasos. Cuatro. Tres.

Aina dejó de temblar. El cálculo había terminado. Solo quedaba la ejecución.

CAPÍTULO 31

El lobo en el redil

El calor en Narbo Martius no era como el de Tarraco. En Tarraco, el sol mordía con la franqueza de un perro guardián; aquí, en la capital de la Galia Narbonense, la humedad del río Atax y las marismas cercanas convertían el aire en una manta pesada y sofocante que se adhería a la piel como una segunda túnica sucia.

Aina se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. La mugre del camino, acumulada durante diecisiete días de huida, formaba un mapa de desesperación sobre sus brazos. Sin embargo, nadie reparaba en ella. En el Foro de Narbo, una esclava sucia era tan invisible como una grieta en el pavimento o una mosca sobre la fruta podrida. Era parte del decorado, un objeto más en el inventario de la ciudad.

Objeto. Sustantivo. Cosa material inanimada. Todo lo que se ofrece a la vista y afecta a los sentidos.

Su mente catalogó la definición automáticamente, un eco de las lecciones en la biblioteca de la villa, cuando el mundo era una jaula de oro y no una extensión abierta y terrorífica. Aina sacudió la cabeza, intentando disipar la voz de su propia memoria. No podía permitirse el lujo de perderse en los archivos de su mente ahora. Tenía que estar presente.

El foro bullía. Era una explanada inmensa, pavimentada con losas de piedra caliza que reflejaban la luz de la tarde con una intensidad cegadora. A su alrededor, la vida provincial se desarrollaba con una arrogancia que ignoraba el peligro que se cernía sobre el Imperio. Mercaderes de aceite de la Bética discutían precios con curtidores locales; un grupo de legionarios fuera de servicio jugaba a los dados a la sombra del pórtico del templo de Júpiter; matronas acompañadas por eunucos inspeccionaban sedas que costaban más de lo que Aina valdría en diez vidas.

Pero el centro de gravedad de la plaza no era el comercio, sino la política.

Una multitud se había congregado frente a la Rostra, la plataforma elevada desde donde los magistrados se dirigían al pueblo. Había una tensión eléctrica en el aire, esa vibración sutil que precede a las tormentas o a las ejecuciones.

Aina se abrió paso entre los cuerpos sudorosos. Su estatura menuda, que tantas veces había odiado, ahora era su mejor armadura. Se deslizó entre los pliegues de las togas y las túnicas de lana basta, avanzando centímetro a centímetro hacia el frente, impulsada por una fuerza que desafiaba a su instinto de conservación. El miedo le gritaba que corriera, que buscara las sombras de los callejones del barrio portuario, que desapareciera. Pero la lógica, esa brújula fría que regía su existencia, le dictaba lo contrario.

Si huía ahora, siempre sería una presa. Para dejar de serlo, tenía que ver al depredador. Tenía que confirmar que el monstruo era de carne y hueso.

Y allí estaba.

Sobre la plataforma de mármol, flanqueado por seis lictores que portaban las *fasces* —los haces de varas con el hacha, símbolo del poder de vida y muerte—, se alzaba Marcus Valerius.

El tiempo pareció detenerse, o quizás fue su mente la que congeló la imagen para archivarla con todo detalle. Valerius vestía la toga *praetexta*, con la franja púrpura que denotaba su rango senatorial, inmaculada, cayendo en pliegues perfectos que parecían esculpidos por el mismo Fidias. No había rastro del polvo del camino en él. Su rostro, de rasgos patricios y afilados, mostraba esa serenidad estudiada que Aina conocía tan bien. Era la máscara que usaba cuando estaba a punto de destruir a alguien.

—Ciudadanos de Narbo —la voz de Valerius se proyectó sobre la multitud, clara, resonante, cultivada en las mejores escuelas de retórica de Rodas—. Hijos de Roma.

El murmullo de la plaza se apagó. Valerius tenía el don. Podía hacer que el silencio pareciera un regalo que él concedía.

—Vengo del sur, de la Hispania Citerior, trayendo noticias que pesan en el corazón, pero que deben ser compartidas —continuó, moviendo las manos con gestos precisos, calculados para inspirar confianza—. Vivimos tiempos de incertidumbre. Se habla de sombras en los caminos, de bandidos que no respetan la ley del César, de lobos que acechan los rebaños de los justos.

Aina sintió una náusea repentina. *Lobos*. Él hablaba de lobos.

—La seguridad del Imperio no reside solo en las legiones que vigilan el *limes* —dijo Valerius, bajando el tono a un registro más íntimo, como si compartiera un secreto con cada uno de los presentes—, sino en el orden interno. En la obediencia. En la certeza de que cada hombre, cada mujer y cada esclavo conoce su lugar en la gran arquitectura de nuestra civilización.

Aina apretó los puños. Sus uñas, rotas y sucias, se clavaron en las palmas de sus manos. Recordó el sonido de la pluma rasgando el pergamino en el *scriptorium* de la villa. Recordó las listas de nombres. Nombres de senadores, de comerciantes, de rivales políticos. Nombres tachados con tinta roja. Valerius no creía en el

orden; creía en el control. Para él, el Imperio era un libro de contabilidad, y él era el único auditor autorizado.

—He viajado por la Vía Augusta —prosiguió el Legado, paseando la mirada por la multitud con una benevolencia falsa—, y he visto el caos que siembran aquellos que desean subvertir nuestra paz. Fugitivos. Traidores que roban lo que no les pertenece. Información. Secretos de Estado que, en manos equivocadas, podrían incendiar estas provincias tan prósperas.

Un murmullo de preocupación recorrió la asamblea. La gente miraba a sus vecinos con recelo. Valerius estaba sembrando el miedo para luego venderles su protección. Era una táctica tan vieja como la República.

—Pero no temáis —alzó la voz, recuperando el control del auditorio —. Roma no olvida. Roma no perdona el desorden. Yo, Marcus Valerius, os prometo que la justicia es inevitable. Tan inevitable como la salida del sol. Aquellos que creen que pueden esconderse en la multitud, aquellos que creen que la distancia borra sus crímenes, se equivocan.

Aina sintió que el aire se volvía sólido en sus pulmones. Él sabía que ella estaba cerca. No podía saberlo con certeza, no podía haberla visto todavía, pero lo intuía. Era un juego para él. El gato jugando con el ratón antes de romperle el cuello.

—La ley es un muro —concluyó Valerius, apoyando las manos en la barandilla de mármol—, y nosotros somos los guardianes de la puerta. Ningún enemigo, por pequeño o insignificante que parezca, escapará a nuestra vigilancia.

Los aplausos estallaron. Una ovación catártica, nacida del alivio de saberse protegidos por un hombre tan fuerte, tan elocuente.

Aina no se movió. Estaba atrapada en una parálisis extraña. No era el miedo paralizante que la había asaltado en el pasado, cuando los recuerdos traumáticos se superponían a la realidad hasta dejarla ciega y sorda. Esto era diferente. Era una claridad absoluta.

Su mente eidética comenzó a registrar la escena con una precisión forense.

Sujeto: Marcus Valerius. Posición: Rostra, sector central. Iluminación: Solar, ángulo de 45 grados oeste. Detalles: Anillo de sello en el dedo anular izquierdo, oro y ónice. Microexpresión en la comisura labial derecha: desprecio contenido. Pulso de la vena yugular: estable.

Ella estaba grabando. Estaba escribiendo su propio informe, no en pergamino, sino en las neuronas de su cerebro.

En ese momento, como si sintiera el peso de una mirada que no le pertenecía, Valerius dejó de mirar al horizonte y bajó la vista hacia la masa de gente que lo aclamaba.

Sus ojos, de un gris gélido, barrieron las primeras filas. Pasaron por encima de los comerciantes, de los mendigos, de los sacerdotes. Era un barrido metódico, eficiente. El barrido de un hombre que busca un error en una columna de cifras.

Y entonces, se detuvo.

El mundo alrededor de Aina se desvaneció. El ruido de la multitud se convirtió en un zumbido lejano, como el de un enjambre de abejas bajo el agua. Solo existía esa línea invisible que conectaba sus ojos oscuros con los ojos grises del hombre que había destruido su vida.

Valerius parpadeó. Fue un movimiento casi imperceptible. Una fracción de segundo en la que la máscara se deslizó. Sorpresa. Genuina sorpresa. No esperaba verla allí, a plena luz del día, tan cerca, tan expuesta.

Aina contuvo el aliento. Esperaba el grito. Esperaba que él levantara el brazo y señalara, que ordenara a los lictores y a los guardias que la apresaran, que la arrastraran por el pelo hasta la plataforma para ejecutarla allí mismo como ejemplo de ese «desorden» que acababa de denunciar.

Pero Valerius no gritó.

Su mirada descendió lentamente. Recorrió el cuerpo de Aina, evaluando su estado. Vio la túnica desgarrada, el cabello enmarañado lleno de paja, la delgadez de sus hombros. Vio sus manos vacías.

Las manos vacías.

Aina vio cómo la comprensión florecía en el rostro del Legado. Él buscaba los rollos. Los cilindros de cuero que contenían las pruebas de su traición, las listas de los senadores sobornados, los planes para desestabilizar la provincia. Buscaba el peso físico de su culpa.

Y al ver que ella no portaba nada, al verla sola, pequeña y desarmada, la sorpresa en su rostro se transformó en algo mucho peor.

Sonrió.

No fue la sonrisa pública, encantadora y política que había regalado a la multitud hacía un instante. Fue una sonrisa privada, íntima y cruel. Una curvatura de los labios que decía: *Has perdido*.

Valerius se enderezó, recuperando su postura majestuosa. En su mente, el cálculo estaba hecho. La chica había llegado a Narbo, sí, pero había llegado rota. Sin los documentos, ella no era más que una esclava fugitiva. Su palabra no valía nada contra la de un Legado Imperial. La ley romana era clara: *Servus non habet personam*. El esclavo no tiene persona jurídica. Sin la prueba física, Aina era muda ante la ley.

Él creía que había ganado. Creía que el juego había terminado y que el jaque mate era inevitable.

Esa sonrisa fue un golpe físico. Aina sintió cómo la vergüenza le subía por el cuello. Se sintió estúpida, ingenua. ¿Qué pensaba hacer allí? ¿Enfrentarse a él con su sola presencia? Lucius tenía razón. El

mundo pertenecía a los hombres como Valerius. Los hombres que escribían la historia con sangre y la borraban con vino.

Su instinto animal, el conejo asustado que vivía en su pecho, le gritó de nuevo: *¡Corre! ¡Ahora que no te señala, corre!*

Sus pies se tensaron, listos para girar y desaparecer entre la multitud que comenzaba a dispersarse tras el discurso. Sería fácil. Podría perderse en las callejuelas, buscar una salida de la ciudad, huir hacia el norte, hacia donde el Imperio se deshilachaba y quizás, solo quizás, podría ser libre.

Pero entonces, un recuerdo se abrió paso en su mente. No un recuerdo de dolor, sino de tinta.

Recordó el peso del estilete en su mano. Recordó la textura del papiro. Recordó que ella no era solo una esclava. Ella era una Escriba. Y un escriba no olvida. Un escriba es testigo.

Si huía, le daba la razón. Si huía, aceptaba que sin los rollos ella no era nada.

Aina clavó los talones en el suelo de piedra.

Inhaló profundamente el aire viciado del foro. El olor a sudor, a especias y a estiércol llenó sus pulmones, anclándola a la realidad.

Levantó la barbilla.

No apartó la mirada.

Valerius, que ya empezaba a girarse para descender de la Rostra y recibir las adulaciones de los magistrados locales, se detuvo a medio movimiento. Notó que la conexión no se había roto. Volvió a mirarla, esta vez con una ligera arruga de confusión entre las cejas.

¿Por qué no corría? Cualquier animal acorralado buscaría la salida. ¿Por qué se quedaba allí, estática, desafiante?

Aina sostuvo su mirada. Y en ese silencio compartido entre miles de personas, le envió un mensaje sin palabras.

Crees que los rollos son la prueba —pensó ella, proyectando su pensamiento con tal intensidad que casi esperaba que él lo escuchara—. *Crees que si quemas el papel, la verdad desaparece. Pero te olvidas de quién soy. Te olvidas de por qué me compraste.*

Sus ojos recorrieron el rostro de Valerius una vez más, memorizando cada poro, cada arruga de expresión, cada destello de arrogancia en sus pupilas. Lo estaba transcribiendo. Lo estaba copiando en el archivo indestructible de su memoria eidética.

Yo soy el rollo —pensó—. *Yo soy la tinta. Yo soy la prueba.*

Ella no necesitaba llevar los documentos. Ella se había convertido en el documento. Cada nombre, cada cifra, cada fecha que había copiado en aquel *scriptorium* oscuro estaba grabado a fuego en su mente. No podía borrarlos aunque quisiera. Y mientras ella viviera, la verdad de Marcus Valerius viviría con ella.

La sonrisa de Valerius titubeó. Por un instante, la seguridad del depredador flaqueó ante la inmovilidad de la presa. Había algo en los ojos de esa chica, algo antiguo y duro que no había estado allí en Tarraco. No era la mirada de una esclava. Era la mirada de un igual. O peor, la mirada de un juez.

Un lictor se acercó a Valerius y le susurró algo al oído. El Legado rompió el contacto visual, obligado a atender a sus subordinados. El hechizo se rompió.

Valerius asintió al lictor, pero antes de bajar de la plataforma, lanzó una última mirada hacia el lugar donde estaba Aina. Su expresión ya no era de triunfo, sino de cálculo frío. Había reevaluado la amenaza. Ya no veía a un animal asustado. Veía un problema que debía ser eliminado, no por diversión, sino por necesidad.

Hizo un gesto sutil con la mano, casi invisible para el público, pero claro como un grito para Aina. Un gesto hacia las sombras laterales del foro, donde las figuras no llevaban togas blancas, sino capas oscuras.

Aina lo vio. Registró el movimiento de los dedos. *Índice y medio extendidos. Señal de intercepción. Prioridad alta.*

Sabía lo que venía. Sabía que los perros de presa, con Silanus a la cabeza o quizás otros mercenarios locales, comenzarían a cerrar el cerco en cuestión de minutos.

Pero ya no importaba. El miedo seguía ahí, sí, agazapado en su estómago, pero ya no la controlaba. Había mirado al lobo a los ojos y no había parpadeado. Había descubierto que el lobo también podía sentir duda.

La multitud comenzó a moverse, fluyendo como un río revuelto alrededor de ella. Aina se dejó llevar por la corriente, no para huir, sino para posicionarse. El juego había cambiado. Ya no era una cacería.

Era una partida de ajedrez. Y ella acababa de mover su peón al centro del tablero.

Mientras se mezclaba con un grupo de peregrinos que olían a incienso barato, Aina se permitió un pensamiento final, una frase que cerraba el capítulo de su victimismo y abría el de su guerra.

Non omnis moriar.

No moriré del todo.

Con esa certeza latiendo en sus sienes al ritmo de su corazón acelerado, Aina desapareció en la marea humana de Narbo, llevando consigo la condena de Marcus Valerius escrita en la tinta invisible de su mente.

CAPÍTULO 32

La celda de la verdad

La oscuridad no era meramente la ausencia de luz, sino una presencia física, densa y pesada, que se adhería a la piel como el barro seco de la Vía Augusta. Aina permanecía sentada en el rincón más alejado de la puerta de hierro, con las rodillas pegadas al pecho, contando. Era lo único que mantenía a raya el grito que le trepaba, indómito, por la garganta.

Uno. La gota que caía del techo cada cuatro segundos, impactando contra la piedra desgastada con un ritmo de metrónomo cruel. Dos. El rasguido de las uñas de algún prisionero en la celda contigua, intentando excavar una salida imposible a través de los muros ciclópeos de la prisión de Narbo Martius. Tres. El latido irregular de su propio corazón, una percusión frenética que amenazaba con romperle las costillas.

Hacía dieciocho días que había huido de la jaula dorada de Tarraco, pero ahora se encontraba en una jaula de verdad. Sin embargo, existía una diferencia fundamental: esta jaula la había elegido ella.

Se obligó a respirar el aire viciado, una mezcla nauseabunda de humedad salina, orina rancia y desesperación antigua. Su mente, esa biblioteca maldita donde nada se perdía y todo dolía, comenzó a catalogar el entorno. Muros de *opus vittatum*, bloques de piedra caliza intercalados con ladrillo, típicos de las construcciones públicas de la Galia Narbonensis. El suelo estaba helado, transmitiendo su

temperatura a través de la túnica raída que apenas la cubría. Cerró los ojos. Si se concentraba lo suficiente, podía ignorar el hambre que le retorcía el estómago y el dolor punzante en las plantas de los pies, desolladas tras leguas de caminata.

—No mires a los ojos. El silencio es obligatorio —susurró para sí misma, repitiendo las reglas de la Villa de Valerius como una oración apócrifa. Pero esas reglas ya no servían aquí. Aquí, el silencio era la antesala de la muerte.

El sonido de unas botas claveteadas resonó en el pasillo exterior. No era el paso arrastrado de los carceleros, ni el andar borracho de la guardia nocturna. Era un paso firme, rítmico, marcial. *Caligae* golpeando la piedra con autoridad innegable.

Aina levantó la cabeza. El ruido de las otras celdas —lamentos, maldiciones, rezos a dioses sordos— se extinguió de golpe, como si una mano gigante hubiera sofocado las gargantas de los condenados. La autoridad romana poseía ese efecto; imponía el orden incluso en el mismo infierno.

La llave giró en la cerradura con un chirrido metálico que le hizo apretar los dientes. La puerta se abrió hacia fuera y la luz de una antorcha invadió su refugio de sombras, cegándola momentáneamente.

—Levántate.

La voz era seca, carente de emoción, acostumbrada a ser obedecida antes de terminar de pronunciar la orden.

Aina parpadeó, ajustando sus pupilas con dolorosa lentitud. La silueta que se recortaba en el umbral no portaba armadura, sino una toga de lana de calidad superior, con los pliegues cayendo con una geometría precisa. Detrás de él, dos guardias urbanos permanecían inmóviles, con las manos sobre los pomos de sus *gladius*.

La joven se puso de pie, apoyándose en la pared para no desplomarse. Sus piernas temblaban, no solo por el miedo cerval,

sino por la debilidad extrema.

El hombre entró en la celda. Hizo un gesto de disgusto ante el hedor, llevándose un pañuelo perfumado a la nariz por un instante antes de recuperar su compostura estoica. Era un individuo de unos cincuenta años, de cabello gris cortado al ras y un rostro surcado por líneas profundas; no de risa, sino de severidad.

—Me han dicho que la «ladrona» exigía una audiencia —dijo el hombre, observándola de arriba abajo con la mirada clínica de quien inspecciona ganado enfermo—. Soy Cayo Junio Avito, Auditor Imperial de la provincia. Tienes mi atención por el breve tiempo que tarde en decidir si te envío a las minas o a la cruz. Habla.

Aina tragó saliva. Su garganta estaba seca como un pergamino viejo. Sabía quién era. Su mente recuperó la ficha mental que había construido con los fragmentos de conversaciones escuchadas en el *triclinium* de Valerius meses atrás: *Avito. Famoso por su incorruptibilidad y su falta de imaginación. Un burócrata que adora los números tanto como desprecia el desorden.*

—No soy una ladrona, *dominus* —dijo Aina. Su voz salió ronca, pero firme. Se sorprendió de su propia audacia.

—Te encontraron vagando cerca de los almacenes del puerto, sin documentos, con ropa robada y marcas de esclavitud —el Auditor señaló con desdén la marca apenas visible en su hombro, oculta bajo la costra de suciedad—. La ley es clara. Si eres una fugitiva, serás devuelta a tu amo tras el castigo ejemplar. ¿Quién es tu dueño?

El nombre estaba en la punta de su lengua, un veneno que había guardado durante años. Pero decirlo sin más no serviría. Si pronunciaba «Marcus Valerius», Avito enviaría un mensaje a Tarraco y Silanus vendría a buscarla antes del anochecer. Y Silanus no traería cuerdas, traería cuchillos.

—Mi dueño es el hombre que está robando al Emperador —soltó Aina.

El silencio que siguió fue absoluto, denso. Incluso las gotas de agua parecían haberse detenido en el tiempo. Los guardias se tensaron, pero el Auditor no se movió. Solo sus ojos se estrecharon ligeramente, dos cuentas de obsidiana calculando el riesgo.

—*Maiestas* —pronunció Avito la palabra lentamente, saboreando su peso legal—. Traición. Es una acusación grave, niña. Una que requiere pruebas, no los desvaríos de una esclava asustada que intenta ganar tiempo. Acusar falsamente a un ciudadano romano conlleva la pena de que te arranquen la lengua.

Aina dio un paso adelante, separándose de la seguridad del muro. El miedo seguía ahí, un animal frío en su vientre, pero la lógica de la situación tomaba el control. Era un problema matemático. Una ecuación de supervivencia.

—No es una acusación falsa. Es contabilidad —dijo ella.

El Auditor soltó una breve risa sin humor, un sonido seco como pisar hojas muertas.

—¿Contabilidad? Mírate. Apenas puedes mantenerte en pie. ¿Pretendes que crea que una esclava fugitiva tiene acceso a los libros de cuentas de un patricio? ¿Dónde están las pruebas? —Extendió una mano impaciente, con la palma hacia arriba—. Dame los documentos. Si has robado rollos o tablillas, entrégalos ahora y tal vez considere una muerte rápida.

—No tengo rollos —respondió Aina.

La expresión de Avito se endureció. La paciencia del burócrata se había agotado.

—Entonces, esto ha terminado. Guardia, lleváosla. Que el magistrado local decida su...

—Yo soy el documento.

La frase detuvo al guardia que ya avanzaba hacia ella. El Auditor se giró, con el ceño fruncido, una mezcla de irritación y curiosidad

morbosa deformando su rostro.

—¿Qué has dicho?

Aina cerró los ojos. *La parálisis de análisis*. Podía sentirla acechando en los bordes de su consciencia, esa marea abrumadora de recuerdos que amenazaba con ahogarla si abría la compuerta equivocada. No debía pensar en el dolor, ni en el látigo, ni en la sonrisa encantadora de Marcus Valerius mientras ordenaba una atrocidad. Tenía que ir al archivo. Estante tres, sección financiera, año del consulado de...

—Tarraco. Kalendas de febrero del año pasado —empezó a recitar. Su voz cambió, transformándose. Ya no era la voz de una niña asustada; era un tono monocorde, rápido, mecánico—. Envío de aceite de la Bética. Manifiesto oficial: trescientas ánforas declaradas al fisco imperial. Impuesto pagado sobre trescientas.

Abrió los ojos. Miraba al Auditor, pero no lo veía. Veía las columnas de números escritas con tinta ferrogálica sobre papiro de segunda calidad.

—Realidad del cargamento: Novecientos cuarenta y dos ánforas. El excedente fue desviado a los almacenes privados en el puerto de Ostia, bajo el nombre de un testaferro, Lucio Murena, cuñado del supervisor del puerto. Ganancia neta no declarada: doce mil sestercios.

El Auditor Avito se quedó inmóvil. La especificidad de los datos era un golpe directo a su escepticismo.

—Cualquiera puede inventar números... —murmuró, aunque su tono había perdido la certeza pétrea anterior.

Aina no se detuvo. La compuerta estaba abierta y el torrente salía a borbotones.

—Idus de marzo. Contrato de suministro de grano para la Legión Séptima Gémina. Precio pactado por modio: cuatro sestercios. Precio

real de mercado: dos sestercios y medio. La diferencia fue depositada en la banca de los hermanos Balbo en Gades, cuenta número XL-V-II. Firma autorizada: Marcus Valerius. Pero la firma en el recibo de la legión fue falsificada por el escriba Tácito, quien murió dos semanas después por una supuesta fiebre, aunque los registros de la botica local muestran la compra de acónito por parte de un sirviente mudo tres días antes.

Los ojos de Avito se abrieron desmesuradamente al escuchar la mención del veneno y la banca. Esos eran detalles que no se improvisaban. Eran detalles que dejaban rastro.

Aina empezó a caminar en círculos por la pequeña celda, gesticulando levemente con las manos como si pasara las páginas de un libro invisible que flotaba en el aire viciado.

—Nonas de mayo. Obras del acueducto de Les Ferreres. Asignación imperial para materiales: cien mil sestercios. Gasto real en piedra local de baja calidad: cuarenta mil. El resto, sesenta mil sestercios, fue convertido en oro y enviado a Roma, camuflado en un transporte de vino falerno, destinado al soborno del senador...

—¡Basta! —ladró el Auditor.

Aina se detuvo en seco, con el pecho agitado. El trance se rompió parcialmente. Volvió a sentir el frío, el olor, el miedo.

Avito miró a los guardias. Su rostro estaba pálido bajo la luz vacilante de la antorcha.

—Salid —ordenó.

—Pero, señor, la prisionera es peligrosa...

—¡He dicho que salgáis! —rugió, perdiendo por primera vez su compostura glacial—. ¡Y cerrad la puerta! ¡Nadie entra, nadie escucha! ¿Entendido?

Los guardias, confundidos y asustados por el cambio de actitud de su superior, asintieron apresuradamente y se retiraron, cerrando la

pesada puerta de hierro tras de sí. El golpe metálico resonó como un disparo.

El Auditor y la esclava quedaron solos en la penumbra.

Avito se acercó a ella. Ya no la miraba como a ganado. La miraba como si fuera una víbora que acabara de aparecer en su lecho: con terror y un respeto absoluto por su letalidad.

—¿Eres consciente de lo que estás diciendo? —susurró Avito, acercándose tanto que Aina pudo oler el vino agrio en su aliento—. Estás acusando a un Legado Imperial, a un héroe de guerra, de malversación de fondos públicos, falsificación y asesinato.

—No estoy acusando, *dominus* —respondió Aina, recuperando su postura rígida, con las manos entrelazadas delante del vientre—. Estoy leyendo. Mi mente no olvida. Nunca. Recuerdo cada entrada, cada salida, cada sello roto y cada moneda desviada en los últimos cuatro años en la casa de Marcus Valerius.

El Auditor se pasó una mano por el rostro, visiblemente alterado. Caminó hacia la pared, mirando la piedra húmeda como si buscara respuestas en el moho.

—Si lo que dices es cierto... si tan solo una décima parte es cierto... —Se giró bruscamente hacia ella—. Valerius es poderoso. Tiene amigos en el Senado. Tiene oídos en todas partes. Incluso aquí, en Narbo.

—Por eso me dejé capturar por la guardia urbana y no por sus mercenarios —dijo Aina. Su voz bajó de volumen, volviéndose urgente—. Él sabe que lo sé. Por eso me busca. No busca a una esclava fugitiva, busca borrar su libro mayor. Y yo soy el libro.

Avito la estudió durante un largo minuto. Era un hombre de leyes, un hombre de números. Y lo que tenía delante era la auditoría más perfecta y peligrosa que jamás hubiera imaginado. Pero también era un hombre pragmático.

—Un esclavo no puede testificar contra su amo —dijo él, citando la *Lex Iulia*. Era el obstáculo insalvable—. Tu palabra, por muy precisa que sea, es legalmente nula a menos que sea bajo tortura. Y bajo tortura, cualquiera confiesa haber matado a Julio César.

—Hay una excepción —interrumpió Aina. Su conocimiento de las leyes no venía de la práctica, sino de haber copiado interminables rollos legales para la biblioteca de Valerius—. En casos de *Maiestas*, de traición directa al Estado y al Emperador, el testimonio de un esclavo es válido si conduce a la recuperación de los bienes robados al fisco.

El Auditor se quedó paralizado. Ella tenía razón. Era una cláusula oscura, rara vez utilizada, pero existente. La joven no solo recordaba los números; entendía el sistema.

—¿Puedes probar dónde está el dinero? —preguntó Avito, su voz temblando ligeramente por la codicia o quizás por el vértigo del poder que se le ofrecía. Recuperar una fortuna robada al Emperador podría significar un ascenso, un traslado a Roma, la gloria. Ignorarlo podría significar complicidad.

—Puedo darle las rutas, los nombres de los testaferros, los códigos de las cuentas bancarias —afirmó Aina. Sintió un dolor agudo en la sien; el esfuerzo de mantener los recuerdos ordenados y accesibles estaba empezando a cobrar su precio. Las imágenes de la villa, de la sangre, de los gritos, querían superponerse a los números. Tuvo que clavar las uñas en sus palmas para anclarse al presente—. Pero necesito protección. No la protección de una celda. Necesito salir de la jurisdicción de la Tarraconense.

Avito asintió lentamente, calculando.

—Narbo es una provincia senatorial distinta. Aquí Valerius no tiene *imperium* directo, pero su influencia es... permeable —el Auditor empezó a caminar de un lado a otro, la toga agitándose con sus giros bruscos—. Si te mantengo aquí, Silanus o quienquiera que

envíe te encontrará. Un cuchillo en la noche, comida envenenada... es fácil que una prisionera muera antes del juicio.

Se detuvo frente a ella.

—Necesito verificar una cosa. Solo una. Dame un dato que pueda comprobar hoy mismo, aquí en Narbo, sin alertar a nadie.

Aina rebuscó en los archivos de su mente. Los pasillos de su memoria se extendían infinitos. Buscó la etiqueta «Narbo Martius».

—El recaudador de impuestos del puerto de Narbo, un tal... Graco. Recibe un pago mensual de doscientos denarios para ignorar los sellos imperiales en las cajas que vienen de Tarraco marcadas con el símbolo de un tridente negro. El último pago se hizo hace tres días, entregado por un marinero del barco *Fortuna Maris*. El dinero está escondido bajo una losa suelta en el atrio de su casa, debajo de la estatua de los Lares.

Avito la miró con los ojos desorbitados. Conocía a Graco. Comía con él ocasionalmente.

—Si encuentro ese dinero... —susurró el Auditor.

—Lo encontrará —aseguró Aina—. Y encontrará un papiro enrollado dentro de una de las bolsas, con la firma de Valerius autorizando el «bono de silencio».

El Auditor Imperial se enderezó. La indecisión había desaparecido de su rostro, reemplazada por la fría determinación del depredador que acaba de descubrir que su presa está herida.

—Bien —dijo Avito. Se dirigió a la puerta y golpeó dos veces con los nudillos—. ¡Guardia!

Cuando la puerta se abrió, el Auditor señaló a Aina, pero esta vez no con desdén, sino con la posesividad de quien acaba de encontrar un tesoro de valor incalculable.

—Trasladad a la prisionera. Sacadla de las celdas comunes. Llevadla a la torre de los archivos. Quiero doble guardia en la puerta. Y traedle comida. Comida limpia, probadla vosotros primero.

—¿Señor? —preguntó el guardia, atónito.

—Y traedle un escriba. O mejor... —Avito miró las manos sucias pero finas de Aina—. Traedle tinta, plumas y todo el papiro que pida.

El Auditor se volvió hacia ella una última vez antes de salir.

—Empieza a escribir, niña. Escribe todo. Si lo que dices es cierto, vas a derribar a un gigante. Pero si me mientes en una sola cifra, desearás que Valerius te hubiera encontrado primero.

La puerta se cerró, pero esta vez no sonó a condena.

Aina se dejó deslizar por la pared hasta el suelo, el agotamiento cayendo sobre ella como un manto de plomo. Las lágrimas que había contenido empezaron a brotar, calientes y silenciosas. No lloraba por tristeza, ni por alivio. Lloraba porque su mente, ahora que la presión inmediata había desaparecido, la estaba castigando por haber abierto las puertas.

Los números se desvanecían y, en su lugar, veía el rostro de Marcus Valerius sonriendo en la oscuridad de la celda, superpuesto a la realidad.

«Eres mía, Aina. Eres mis palabras, mis cuentas, mi memoria. No puedes huir de lo que llevas dentro».

Aina se abrazó las rodillas, meciéndose suavemente sobre la paja húmeda.

—Uno, dos, tres... —empezó a contar de nuevo, construyendo un muro de aritmética contra los fantasmas, esperando a que trajeran la tinta. Porque la tinta era lo único más fuerte que la sangre.

CAPÍTULO 33

El Tribunal

La Basílica de Narbo Martius no era un mero lugar de justicia; era una caja de resonancia meticulosamente diseñada para amplificar el poder aplastante de Roma. El aire, denso y estancado, olía a una mezcla sofocante de incienso quemado, lana húmeda y la transpiración rancia de la plebe que se agolpaba tras las barreras de cáñamo. El polvo danzaba en los haces de luz que atravesaban las ventanas altas del claristorio, cayendo como nieve sucia sobre las togas inmaculadas de los magistrados, indiferentes a la suciedad del mundo exterior.

Aina apretó los dedos contra la madera de la balaustrada hasta que sus nudillos perdieron el color y se tornaron blancos como el hueso. El dolor punzante en sus manos era lo único real, el único ancla que impedía que su mente se fragmentara en mil pedazos bajo la presión asfixiante de las miradas. Cientos de pupilas clavadas en ella. Juicios silenciosos que pesaban más que las piedras del edificio.

En el centro de la sala, sobre un estrado elevado que lo situaba físicamente por encima de la moral común, Marco Valerio se mantenía de pie con la elegancia despreocupada de quien asiste a un banquete tedioso. Su toga *praetexta*, con el borde púrpura de su rango senatorial, caía en pliegues perfectos que denotaban horas de preparación matutina frente al espejo. No parecía un acusado. Parecía el dueño del edificio y de las vidas que contenía. Su cabello,

peinado con aceite perfumado, brillaba bajo la luz cenital, y su mano derecha jugaba distraídamente con su anillo de sello, haciéndolo girar una y otra vez con un ritmo hipnótico.

—Esto es una farsa, procónsul —dijo Valerio. Su voz, entrenada en las mejores escuelas de oratoria, proyectaba un aburrimiento calculado que resonó hasta la última columna de mármol—. Me habéis arrastrado aquí basándoos en rumores de taberna y en la palabra de un legionario caído en desgracia que ni siquiera tiene la decencia de presentarse.

El procónsul Cayo Sertorio, un hombre de rostro abotargado y párpados vencidos por la fatiga que presidía el tribunal, se removió incómodo en su silla curul. Odiaba los conflictos internos de la administración imperial. Odiaba aún más la sospecha de que Valerio tuviera razón.

—La acusación de *Maiestas*, de traición contra el Tesoro Imperial, es grave, Legado —respondió Sertorio, aunque su tono carecía de mordiente—. Pero la ausencia del acusador principal debilita el proceso.

—¿Debilita? —Valerio soltó una risa breve, seca como una rama al romperse bajo una bota—. Lo anula. No hay testigos. No hay pruebas físicas más allá de unos escritos que podrían haber sido falsificados por cualquier escriba resentido. Exijo que se desestimen los cargos y se me permita volver a mis deberes. El grano de Roma no se administra solo.

Aina sintió que el suelo de mosaico oscilaba bajo sus pies. *Kael.* La imagen de su hermano apareció en su mente, superpuesta a la realidad del tribunal con una nitidez hiriente. Recordó el olor a paja quemada, el sonido sibilante del látigo. Si Valerio salía libre hoy, no habría rincón en el Imperio, desde las columnas de Hércules hasta el Éufrates, donde pudieran esconderse. La «parálisis de análisis», ese bloqueo maldito, amenazaba con cerrarse sobre su garganta; su memoria eidética empezaba a escupir datos irrelevantes para protegerse del miedo: el número de baldosas en el suelo

(cuatrocientas doce), la mancha de vino en la túnica de un escriba, el zumbido errático de una mosca cerca de su oreja.

Respira. No es el pasado. Es ahora.

Las puertas de roble macizo de la entrada principal gimieron al abrirse, arrastrando sus pesadas bisagras de hierro. El sonido cavernoso interrumpió el murmullo de la multitud y rompió la postura relajada de Valerio por una fracción de segundo.

Una figura entró cojeando desde la luz cegadora del exterior hacia la penumbra sacra de la Basílica.

Lucius Vorenus no se parecía al centurión orgulloso que una vez comandó cohortes bajo el águila romana. Parecía un cadáver que se había negado obstinadamente a quedarse en la tumba. Su túnica, antaño blanca, estaba maculada de barro seco y sangre oscura, costrosa. Caminaba arrastrando la pierna izquierda con un rictus de sufrimiento que tensaba cada músculo de su mandíbula, y su brazo derecho colgaba inerte en un cabestrillo improvisado con tiras de lino sucio.

Pero lo más impactante no era su cojera, sino la venda burda que cubría la mitad de su cuello y parte de su oreja, una herida fea y reciente que rezumaba icor a través de la tela.

Un mutismo sepulcral cayó sobre la sala. Aina exhaló, sintiendo que las lágrimas pinchaban sus ojos. *Está vivo.* La última vez que lo había visto, él se había quedado atrás en el bosque de los Apeninos, enfrentándose a la bestia muda, Silanus. El gorgoteo húmedo que ella había escuchado mientras huía la había atormentado durante semanas en sus pesadillas.

Lucius avanzó. Cada paso era una batalla ganada a la agonía. Se detuvo ante el estrado, ignorando deliberadamente a Valerio, y clavó su mirada inyectada en sangre en el Procónsul.

—Lamento el retraso, Magistrado —rasposó Lucius. Su voz sonaba atroz, como si estuviera tragando vidrio molido; el tajo en el cuello

había rozado las cuerdas vocales—. Me encontré con... dificultades en el camino. Un perro mudo que no sabía cuándo dejar de morder.

Valerio se tensó, rígido como una estatua. Su mano se detuvo sobre el anillo. Por primera vez, la máscara de indiferencia se agrietó, revelando un destello de furia gélida en sus ojos. Sabía lo que significaba la presencia de Vorenus: Silanus estaba muerto. Su mejor herramienta, su sombra ejecutora, había sido neutralizada.

—Vorenus —escupió Valerio, recuperando a duras penas el control—. Veo que el vino te ha dado valor para arrastrarte hasta aquí. ¿Vienes a contar fábulas de veterano?

Lucius se giró lentamente, pivotando sobre su pierna sana. A pesar de las heridas, de la fiebre que perlaba su frente de sudor frío, su presencia tenía el peso del acero templado.

—Vengo a presentar la evidencia, Valerio. Y al testigo.

El excenturión señaló con un gesto brusco hacia la balaustrada donde Aina se encogía.

—¿Esa? —Valerio rio, esta vez con un matiz de histeria apenas contenida—. ¿Una esclava? Conoces la ley romana, Vorenus. El testimonio de un esclavo contra su amo es inadmisible, a menos que sea extraído bajo tortura. Y aun así, su palabra no vale nada contra la de un ciudadano *optimates*, mucho menos un Legado Imperial.

—Es cierto —intervino el Procónsul Sertorio, mirando a Aina con desdén burocrático—. La *Lex* es clara. A menos que haya una confesión bajo tormento, no puedo aceptar su declaración como prueba.

—No es un juicio ordinario, Procónsul —interrumpió Lucius, su voz ganando una fuerza gutural a pesar del dolor—. Estamos ante un caso de *Maiestas*. Robo directo a las arcas del César. En casos de Alta Traición, las restricciones sobre el testimonio de siervos se levantan si la evidencia documental es irrefutable.

Lucius sacó de su morral de cuero, con mano temblorosa, el libro de contabilidad negro. Lo arrojó sobre la mesa del escriba judicial. El golpe seco resonó como un martillazo sentenciando un destino.

—Este registro contiene las fechas, las cantidades y los nombres de cada soborno aceptado y cada denario desviado del impuesto del grano durante los últimos tres años.

Valerio torció el gesto en una mueca de burla.

—Pergamino inútil. Garabatos que tú mismo podrías haber escrito en una noche de borrachera. ¿Quién puede corroborar que esos números son reales y no la fantasía de un demente?

Lucius sonrió, una expresión feroz que estiró sus cicatrices y mostró los dientes manchados.

—Ella. Ella no escribió el libro, Valerio. Ella *es* el libro.

Todas las cabezas se volvieron hacia Aina. El peso de la atención física era casi insoportable, una losa sobre sus hombros. Lucius asintió levemente hacia ella. No fue un gesto de orden, sino de permiso. *Hazlo. Acábalos.*

Aina dio un paso adelante. Sus piernas temblaban como juncos al viento, pero su mente, extrañamente, comenzó a enfriarse. El miedo dio paso a la claridad cristalina de su maldición. El «Palacio de la Memoria» se abrió ante ella. Dejó de ver las caras sudorosas de la multitud; ante sus ojos se desplegaron estanterías infinitas, rollos desenrollados, tinta negra sobre fibra vegetal.

—Mi nombre es Aina —dijo. Su voz salió pequeña, pero firme, vibrando en el silencio del tribunal—. Fui la escriba personal del Legado Marco Valerio durante cuatro años.

—¡Suficiente! —bramó Valerio, golpeando el aire con el puño—. ¡Exijo que se la someta al potro si va a hablar!

—Deje que hable —ordenó Sertorio, cuya curiosidad había sido picada por el volumen de tapas oscuras—. Si miente, el potro la

esperará después.

Aina cerró los ojos un instante. Inhaló el aire viciado de la sala y, al exhalar, se sumergió en su propia cabeza.

—Página uno, columna izquierda —comenzó Aina. Su tono cambió; se volvió monótono, rítmico, casi inhumano—. Calendas de Enero, año del consulado de... Entrada: Cuatro mil sestercios. Origen: Desvío de fondos de mantenimiento de la Vía Domitia. Destino: Marco Valerio, cuenta privada en el banco de los hermanos Vettii. Nota al margen: «Pago por silencio del contratista».

El recinto quedó mudo. El escriba judicial abrió el registro que Lucius había arrojado. Su dedo recorrió la página, sus ojos se abrieron desmesuradamente, incrédulos. Asintió lentamente hacia el Procónsul. *Es exacto.*

—Página doce, tercer párrafo —continuó Aina, acelerando el ritmo implacable de su recitación. Las imágenes pasaban ante sus retinas con una nitidez dolorosa—. Idus de Marzo. Diez mil sestercios. Soborno recibido de la corporación de navieros para ignorar el peso incorrecto en los envíos de trigo a Ostia. La carta de confirmación fue firmada por Valerio y sellada con cera roja a las tres de la tarde, mientras bebía vino de Falerno. Llevaba una túnica con una mancha de grasa en el hombro izquierdo.

Valerio palideció hasta parecer un espectro. Ese detalle. La mancha de grasa. Nadie podría inventar algo tan trivial y a la vez tan específico.

—¡Mentiras! —gritó el Legado, perdiendo la compostura aristocrática. Dio un paso hacia ella, pero dos lictores cruzaron sus *fasces*, bloqueándole el paso con violencia—. ¡Es una bruja! ¡Ha memorizado un guion!

—Página cuarenta y cinco —la voz de Aina cortó el aire como una navaja, implacable, desprovista de emoción—. Nona de Mayo. Traición directa. Carta enviada al prefecto de la Guardia Pretoriana, sugiriendo que el Emperador está «senil y vulnerable». Valerio

escribió: «El oro de Narbo puede financiar un cambio de régimen si se me garantiza el gobierno de la Galia».

Un murmullo de horror recorrió la basílica como una corriente eléctrica. Acusar de corrupción era una cosa; implicar una conspiración contra la vida del César era una sentencia de muerte inmediata e inapelable.

Valerio se tambaleó. Miró a su alrededor, buscando aliados, pero los rostros que antes le sonrían ahora se apartaban como si tuviera la peste. Buscó la mirada de Lucius, quien lo observaba con una satisfacción sombría, apoyado pesadamente en su pierna buena.

—No... —susurró Valerio, la negación muriendo en sus labios.

—¿Continúo? —preguntó Aina, abriendo los párpados. Sus irises oscuros, habitualmente llenos de temor, ahora reflejaban una vaciedad aterradora. Estaba perdida en los datos, convertida en un mero conducto de la verdad—. Tengo registradas trescientas doce transacciones más. Recuerdo la textura del pergamino de cada una. Recuerdo la luz del sol sobre la mesa cuando las escribiste. Recuerdo cómo sonreías al robar el pan de la boca de Roma.

El Procónsul Sertorio se puso de pie de un salto. Su rostro estaba rojo de indignación, o quizás de pánico a ser asociado con un traidor de tal calibre.

—Escriba —dijo Sertorio al funcionario judicial, con voz temblorosa —, ¿coinciden las palabras de la mujer con el registro?

—Palabra por palabra, Procónsul. Hasta la última coma.

Sertorio miró a Valerio con asco absoluto.

—Marco Valerio, quedáis bajo arresto por el cargo de *Maiestas*. Vuestros bienes serán confiscados. Vuestros esclavos, liberados o absorbidos por el Estado. Y vos... seréis enviado a Roma encadenado para responder ante el Divino Augusto.

Dos soldados de la guardia urbana agarraron a Valerio por los brazos con brutalidad. El Legado, el hombre que había jugado con vidas humanas como si fueran fichas de un tablero, intentó sacudirse, intentó erguirse con dignidad, pero sus rodillas fallaron. Lo arrastraron sin miramientos, sus sandalias de cuero fino raspando inútilmente contra el mármol que él creía poseer por derecho divino.

Mientras lo sacaban, Valerio giró la cabeza en un último esfuerzo. Sus ojos se encontraron con los de Aina. No había odio en su mirada, solo una incredulidad abismal. No podía concebir que una herramienta, una pluma viviente que él mismo había afilado, hubiera escrito su final.

Cuando las puertas se cerraron tras él, el silencio volvió a la basílica. Pero era una quietud diferente. No oprimía; liberaba.

Aina sintió que aquella arquitectura mental se desvanecía, y con ella, su fuerza prestada. El mundo real se precipitó sobre ella: el hedor a humanidad, el ruido distante, el agotamiento físico. Sus rodillas cedieron.

Antes de que golpeara el suelo, un brazo fuerte la sostuvo. Aina alzó la vista. Lucius estaba allí, con el rostro grisáceo por la pérdida de sangre, pero con una media sonrisa en los labios agrietados. Olía a sudor viejo, a hierro oxidado y a una extraña paz.

—Lo hiciste, chica —susurró Lucius, su voz apenas un hilo ronco—. Lo atrapamos.

—Tú... —Aina le tocó con cuidado el vendaje del cuello, temiendo lastimarlo—. Pensé que Silanus...

—Casi —admitió el veterano, haciendo una mueca al intentar enderezarse—. Me acorraló contra un roble viejo. Me cortó. Pensó que estaba acabado. —Lucius miró hacia la puerta por donde se habían llevado a Valerio—. Pero cometió el error de disfrutarlo demasiado. Se acercó para verme ahogarme en mi propia sangre. Olvidó que un perro viejo todavía tiene dientes. Le clavé mi *pugio* debajo de la barbilla, justo en la cicatriz donde le faltaba la lengua.

Aina se estremeció, visualizando la escena con demasiada claridad, como si fuera un recuerdo propio.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Arrastrándome. Maldiciendo a todos los dioses. Y pagando a un carretero con las últimas monedas que le robé al cadáver de ese bastardo —Lucius soltó una tos seca que le sacudió el cuerpo entero, arrancándole un gemido—. No iba a dejarte sola en esto, Aina. Te dije que te protegería.

El Procónsul carraspeó desde el estrado, rompiendo la intimidad del momento.

—La justicia ha sido servida. El tribunal levanta la sesión.

Mientras la multitud comenzaba a dispersarse, murmurando escandalizada sobre la caída del gran Valerio, Aina ayudó a Lucius a caminar hacia la salida. Él se apoyaba pesadamente en ella, una carga física que, por primera vez, no le importaba soportar.

Salieron a la luz del atardecer de Narbo Martius. El aire exterior era fresco, limpio de incienso y mentiras. Aina miró sus manos. Todavía estaban manchadas de tinta, pero ya no temblaban. Había usado su maldición, su memoria imborrable, no para torturarse a sí misma, sino para forjar una espada de justicia.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella, mirando el horizonte donde el sol teñía de rojo sangre los tejados de la ciudad.

Lucius escupió un poco de saliva oscura en el polvo del camino.

—Ahora, chica, buscamos un médico que sepa coser carne vieja sin hacer demasiadas preguntas. Y luego... —miró hacia el norte, lejos de Roma, lejos de la corrupción del Imperio—. Luego buscamos a tu hermano.

Aina asintió, sintiendo una brisa nueva en el rostro. Aquella parálisis mental había desaparecido por completo. Por primera vez en años, su mente no estaba anclada en el dolor del pasado. Estaba mirando

hacia el futuro. Y aunque el destino era incierto, al menos era, por fin, suyo.

CAPÍTULO 34

La memoria infalible

El aire viciado dentro de la Basílica Julia no olía a justicia, sino a polvo antiguo y sudor rancio apenas disimulado bajo el aroma empalagoso del incienso. Los rayos de sol, densos y casi sólidos, caían desde los altos ventanales del triforio, cortando la penumbra como lanzas divinas que iluminaban las partículas de materia en suspensión. Aina observó una de esas motas danzantes, intentando anclar su mente en lo trivial para no ser arrastrada por la marea de pánico que le subía, gélida, por la garganta.

Sus manos, pequeñas y marcadas por callos de tinta que jamás desaparecerían del todo, temblaban ligeramente sobre su regazo. A su lado, Lucius Vorenus permanecía inmóvil como una estatua de granito erosionado. El excenturión llevaba una toga sencilla, blanqueada para la ocasión, que contrastaba violentamente con la cicatriz que le cruzaba la mejilla y la rigidez militar de sus hombros. Él no miraba al estrado; sus ojos estaban clavados en el hombre que permanecía de pie en el centro de la sala, bañado por la luz.

Marcus Valerius.

El Legado Imperial lucía impecable. Su toga, de una lana tan fina que parecía seda, caía en pliegues estudiados con precisión arquitectónica. El borde púrpura, símbolo de su estatus senatorial, refulgía con arrogancia. No parecía un hombre acusado de traición;

se asemejaba a un dios menor aburrido de las trivialidades de los mortales.

—Pretor —la voz de Valerius resonó, perfectamente modulada, rebotando en los muros de mármol veteado—. Esta farsa ha durado lo suficiente. ¿Hemos de permitir que el tiempo del Emperador se malgaste por las delirantes fantasías de un centurión caído en desgracia y su... —hizo una pausa, girando la cabeza levemente hacia Aina con una expresión de leve asco, como si hubiera pisado algo desagradable— mascota doméstica?

El Pretor Servilius, un hombre de rostro carnoso y ojos hundidos por el cansancio burocrático, tamborileó los dedos sobre la mesa de madera noble. A su alrededor, los escribas del tribunal mantenían las plumas en suspenso, esperando.

—La acusación es grave, Legado —replicó Servilius, aunque su tono carecía de convicción—. Desfalco al erario militar. Traición a la confianza del César.

Valerius soltó una risa breve, seca.

—¿Basada en qué? ¿En documentos que no existen? Mis libros de contabilidad han sido auditados tres veces. Están inmaculados. Lo que Vorenus presenta son conjeturas nacidas del rencor y el alcoholismo.

Lucius dio un paso adelante. El sonido de sus sandalias sobre el mosaico fue pesado, deliberado.

—No son conjeturas —gruñó Vorenus. Su voz era grava y hierro oxidado—. Los volúmenes que mostraste a los auditores son falsos. Copias saneadas. Los originales fueron destruidos... o eso creías.

Valerius alzó una ceja, mientras una divertida incredulidad curvaba sus labios.

—Si fueron destruidos, entonces no hay prueba. *Nulla probatio, nulla culpa*. La ley romana es clara, viejo amigo. Sin el cuerpo del delito,

no hay crimen.

—El cuerpo del delito está aquí.

Lucius posó una mano firme sobre el hombro de Aina. El contacto la sobresaltó, sacándola de su trance hipnótico con los corpúsculos de luz. Sintió el calor de la palma de su protector, un ancla en la tormenta.

—¿La esclava? —Valerius se giró completamente, encarando al tribunal con los brazos abiertos—. Pretor, esto es un insulto a su inteligencia. La *Lex Iulia* prohíbe el testimonio de un siervo contra su amo, salvo bajo tortura extrema o en casos de *Maiestas*. Y aun así, ¿qué valor tiene la palabra de una criatura analfabeta contra la de un patricio?

—Ella no es analfabeta —sentenció Lucius, y por primera vez, hubo un matiz de orgullo en su tono—. Y esto es un caso de *Maiestas*. Robar el oro destinado a las legiones que protegen las fronteras es atentar contra la seguridad de Roma. Es alta traición.

El silencio que siguió fue espeso, casi tangible. La palabra «traición» colgaba en el aire como una espada de Damocles. El Pretor se inclinó hacia adelante, el interés agudizando su mirada bovina.

—Si es *Maiestas*, el tribunal escuchará —concedió Servilius—. Pero advierto, Vorenus: si su testimonio resulta falso o irrelevante, ambos serán crucificados antes del atardecer.

Lucius apretó la clavícula de Aina una vez más, infundiéndole valor, y luego la soltó.

—Levántate, niña. Diles lo que sabes.

Aina se puso de pie. Sus piernas parecían hechas de agua. El tribunal era inmenso, un cavernoso estómago de piedra diseñado para devorar a los débiles. Cientos de miradas estaban clavadas en ella. Senadores curiosos, guardias pretorianos, escribas aburridos. Pero los únicos ojos que importaban eran los de Marcus Valerius.

Eran de un gris helado, calculadores, prometiendo un dolor infinito si ella osaba abrir la boca.

Aina cerró los suyos un instante.

No puedo, pensó. El terror era un ruido blanco, ensordecedor.

Pero entonces, una imagen se superpuso a la oscuridad de sus párpados. No era un recuerdo del tribunal, sino de la celda húmeda donde Kael, su hermano, había tosido sangre hasta morir por falta de medicinas. Remedios que el dinero robado por Valerius debería haber comprado.

La frialdad de la lógica, su vieja armadura, descendió sobre ella. El miedo no desapareció, pero se compartimentó, encerrado en una caja mental hermética. Aina abrió los párpados. Ya no veía a las personas como amenazas, sino como datos.

—No necesito los libros —dijo Aina. Su voz salió ronca, pero clara. El eco de la basílica amplificó sus palabras—. Yo soy los libros.

Valerius resopló, cruzándose de brazos.

—Delirios.

—Fecha: tres días antes de las Calendas de Octubre, año del consulado de Silanus y Nerva —empezó Aina, fijando la vista en el vacío, justo por encima del hombro izquierdo del Magistrado.

La inmersión comenzó. El picor detrás de las retinas, la presión en las sienes. El mundo real se desvaneció, volviéndose translúcido, y sobre él se proyectó el recuerdo con una nitidez alucinante. Estaba allí de nuevo. En el estudio de Valerius. El olor a cera de abejas y papiro fresco llenó sus fosas nasales, superponiéndose al incienso del tribunal.

—Lugar: Villa en la Colina del Viminal, *tablinum* privado —continuó, su voz adquiriendo un ritmo mecánico, desprovisto de inflexión humana. No estaba narrando; estaba leyendo un texto invisible que flotaba ante ella—. El Legado Valerius escribe en el registro de

cuentas personal, encuadernado en cuero rojo, página cuarenta y dos, columna izquierda.

El murmullo en la sala cesó de golpe. La especificidad del detalle poseía un peso gravitacional propio.

—Entrada: Suministros de trigo para la Legión IX Hispana. Costo declarado al Tesoro: ochenta mil sestercios. Proveedor listado: *Caius Mercator*.

Aina parpadeó, y la página en su mente pasó. Podía ver la tinta secándose, el brillo húmedo bajo la luz de la lámpara de aceite que Valerius tenía en su mesa aquella noche. Podía visualizar la mancha de hollín en el dedo índice de su amo.

—Realidad —dijo, la palabra cortante como un cuchillo—. Costo real pagado al proveedor local en Tarraco: cuarenta y cinco mil sestercios. Diferencia de treinta y cinco mil desviada a la cuenta privada bajo el nombre de testaferro «Agrippa Minor» en el banco de los Sulpicios.

Valerius dio un paso adelante, su fachada de aburrimiento agrietándose ligeramente.

—¡Invención! ¡Cualquiera puede inventar cifras!

—El Legado hizo una corrección en esa página —interrumpió Aina, implacable. Su mirada estaba vacía, perdida en el pasado—. Una gota de vino de Falerno cayó sobre el número «cinco» en la columna de gastos. Intentó rasparla con el cuchillo de pluma, pero el pergamino quedó adelgazado y ligeramente teñido de púrpura en el borde inferior. Escribió la nota al margen: *«Verificar tasa de cambio»* en griego, no en latín.

El rostro de Valerius perdió el color. Era un detalle minúsculo. Un pormenor que nadie que no hubiera tenido el volumen en las manos podría conocer. Y el registro había sido quemado por él mismo hacía meses.

Pero Aina no se detuvo. La compuerta se había abierto. El bloqueo analítico, esa maldición que a menudo la obligaba a revivir cada trauma, ahora era su arma más letal. Los folios pasaban en su mente a una velocidad vertiginosa.

—Idus de Noviembre. Desvío de fondos para la reparación de la Vía Apia. Veinte mil sestercios. Testaferro: M. V. S. Anotación: *«Pago a Silanus por servicios de limpieza»*.

El nombre del asesino mudo golpeó a Valerius como un puñetazo físico. Él se tensó, sus dedos aferrándose a los pliegues de su toga hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—¡Basta! —bramó Valerius, perdiendo la compostura por primera vez —. ¡Pretor, ordene callar a esta... cosa! ¡Es brujería! ¡Nadie puede recordar con esa precisión!

—Continúa —ordenó Servilius. El Magistrado se había inclinado tanto que su pecho casi tocaba la mesa. Estaba fascinado. Y horrorizado.

Aina sentía que la cabeza le iba a estallar. El esfuerzo de mantener la proyección mental tan nítida mientras ignoraba el estrés del entorno resultaba agonizante. Notaba cómo su cerebro ardía, consumiendo sus últimas reservas de energía. Pero percibió a Lucius por el rabillo del ojo. Él no sonreía, pero sus hombros habían bajado. Estaba respirando.

—Diez días antes de las Nonas de Diciembre —recitó Aina, acelerando el ritmo. Las palabras brotaban como una cascada—. Soborno al magistrado de puerto de Ostia para ignorar cargamento no declarado. Doce mil sestercios. El recibo fue guardado dentro del rollo de *Poemas de Catulo*, volumen tercero, estantería superior, detrás del busto de Epicuro.

Valerius retrocedió un paso, como si le hubieran abofeteado. Ese era un escondite que ni siquiera sus allegados conocían. Miró a Aina con verdadero terror. No veía a una esclava. Veía un espejo que reflejaba cada uno de sus pecados, imposibles de borrar, imposibles de ocultar.

—Es imposible... —susurró el patricio, su voz temblando—. Quemé los libros. Los incineré todos.

—El fuego consume el papiro, Legado —intervino Lucius, su voz resonando como una sentencia—. Pero no puede quemar lo que está grabado en su mente. Ella es tu archivo. Y tú la llenaste con tu propia condena.

El Pretor Servilius alzó la diestra. Los escribas habían estado garabateando furiosamente, intentando seguir el ritmo de la letanía de crímenes que fluía de los labios de la joven.

—Guardias —dijo el Pretor, con un tono suave pero terrible.

Dos pretorianos se separaron de las sombras de las columnas. El metal de sus armaduras chocó con un sonido seco.

—Pretor, esto es absurdo —Valerius intentó recuperar su dignidad, alisándose la toga, pero sus extremidades sufrían espasmos incontrolables—. Soy un Legado de Roma. Tengo amigos en el Senado. No pueden arrestarme por las habladurías de una esclava demente.

—No son solo habladurías, Valerius —dijo Servilius, señalando a sus propios amanuenses—. Ha dado nombres, fechas, bancos y ubicaciones de recibos ocultos. Enviaremos corredores ahora mismo al banco de los Sulpicios y a su villa. Si encontramos un solo documento, o una sola transacción que coincida con lo que ella ha dicho...

—¡Ella lo ha memorizado para incriminarme! —chilló Valerius, su máscara de patricio completamente destrozada, revelando a la rata acorralada que habitaba debajo.

—¿Memorizar transacciones bancarias de hace tres años con tal nivel de detalle? —El Pretor negó con la cabeza—. Si es capaz de tal hazaña, entonces es el testigo más fiable que ha pisado este tribunal en la historia del Imperio. O es un prodigio, o los dioses hablan a través de ella para castigar tu avaricia.

Los guardias tomaron a Valerius por los brazos. Él se resistió un momento, forcejeando, antes de que la realidad de su situación se asentara. Miró a Aina una última vez. Ya no había desprecio en sus pupilas, ni siquiera odio. Solo había un vacío abismal de incomprensión. No podía concebir cómo la herramienta que había usado y descartado se había convertido en la guadaña que le segaba el cuello.

—Esto no ha terminado, Vorenus —escupió Valerius mientras lo arrastraban hacia la salida lateral, lejos de la luz, hacia las mazmorras—. ¡Roma no paga a traidores!

Cuando las puertas se cerraron tras él, un silencio sepulcral cayó sobre la Basílica.

Aina sintió que el mundo oscilaba vertiginosamente. La proyección mental de los registros se desintegró en una lluvia de chispas grises y dolor. Sus rodillas cedieron.

No llegó a tocar el suelo. Los brazos fuertes de Lucius la sostuvieron antes de que se desplomara.

—Lo hiciste —susurró él cerca de su oído. Olía a jabón barato y a la lana áspera de su vestimenta—. Se acabó, Aina. Lo has destruido.

Aina se apoyó en él, jadeando, tratando de llenar sus pulmones con aire que no supiera a tinta y pergamino viejo. Le dolía la cabeza como si le hubieran clavado un clavo al rojo vivo entre las cejas.

—No se acabó —murmuró ella, su voz apenas un hilo, mientras miraba hacia el estrado donde el Pretor ordenaba el sellado de las propiedades de Valerius—. Él era solo un hombre. Pero el sistema que lo creó... la maquinaria que permite que gente como yo sea usada como discos de arcilla... eso sigue ahí.

Lucius la observó, sorprendido por la dureza en sus ojos oscuros. Había esperado encontrar alivio, quizás alegría. Pero en la mirada de Aina solo había una determinación fría, forjada en el fuego de su propia memoria inmutable.

El Magistrado se levantó y se dirigió a ellos.

—Muchacha —dijo, escrutándola con una mezcla de curiosidad científica y cautela—. Tu habilidad es... inquietante. Y peligrosa. El Emperador tendrá interés en un talento así.

Aina se enderezó, separándose suavemente de Lucius. A pesar de su fragilidad física, de su ropa sencilla y su cabello desordenado, en ese momento parecía más alta que el funcionario.

—Mi memoria es mía, Pretor —respondió, y por primera vez en su vida, sintió que era una verdad absoluta—. Ya no pertenece a ningún amo. Ni a Valerius, ni al Emperador.

Servilius frunció el ceño, pero guardó silencio. Hizo un gesto vago y se retiró, dejando a la extraña pareja sola en la inmensidad de la sala vacía.

Lucius soltó un suspiro largo, como si hubiera estado conteniendo el aliento durante años.

—Vamos a casa, Aina. Necesitas comer. Y dormir.

—No puedo dormir —replicó ella, caminando hacia la salida, hacia la luz cegadora del Foro que se colaba por las enormes puertas de bronce—. Cuando duermo, recuerdo. Y hoy... hoy he abierto demasiadas puertas que no sé cómo cerrar.

Salieron al exterior. El estruendo de Roma los golpeó: vendedores, carros, políticos discutiendo, mendigos. La vida seguía, indiferente al drama que acababa de acontecer en el interior. Pero para Aina, el mundo había mutado. Los colores eran más brillantes, los sonidos más nítidos.

Había usado su maldición para comprar algo que nunca pensó tener: no solo justicia, sino poder. Y el peso de ese poder era aterrador.

Miró sus palmas. Ya no temblaban. Estaban quietas, firmes. Listas para escribir su propia historia, no la de otro.

—Lucius —dijo, sin apartar la vista de sus dedos.

—¿Sí?

—Valerius mencionó un nombre. En mi memoria. En el desvío de fondos.

—¿Qué nombre?

—Agrippa Minor. El testaferro.

Lucius frunció el ceño.

—¿Y qué importa? Es un nombre falso.

—No —Aina giró la cabeza, y sus ojos brillaron con una intensidad febril—. Recuerdo ese nombre. No del libro de Valerius. Lo vi en otro lugar. Hace años. En una lista de suministros... en el barracón donde tú servías antes de la guerra.

El rostro de Lucius se tensó. La vieja cicatriz pareció palpitar.

—Aina, estás cansada. Tu mente está jugando trucos.

—Mi mente no juega trucos, Lucius. Mi mente no olvida. Nunca.

Ella sostuvo su mirada, desafiándolo a mentirle. El triunfo sobre Valerius ya se sentía lejano, eclipsado por este nuevo hilo que tiraba de la madeja de la verdad. La caída del Legado no era el final del libro; era solo el cierre de un capítulo. Y Aina, la Escriba, sabía mejor que nadie que la tinta nunca se seca del todo mientras quede alguien vivo para leerla.

—Hay más podredumbre —susurró ella—. Y vamos a encontrarla toda.

CAPÍTULO 35

Justicia romana

El polvo suspendido en los haces de luz que atravesaban el velarium de la Basílica no danzaba; flotaba estático, como si el tiempo mismo hubiera decidido contener el aliento ante lo que estaba por suceder. El aire cargaba un aroma a cera vieja, a madera pulida y al efluvio rancio del miedo que ni los perfumes más caros de la aristocracia lograban enmascarar.

Aina sentía el frío del mármol bajo sus plantas desnudas, una sensación que trepaba por sus tobillos y se enroscaba en sus huesos. No era el frío de la estación, sino la gélida certeza de su propia insignificancia. En ese vasto salón de justicia, diseñado para empequeñecer al hombre y exaltar al Estado, ella no era más que una mota de polvo, una herramienta desgastada que había osado sobrevivir a su propósito.

A su derecha, Lucius Vorenus permanecía erguido. Su postura evocaba la de una columna dórica agrietada por terremotos, pero incapaz de derrumbarse. La túnica que vestía, limpia aunque raída en los bordes, no lograba ocultar la tensión militar de sus hombros. No la miró. No podía hacerlo. Si sus pupilas se cruzaban, la frágil presa que contenía su rabia y su desesperación podría reventar.

A la izquierda, ocupando el espacio con la gravedad de un abismo que devora toda la luz circundante, estaba Marcus Valerius.

No parecía un hombre que acabara de perder a su perro de presa, Silanus. No tenía el aspecto de una bestia acorralada. Vestía una toga de una blancura insultante, cuyos pliegues caían con una precisión geométrica estudiada. Su rostro, afeitado y ungido en aceites, mostraba una máscara de aburrimiento cortés, como si todo aquel procedimiento fuera una tediosa interrupción en su agenda social. Sus manos, de dedos largos y cuidados, descansaban sobre el atril con una suavidad obscena.

El Auditor, un anciano de piel apergaminada y ojos acuosos que habían visto demasiadas mentiras para sorprenderse por una más, golpeó la mesa con los nudillos. El sonido resonó seco, semejante a un hueso al partirse.

—Se ha invocado la *Lex Iulia Maiestatis* —la voz del Auditor era un susurro rasposo que, sin embargo, alcanzó cada rincón de la sala—. Traición contra el Estado y el Príncipe. La acusación es grave, Marco Valerio. Se sostiene sobre el testimonio de un excenturión caído en desgracia y... —su mirada se posó en Aina con una mezcla de curiosidad científica y repulsión— una esclava fugitiva.

Marcus sonrió. Fue un gesto mínimo, una leve curvatura de los labios que no llegó a iluminar su rostro.

—Honorable Auditor —comenzó Marcus, con su tono de barítono rico y modulado, diseñado para seducir multitudes—, la gravedad de la acusación solo es comparable con lo absurdo de sus fuentes. ¿Desde cuándo Roma escucha los delirios de un borracho y las fantasías de una propiedad robada? La ley es clara. El testimonio de un siervo contra su amo es inadmisible, salvo bajo tortura extrema, y aun así, su validez es cuestionable.

Marcus caminó dos pasos hacia el centro, abriendo los brazos.

—Esta «mujer» —dijo, escupiendo la palabra como si fuera veneno— no tiene mente propia. Es una escriba. Una copiadora. Su cerebro está diseñado para repetir, no para entender. Si dice que cometí crímenes, es porque alguien más le dictó esas palabras. —Giró la

cabeza hacia Lucius, dedicándole una mirada de lástima paternalista —. Es triste ver hasta dónde ha caído un veterano de las legiones. Usar a una simple amanuense para una venganza personal...

Aina sintió que el mundo comenzaba a vibrar. El vértigo del detalle amenazaba con cerrarse sobre su garganta; esa saturación de datos que le impedía moverse. Los patrones del suelo de mosaico comenzaron a girar. Podía ver las costuras en la toga de Marcus, podía contar los hilos. Percibía el latido irregular de Lucius. El pánico era una marea negra que subía. *Soy una herramienta. Soy propiedad. No tengo voz.*

—La ley prohíbe el testimonio servil *in dominum* —interrumpió Lucius. Su voz sonó ronca, carente de la melodía de Marcus, pero cargada con el peso del hierro—. Excepto en casos de *Maiestas*. Cuando el crimen es contra Roma misma, las propiedades hablan. Las piedras hablan. Y ella... ella no es solo una esclava.

—¿Ah, no? —Marcus alzó una ceja—. ¿La has manumitido, Vorenus? ¿Dónde están los papeles? ¿Pagaste el impuesto del cinco por ciento? A los ojos de la ley, ella sigue siendo mía. Y lo que hay en su cabeza me pertenece.

El Auditor se inclinó hacia adelante.

—El Centurión tiene razón en un punto, Valerio. En casos de traición, las barreras habituales se levantan. Si esta sierva posee información sobre el desfalco de los tributos de la provincia y la manipulación de los suministros de grano, el Imperio la escuchará. Pero te advierto, niña... —El magistrado clavó su vista en Aina—. Si mientes, si titubeas, si esto es una farsa... la cruz te parecerá un lecho de plumas comparado con lo que te espera.

Aina tragó saliva. El sabor a cobre llenaba su boca.

—Habla —ordenó el Auditor.

Ella dio un paso al frente. Sus rodillas temblaban, pero su mente... su mente era un archivo cristalino. El temor intentaba paralizarla,

pero su don, esa maldición que le impedía olvidar el dolor, también le prohibía omitir la verdad.

Cerró los párpados un instante. La oscuridad no trajo paz, sino datos. Páginas. Números. Fechas.

—El tercer día de las Calendas de Marzo —comenzó Aina. Su voz salió tenue, quebradiza—. En el *tablinum* de la villa costera. El registro de envíos de trigo destinado a la Legión VII.

Marcus soltó una risita burlona.

—¿Fechas aleatorias? Cualquiera puede inventar una fecha.

—El libro mayor de tapa de cuero negro, con el borde desgastado en la esquina inferior derecha —continuó Aina, ignorándolo, hablando no para la sala, sino para la imagen que ardía en su memoria—. Página cuarenta y dos. Línea séptima. Entrada marcada como «Pérdidas por humedad en tránsito».

Abrió los ojos. Ya no veía al Auditor. Veía el folio. Veía la tinta fresca. Veía la mano de Marcus alterando el diez mil por un cuatro mil.

—La cantidad real eran diez mil modios. Usted escribió cuatro mil. La diferencia de seis mil fue desviada a los almacenes privados de Ostia bajo el nombre de «Titus M», un testaferro que no existe. La tinta que usó para la corrección... —Aina frunció el ceño, el recuerdo sensorial golpeándola con fuerza— era de un lote diferente. Más ferrogálica. Secaba con un tono más grisáceo que el resto de la página.

El silencio en la sala cambió de textura. Ya no era de expectación, sino de asombro. Marcus había dejado de sonreír. Su postura se había tensado imperceptiblemente.

—Detalles irrelevantes —espetó el patricio, aunque su tono había perdido un matiz de su calidez—. Fantasías de una mente enferma obsesionada con la papelería.

—Página cincuenta y ocho —continuó Aina, con la voz ganando fuerza, impulsada por la lógica implacable de su retentiva—. Correspondencia con el senador V. Usted no quemó la carta del día diez antes de las Nonas de Mayo. La arrugó y la tiró al brasero, pero falló. Cayó al lado. Yo la recogí.

Marcus avanzó hacia ella, un movimiento depredador instintivo, pero se detuvo al ver a los lictores del Auditor tensar sus fasces.

—¿La recogiste? —preguntó el anciano, fascinado—. ¿Y qué decía?

—Hablaba de la «resolución definitiva» para el problema del gobernador —recitó Aina, con la mirada fija en el vacío, visualizando la caligrafía cursiva y apresurada de Marcus—. Decía: *«El precio de la lealtad ha subido. Si el accidente de caza no ocurre antes de los Idus, tendremos que recurrir al veneno en el vino de Falerno. Asegúrate de que parezca un fallo cardíaco. Roma no llorará a un incompetente».*

Un murmullo recorrió la sala como un viento repentino. Esas palabras... eran específicas. Demasiado precisas. Eran la sentencia de muerte de un gobernador provincial que había fallecido, efectivamente, de un «corazón débil» tres meses atrás.

Marcus Valerius perdió el color. La máscara de estuco se agrietó. Por primera vez, Aina vio el terror real en sus ojos. No era el miedo a la muerte, sino el pánico a la desnudez. Ella lo estaba desollando vivo, capa por capa, revelando la podredumbre bajo la seda.

—¡Miente! —bramó Marcus, perdiendo la compostura. Señaló a Aina con un dedo tembloroso—. ¡Es una bruja! ¡Nadie puede recordar con esa exactitud! ¡Vorenus le ha enseñado un guion!

—Nadie puede enseñarle a recordar el color de la tinta, Marcus —intervino Lucius, su voz cargada de un triunfo sombrío—. Nadie puede instruirla para describir la mancha de cera roja en el sello roto de esa carta. Tú sabes que ella no olvida. Por eso querías matarla. No porque escapara. Sino porque ella es tu libro mayor viviente.

El Auditor miró al acusado. La duda había desaparecido de los ojos del magistrado, reemplazada por la frialdad del verdugo burocrático.

—Marco Valerio —dijo lentamente—. Se ordenará un registro inmediato de sus almacenes en Ostia. Y se exhumará el cuerpo del gobernador para buscar rastros de tósigos. Si lo que dice esta esclava se confirma en lo más mínimo...

—¡Es mi palabra contra la de una cosa! —gritó Marcus, su encanto evaporado, revelando a la rata acorralada—. ¡Soy un ciudadano romano! ¡Soy un legado!

—Y ella es la prueba de su traición —sentenció el Auditor. Hizo un gesto a los guardias—. Llévenselo. Custodia cerrada hasta que los registros se completen. Si intenta hablar con alguien, amordácenlo.

Dos guardias agarraron a Marcus por los brazos. Él se resistió un momento, buscando desesperadamente con la vista a alguien en la sala que pudiera salvarlo, pero solo encontró semblantes vacíos. Sus aliados, si los tenía allí, se habían vuelto invisibles. Mientras lo arrastraban hacia las puertas laterales, sus ojos se cruzaron con los de Aina una última vez. No había arrepentimiento. Solo una promesa de odio eterno, un abismo negro que gritaba que aquello no había terminado.

Las puertas se cerraron con un estruendo que resonó en el pecho de la joven.

Se hizo un silencio absoluto. Aina sintió que las rodillas le fallaban. La adrenalina se retiraba, dejándola vacía, como una cáscara hueca. Se giró hacia Lucius, buscando una señal, una sonrisa, algo.

Pero el rostro del centurión era de piedra. Miraba al Auditor.

—Honorable —dijo Lucius—. La testigo ha cumplido. La acusación se sostiene.

El Auditor asintió, reordenando sus papiros con calma metódica.

—Efectivamente. Roma agradece el servicio. La corrupción ha sido expuesta. —El anciano levantó la vista y miró a Aina. No había calidez en su expresión, solo pragmatismo—. Sin embargo, queda la cuestión de la testigo.

Aina sintió un frío nuevo. Diferente.

—Ella ha testificado contra su amo —dijo el Auditor—. Legalmente, bajo la acusación de *Maiestas*, es permitido. Pero socialmente, moralmente... es una aberración. Un esclavo que traiciona a su dueño, por muy criminal que este sea, es una criatura peligrosa. Rompe el orden natural de las cosas.

—Ella salvó al Estado —argumentó Lucius, dando un paso adelante, su mano yendo instintivamente hacia donde solía colgar su *gladius*.

—Y el Estado tomará lo que es suyo —atajó el magistrado—. Marco Valerio ha sido desposeído de sus bienes. Todos sus activos pasan a ser propiedad del Tesoro Imperial. Eso incluye sus tierras, su oro... y sus siervos.

El corazón de Aina se detuvo. *Propiedad del Tesoro.*

—Esta mujer —continuó el juez, señalándola con una pluma— posee información crítica en su memoria. Datos que podrían ser útiles para futuras auditorías, o letales si caen en oídos incorrectos. No puede ser liberada. Sería irresponsable dejar una biblioteca de secretos imperiales caminando libre por el Subura. Y ciertamente no puede ser vendida a un particular.

Lucius apretó los puños hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—Solicito su custodia. Como recompensa por mis servicios.

—Denegado —respondió el Auditor sin pestañear—. Usted es un excenturión con un historial de alcoholismo e insubordinación. No es apto para custodiar un activo de seguridad nacional.

El anciano mojó la pluma en el tintero. El sonido del rasgueo sobre el pergamino fue más fuerte que cualquier grito para los oídos de

Aina.

—La sentencia es la siguiente: Aina, anteriormente propiedad de Marco Valerio, es declarada *Servus Publicus* a perpetuidad. Será trasladada a los Archivos del Estado, donde servirá como escriba bajo estricta vigilancia hasta el fin de sus días. Se le prohíbe la manumisión futura. Su mente pertenece a Roma.

Aina sintió que el suelo desaparecía. *Servus Publicus*. Esclava pública. Sin dueño individual, sino propiedad de la burocracia sin rostro. Viviría entre pergaminos, copiando, archivando, encerrada en sótanos húmedos, vigilada por guardias que no sabrían su nombre, solo su número de inventario. Era una muerte en vida. Peor que el final físico. Era convertirse, finalmente y para siempre, en la máquina que Marcus siempre dijo que era.

Miró a Lucius. Esperaba verlo estallar, gritar, atacar a los guardias.

Pero él no se movió. Su mandíbula estaba tensa, sus ojos ardían con una furia contenida, pero permaneció quieto. Respiró hondo por la nariz, una inhalación larga y controlada. Cuando exhaló, miró al Auditor con una extraña mezcla de sumisión y desafío calculador.

—Entendido —dijo Lucius, con voz peligrosamente baja—. La ley es la ley.

Se giró hacia Aina. Por un segundo, la barrera cayó. En sus pupilas, ella vio el dolor, la disculpa, pero también distinguió algo más. Un destello de acero. Una señal casi imperceptible. *Espera.*

—Llévensela —ordenó el Auditor.

Dos guardias del Estado, con túnicas grises y miradas indiferentes, se acercaron a Aina. Ella no opuso resistencia. No tenía fuerzas. Sintió las manos ásperas sobre sus brazos, empujándola hacia una salida diferente a la que había usado Marcus. Hacia la penumbra de los archivos.

Mientras la arrastraban, Aina miró hacia atrás. Lucius seguía allí, de pie en medio de la gran sala vacía, observando cómo se la llevaban. No la siguió. No gritó su nombre. Simplemente permaneció allí, observando al Auditor cerrar el libro de actas, como un depredador que estudia los movimientos de una presa mucho más grande, esperando el momento exacto en que la guardia bajara.

La puerta se cerró, separándolos. Aina se quedó sola en el pasillo de piedra, rodeada por el olor a humedad y tinta vieja, el aroma de su eterna condena. Pero en la oscuridad de su mente, donde los recuerdos se superponían y gritaban, una sola imagen brillaba con claridad absoluta: la mirada final de Lucius Vorenus. No era una despedida. Era un plan de batalla.

Y por primera vez en su vida, Aina decidió no analizar esa imagen, sino aferrarse a ella con la fe ciega de quien se ahoga.

La justicia romana había hablado. Pero Aina sabía, porque lo había leído en los ojos del viejo soldado, que la guerra no había terminado.

EPÍLOGO

El tiempo no sanaba nada; el tiempo simplemente pulverizaba la piedra hasta convertirla en arena, y la arenilla se te metía en los ojos, obligándote a llorar aunque la voluntad se opusiera.

Aina permanecía sentada en el borde del jergón, en una habitación alquilada de una *insula* anónima próxima al Tíber. El hedor del río —una mezcla de barro, salmuera y los desechos de un millón de almas— se filtraba por las rendijas de los postigos de madera, compitiendo con el aroma rancio del aceite de la lámpara que agonizaba sobre la mesa. Sus manos descansaban en el regazo, con las palmas vueltas hacia arriba, mientras observaba las manchas de tinta que se habían incrustado en los surcos de sus huellas dactilares. Tinta y sangre seca. A veces, bajo aquella luz vacilante, le costaba distinguir cuál era cuál.

La quietud del cuarto resultaba engañosa. Fuera, Roma rugía. Los carros traqueteaban sobre los adoquines, los vendedores voceaban sus últimas ofertas antes del anochecer y, a lo lejos, el paso marcial de una patrulla de la Guardia Pretoriana recordaba que el orden se había restablecido. Pero dentro de la cabeza de Aina, el estruendo poseía una cualidad distinta, mucho más ensordecedora.

Su maldición, esa memoria eidética que Marcus Valerius había codiciado y temido a partes iguales, no le concedía tregua. No existía el desvanecimiento, no había bordes suaves ni una neblina misericordiosa que difuminara los eventos de las últimas cuarenta y ocho horas.

Cerró los ojos, pero fue un error.

La imagen apareció con una **nitidez absoluta**, una claridad cruel que ninguna mente humana debería soportar. Vio el brillo sudoroso en la frente de Marcus justo antes del final, la textura precisa de la toga manchada, el ángulo exacto en el que la luz incidía sobre el charco carmesí que se expandía por el suelo de mármol. Podía contar las gotas salpicadas en la pared si quisiera. Podía rebobinar el grito, escuchar los matices del miedo, el gorgoteo húmedo de la respiración cortada.

Abrió los párpados de golpe, boqueando como si emergiera de aguas profundas. El corazón le golpeaba contra las costillas, un pájaro atrapado en una jaula de hueso. Sus dedos se crisparon, buscando algo que asir, algo tangible que la anclara al presente.

La puerta se abrió con un gemido de bisagras oxidadas.

Lucius Vorenus entró, cargando la pesadumbre de sus años y de sus pecados en la curva de los hombros. Traía una ánfora de barro barata bajo el brazo y una hogaza de pan envuelta en tela basta. Su rostro, marcado por el sol de mil campañas y las cicatrices de batallas olvidadas, parecía haber envejecido una década en tan solo una semana. Se detuvo en el umbral, y sus ojos oscuros barrieron la estancia antes de posarse en ella.

No dijo nada al principio. Lucius nunca malgastaba vocablos cuando el silencio bastaba para sentenciar. Cerró la puerta y echó el cerrojo con un golpe seco, definitivo.

—Come —ordenó, dejando el pan sobre la mesa coja—. Necesitas fuerzas.

Aina no respondió. Su mirada se desvió de nuevo hacia la ventana cerrada.

—¿Se han ido? —preguntó ella, y su voz sonó extraña en sus propios oídos, rasposa por el desuso y el humo.

Lucius se sirvió vino en una copa de madera mellada. El líquido era oscuro, denso como la sangre vieja. Bebió un trago largo, un trago de hombre que necesita adormecer algo que le muerde las entrañas, y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Los lictores se han retirado de la plaza —respondió él, con voz grave, como grava arrastrada por la corriente—. El Senado ha declarado *damnatio memoriae*. Borrarán su nombre de los registros, picarán sus inscripciones en la piedra. Como si nunca hubiera existido.

Aina sintió una punzada de ironía fría en el estómago. El Imperio podía borrar nombres de la piedra, podía decretar el olvido por ley, pero no podía legislar sobre su mente. Ella era la tumba viva de Marcus Valerius. Él seguiría existiendo en las circunvoluciones de su cerebro, perfecto e inmutable, hasta el día en que ella muriera.

—No pueden borrarlo todo —murmuró.

Lucius se acercó, arrastrando un taburete para sentarse frente a ella. El olor a vino barato y cuero viejo que emanaba de su cuerpo le resultó extrañamente reconfortante. Era un aroma a supervivencia.

—Pueden intentarlo. Y lo harán. Roma tiene prisa por olvidar sus vergüenzas. —Lucius la miró fijamente y, por un momento, la máscara de cinismo se agrietó, dejando ver la preocupación genuina de un padre renuente—. Aina, escúchame. Nadie va a venir a buscarnos hoy. Pero tampoco nos invitarán a banquetes.

Él hizo una pausa, girando la copa entre sus manos callosas.

—Somos **apestados** —sentenció, con la brutal honestidad que siempre lo había caracterizado—. Tocamos la podredumbre del poder y salimos vivos, pero corrompidos a sus ojos. Para ellos, somos un recordatorio incómodo. Una enfermedad que prefieren no ver. Nadie querrá estar cerca de nosotros por miedo al contagio político.

Aina asintió lentamente. Entendía la lógica. En el gran tablero del Imperio, ellos eran peones que habían sobrevivido milagrosamente

al final de la partida, y ahora sobraban sobre las casillas vacías.

—¿Entonces qué? —inquirió.

Lucius suspiró, un sonido profundo que pareció vaciar sus pulmones.

—Hay un barco mercante que sale con la marea del amanecer. Destino a Massilia, y de ahí al norte, o quizás a Hispania. Lejos del Palatino. Lejos de los ojos que todo lo ven.

—¿Huir?

—Sobrevivir —corrigió él con dureza—. La «justicia» ya se ha servido, niña. Ahora toca vivir con el sabor que deja en la boca. Yo tengo un contacto en el puerto. Un viejo legionario que me debe la vida y no hace preguntas. Nos llevará por el precio de este anillo. — Se tocó el aro de hierro en su dedo, el último vestigio de su rango perdido.

Aina bajó la vista hacia sus manos de nuevo. La idea de dejar Roma, el centro del mundo, el lugar donde Kael había vivido y muerto, le provocaba un vértigo nauseabundo. Pero quedarse era invitar a la parca. Marcus había caído, pero Silanus... la sombra de Silanus, o de hombres como él, siempre estaría al acecho en los callejones oscuros de la Subura.

Escrutó la figura de Lucius. Vio el temblor casi imperceptible en su mano izquierda, el tic nervioso bajo el ojo derecho. Estaba agotado. Había luchado por ella, había matado por ella, había traicionado sus juramentos por ella.

—¿Y tú? —preguntó Aina—. ¿Podrás vivir lejos de Roma? ¿Lejos de tus tabernas y tus fantasmas?

Lucius soltó una risa seca, carente de humor.

—Mis fantasmas viajan ligeros, Aina. Van donde yo voy. Además... — Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Alguien tiene que asegurarse de que no te metas en líos por escribir lo que no debes.

Aina sintió una opresión en la garganta. No era gratitud, era algo más denso, más complejo. Una deuda de sangre que se había transformado en un vínculo irrompible.

Se levantó del jergón y caminó hacia la pequeña mesa. Había un rollo de pergamino virgen allí, junto a su estuche de cálamos. Con una avidez casi dolorosa, sus dedos acariciaron la superficie suave de la piel curada. Era una adicción, una necesidad física. Escribir. Fijar la verdad en tinta para que no se pudriera dentro de ella.

—No puedo olvidar, Lucius —dijo, dando la espalda al excenturión—. Aunque me vaya al fin del mundo. Llevaré a Roma conmigo. Llevaré a Marcus. Llevaré la sangre.

—Lo sé —respondió él desde la penumbra—. Por eso nos vamos. Para que puedas cargar con eso en un lugar donde el fardo no te aplaste.

Aina tomó un cálamo seco. No lo mojó en tinta. Simplemente sostuvo la herramienta, sintiendo su equilibrio, su potencial.

—¿Crees que Kael... crees que él aprobaría esto? —La pregunta flotó en el aire viciado, frágil como el cristal.

Lucius se puso de pie. El sonido de sus articulaciones crujiendo rompió el momento de vulnerabilidad. Caminó hasta ella y puso una mano pesada y callosa sobre su hombro. No apretó, solo dejó que su presencia reposara allí, una promesa física de protección.

—Tu hermano quería que vivieras. No que fueras una mártir, ni una estatua en un mausoleo. Quería que fueras libre. Y la libertad, niña, a veces significa saber cuándo retirarse para luchar otro día. O simplemente para vivir un día más.

Aina asintió, aunque las lágrimas ardían en el borde de sus párpados, negándose a caer. Su mente trajo al frente la imagen de Kael, sonriendo, antes de que todo se torciera. Esa evocación también poseía una precisión hiriente, pero esta vez, el dolor venía acompañado de un matiz de calidez.

—Massilia —dijo ella, probando la palabra. Sonaba a sal y viento frío.

—Massilia —confirmó Lucius—. O donde los vientos nos lleven. Recoge tus cosas. No tenemos mucho tiempo.

Aina comenzó a guardar sus escasas posesiones. Un par de túnicas, el estilete de hueso que Lucius le había regalado y los rollos de pergamino que contenían la crónica de su descenso a los infiernos.

Mientras metía los objetos en un saco de arpillera, su mente, traicionera y perfecta, le mostró de nuevo el rostro de Marcus Valerius. Pero esta vez, Aina no se estremeció. Lo observó en su memoria, diseccionando el pánico en los ojos del tirano, analizando la fragilidad humana que se escondía tras la toga púrpura. Ya no era un monstruo mítico. Era solo un hombre que había muerto. Y ella era la escriba que había anotado su final.

La justicia no había traído paz ni alegría. Había traído un vacío inmenso. Pero en esa oquedad, Aina se dio cuenta de que había espacio para algo nuevo. Quizás no esperanza, eso era demasiado pedir, pero sí propósito.

Ella sería la memoria del mundo. Recordaría lo que otros elegían olvidar por conveniencia o cobardía. Recordaría los nombres de los esclavos muertos en la construcción de los acueductos, los gritos de los condenados en la arena y la corrupción que roía los cimientos de mármol del Imperio.

Se giró hacia Lucius, con el saco al hombro. Parecía pequeña, frágil, pero su mirada, que había atestiguado demasiado, brillaba con una determinación fría y dura como el acero templado.

—Estoy lista —dijo.

Lucius la observó y, por primera vez en mucho tiempo, una sombra de respeto, quizás incluso de orgullo, cruzó su rostro curtido.

—Vamos entonces. El barco no espera.

Salieron de la habitación, dejando atrás el hedor a confinamiento y miedo. Bajaron las escaleras de madera de la *insula*, pisando con cuidado los escalones podridos. Al salir a la calle, el aire fresco de la noche los golpeó. Roma dormía, o fingía hacerlo. Las sombras se alargaban en las esquinas, y cada callejón parecía una boca abierta lista para tragar a los incautos.

Caminaron hacia el puerto, dos siluetas recortadas contra la luz de la luna que se reflejaba en el Tíber. No hablaron más. No hacía falta. El sonido de sus sandalias sobre las piedras era el único ritmo que necesitaban, una marcha fúnebre por la vida que dejaban atrás y un preludio incierto para la que estaba por venir.

Aina no miró atrás. Sabía que no necesitaba hacerlo. Podía ver la ciudad perfectamente en su mente, cada columna, cada arco, cada mancha de sangre. Roma estaba grabada en ella, indeleble.

Pero mientras cruzaban el puente hacia los muelles, donde los mástiles de los barcos se mecían suavemente como un bosque de invierno, Aina respiró hondo. El aire olía a mar. Olía a distancia.

Por primera vez, permitió que su mente archivara el presente no como una herida, sino como un punto de partida. La página estaba llena de horror, sí, pero el margen... el margen todavía era blanco. Y ella tenía la tinta.

Lucius aceleró el paso, su mano rozando instintivamente la empuñadura de la *gladius* oculta bajo su manto.

—Mantén los ojos abiertos —susurró él.

—Siempre lo hago —respondió Aina.

Y juntos, se disolvieron en la oscuridad del muelle, dejando que la historia oficial de Roma siguiera su curso, mientras ellos, los portadores de la verdad proscrita, zarpaban hacia el olvido que el mundo les ofrecía, y que Aina nunca podría poseer.

NOTA DEL AUTOR

La tinta y la sangre: Crónica de una obsesión

Existe un momento preciso, casi imperceptible, en el que una novela deja de ser una idea abstracta para convertirse en una criatura viva que respira, exige y, a menudo, duele. Para mí, ese instante no surgió ante la magnificencia de las ruinas imperiales ni al contemplar el mármol frío de los museos, sino en el silencio de un texto jurídico romano. Fue una nota al pie, una referencia escueta a la *Lex Maiestas* y, más específicamente, a las brutales restricciones sobre el testimonio de los esclavos (*servi*).

Leí que un esclavo no poseía voz legal. Su verdad no era verdad a menos que fuera extraída bajo tormento; su memoria no era válida a menos que fuera validada por el dolor. En ese vacío legal, en esa mudez impuesta por la espada y la toga, nació Aina.

Escribir esta novela ha sido, ante todo, un ejercicio de excavación. No solo de la tierra de la Tarraconense, sino de la psicología de aquellos a quienes la Historia suele relegar a la sombra. A menudo, la novela histórica se seduce por el brillo de las armaduras de los legados o la púrpura de los senadores. Mi intención, sin embargo, siempre fue mirar hacia abajo, hacia el barro, hacia aquellos que sostenían las lámparas de aceite para que otros escribieran el destino del mundo.

I. El Peso De La Memoria

La génesis de Aina como personaje central provino de una pregunta inquietante: ¿Qué sucede cuando una herramienta se vuelve consciente? Aina no es solo una escriba; es un archivo viviente. La condición de su memoria eidética no fue concebida como un «superpoder» en el sentido moderno, sino como una maldición bíblica. En un mundo donde el olvido es el único consuelo para el oprimido, la incapacidad de olvidar se convierte en la tortura definitiva.

Para construir su psique, me sumergí en tratados de psicología cognitiva y en testimonios de personas con hipertimesia. Necesitaba entender cómo se siente la saturación sensorial. Cuando describo el «ruido» visual que Aina experimenta en la Villa de Valerius o el caos de texturas en la Vía Augusta, intento transmitir esa abrumadora realidad donde nada se desvanece. La investigación histórica aquí tuvo que ir de la mano de la empatía: imaginar el terror de recordar cada latigazo con la frescura del primer segundo.

Aina representa la resistencia de la verdad frente al poder. En una época sin grabadoras ni servidores digitales, la mente humana era el único registro. Y un registro que no puede ser borrado es el enemigo natural de la tiranía.

II. La arquitectura del miedo: Tarraco y el Imperio

La reconstrucción de la Tarraco del siglo I requirió meses de documentación. No me bastaba con saber dónde estaba el Foro o el Circo; necesitaba saber a qué olía el barrio portuario, cómo cambiaba la luz en las paredes del Pretorio al atardecer y qué sonido hacían las sandalias sobre el pavimento mojado tras una tormenta mediterránea.

Visité Tarragona en múltiples ocasiones, recorriendo las murallas ciclópeas no como turista, sino buscando los fantasmas de mis

personajes. La Villa de Marcus Valerius es una amalgama de varias *villae* romanas excavadas en la península, lugares de un lujo obsceno sostenido por una maquinaria invisible de servidumbre. Quería que el lector sintiera el mármol frío bajo los pies descalzos de Aina, el contraste entre la belleza estética del entorno y la fealdad moral de sus habitantes.

Marcus Valerius no nació como un villano de opereta, sino como el producto inevitable de un sistema. Él es el Imperio: eficiente, culto, encantador y absolutamente sociópata. Para perfilarlo, estudié la correspondencia de administradores romanos reales, hombres que podían discutir sobre filosofía griega por la mañana y firmar sentencias de crucifixión por la tarde sin que les temblara el pulso. Valerius encarna la «banalidad del mal»: el horror convertido en burocracia. Su descenso a la paranoia es el reflejo de un régimen que, al intentar controlarlo todo, termina devorándose a sí mismo.

III. El camino como protagonista: La Vía Augusta

La segunda mitad de la novela transforma el escenario estático en uno dinámico. La Vía Augusta no es simplemente el telón de fondo de la huida; es un antagonista más. La documentación sobre el *cursus publicus* —el sistema de correo y transporte estatal romano— fue fascinante y exhaustiva.

Cada milla que Aina y Lucius recorren está basada en los itinerarios reales del Vaso de Vicarello y el Itinerario de Antonino. Las *mansiones* —estaciones de posta—, los peligros de los bosques y la logística de los caballos de refresco dictaron el ritmo de la narrativa. Descubrí que la velocidad de la información en Roma era aterradoramente rápida para la época, pero falible. Esa falibilidad fue la grieta por la que nuestros protagonistas pudieron respirar.

El personaje de Lucius Vorenus surgió de la necesidad de un contrapunto. Si Aina es la mente y Valerius es el sistema, Lucius es el cuerpo herido de Roma. Es el soldado que ha visto demasiado, el cinismo nacido de la decepción. Su alcoholismo funcional y su búsqueda de redención se basan en el arquetipo del veterano

olvidado, una figura trágicamente atemporal. La relación entre él y Aina, que evoluciona de una carga molesta a una paternidad electiva, es para mí el corazón emocional del libro. Es la prueba de que, incluso en la suciedad de la supervivencia, la lealtad puede florecer.

Y luego está Silanus. El mudo, el rastreador. Su creación fue un desafío técnico: ¿cómo hacer aterrador a alguien que no puede proferir amenazas? La respuesta estaba en su eficiencia. Silanus es la violencia sin retórica. Al privarlo de la lengua, lo convertí en pura acción, en una fuerza de la naturaleza. Su final, superado no por la fuerza física sino por la astucia de su presa, cierra el círculo temático de la obra: la brutalidad siempre es, en última instancia, menos adaptable que la inteligencia.

IV. La verdad y la justicia

Esta novela, aunque anclada en el pasado, dialoga con el presente. Vivimos en una era de posverdad, donde los hechos son moldeables y la memoria es frágil. La lucha de Aina por preservar el registro exacto de los acontecimientos, por no permitir que la narrativa del poderoso sobrescriba la realidad de las víctimas, es una lucha contemporánea.

La regla legal que impedía a los esclavos testificar contra sus amos —salvo en casos de *Maiestas*, traición al Estado— fue el mecanismo de relojería que impulsó la trama. Me fascinó la ironía de esa ley: el Estado romano, en su paranoia por protegerse a sí mismo, abría la única puerta por la que un esclavo podía destruir a su dueño. Es una lección histórica sobre cómo los sistemas autoritarios siempre dejan una llave maestra escondida en su propia arrogancia.

Un Último Mensaje

Dicen que la Historia la escriben los vencedores. Es una frase hecha, cínica y, a menudo, cierta. Pero los novelistas tenemos el privilegio y el deber de susurrar las historias de los vencidos. Tenemos la capacidad de meternos en las grietas del muro oficial y sacar a la luz los huesos olvidados.

Aina es ficción, pero su dolor fue real para miles de personas. Su miedo fue el aire que respiraron generaciones enteras. Y su valentía, aunque imaginada, es un homenaje a todos aquellos que, a lo largo de los siglos, se negaron a agachar la cabeza y aceptar que su destino estaba escrito por otros.

Espero que al cerrar este libro, te lleves algo más que el entretenimiento de una trama bien urdida. Espero que te lleves la convicción de que la verdad, por pequeña, frágil y oculta que parezca, es lo único que nos hace verdaderamente libres. Y que la memoria, aunque duela, es necesaria para no repetir los errores de aquellos que confundieron el poder con la grandeza.

Que la tierra te sea leve.

Javier González